

Una mujer fascinante, Alia, rodeada de un aura misteriosa, y un país remoto que no se sabe si existe, las Antillas, son los dos mitos que persigue Saad, el joven musulmán que protagoniza esta novela, durante toda su vida. Conocido como «*el hombre que tenía que morir*» porque se salvó en el último momento de la horca, el joven Saad quiere huir de los negros presagios que le auguran a un morisco pobre como él, e intenta cambiar su destino en la convulsa Valencia del siglo xv. Un Mapamundi único será la clave que le abrirá las posibilidades de conseguir sus sueños, pero también lo que puede llevarle a la perdición.

Alia la Sublime es una novela de aventuras situada en pleno desmembramiento de la sociedad medieval, cuando el oro de los mercaderes empieza a contar más que los títulos nobiliarios y el enfrenamiento entre cristianos, musulmanes y judíos significa el fin de una era en el Mediterráneo.

Lectulandia

Alfred Bosch i Pascual

Alia, la sublime

ePub r1.0

Thalassa 09.03.16

Título original: *Ália, la sublim*
Alfred Bosch i Pascual, 2000
Traducción: Pau Pérez López
Retoque de cubierta: Thalassa

Editor digital: Thalassa
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

El mundo es un lugar extraño, Saad.

—¿Extraño, jeque?

El joven miró al hechicero con ojos encendidos, con aquella mirada que le brotaba de las entrañas.

—Sí, muchacho, extraño. —El hechicero se royó la barba con los dientes—. Veo cosas que no existen y las que existen no las veo.

Saad resopló y observó la docena de huesos de gorrión que habían caído sobre la mesa. Se rascó la oreja, lanzó otro bufido y miró de nuevo los huesos. La sabiduría del adivino no le servía si no podía leerle el mañana. Una frase ingeniosa no era suficiente. Quería saber qué futuro le aguardaba a aquella existencia tan confusa y desdichada que le estaba tocando vivir.

—Jeque Mohamed, no os he pagado tres sueldos y dos gallinas para oír lo que decís a todo el mundo. Querría... —Se aclaró la voz, como si se dispusiera a pronunciar palabras muy duras—. Os exijo que me avancéis lo que vendrá, ahora mismo, u os moleré las costillas.

El hombre tragó saliva y guardó silencio durante unos instantes. No había recogido caña durante toda la vida para que un mozalbete acabara moliéndole las costillas. Pero a sus años, con los pies agrietados de tanto hollar barrizales, no iba a mostrar sus miedos. De algo tenían que servirle la barba de dos palmos, la espalda jorobada y las manos llenas de callos. Merecía respeto. A la postre, sus abuelos habían pertenecido a un noble linaje.

—El azúcar se extrae de la cañamiel, el color nace del azafrán y la verdad surge de las aleyas del Profeta. De ti no saldrá el aliento de Dios. Eso es lo que quiero decir.

—¡No me vengas ahora con versículos! ¡Y no me tomes por idiota! —Saad se levantó y de un golpe esparció los huesos, que se estrellaron contra las paredes y cayeron al suelo con un repiqueteo agudo—. Los hombres del cadí me buscan por toda la alquería y no estoy para bromas. Sé muy bien que no me ha sido concedido el don de la gracia divina; por eso he venido a verte. Dicen que a ti sí te fue otorgado; pues demuéstalo.

El jeque tomó la vela y recogió los huesos con paciencia, uno a uno. Volvió a la mesa, juntó las palmas, agitó las reliquias y volvió a lanzarlas sobre la tabla. Quedaron agrupadas en dos figuras más o menos cuadradas. Se le dibujó una sonrisa en los labios. Los ojos le brillaban.

—¿Qué pasa? —El joven mudó el semblante. Estaba asustado.

—¿No has notado nunca un fuerte tirón en la espalda? Como entre los riñones... —El jeque se dio cuenta de que había acertado—. Se le llama mal de cola. La cola que quiere crecer.

—Venga ya, ¿y que más? —se burló Saad, notando, sin embargo, punzadas en el espinazo.

—¿Qué más? Pues los tuyos...

—¿Los míos? —Saad se ajustó el turbante y buscó el escabel con el culo, sin sentarse del todo—. ¿Los míos qué?

—Morirán.

—Ya lo sé, diantre, ya lo sé. Como todo el mundo. ¿Y?

—Los perderás... —El jeque iba poco a poco, seguro ya de su recuperada autoridad. Después volverás a verlos... pero ya los habrás perdido. Tú también te perderás, porque olvidarás las oraciones y romperás por siempre jamás el ayuno.

Saad estaba blanco. ¿Los suyos podían ser sus padres? No. Había aprendido a robar, a mentir, a matar, pero a sus padres no pensaba causarles ningún daño. En poco tiempo había aprendido que el sufrimiento no lo asustaba. Pero sus padres no. No tenía fe, lo sabía. Las oraciones, el ramadán... ¿a quién le importaba todo eso? Dios lo había hecho desgraciado por nacer en aquella tierra y en aquellos días. No temía los castigos del cielo. Sus padres eran mayores y pobres; puede que no fueran los mejores padres del mundo, pero eran los suyos, lo único que tenía.

—Los huesos se equivocan, viejo. No tenéis ningún poder. Y si solo hay un profeta, esta farsa es una blasfemia.

—Dios ha sido generoso conmigo. Al Profeta le concedió la gran visión y a mí me ha regalado pequeñas visiones, me ha permitido ver pequeñas verdades. Las escrituras me ayudan y también me ayudan los yinn, los espíritus que embrujan. A ti no te ayudan... a ti te dominan.

El jeque sabía que pisaba, ahora ya del todo, terreno propio. El joven se había sentado en el borde del escabel y lo miraba atentamente, con el rostro cerca de la vela. Había momentos en los que su semblante quedaba a oscuras, pero los destellos de luz mostraban su desasosiego.

—Renegarás de los tuyos. Tú, Saad, hijo de Suleimán, huirás, huirás tan lejos como puedas, lejos del techo que te ha acogido, de la fe que no has profesado y de la gente a la que no has amado. Querrás llegar —dijo el jeque— al fin del mundo y al mar de las Tinieblas. Nunca hallarás reposo ni final, porque no podrás acallar a la bestia que llevas dentro.

—Y ahora sal de mi casa. Tu alma hiede.

Saad se internó en la noche. Al otro lado del río, su pueblo dormía. Las gentes de Beni Arjó dormían. No así los hombres del cadí, que rondaban con garrotas y cultiellos y perros. Sus padres, si alguien les había contado los acontecimientos de aquel día, tampoco debían de dormir. Pensó en pedir ayuda al alfaquí, que vivía en la mezquita. Cuando era niño, el alfaquí le había enseñado a leer las páginas del Corán. Sin embargo, ya no era un niño, y la justicia lo perseguía. Los devotos aprobarían el castigo que señalaba la implacable ley de los libros. Debía morir.

Se escondió en los cañaverales, entre el camino y la acequia. Tendido en el campo, boca abajo, la tierra palpitaba suavemente bajo su vientre. No le quedaba otro remedio que aguardar la llegada del amanecer. Eso si los mastines no se acercaban lo

suficiente para olfatearlo desde la otra orilla del río. Los oía ladrar en la oscuridad y no podía saber si estaban cerca o lejos. Se volvió y, boca arriba, el cielo le mostró su mal humor. Todas las estrellas le miraban desde lo alto, delatando su escondite. Unos truenos mansos le llegaban de Dios sabe dónde; puede que de su interior, puede que del otro lado de las montañas.

La tierra, siempre la tierra. Atado a ella, hincado en ella, plantado profundamente como una de aquellas malditas cañas que en pocos años habían invadido las huertas de todo el valle. El jeque le había anunciado que huiría. Pero ¿adónde? ¿Y cómo? Él pertenecía a aquella tierra, era un naranjo o un algarrobo, sus brazos y sus piernas se hundían en el campo labrado. Si se acercaba a la ciudad, cien docenas de ojos lo vigilarían y cincuenta docenas de dedos lo acusarían. Y solo cuando lo colgaran en la horca de la plaza, cuando sus piernas se agitaran en el aire fresco de la madrugada, solo entonces dejaría de ser un pedazo de tierra.

No temía a la muerte, no. Mayor pavor le causaba vivir como un desgraciado, como hasta entonces, atado de pies y manos, trabajando como un esclavo y cortando caña un día y otro y otro. Levantándose temprano para rezar, esperando la puesta de sol para rezar y siempre igual. Viviendo cada año como el anterior: el ayuno, poco descanso y mucho trabajo, y de nuevo ayuno, descanso y trabajo. Malviviendo, como habían hecho sus padres y todos los campesinos del pueblo, para ganarse el arroz y las habichuelas, entregar un sueldo cada semana a la mezquita y pagar el morabatín.

Nada resultaba tan humillante como el morabatín. El viernes, antes de la gran oración, llegaba el recaudador y les exigía a todos el pago del tributo. Ante las tristes miradas de los notables de la morería, llenaba la bolsa de monedas y se la llevaba al alcalde. El alcalde era un rumí, un cristiano. Sin embargo, tampoco era libre. Estaba al servicio del señor, y el señor estaba al servicio del gran duque, y el duque estaba al servicio del rey. El rey, decían, era vasallo del padre apostólico, pero ambos estaban demasiado lejos para ser odiados. Ellos guerreaban más allá del mar, donde enterraban el morabatín de los sarracenos.

No era buena la compañía de los rumies. Cuando pasaba cerca de un rumí hacía la señal de la bendición y lo maldecía entre dientes con todas sus fuerzas. Lo mismo hacía cuando veía un judío, aunque a los judíos ya no se los llamaba así. Sin embargo, todo el mundo sabía que los judíos seguían siendo judíos y que les chupaban la sangre a los humildes, para pagar también las guerras del rey.

Vio una estrella que caía del firmamento; luego, una segunda. Mal augurio dos luces cayendo en tan poco tiempo: ¿eran los suyos perdiéndose por su culpa? Quizá el jeque había acertado y le había avanzado los desastres del mañana. Quizá sí. No era preciso ser adivino para saber que su vida se anunciaba mísera. ¿Que actuaría mal? Bueno, ya lo estaba haciendo, ladrón y asesino como era. ¿Que cobijaba la maldad en su interior? Pues claro, ¿qué otra cosa podía hacer en aquel mundo? ¿Que iba a huir muy lejos? ¡Ojalá!

Si podía llegar a la ciudad... Se decía que allí la gente vivía mezclada como el

arroz en el plato. Se decía que en la ciudad todos eran ricos: moros, rumies y hebreos. Que la plata corría hasta extremos inimaginables. Y que del puerto zarpaban unas galeras enormes, más grandes que el castillo de los amos de Beni Arjó. Partiendo de la ciudad, cualquiera podía navegar hacia playas luminosas, donde no había ni morabatín ni señores cristianos. De un salto se llegaba a la tierra de Granada o de Berbería, donde los sarracenos eran valientes y fuertes. Allí no era necesario hacer reverencias a ningún alcalde analfabeto. Allí todos eran hermanos.

—Ha habido hombres... —le dijo un día el alfaquí, que había leído más que el jeque o que cualquier otro— que han marchado hacia El Cairo o Jerusalén o La Meca. Muy pocos han vuelto por estos lares, y es normal. ¿Quién lo haría?

Solo una vez había visto un hayi, un hombre santo que había peregrinado y había adorado la piedra santa. Llevaba salvoconductos de todos los reyes, cristianos y sarracenos, y con ellos iba y venía a su antojo. Todo el pueblo le había tocado la túnica y le había prodigado monedas. A Saad no le había impresionado demasiado el hayi, un estirado que solo sabía hablar de Dios y de Mahoma. Sin embargo, habría dado lo que fuese por convertirse en su bastón y dar la vuelta al mundo con él.

—Existe una isla en la otra punta del mar de las Tinieblas... —le había asegurado también el alfaquí—, donde no hay sueldos, reyes ni vasallos. Eso significa, Saad, que no pueden estallar guerras. De aquel mundo no ha regresado ningún peregrino. Está tan lejos, y cuando se llega se está tan bien allí, que ni el más devoto de los hayi, aun pertrechado con centenares de salvoconductos, querría abandonarla nunca. Los torrentes bajan llenos durante todo el año y la fruta crece en los árboles. No es preciso trabajar. A aquel paraíso lo llaman la Antilla.

Si podía huir y llegar a la ciudad, embarcaría en el primer leño que marchara hacia la Antilla: buscaría una nueva vida entre jardines y gente amable, se amancebaría con las doncellas más hermosas, de las de coral y rubí, como dice el libro, y montaría las cabalgaduras más veloces para salir de caza. Nunca regresaría. Se llevaría a sus padres, si podía arrancarlos de aquella tierra miserable, y hallaría la felicidad en el otro extremo del mundo.

Escuchó fuertes ladridos. Se alarmó: le pisaban los talones. Se levantó y husmeó la oscuridad. El aire era espeso. Arrancó a correr hacia la acequia. Un resquicio de luz rompió la noche, que se abrió como un melón y dejó caer un aguacero macizo.

Un resuello acelerado se le acercó, Saad se volvió y los dientes de un perro se clavaron en su brazo. Tropezó, cayó en un charco y en un instante quedó cubierto de fieras.

—Saad ibn Suleimán —dijo la voz del cadí—, date preso... —El prohombre apartó los animales a garrotazos—. Date preso por robar y matar al recaudador. Que el Misericordioso se apiade de tu alma.

—Dice el Profeta: es Dios quien nos da la vida y es él quien nos la quita. Tú, Saad ibn Suleimán, has matado a un hombre. Has quebrantado los mandamientos y contravenido las escrituras. Hoy compareces ante el consejo de ancianos, la aljama de

los creyentes de Beni Arjó. Que el Altísimo nos ilumine.

Había hablado el alfaquí. Sus palabras resonaban en la cúpula de la mezquita. Todos los notables del pueblo estaban sentados en la alfombra, delante de él: una docena de hombres maduros, en actitud grave, de barba recortada y amplio turbante. Sus túnicas —blancas, rosadas, azuladas— estaban impolutas. Algunas las había teñido el padre de Saad. Hombres de buena posición, llevaban puñales en la cintura, con incrustaciones y caligrafías sagradas.

Todos conocían a sus padres desde que habían llegado al pueblo, quince años atrás, con una criatura llorona y hosca, de nombre Saad. Lo habían visto crecer, conocían su natural rebelde y sus tribulaciones. Todos lo habían llevado en brazos, todos habían jugado con él y lo habían visto jugar con sus hijos y sus nietos. Uno lo había enseñado a escribir, otro a moler caña, otro a amasar pan y otro a distinguir a las mujeres hermosas. Ahora tendrían que ajusticiarlo.

También él los conocía a todos. Había olvidado el nombre de algunos, porque lo que contaba en aquel mundo no era cómo se llamaba uno, sino su ocupación. Sin embargo, sabía de sobra quién era cada cual. El jeque Mohamed se contaba entre los presentes: todos lo tenían por medio loco. Allí estaban Mustafá, que sabía de pesos y medidas, un par de mercaderes, el molinero del trapiche de azúcar, el nuevo recaudador escogido para sustituir al difunto y varios campesinos ricos, dueños de ganado y de cultivos Dios sabe dónde. En el centro, al lado del alfaquí, se sentaba el cadí. Era el juez, que entre ellos imponía su ley pero se arrugaba ante los cristianos.

—Ya has escuchado las palabras del Profeta. Has profanado la ley sagrada. No tenías derecho a quitarle la vida al noble Alí Francolí, el recaudador.

—Aquello no era un hombre —murmuró Saad por debajo del bigote—, era una sanguijuela, un converso de mierda. Arruinaba a los nuestros para lamerles el culo a los cristianos. Un traidor.

—La injuria no te hará ningún bien —amenazó el juez—; ¿tenías algún motivo para matarlo?

—Sí... —El joven agachó la cabeza, avergonzado—. Era gordo y calvo. Engordaba con nuestra miseria; por eso lo maté y le robé las libras.

El cadí alzó la mano para interrumpir al joven.

—Del morabatín hablaremos más tarde. Ahora responde a la pregunta: ¿por qué mataste al bueno de Alí?

—Vosotros también me mataréis y yo no os he hecho nada.

—Nosotros no matamos. —El juez miró de refilón al alfaquí—. Solo somos el brazo ejecutor de la sharía, la ley divina.

—Aquí la única ley que cuenta es la de los rumies.

Un murmullo se propagó entre los nobles de la aljama. El alfaquí se volvió, incómodo, y recitó una azora. Los demás contestaron con la fórmula de rigor. El cadí abrió un legajo que descansaba en el suelo, delante de sus rodillas, y pasó con cuidado las páginas iluminadas hasta llegar al versículo que le interesaba.

—¡Castigo para todos los que amasan riquezas y las esconden pensando que los tesoros los harán inmortales! De ninguna manera. ¡Serán arrojados a la llama destructora!

—Podéis arrojarme a donde más os convenga.

—Eres malvado, hijo de Suleimán, malvado y descreído —sentenció el cadí—; la fortuna que has ocultado no te hará ningún bien. Ni a ti ni a los tuyos.

—¿Sois vosotros los míos?

—No lo sé. Me refería a tus padres.

Saad tragó saliva. Sabía que sus actos ensuciarían el buen nombre de sus progenitores, pero no había pensado en otros castigos, en castigos más reales. Acudieron a sus mientes las profecías del jeque. ¿Podía realmente la aljama imponer penas a los padres de un criminal? No, no podía. La ley no había sido nunca tan severa. Pero los rumies sí. Y el morabatín era suyo. Todo era suyo; sobre todo la plata que derrochaban haciendo la guerra. Vio ante sí dos docenas de ojos inquisidores. De aquellas miradas dependía que se cumpliera lo que los huesos de gorrión habían predicho. Se tragó el orgullo.

—Encontraréis el saco —confesó— en el trapiche de Almoines, entre la rebusca de las cañas. Al lado de las calderas.

Saad había salvado a sus padres, pero no había salvado la piel. Al amanecer fue conducido al cadalso. La plaza de Beni Arjó ya estaba llena de gente. Habían madrugado para ver cómo le ponían la soga al cuello y se retorció hasta ahogarse, colgado como una morcilla. El alcalde cristiano esperaba cerca del tablado. Recibió la sentencia, escrita en árabe, de manos del cadí y pidió que se la leyeran. El juez lo hizo y le entregó al reo atado de pies y manos. Los ancianos del consejo se sentaron en sus bancos, en el lado de la mezquita. La plaza descansaba sobre una pendiente y a una hora tan temprana aquel rincón estaba en sombra. Al pie del cadalso los ballesteros del señor sostenían en pie a los padres, Suleimán y Fátima. Se habían cubierto con unos albornoces gruesos y bastos y miraban al suelo. Detrás de ellos, los vecinos asistían al espectáculo con caras somnolientas. En la cuesta del castillo habían colocado un par de bancos desde donde se veía bien la horca.

El condenado fue empujado hacia arriba. El verdugo agarró al joven y esperó a que el alcalde se dirigiera hacia su banco en compañía de su mujer y de los sirvientes. Había venido desde la ciudad y quería acabar cuanto antes. Vestía los guantes de rigor, la capa amarilla en señal de tristeza y el gorro blanco como prueba de inocencia. Revisó las ligaduras, subió con el convicto encima de un caballete y le apretó el nudo en la nuca. Luego, bajó y esperó para darle la patada al caballete. El hijo de Suleimán también esperaba, aunque esperaba más bien poca cosa. Los padres esperaban un milagro, la aljama esperaba a que pasara el mal trago y la gente esperaba el final para ir a rezar.

Todos esperaban al señor, que tenía que ratificar la sentencia y que la noche anterior había llegado con el propósito de ver cómo ahorcaban a aquel joven.

Esperaron largo tiempo, y el señor no aparecía. El sol fue ascendiendo y las sombras se acortaron. Los ancianos de la aljama corrieron un poco los bancos. El alcalde se fue hacia el castillo y volvió al cabo de un rato. Subió al estrado en cuatro zancadas y anunció, con la mano en el puñal, que el señor no tardaría en salir.

Poca gente lo entendió, porque habló en la lengua cristiana. Se oyó un murmullo entre el gentío, que traducía y comentaba la proclama del alcalde. Este miró a la muchedumbre e hizo un gesto de resignación. Pegó un taconazo, dio media vuelta y bajó como había subido, con pasos firmes y decididos. Se escuchó una exclamación general, porque con los golpes de bota el caballete se había tambaleado y el reo hacía equilibrios para no caer de la estrecha tablilla. El verdugo le aseguró los pies.

Por fin comenzaron a salir colores del castillo. Las medias rojas de los pajes, el latón reluciente de los escuderos, la seda granate de las damas y los oscuros hábitos de los sacerdotes. Detrás de ellos, el señor de Beni Arjó y de Pardines, que vestía calzas ajustadas y una zamarra bordada. Debía de contar cerca de setenta años, pero parecía más joven, porque bajo el tocado no conservaba ni un solo pelo y tenía las mejillas blancas y suaves como el culo de un recién nacido. Junto al señor apareció la señora, arrastrando ropajes por el suelo y tocando el cielo con un sombrero en punta, de mucha falda y vuelta. El heredero y su hermana, ambos carilampiños de veras, cerraban el desfile: él caminaba a disgusto y ella cojeaba como tullida que era y soltaba unos berridos de posesa que asustaban.

La comitiva se instaló en los bancos. El señor llamó al alcalde y escuchó la sentencia. Miró hacia el otro lado y comprobó que ningún hombre del consejo le sostenía la mirada. Entonces, por primera vez, se fijó en el condenado y en el verdugo. Arrugó la nariz y alzó las cejas, a punto de dar su asentimiento. Y sucedió algo sorprendente. La tierra comenzó a temblar.

Quienes recuerdan aquellos sucesos cuentan cosas distintas. Unos, que solo tembló el caballete del cadalso; otros, que todo el pueblo se estremeció y que el minarete de la mezquita se derrumbó. Tal vez se derrumbara, pero lo cierto es que, pocos meses después, según afirman testigos dignos de todo crédito, aquel minarete estaba de nuevo en su lugar. Hay terceros, incluso, que sostienen que no, que no sucedió nada sobrenatural y que las habladurías convirtieron el movimiento provocado por las botas del alcalde en un terremoto que nunca se produjo.

Sea como fuere, lo cierto es que el señor no dio la orden de colgar al desgraciado de Saad, hijo de Suleimán. Se acercó al entarimado y desenvainó una espada de siete palmos, lisa y reluciente. Con ella señaló al convicto y fue recorriendo sus negras y pobladas cejas, los pómulos y los aguerridos pelos de la media barba.

—¿Qué años tienes, moro?

—Diecisiete.

—Querrás decir... —gritó el caballero, dirigiendo una sonrisa hacia los bancos cristianos— diecisiete, señor.

—Al único señor que conozco lo llevo dentro.

El verdugo se aproximó al caballete, atento a un solo asentimiento del señor para derribar las maderas. Con un leve acompañamiento del pie podía haber enviado a aquel miserable fuera del siglo. Pero el dueño de aquellos lares y de aquellas gentes no lo consintió y alejó al verdugo con unos ligeros golpes de espada.

—Eres muy insolente, muchacho. —Le hizo cosquillas en los pies con la punta de la espada—. ¿En qué época crees que vives?

—Corre el año ochocientos veintiséis.

—¿Señor?

—Del señor no lo sé... —replicó—; de la hégira, de la era de los creyentes.

Un murmullo de aprobación se alzó entre la concurrencia.

—Eres un malhechor. Has matado al hombre más valioso del pueblo y no pareces muy arrepentido. ¿Cómo puedes llamarte creyente?

—Creía en la justicia y en el jardín de los justos. Ahora ya no creo ni en el paraíso de los difuntos.

El señor de Beni Arjó y de Pardines comenzaba a divertirse. Había temido una ejecución vulgar, como tantas otras. Había imaginado a un reo meándose en el escenario, a una mujer llorosa suplicando de rodillas y a una multitud chillando incesantemente. Y, sin embargo, tras una larga serie de ajusticiamientos, se encontraba por primera vez ante un cadalso tambaleante, un ahorcado valiente y un público silencioso. Aquel joven de piel oscura era todo un divertimento.

—¿Dónde está tu mujer, vasallo? ¿Tu prometida? —Paseó la espada ante la multitud, pero una multitud de cabezas contestó que no—. Ya veo: malo, malcarado y feo, no hay sarracena que te quiera. ¿Y padres? ¿No tienes padres?

El noble los buscó con la espada. Todos los ojos se dirigieron a la cubierta pareja que se escondía detrás de los ballesteros. Hacia allí señaló también la espada. La cara de Saad se transfiguró. El alfaquí hizo ademán de levantarse y con él medio consejo. Aquello no podía ser. Fátima y Suleimán eran buena gente, obediente y devota. El señor bajó el acero y se volvió hacia el joven.

—Ya he visto que no temes a la muerte. No puedo —reconoció— castigar a tus padres por un delito que solo tú has cometido. ¿Cuál sería el peor castigo para un moro criminal como tú?

Saad no se hizo rogar.

—El peor de los tormentos sería vivir entre rumies.

—Pues sea. —El señor envainó la espada—. Te conmuto la pena. Desde hoy pasas a ser mi esclavo. Serás un perro...; qué digo un perro: serás una mesa o una silla en la casa de Pere March. Y el juguete de mi hijo Ausiàs.

Que a uno lo fueren a vivir es mucho peor. Si lo matan la condena se acaba, pero si ha de vivir, siempre será un condenado, un maldito hasta el fin de sus días.

Marta lo escuchaba. Aquel chico, el que había estado a punto de ser colgado, era aquel a quien la gente conocía como al-Quéfer —el condenado, el hombre que debía haber muerto—. Sin embargo, lo escuchaba con los ojos como platos. Saad se maravillaba de lo mucho que los abría. No merecía despertar tanto interés. No obstante, el esclavo se encontraba a gusto con aquella muchacha porque era la única persona que le prestaba atención. Sí, claro, también era esclava, sarracena como él. Un par de años más joven. Y, aunque no siempre lo entendiera, no cabía duda de que lo intentaba.

—¿Por qué mataste al recaudador, Saad?

—¿Y a ti qué te importa? —El joven la miró y enmendó el tono—. Pues porque era un traidor y una sanguijuela. ¿Sabes que cuando le asesté las tres primeras puñaladas, cuando puso aquella cara de babosa...? Déjalo. Lo maté porque de pronto dejé de ser niño; por eso lo hice... ¡Vamos! —le espetó—, pásame el cepillo.

Ella le alargó el cepillo y Saad restregó con rabia el lomo del rocín. El animal se movió un poco y el muchacho suavizó los movimientos. Marta se sentó en el banco, miró el establo de arriba abajo y observó al recién llegado atentamente, como si se le hubiera aparecido un ángel. Él continuó sin interrumpir el trabajo.

—El mundo está dividido en dos clases de gentes. Las que trabajan y las que viven. Nosotros trabajamos y así ellos pueden hacer la guerra, celebrar fiestas y hacer el amor. ¿Lo entiendes?

—¿Quiénes son ellos?

—Los rumies.

—Hay muchos cristianos que trabajan. Y los hay pobres. Aquí, en Gandía, los hay a montones, y en Valencia trabajan como hormigas.

Saad dejó de cepillar, suspiró y miró hacia el huerto. Un muro cerraba el jardín y no parecía que más allá pudiera haber nada. Era el muro de la villa, de tres cuerpos de alto y grueso como una montaña. Se acercó a su nueva compañera, se sentó en el banco y clavó los ojos en el suelo. Él también deseaba hacer preguntas, aunque no quería parecer curioso.

—¿Valencia es Balansiya?

—Sí —sonrió la joven antes de soltar una carcajada—. Pero ya nadie la llama así...; solo los abuelos y los braceros moros.

—Yo soy un bracero moro.

—Tú eres distinto.

Bien sabía Saad que era distinto. La gente no iba por el mundo a los diecisiete años abriendo en canal a los recaudadores. También sabía que era alto y delgado, huesudo y bastante oscuro de piel. Vestía una túnica roñosa y no era la clase de

persona con quien alguien se sentaba a la sombra de una higuera a conversar. Decían que, bajo la ropa, escondía una cola de tres palmos y medio. Asustaba a los pequeños y confundía a los mayores. Todos sabían que era el que debía haber muerto, una criatura robada a Dios y arrojada a los genios de la noche. No agradaba a casi nadie. Seguramente solo a los animales, como el caballo y aquellas dos mulas que un poco más allá, en el rincón del establo, entretenían el tedio masticando alfalfa.

—No es preciso que me hagas cumplidos.

—No me das ningún miedo. A mí solo me asustan los yinn, los lobos que aúllan por la noche y los caballeros cuando reniegan.

Saad esbozó una sonrisa por debajo de la nariz. No entendía cómo a alguien podían causarle pavor aquellas tres zarandajas.

—¿Has ido alguna vez a esa Valencia? ¿Allí son todos ricos?

—No, pero casi todos son cristianos.

El joven esclavo recordó las palabras del Profeta. No tengáis por amigos a judíos y cristianos, decía el libro: el que los tiene por amigos es de los suyos. Y se prometió en silencio que nunca sería amigo de un rumí. Y los judíos...; bueno, judíos quedaban pocos. Aún los había, pero se habían afeitado y cambiado el nombre para pasar por cristianos. No los consideraba ni amigos ni enemigos. Los judíos eran inquietantes.

—¿Y dónde está esa Valencia?

—Yendo siempre cuesta abajo, hacia la orilla del mar. Solo has de seguir el olor de misa.

—Pues iremos algún día, y allí tomaremos un barco y navegaremos hasta encontrar una tierra justa.

—Inshalá, Saad.

—Inshalá, Marta.

El caballero Pere March cumplió su promesa. Hacía ir a Saad de acá para allá, igual que a la otra media docena de esclavos, y cuando no quedaba complacido le asestaba unos cuantos azotes. De sol a sol, le ordenaba cargar leña, limpiar los establos y los animales, pulir las herramientas y prepararle los ropajes. Y sí el mozo refunfuñaba... bueno, al cabo de poco el muchacho aprendió que no debía protestar por cualquier nimiedad.

Los otros sirvientes le hicieron notar que el señor no era de los peores. Era como todos los barones: exageradas reverencias al rey y a los grandes del reino, enormes disputas con otros barones y fuertes garrotazos a los vasallos. A su edad la existencia le resultaba fatigosa y vivía como se suponía que debían vivir los de sangre noble. Si podía, se limitaba al cumplimiento estricto de sus obligaciones, sin ir más allá. Había pasado muchas calamidades: la guerra contra Castilla, la muerte de su primera mujer, la muerte del heredero y pestes y desgracias contra las que ni los más altos linajes podían hacer nada.

Un día el señor hizo subir al criado a su estancia. El caballero estaba tendido en la cama y se entretenía con uno de aquellos legajos que solía guardar en cofres. Sin

levantar la vista del documento, le ordenó que entrara en la recámara. Debía dar buen lustre a las dos cotas de malla, los gorjales, el capacete y los arneses de los muslos.

—Muy bien.

—Muy bien, señor —corrigió el caballero.

—Señor, ¿vais a guerrear, señor? ¿O quizá el señor solo quiere sacar brillo a los recuerdos, señor?

—Eso no es de tu incumbencia. Y no hagas el idiota o ya sabes lo que te espera.

Saad bajó a buscar los trapos, el vinagre y las grasas. Volvió a la recámara y dejó los recipientes en el suelo. Intentó descolgar la primera malla, pero era tan pesada que se le vino encima. Oyó al señor ladrar desde el lecho. El joven apartó como pudo el perpunte de hierro, se levantó y fue a disculparse. Le sorprendió que el amo no lo abroncara. En realidad, le habló como no lo había hecho hasta entonces, suavemente y despacio.

—Esos trebejos, moro, son los de la batalla de Nájera. Y son los que vestía cuando rescaté al duque Alfonso. Los llevé hasta Inglaterra, un principado que está más allá de los francos y del mar. Los usé para restituir a mi señor lo que era suyo y, más tarde, para ir en busca de su hijo.

Las palabras del caballero, o más bien lo que dejaban entrever, no serenaban en absoluto el ánimo de Saad. Aquel trato no era normal.

—El duque y yo —continuó el noble con voz cansada— somos viejos conocidos y compañeros. Le soy fiel, si he de salvarlo lo salvo y si es preciso que muera, moriré por él. Porque, por encima de todo, de la misma manera que tú eres mío, yo soy suyo, y si mañana me ordena combatir, yo tendré el arnés y las armas dispuestos. Clérigos, caballeros y labradores... —Volvió a hundir la vista en el libro—. El mundo está ordenado: no quieras tú desordenarlo.

El esclavo había escuchado con atención. Se encerró con aquellos hierros tan preciados y los dejó más rutilantes que la luna. Podía darse por bien pagado porque no había recibido ni un solo pescozón. Sin embargo, algo le decía, en el fondo, que las palabras del amo eran mucho más hirientes que cualquier azote.

El mundo del pequeño Ausiàs no era en absoluto ordenado. Aquel niño tenía un temperamento desquiciado, con altibajos. Sabía que era el último de una gran familia y que, cuando su anciano padre faltase, dispondría de un patrimonio que la mayoría de los hombres no podían siquiera soñar. Sería dueño de casas solariegas en las alquerías de Beni Arjó y de Pardines, del palacio de Gandía donde ahora residía, de un albergue señorial en Valencia y de rentas, censos y posesiones por todas partes. Apenas acababa de cumplir nueve años y ya sabía a ciencia cierta que sería un hombre rico y poderoso, lo cual, claro está, lo llevaba a comportarse de modo insoportable.

Del mismo modo que todo el dinero del mundo no lo hacía feliz, también lo volvía desconfiado. Sus padres, mayores y patricios, invertían caudales y criados en evitar la compañía del hijo. Lo conseguían, porque no andaban escasos de reales y

domésticos. El pequeño Ausiàs, aunque detestaba esa actitud para con él, no dejaba de comprenderla. Lo que no entendía de ninguna manera era por qué a pesar del dinero y la posición les había caído encima la desgracia de Peirona, aquella hermana tullida y dura de oído. En resumidas cuentas, parecía que aquel niño lamentara haber nacido en el momento y el lugar equivocados.

La fiesta de San Juan celebraba la noche más corta del año. Todos los mozos y donceles tenían por costumbre rondar por las calles haciendo el gamberro. Saad recordaba cómo en la infancia había quemado grandes pilas de paja en la plaza, creyendo que no existía fiesta más alegre. En la villa cristiana el festejo era muy similar: se levantaban hogueras por todas partes y los pequeños cantaban durante la noche entera y se rociaban con agua que, según se decía, otorgaba larga vida en aquella noche tan breve. La diferencia consistía en que, de vez en cuando, alguien aparecía con un muñeco de trapo, relleno de hojarasca, y quemaban al moro. Cuando, pasada la medianoche, comenzaron a lanzar gatos vivos al fuego y el hedor de piel calcinada atufó las calles, Saad pasó de ver niños a ver pequeños cristianos.

—Tú serás mi escudero. —Ausiàs invistió a su esclavo con un bastón, pero enseguida cambió de parecer—. No, mejor: tú serás el corcel que me lleva a la gloria. Y Peirona —dijo como a regañadientes, mientras observaba la figura combada que los seguía—, Peirona será la princesa.

El pequeño March había convertido de veras a Saad en su juguete preferido. El muchacho no podía hacer nada. Callaba y cumplía casi todo lo que se le pedía.

—¡Mira, Saad, un Martorell! —En efecto, por la esquina opuesta había aparecido otro niño, Galcerán, un Martorell—. Dame la lanza y lo derribaré. O mejor. —Otra ocurrencia acudió a la cabeza del pequeño March—. Pasa primero por encima de la hoguera. ¡Será mucho más heroico!

—Amo, no puedo pasar por la hoguera. Vuestro padre no querría.

—¡Deja en paz a mi padre, cobarde!... A él le basta con su duque y sus guerras de hace siglos.

Saad procuró hacer entrar en razón al chiquillo. Si atravesaban la hoguera se chamuscarían los dos. A él le caerían unos cuantos garrotazos, y al muy gentil Ausiàs un par de sopapos. El pequeño, absorto en sus fantasías, insistió e hizo uso de la falsa lanza para acompañar sus deseos. En plena discusión, el caballero Galcerán irrumpió en escena, clavó una leve lanzada al muy noble Ausiàs y corrió calle abajo profiriendo gritos de victoria.

El pequeño rompió a llorar. Esa no era forma de jugar, bramó entre sollozos. Era una deshonra para el escudo de los March y para la dama.

—¿Qué dama, mi señor? ¿Peirona? Pero si no se entera de nada...

—¡Déjame, moro asqueroso! —Se enjugó las lágrimas y, aún jadeante, mudó el semblante—. Ahora he de rezar. Vete.

—Escuchad, si hay que rezar podemos hacerlo juntos.

—No, no, eso no estaría bien. —El niño dudó—. ¿Tú también tienes Dios? ¿Y le

rezas?

—De vez en cuando. Muy poco. —Se acercó a su oído—. Es que creo que no me escucha.

—Ah... —dijo Ausiàs, como si aquello lo explicara todo—. Pues ya que no te escucha, déjame a mí. Puede que a mí sí me escuche. Tú —ordenó, señalando a su hermana— lleva a la dama a palacio.

—Muy bien, señor.

Saad se encontró con un sirviente de los Martorell, que también andaba por allí haciéndose cargo de los niños, y le rogó que vigilase al pequeño March y lo llevara a casa. Le ofreció el brazo a la impedida y, con paso calmo, la acompañó hacia la casa de los March. De camino, se entretuvo mirando las hogueras y las sombras infantiles que se recortaban en las fachadas. Cuando llegó al casal, le pidió a Marta que acostara a Peirona. Tuvo que hacer un esfuerzo para desasirse de la mano de la doncella, que se aferraba a su brazo. Luego, se dirigió al establo, se hizo un hueco en la paja y, como siempre, deseó larga vida a los animales de la creación; a los que no le hacían ningún daño.

Poco después de empezar a servir en casa de los March, Saad tuvo ocasión de conocer a una persona sorprendente. Se trataba en realidad de un huésped del gran duque Alfonso, pero como los March eran hombres de letras y en el palacio ducal los ánimos andaban muy revueltos, el hombre fue acogido en el casal del señor de Beni Arjó. Se trataba de un brujulero y maestro de cartas, es decir, un sabio que dibujaba las tierras y los reinos del mundo.

El hombre había llegado procedente de Barcelona, donde trabajaba trazando mapas para el rey. No había nacido, sin embargo, en aquella ciudad. Saad pronto supo que aquel personaje tenía dos peculiaridades. Una, que era judío o, mejor dicho, antiguo judío, porque cuando él y los suyos habían sido atacados se había bautizado y había adoptado el nombre de Jaume Ribes. Muchos lo llamaban aún maese Jaume de Mallorca, porque había vivido en aquella isla hasta que los disturbios lo obligaron a marcharse.

La otra singularidad era que viajaba siempre con su madre, una mujer muy vieja y silente que vestía de negro. Desde que la pareja llegó, los rumores se propalaron entre los muros del casal. Unos decían que la madre era en realidad la concubina del maestro. Sin embargo, ambos eran ya mayores y cualquiera que conociera los caminos del amor se daba cuenta de que aquello era una falsedad y una tontería. Otros sostenían que, habiendo perdido maese Ribes a su familia, la madre era la única persona querida que le quedaba. Y había incluso quien murmuraba que, siendo judíos, la madre debía acompañar siempre a su hijo y dejarse chupar la sangre al anochecer, que así era como los de aquella raza se volvían más listos y traidores que nadie.

Sea como fuere, el viejo Pere March los acogió y, por si acaso, celebró su llegada con una misa extraordinaria en la capilla señorial. Luego, echó al escudero y la

mayordoma de sus habitaciones para alojar a los huéspedes, lo cual no les hizo ninguna gracia a los afectados ni tampoco al resto de los criados, que solían aplaudir siempre los juicios de los dos lacayos principales. Sin embargo, el señor era el señor y la única palabra válida era la suya. Tampoco fue del agrado de Saad que el señor le ordenara subir a preparar la habitación del invitado, pero el señor era el señor.

—Oiga, buen maestro... —Era la primera vez que el joven hablaba con un judío y no sabía cómo dirigirse a él—. ¿Dormiréis en la cama?

—Sí, lo tengo por costumbre. —Maese Ribes le dedicó una sonrisa cansada y la cara se le llenó de arrugas, como le sucede a la gente que ha sufrido mucho—. Y una buena manta tampoco me iría mal.

—¿Manta? Ah, claro... Y... ¿y una bacinilla? Para... para...

—La vejiga también la descargo, como todo el mundo.

El cautivo se marchó y reapareció al cabo de poco con todo lo necesario. El sabio ya andaba en sus cartas, desenrollándolas sobre la mesa y sacudiéndoles el polvo. Saad las miró de reojo. Maese Ribes, sin volverse, adivinó el interés del joven.

—¿Quieres ver las cartas, muchacho? —Saad abrió los ojos, sorprendido—. Nosotros tenemos ojos en el cogote, ¿no lo sabías?

—¿En el cogote?

—Sí, en el cogote. Mira, ¿ves estos esbozos?

El maestro, sin hacer caso de unas aprensiones que debían de resultarle más que familiares, le mostró uno de los portulanos.

Saad no pudo frecuentar al cartógrafo porque este se llevaba los rollos a la corte ducal y pasaba allí todo el día. Debían de hablar de cosas importantes, pensó, porque el viejo Alfonso no dedicaba tanto tiempo a asuntos baladíes. En una ocasión, al subirle las vituallas para el viaje, sí pudo verlo antes de que se marchara. Estaba sentado en la cama y hablaba con su madre, que se acurrucaba en un banco. El joven pensó que era su última oportunidad de abordarlo.

—Oiga, maestro...

—¡Anda! —lo interrumpió la madre—, qué oscuro es este niño, ¿verdad?

—Madre —la cortó afectuosamente el brujuero—, no incomodes al chico. Dime, muchacho, dime.

—Esto... vos no... ¿no habréis viajado a la Antilla?

—¿La Antilla? ¿De dónde has sacado ese nombre?

Saad empleó un tono más agresivo.

—¿Habéis estado allí o no?

—Platón habla de ella en el Timeo y Homero también dice algo... Parece que los portugueses están interesados en semejante territorio.

Saad no soltaba los panes y los quesos que llevaba en los brazos.

—Y todos esos amigos vuestros, ¿qué dicen de la Antilla?

Maese Ribes empezó a recoger los rollos y a meterlos en un saco.

—Bueno, es una tierra desconocida de la que no se sabe gran cosa. Para algunos

es el paraíso, o la vieja Atlántida. Los antiguos contaban que allí fue confinado el gigante Atlas, el mismo que sostenía el mundo sobre sus hombros. Los navegantes portugueses dicen que unos obispos suyos llegaron hasta allí, donde se acaba la mar oceana, y fundaron siete ciudades.

—¿Y cómo se llega hasta allí?

—Pues de ninguna manera, hijo, de ninguna manera. Podrías embarcarte hacia poniente, navegando días y noches sin reposo, y tal vez no encontrarla nunca. Esa tierra la dibujé yo en un mapa, pero...

—¿Dónde está ese mapa?

Maese Ribes se quedó parado, como aturdido. Posó los ojos en su madre —que le devolvió la mirada con compasión—, apiló el saco y los mapas sobre la cama y dejó descansar la cabeza entre las palmas de las manos. Suspiró.

—La carta ya no es mía —dijo, mientras comenzaba a ordenar las cosas de nuevo—, pero, si algún día pasas por Barcelona, podremos hablar de la Antilla y de muchas más cosas.

—No me asusta cruzar la mar —aseguró Saad—; yo, ¿sabéis?, he matado a un hombre.

—¿A un hombre dices? —El maestro arqueó las cejas y tragó saliva. Un velo parecía cubrirle los ojos—. Pues no mates más, hijo, no mates más.

El sabio se levantó y le puso la mano en la espalda. Antes de que la hubiera retirado, se le acercó también la vieja judía y le estrechó el codo. Saad notó que el cuerpo se le agarrotaba y los brazos le fallaban. Los panes, los quesos y todo lo que llevaba cayó al suelo. Se despabiló, recogió las vituallas tan bien como pudo y las dejó en la mesa. Dio media vuelta y, al salir de la estancia, aún pudo oír a la vieja mujer hablando.

Saad advirtió la bondad que destilaba aquella insólita pareja, algo que no lo reconfortó. Realmente, los judíos eran gentes inquietantes.

Se apreciaba enseguida la fragancia dulce y penetrante de las naranjas y los limones. Los vendedores pregonaban sus virtudes como si fuera la última vez que iban a vender aquellos montones de fruta redonda y coloreada, dispuesta en pilas perfectas. Más allá, entre un mar de túnicas blancas, había cestas rebosantes de avellanas, almendras, pasas e higos secos. Al otro lado, aceitunas verdes, y negras, y amarillentas —gordas o pequeñas o alargadas—. La gente mayor hurgaba, escogía, cataba y escupía los bocados bajo la atenta mirada de los campesinos.

Saad se adentró en el mercado y llegó al estrecho pasillo donde el azafrán, las pimientos y el orégano embalsamaban el aire. Era la primera vez que se acercaba a la morería, y se sentía a sus anchas. Reconocía aromas y lenguas. Los ruidos y los perfumes procedentes del río de Alcoy, de las alquerías y los huertos, llegaban hasta el barrio de l'Assoc, paredaño con las murallas de Gandía. También había granadas de Andalucía, dátiles de Berbería y clavo de oriente. Saad regresaba a la infancia y una gran emoción le teñía las mejillas. Hubiera querido abrazar a toda aquella gente,

hubiera querido adueñarse del griterío, el aliento y el fragor del mercado y conservarlos en su poder para siempre.

Marta corría detrás de él procurando no perderlo de vista, porque si el esclavo se escapaba ella pagaría las consecuencias. Saad lo sabía y no tenía intención alguna de huir. Debía encontrara Raísa la herbolaria. Solo había que seguir el aroma del margallón, el romero y la carrasca, que era lo que recogía aquella mujer para venderlo en todas las ferias de la comarca. Dejó atrás el mundo de los especieros y aquellos intensos olores que todo lo invadían y se internó en el cementerio. Los vendedores más humildes convertían las losas en inmejorables mostradores; en las lápidas, colgaban las ristras de ajos y cebollas.

En aquel bazar improvisado, los espíritus de los difuntos reposaban en plena comunión con el alma mercantil de los seguidores del Profeta. Fue allí, en el extremo más arbolado, donde tropezó con el aroma silvestre, como de montaña, que ansiaba reconocer. Allí estaba, claro, Raísa, quien al verlo abrió los ojos y se llevó la mano a la boca.

—¡Hijo de Suleimán!

El joven la saludó con naturalidad, como si la tratase a diario.

—Salaam aleicum.

—Pero... pero, Saad, ¿no te das cuenta de que cometes una imprudencia? —La herbolaria se secó las manos con el ribete del velo, agarró al joven y lo arrastró hasta la sombra de un algarrobo—. ¿Y esa? —preguntó, señalando a Marta.

—Nada, nada. Es de buena pasta. —Saad se le acercó al oído—. Oye, ¿han venido mis padres?

—Pues ahora que lo dices... —La mujer levantó el dedo—. Creo que tu padre... Sí, el viejo Suleimán me dijo ayer que traería sus telas de colores... ¿o dijo que lo haría la próxima semana? Ven, ven, vámonos de aquí, no vaya a ser que te atrapen los notables de Beni Arjó, o los hombres del señor, y...

Dejaron a Marta con las plantas. Saad acercó el pulgar y el índice para indicarle que solo sería un momento y le guiñó un ojo. Bajaron hasta el río y por las traseras del mercado entraron en un patio de la morería. Raísa lo condujo por un corredor, subieron a una azotea y allí encontraron a una amiga suya que tendía ropa. La herbolaria habló con ella y les pidió que esperaran: procuraría encontrar al tintorero.

El viejo Suleimán no tardó mucho en aparecer. Cuando llegó a la terraza, un sol exacto lo deslumbró; corrió hacia la primera figura humana que vio. La lavandera se asustó y comenzó a chillar y el tintorero advirtió su error. Volvió la cabeza a uno y otro lado intuyendo apenas las formas que lo rodeaban. Finalmente, descubrió a su hijo sentado en una caja, en un rincón de sombra. Corrió hacia él con los brazos abiertos y los ojos húmedos.

Saad no se levantó; simplemente, dejó que su padre lo abrazara. Hacía ya algunas semanas que no lo veía y era incapaz de devolverle el abrazo. No sabía qué hacer con las manos, hasta que agarró las mangas del padre y lo apartó, poco a poco. Lo hizo

sentarse delante de él y ambos se miraron fijamente durante un instante. Saad bajó la vista y se entretuvo rascándose la sandalia.

—¿Madre... se encuentra bien?

—Es tu madre. —El tintorero apoyó sus renegridas manos en la rodilla de su hijo—. ¿Cómo quieres que esté? Te echa de menos. Te echamos de menos.

—No puedo veros. —Saad continuó jugando con la sandalia—. Ya sabéis que soy un cautivo, y ahora pertenezco al señor.

—El caballero no es mala persona, hijo. Quizá si le suplicáramos, si le hiciéramos entender... ¡Él también tiene hijos!

Saad no estaba para arrodillarse ni para doblegarse aún más a la graciosa voluntad de su amo. Negó con la cabeza. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que la lavandera había desaparecido. Estaba a solas con su padre. Permaneció durante un buen rato en silencio, con la cabeza gacha, hasta que Suleimán volvió a hablar para pronunciar unas palabras aún más humillantes.

—¿Y si te hicieras cristiano? —Saad lo atravesó con ojos de lobo y respiró profundamente—. Quiero decir que... si fueras uno de los suyos confiarían más en ti y... y dejarían que tu madre y yo...

—¡Basta ya!

Al hijo se le ensombreció el semblante. Le venían a la cabeza las negras premoniciones del jeque. La sangre le hervía, sus ojos echaban chispas y no pudo evitar que su mano se alzara contra su padre. El tintorero se encogió, esperando el golpe.

—¡Saad, Saad! —Era Marta, que llegaba como caída del cielo, agitada y jadeante—. ¡Los domésticos... la mayordoma y unos sirvientes! ¡Los criados de los March te buscan!

El joven, conteniéndose, dejó caer el puño contra su propio pecho y se levantó. Volvió a asaetear con los ojos a su padre, frunciendo el ceño y con los puños aún cerrados. El buen hombre se refugió detrás de Marta; mientras se ajustaba el turbante como podía, señalaba a su hijo con un dedo tembloroso.

—¡No es malo, no! —le decía con vehemencia a la muchacha—. Es que... ¡es que los yinn le han robado el alma!

Con un ademán brusco, Saad empujó a Marta escaleras abajo, y de prisa y corriendo y a empellones la condujo hasta el río. Una vez allí, aflojó el paso y se dejó caer en una piedra grande y plana. El cielo empezaba a oscurecerse y le pareció que aquel asomo de tinieblas le anunciaba un mañana cautivo. Arriba quedaban la muralla de la villa y la puerta del Tossal, que presto cerrarían. Hacia poniente, el Mondúber y la sierra Grossa vigilaban el valle. Hacia el mediodía, las montañas de la Safor o del riscal eran gigantes que impedían la huida a tierras hermanas y felices. Una prisión, pensó.

La oscuridad era su único consuelo. Cuando volviera a ver a los suyos, se juró, lo haría al anochecer, cuando la luz era tenue y no iluminaba grandes verdades porque

era escasa y valiosa, cuando las almas eran profundas, sutiles y misteriosas, se mostraban desnudas. Marta no pensaba lo mismo, pero le cogió la mano. Aquel resplandor agónico era todo lo que quedaba del día, y eso la hacía sentirse contenta. A partir del día siguiente, se juró, cambiaría las bruscas maneras del hombre que debía haber muerto. Cuando saliera el sol, todo sería distinto, sin gigantes ni genios ni bestias salvajes.

Saad no cambió. Marta tampoco perdió aquellos ojos curiosos y llenos de esperanza. Lo que sí se trastocó fue el pequeño mundo que los hermanaba, porque Pere March, el viejo caballero, resolvió que la familia entera, con los domésticos, pasaría el verano en el casal de Beni Arjó. Todos, excepto Ausiàs y Saad: el doncel residiría durante algún tiempo en el palacio de los duques, donde los jóvenes nobles de aquellos lares recibían su aprendizaje. De modo que ambos, el pequeño amo y el moro cautivo, se instalaron en la corte de Alfonso el Viejo.

El albergue de los duques era la cosa más grandiosa que habían visto hasta entonces. Se hallaba intramuros de la ciudad, cerca de la iglesia, y su fachada no resultaba particularmente ostentosa. Saad había visto a menudo amplios arcos como aquel, sobre macizas puertas de hierro. El único indicio de que los moradores del palacio pertenecían a una de las más altas estirpes del reino era el escudo con las cuatro barras de Aragón que lo coronaba. Había que entrar al patio de armas para cerciorarse de que, ciertamente, allí residía el segundo o tercer hombre más grande del reino, un patricio que era nieto de rey, sobrino de rey, primo de rey y tío de reyes.

En el patio ducal había mulas y caballos aparejados y desarmados; allí se mezclaban caballeros, donceles y escuderos, gritándose y riendo; las sirvientas hacían cola en el pozo, bajo la escalera, y acarreaban agua de un lado a otro. Del establo salían lacayos andrajosos con relucientes cabalgaduras; de la capilla, curas y algún prelado, y en la puerta de la torre estaban apostados los lanceros que custodiaban la prisión. Para Saad aquello era una feria de acero templado y hachas, cuero oscuro y curtido, negro de sotana y herrumbre de malla y de candados: una estampa muy distinta del baile de túnicas claras y frutas frescas de las morerías.

—¡Cuánta caballería! —exclamó Ausiàs.

—Cuánto hierro y cuánta pretensión... —masculló el sirviente.

En lo alto de la noble escalera asomaba la cabeza un mundo que aún se les escapaba a los dos. Las damas de la corte, engalanadas con sombreros de mucha falda y vuelta y cofias de seda, se reclinaban en los petriles, flanqueadas por las túnicas de los procuradores, las gorras infantiles de satén y las zamarras bordadas de los prohombres. Los corrillos que se formaban junto a las esbeltas columnas y los flamígeros ventanales, sugerían, solo sugerían, la generosa abundancia de refinamientos y riquezas que deambulaban por las estancias del piso superior.

—Venid, venid —les dijo un hombre barbudo, de calzas abullonadas y túnica ceñida—. Yo soy el mayordomo, pero aquí se me conoce como el Bordegás.

Lo llamaban así, explicó, porque era el hijo bastardo del gran duque y de una sirvienta, y añadió que estaba muy orgulloso de su nombre y de su condición. Acomodó a los dos recién llegados en la planta baja, en la espaciosa cámara del servicio, cerca de la cocina. Ausiàs se quejó diciendo que aquel no era lugar para él, que no le correspondía dormir en compañía de mujeres vulgares y de hombres de baja

estofa. El Bordegás arqueó las cejas y le contestó que dormiría allí tanto si quería como si no. Allí habían descansado capitanes, monjes y predicadores, y no sería un mocoso quien desdeñara aquel lecho glorioso. El pequeño comenzó a lloriquear y no paró hasta el anochecer.

El aprendizaje de Ausiàs, por fortuna, comenzó al día siguiente, y las ocupaciones lo distrajeran de su desdicha. Un fraile de Cotalba, quien conocía bien a los March, se hospedaba en la casa ducal. Era un hombre delgado y seco, poco acostumbrado a las criaturas, pero que sabía de letras. Se ofreció a enseñarle al pequeño latín y otros conocimientos propios de la Iglesia, y fue él quien inauguró, sin demasiado ceremonial, la formación de un mocoso indomable y apesadumbrado.

El bueno del fraile hizo lo que pudo para que el pequeño aprendiera las primeras nociones de gramática. Sin embargo, ni los evangelios debían ser la lectura idónea para tan delicada misión, ni la santa paciencia del padre benedictino parecía bastar para una criatura de natural tan rebelde. Llevaban pocas horas en el escritorio cuando el religioso fue en busca de Saad.

—Tú eres un sirviente de los March, ¿verdad?

—Me temo que sí.

—Pues a ver si me ayudas con tu pequeño señor —dijo, desabrido, el fraile—. De su mano y de su pluma a buen seguro no saldrán nunca tres palabras seguidas, pero... —prosiguió, encogiéndose de hombros— de alguna forma tendremos que enseñarle a leer contratos de arrendamiento o a contar los censos, ¿no?

Con la presencia de Saad el pequeño señor se aplicó a la tarea con más interés. Y el fraile también. El esclavo mudaba el semblante cuando tenía delante un manuscrito —los evangelios cristianos, la gramática latina o las vidas de santos, igual le daba—. Ante las letras y los dibujos, se le aplacaban los demonios. La magia de la escritura lo fascinaba y era capaz de contagiar esa pasión al más obtuso de los analfabetos. Cuando llegaron los primeros ejercicios de lectura, el mocoso noble y el rudo moro emprendieron juntos la aventura y, cuando días más tarde se sumergieron en el mundo de la caligrafía, también lo hicieron a dúo.

—Tú ya sabías leer, ¿verdad? —preguntó el de Cotalba.

—Bueno, nuestro libro sagrado; pero estas letras son distintas.

—Es cierto que lo son. Yo no entiendo vuestra algarabía. —El benedictino se volvió y le soltó un pescozón a Ausiàs—. Cuando acabemos con el latín y el vulgar, ya verás: empezaremos con los garabatos de los sarracenos.

El pequeño, sorprendido, miró a Saad. Nada le habían dicho acerca de que tuviera que aprender las letras sarracenas. Aquel al que llamaban al-Quéfer pensó que no le iría nada mal a aquel vástago de rumí conocer la lengua del Profeta. Quizá así no caería en la soberbia de su padre. El condenado apretó los labios, tragó saliva y negó con la cabeza: la amenaza del fraile no había sido sino una broma.

Pasó el tiempo y fueron sucediéndose los tutores y maestros de Ausiàs. Llegaron también otros hijos de familia ilustre, como los Martorell, los Roís de Corella y algún

notable bastardo de la villa ducal. Las lecciones se trasladaron al jardín de los juncos, a orillas del río, siempre dentro del recinto señorial. Con la llegada de dos jóvenes herederas, alguien concluyó que la compañía de aquel proscrito no era conveniente. Saad, pertrechado ya con los rudimentos de la escritura cristiana, fue expulsado de la escuela.

Mientras la flor de la aristocracia gandiense se instruía, Saad disfrutaba de una libertad que no había gozado hasta entonces y se entretenía ganduleando por el patio. De vez en cuando, lo requerían para que ayudara en las tareas de la corte. Un buen día, mientras barría sin prisa los escalones de la noble escalera, advirtió que una curiosa pareja se fijaba en él.

—Este es el hombrecito que quería mostraros —dijo una voz de mujer—. ¿Os gusta este?

—Feroce, feroce.

Saad no alzó la cabeza. Medio de reajo, los observó discretamente. A él no lo conocía de nada: capirote bordado, peluca rizada, blusa abierta y calzas ceñidas, teñido todo de un rojo vivo jamás visto en aquella ciudad. Llevaba un par de pergaminos enrollados bajo el brazo.

Ella era la señora más conocida y temida de Gandía: la duquesa. Iba, como decían las malas lenguas, a medio vestir. Llevaba una falda larga con rasgones hasta arriba para exhibir las piernas. Resultaba difícil saber cómo era su cara, pues la cantidad de pinturas y ungüentos que le rebozaban el rostro lo impedían. Saad pensó, como pensaba todo el mundo salvo la dama, que disfrazarse de aquella forma era una vergüenza, sobre todo pasada la sesentena.

—¿Cómo te llaman, moro? —La duquesa se le acercó y le tocó el brazo con un dedo escuálido—. Pues ya lo tenemos, ¿verdad? No es preciso que busquéis más, maestro. Ni en Florencia encontraríais un ejemplar como este. ¿En qué casa sirves, esto...? —La señora volvió a tocarlo y Saad retrocedió—. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Me llaman Saad y sirvo en casa de los March.

—Bien, Saad. —La duquesa asintió—. Deja la escoba. Ya tenéis el busto que queríais, amigo Sissino.

Al joven cautivo le tocó sentarse en un escabel y dejarse escrutar por aquellos penetrantes ojos, día tras día. La mayor parte del tiempo Saad no hacía otra cosa que permanecer quieto y dejarse dibujar en todas las posturas imaginables. Terminados los esbozos, el florentino mandó que le trajeran una pella de arcilla y comenzó a modelar la cabeza de Saad. De vez en cuando, se acercaba a su cara y el muchacho notaba su aliento en los oídos o en la frente mientras le estudiaba las facciones. Saad comenzó a sospechar que el maestro alargaba las sesiones tanto como podía y, más de una vez, añoró el brusco trato de su primera cautividad.

Tenía que actuar deprisa. Saad dejó atrás la puerta del Tossal cuando el sol se escondía detrás de las montañas. Sabía que disponía de muy poco tiempo antes de

que fuera noche cerrada y echaran los candados. Corrió hasta el arrabal de los moros y llegó a un callejón sin salida donde encontró la casa que le habían indicado. Llamó con insistencia y le pareció que la casa se tambaleaba. Escuchó un débil lamento y unos pasos que se arrastraban hasta la puerta. Mercuria en persona le abrió. Vestía de arpillera y se cubría la cabeza con un velo hecho un gurrúño. Masticaba espumarajos con sus despobladas encías y fruncía el ceño.

—¿Mmmm? —La vieja no era pródiga en palabras.

—Quiero que me liberes. Del maleficio.

—Mmmm.

La hechicera lo hizo pasar, moviendo la cabeza con resignación. Se sentó en una alfombra y acercó un candil. El joven comenzó a lamentarse de su condición, de su pasado y de las maldiciones que pesaban sobre él. Cuando hizo una pausa, ella aprovechó para, con un ademán, indicarle que se sentara en el suelo, delante de ella. Saad lanzó un bufido y cayó derregado como un saco de huesos. Mercuria alargó el brazo hacia un bulto, lo desenvolvió y sacó tres fetiches ennegrecidos. Sabido era que el Profeta había prohibido semejantes imágenes, pero todo el mundo conocía los poderes de la bruja de Gandía. No había cadí que se atreviera con ella.

Colocó las estatuillas en el suelo. Eran tres, dijo, los yinn que lo acechaban: uno amenazaba al propio Saad, otro a sus padres y el tercero a su pueblo. ¿A cuál de ellos era preciso destruir? El joven dudó. La elección no era fácil.

—¿Solo podemos deshacernos de uno?

—¡Mmmm! —Gruñó la hechicera, afirmando enérgicamente con la cabeza—. Pero a ti podemos protegerte de otra forma.

—Pues acaba con el espectro de mis padres. Conjura el embrujo que padecen y destruye la sombra que los atormenta.

—No puedo hacerlo —sentenció la mujer con una sonrisa desdentada—. El maleficio eres tú. Los genios no hacen sino obrar a través de ti.

Saad cogió bruscamente el primer ídolo, lo sostuvo a la altura del pecho y lo escrutó con desconfianza. Era de veras malvado: le habían injertado dientes y cabellos de persona. Puede que lo hubiera hecho la propia bruja. Lo lanzó con fuerza contra los otros genios y los tres cayeron al suelo derrotados. Saad los miró con disgusto.

—¡Esto es una farsa! —exclamó el joven, haciendo el ademán de levantarse—. No pienso pagarte ni un real.

—Hijo de Suleimán...

—¿Cómo sabes...? —Saad la miró fijamente y volvió a sentarse—. ¿Cómo sabes quién soy?

—Lo que sé es que me necesitas, al-Quéfer. —La sortílega enderezó los genios—. Primero te protegeré a ti; luego, nos ocuparemos del maleficio de tus padres.

La vieja le ordenó que se quitara la túnica. Desapareció y volvió con un recipiente de barro que calentó con el candil. Quemó un sándalo dulce y, cuando el perfume

impregnó la casa, metió los dedos en el recipiente. Saad notó el bálsamo caliente en la espalda y el cuello y luego, la ceniza de sándalo. Mercuria le hizo lo mismo en las piernas hasta la punta de los dedos. El joven notó que un ardor lo invadía y que su cuerpo desprendía un aire gélido y pestilente. Se vistió.

—¿Qué clase de marranada es este unguento?

—Mmmm —murmuró la mujer por toda respuesta. Sin mirar a su cliente, cogió uno de los muñecos y lo enterró en un agujero—. Ya está; ahora solo tendrás que conocer mujer.

—¿A qué mujer? —inquirió el joven, y sin saber cómo ni por qué fue Marta la que le vino a las mientes.

—Será la que corresponda. Vendrá a ti y a tu unguento. Y después... quedarás libre de los males que llegan de afuera.

Saad se rascó las piernas. Aquel potingue parecía hecho de ortigas.

—¿Y qué pasará con los de dentro?

—Esos dependen de ti y del Altísimo y Misericordioso. Solo Él o tú podréis callar a la bestia que llevas en las entrañas... —La vieja bajó la voz—. Con la muerte, claro; pero la muerte se muestra escurridiza con algunos hombres.

Concluyeron, porque Saad notaba que la oscuridad lo invadía todo y no podía retrasarse. La hechicera cogió el genio de los padres, lo pasó por encima de la llama y lo embadurnó de polvo. Le preguntó al joven los nombres de sus padres y lo obligó a repetirlos tres veces en voz alta. Aquellos serían los nombres que quedarían protegidos, y no otros. Saad asintió e, impaciente, pegó un brinco hacia la puerta.

—¡Eh! —lo detuvo la mujer— ¿No olvidas nada?

El cautivo se sacó dos sueldos del bolsillo y los lanzó en la penumbra. La hechicera ni siquiera los miró. Masticaba saliva y mantenía la vista clavada en Saad, como si penetrara en su alma.

—Tu gente... ¿quieres que tu gente se pierda?

—Mi gente puede irse a tomar por saco. No sé ni quiénes son.

—Muy bien —respondió la vieja mientras volvía la mirada hacia el tercer genio—. Que se pierda el pueblo entonces.

Toda Gandía, todo aquel que era alguien —el que compraba y vendía, el que regía tenencias, el que mataba y moría testado—, estaba en aquella sala. Bajo el envigado del Salón de Honor, Alfonso el Viejo había reunido a barones del reino, damas y caballeros, hombres de letras y artistas, para festejar sus setenta y cinco años. Los invitados subían a oleadas por la gran escalera, franqueaban el pórtico, entraban en la estancia y se repartían por los bancos y los poyos de los ventanales. Otros, de pie, se acercaban a las vidrieras emplomadas y admiraban el río de Alcoy, que, bañando los cimientos de palacio, remoloneaba hacia el mar.

Todo el que entraba en el salón noble sabía que el duque quería repudiar a su mujer. Doña Violante, que a sus años no dejaba de atesorar adulterios, era la comidilla del lugar. También eran públicas las desavenencias entre Alfonso el Viejo y

su hijo y heredero, Alfonso el Joven: años atrás el caradura del padre había salido de prisión dejando a su hijo en prenda. Todos habían aceptado semejante componenda, pero eso no apaciguaba el reconcomio que sentían por participar en la fiesta. Un patricio era un patricio y eran muy pocos los que podían celebrar los tres cuartos de siglo. Los señores de Beni Arjó y de Pardines también habían acudido a la fiesta, él con el immaculado tocado sobre la calva y la pelliza bordada, y ella con una capucha puntiaguda y unas enaguas largas y pesadas.

También se hallaba presente Martorell padre, hinchado como un pavo real porque lo acababan de nombrar recaudador del reino, lo que le permitiría postergar el pago de sus numerosas deudas. Su mujer se había colgado del cuello y de las orejas todas las joyas que no había conseguido venderles a los judíos. Como el resto de los invitados, aquel par había dejado a los hijos en casa y las espadas en la puerta. El duque lo había dejado bien claro: en su fiesta no iba a permitir ni llantos ni más allá de un par de puñetazos.

Era una noche para presumir de belleza y arrumbar las discordias. Los Vilaragut de Olocau se habían rizado y oscurecido el pelo. Los más talludos se habían teñido también las barbas, tratando de esconder las arrugas y cacarañas del rostro. Sus acompañantes descollaban por lucir unas mejillas enrojecidas, a punto de sangre debido al cristal con que se habían frotado. Se habían arrancado el vello de la cara y se habían pintado la raya de los ojos con carbón. El polvo de azafrán o la lejía en ciertas carnes, y el vidrio, el azufre o la madre del vino en los lugares más visibles, obraban verdaderos milagros. Un buen escote y los pechos comprimidos, si era preciso hasta el punto de anunciar unos pezones pintados, también ayudaban. Y, como colofón, una cabellera trenzada y recogida, áurea como el sol; mechones de difunta, por supuesto.

Era público y notorio que el otro gran clan de Valencia, los Centelles, no disponía de mujeres tan emperifolladas. Se veían condenados, pues, a confiar en los excesos masculinos. Se reunieron en el extremo opuesto de la sala. Lo habían intentado todo para conseguir un cabello más rizado que el de sus enemigos y más dorado que las diademas de las señoras. Se habían depilado el entrecejo y untado el pecho con polvos de ámbar y de algalia, de manera que solo las narices más audaces se les acercaban para conversar. Llevaban las medias muy subidas, y a algunos les quedaban tan cortas las calzas que enseñaban las carnes más vergonzosas.

Los Roís de Corella, los Escorna, los Roig... No faltaba ningún noble linaje ni ninguno de los mercaderes y jurados de la villa, quienes se habían ganado el respeto de todos a fuerza de amasar caudales. Se sumaban también músicos y trovadores de toda clase, viudas, mozas casaderas y damas de compañía, concubinas, entretenidas y domésticas entremezcladas, notarios, procuradores y banqueros, lacayos, escuderos y sirvientes, y archidiáconos, curas y algún dominico descarriado obligados a participar en el festejo para poder censurarlo luego. Por fin, en medio de semejante zurriburri, compareció el anfitrión que los congregaba a todos bajo un mismo techo para ocasión

tan singular.

—Alfonso de Aragón —anunció el Bordegás, mayordomo y excelente maestro de ceremonias—, duque de Gandía, marqués de Villena, conde de Ribagorza, condestable de Castilla, barón de Entenza, señor de Denia y de Pego.

Al viejo duque lo llevaban en andas dos sirvientes, retrepado en un sitial. Lo condujeron hasta un extremo del noble salón, con un ligero balanceo que hizo que la ilustre y esmirriada figura se tambaleara. De su amplio tocado emergían unos blancos y largos cabellos que le llegaban hasta los hombros. A pesar del calor que hacía en la estancia iba muy abrigado, con capas de terciopelo. Todos observaron al paje que, detrás de él, acarrea su espada —único acero permitido en todo el palacio—. Y a nadie se le escapó aquel rostro severo, de mirada tan errática como castigadora.

—No penséis —dijo el duque— que porque no os veo no os huelo. La vista me ha abandonado pero reconozco el tufo de todos mis vasallos.

Todos sabían que la ceguera del viejo Alfonso había agravado su mal genio y que la mejor forma de escapar de su ira era mantener la boca bien cerrada. El anfitrión llamó a su fiel procurador:

—¡March! Sé que estás aquí...; ¡aún llevas el azúcar de Beni Arjó pegado a los faldones! Recita para mí, querido. Aprecio tus versos casi tanto como a mis mastines. Son... —El noble tosió—. Son propios de un tiempo que no volverá.

—Gracias, señor. —El caballero avanzó unos pasos—. Hoy he traído unas estrofas nuevas, dedicadas a...

—¡La madre que te trajo! —gritó el anciano para interrumpirlo—. ¡Recita y déjate de monsergas! ¡Que suene el laúd!

Las cuerdas se dejaron oír con timidez y Pere March desplegó un pergamino. Se aclaró la voz y, con una pequeña reverencia y un porte tan seguro como respetuoso, comenzó a declamar.

—Pláceme mujer bien arriada y caballero bien armado —entonó el señor, palpándose, por instinto, la cintura—, y sirviente remangado, y pláceme cabalgar, en lugar llano y bien poblado, y ver el fuego y la humareda y al enemigo asediado...

El recital se alargó. El duque esbozó una sonrisa de complacencia y sus inquietos ojos bailaron. Al principio, el resto de los presentes escucharon con urbanidad, pero pronto caballeros y doncellas comenzaron a intercambiar miradas furtivas y los rivales en armas se dispararon mudas amenazas. Cuando Pere March concluyó y el laúd calló, todos esperaron las indicaciones del patricio local. El duque suspiró, satisfecho, y aplaudió con parsimonia. La corte lo imitó educadamente. De pronto, al viejo Alfonso se le helaron las manos.

—¿Cómo queréis entretenerme —tronó el patricio— si estáis más ciegos, sordos y decrepitos que yo? Mi casa se llena de inmundicia y nadie se da cuenta... ¡Echad a esa ramera apestosa!

Docenas de cabezas se volvieron hacia la puerta. La duquesa entraba con una sonrisa de oreja a oreja. Untada de aceite como un cochinillo al horno, lucía unas

exiguas sedas, atadas con correas, que le enaltecían el canalillo y unos negros pezones que exhibía sin recato. Arrastraba consigo un pequeño cortejo de cortesanas y bufones en el que destacaba, ataviado de amarillo de arriba abajo y engalanado con faralaes bordados, maese Sissino. El duque reclamó su espada con urgencia. Se incorporó un tanto, con el brazo apoyado aún en la alta silla, y esgrimió el arma contra todo el mundo. La sangre le subió a las mejillas. Barrió el aire con el arma e hizo retroceder a los más próximos.

—Me marcharé por mi propio pie, esposo —dijo fríamente doña Violante—. Solo he venido para deciros que el Papa os ha concedido la nulidad matrimonial. Os felicito y más me felicito yo, que pronto seré libre.

El duque se quedó boquiabierto y dejó caer la espada. Poco a poco, fue recuperando la compostura, volvió al sitio y respiró hondamente.

—Pues muy bien, ya podéis coger el portante.

—Aún no, querido. —Apretó los labios y los años afloraron bajo la pintura—. Hasta que llegue la concesión esta casa es también mi casa. Señores, señoras, os deseo una buena velada.

La duquesa salió, acompañada de los suyos. En el gran salón el duque guardó un momento de silencio y mandó luego servir vino a todo el mundo. Él decidió hacerse llevar a la alcoba. Cuando los desavenidos esposos hubieron desaparecido, uno por cada lado, la flor y nata de Gandía se caldeó. Al cabo de poco, los más discretos se habían retirado y en la sala se habían formado dos bandos que se zurraban la badana a modo sin importar demasiado quiénes protegían el honor de la duquesa y quiénes defendían el ascendiente del duque.

Doña Violante no abandonó el palacio. Mandó llamar al mayordomo, que aún le guardaba respeto, y le ordenó que le preparase su cámara del torreón.

—Ah, por cierto, Bordegás —añadió—, busca a ese moro negro que corre por la casa, el criado de los March, ¿Sadad se llama?, y lo llevas a mi aposento.

—¿A Saad, señora? Ahora mismo, señora.

—¿Dónde te habías metido?

—En ningún sitio.

La duquesa se acercó al perfumado y sudoroso cuerpo de Saad. El muchacho despedía un olor muy extraño, como de sándalo hubiera jurado ella. Le recorrió los músculos del brazo con la uña. Él retrocedió. Aquella uña barnizada de purpurina no le hacía ninguna gracia. De repente, Saad cayó en la cuenta. Acudieron a su cabeza las palabras de Mercuria. Se estremeció de pies a cabeza. Ciertamente, los ungüentos de la bruja habían atraído a una mujer con ganas de hombre.

—¿Qué queréis de mí, duquesa?

—De ti no quiero nada. Te quiero a ti.

Saad tragó saliva. Decenas de escarabajos trepaban por su cuerpo. Estaban por todas partes: en las paredes, en el suelo y también en el canalillo de aquella mujer.

—Puede que deje de ser la esposa del duque de Gandía —dijo doña Violante con

voz seca—, pero no dejaré de ser una de las más altas damas del país. Y tú no eres nadie.

—Yo ya he visto la muerte —respondió Saad, con los escarabajos dentro del cuerpo—, y no es la muerte lo que me asusta.

—Eres valiente, me gustas. —La duquesa le desabrochó un botón de la túnica y los insectos huyeron despavoridos—. Pero debes tener hermanos, o mujercita, o padres... y puede que ellos sean más miedosos.

Ya no había escarabajos entre él y aquella mujer. Cerró los puños con fuerza. Clavó la vista en el cuello de la dama, seco y agrietado. En unos segundos hubiera podido estrangularla.

—No lo hagas, muchacho. —La señora sonrió con condescendencia—. Lo perderías todo y con mi ayuda puedes conseguir muchas cosas. ¿Qué deseas tener? Habla y yo te lo daré.

—Nada, una cristiana no puede... —Se detuvo y abrió los ojos de par en par—. Quiero que me liberéis.

—Pues no sufras.

La señora se desató las sandalias y siguió desabrochándose hasta el cuello; luego, desnudó sin prisa al joven esclavo. Saad tragó saliva una y otra vez. Una piel arrugada se mezcló con la suya. Sudor de lavanda y un fuerte olor avinagrado, hambre de finos labios y tintinear de pulseras: todo se le vino encima bañado en bálsamo y cenizas de sándalo. Al-Quéfer supo que hay cosas imposibles de frenar: el sol y los astros cuando viajan por el firmamento, las plantas cuando brotan y el vientre de un hombre y una mujer, aunque no se amen. Supo que la venganza era más fuerte que el amor y, cuando consiguió dejar de pensar, cuando su corazón estuvo seco, se desbocó y descargó la rabia que llevaba dentro.

La duquesa suspiró largamente, como si ansiara expirar, y entre suaves jadeos prometió que cumpliría el pacto cuando el duque muriera y su hijo Alfonso recuperara el linaje. Ella siempre era fiel a su palabra, añadió. Y recuperando la sonrisa maliciosa admitió que no querría contrariar a un hombre como Saad por nada del mundo, un hombre que llevaba aquel animal en el cuerpo.

—No tendrás que esperar demasiado... —sentenció cuando se marchaba—. La luz de los viejos caballeros se apaga.

El patio ducal estaba lleno de niños. Los caballeros del mañana se preparaban para su primer ejercicio de armas. A un grito del mayordomo, Saad subió al pequeño Ausiàs al borriquillo y los demás criados hicieron lo propio con sus pequeños amos. El muchacho de los Martorell montó con tanto ímpetu que cayó por el otro lado del animal y tuvieron que recogerlo del suelo.

Lo primero que debían conocer aquellas criaturas, antes de batirse con aceros, era la carga aneja a la condición guerrera. De modo que, tras ayudarlos a montar, los criados fueron alcanzándoles algunas piezas del arnés. Los muchachos sopesaron quijotes, rodilleras de metal, yelmos y medias y guantes de perpunte. Una y otra vez

devolvían las piezas a los sirvientes porque el peso de una sola de aquellas protecciones ya los desequilibraba. Cuando, entre reniegos reprimidos, los ayudantes les mostraron las cotas de malla, ninguno de los donceles se atrevió a sostener la pieza.

—Y ahora —anunció el adiestrador con aire solemne—, con un paño en cada mano, sostened la espada.

Saad cogió la espada por la hoja, como le habían ordenado, y orientó la empuñadura hacia el pequeño March. Era la primera vez que blandía un arma de combate, aunque fuera de aquella forma tan insólita. Un escalofrío le recorrió el espinazo. La pulida hoja del sable resplandecía a pleno sol y el poder del acero, del acero afilado que decidía entre la vida y la muerte, le brilló en los ojos.

—¡Saad! —El grito lo devolvió a la realidad—. Esa espada no es tuya. Deja que tu señor la empuñe.

Ausiàs agarró la empuñadura con ambas manos e intentó levantar el arma. El sirviente no soltó la hoja. Intercambiaron una mirada y clavaron los ojos en la espada. Estaban tan absortos que no advirtieron la entrada de una cuadrilla encabezada por el señor de Beni Arjó.

—¡Eso es un March! —dijo el caballero al ver a su hijo con la espada en las manos—. ¡Osado y guerrero!

El pequeño soltó la empuñadura. Saad se volvió, con el acero aún en las manos. Pere March venía acompañado de Marta. Era la misma de siempre, pero había ganado en belleza y se lo comía con los ojos. Sin bajar la mirada, Saad dejó que el sable se deslizara hasta el suelo. La hoja resbaló por la palma de su mano.

—Y tú, moro —dijo el viejo March mientras bajaba a su hijo del borrico—, corre a recoger tus cosas porque salimos para Valencia ahora mismo.

Saad miró a su señor, observó la espada, que descansaba en el suelo, vio su mano manchada de sangre y finalmente se fijó en Marta. La muchacha arqueaba las cejas. Saad se encogió de hombros y dio media vuelta.

Cuando entraba en el dormitorio tropezó con maese Sissino. El florentino lo detuvo con el brazo, se estiró y alisó la malla blanca y lo condujo a un rincón de la cuadra. Allí descubrió una estatua de tres palmos labrada en piedra. Era un busto coronado por una cabeza joven, de labios carnosos y angulosa, tocada con un turbante. Era él, Saad.

—Bellissimo, vero Per decorare il portico, il portico.

El florentino señaló las vueltas que sostenían la noble escalera.

—Sí, muy bonito —dijo Saad para quitárselo de encima.

Cuando se deshizo de él corrió hacia su jergón. Lo habían reducido a piedra. Contraviniendo las palabras del Profeta, habían confinado su alma en un mármol. Era una herejía. Quizá fuera el final del maleficio. Debía de ser eso, ojalá lo fuera. De haber podido escupir el dragón que se retorció en sus entrañas, lo hubiera dado por seguro.

Era la más grande de las ciudades y también la más mezquina, la más rica y la más miserable; era la feria de los sabios y el corral de los ignorantes, santuario de piedad y fábrica de pecadores. Era la plaza más generosa y la más injusta de las villas, el alba de todas las esperanzas y el ocaso de las grandes discordias. Tan pronto se recreaba en su gloria y crecía en esplendor como se dirigía hacia el caos. Un día parecía tocar el cielo y al siguiente retrocedía y se abismaba en las tinieblas.

Todo eso era Valencia, y cuando Saad la vio por primera vez lo percibió en el aire que lo envolvía. Desde la almunia de Ruzafa, por el camino perfumado de azahar y albahaca, la gran ciudad ya lo cautivaba. El siervo iba medio cojo, tratando de seguir, entre resoplidos, al rocín del señor. Sin embargo, ni las tres jornadas de camino ni las llagas de los pies ni la sudadera del cuello le impedían sentir la grandeza de aquella ciudad.

Cuando llegaron a las murallas —una obra nueva y maciza, de la altura de tres hombres—, anochecía, y por la puerta salía un río de gente. Tuvieron que salvar una ajetreada multitud que cargaba paquetes y tiraba de las mulas. Muchos eran braceros moros que regresaban a la huerta; otros, trotamundos, juglares, tahúres o jugadores, mujeres de mal vivir, curanderos y peregrinos. A buen seguro, en aquel ejército de andrajosos abundaban los ladrones y mendigos. Tampoco faltaban falsos tullidos y ciegos de pega, quienes, una vez extramuros, se despojaban de los vendajes y tiraban las muletas lejos del camino.

Con la mano en la empuñadura de la espada, Pere March se adentró con su montura entre la masa de gente, saludó a los ballesteros y desapareció tras cruzar la puerta. A Saad, que, distraído, se había quedado atrás, lo empujaron contra un soldado que le cerraba el paso.

—¡Condenado moro apestoso! ¡Da media vuelta!

—No, yo voy con mi señor. —El muchacho estiró el cuello—. Acaba de pasar... el del caballo oscuro...

—Sí, ya conozco ese truco.

El ballestero se cuadró delante de él. Saad intentó darle un empujón, pero enseguida supo que había cometido un error. Aquella montaña, disfrazada con un tafetán blanco con la cruz de San Jorge, no se inmutó, sino que le propinó un puñetazo tan frío como devastador que lo hizo caer redondo. Ya en el suelo, no pudo distinguir las patadas del soldado de los pisotones de la gente que no se molestaba en esquivarlo.

—¡Qué diantres haces! —Era el caballero March, que había vuelto grupas—. ¡Es mi esclavo! ¡Lo echarás a perder!

—Si es vuestro —respondió el centinela sin mover una ceja—, llevadlo encima, como las calzas o la plata. Mi trabajo es mantener limpia la ciudad.

Pere March levantó la voz:

—Ballestero, ¿sabes con quién estás hablando? ¿Sabes qué es un caballero? ¿Y un delegado en Cortes? ¿Lo sabes?

—Pasad, pasad, que no quiero problemas. —El soldado le dio una patada a Saad que lo empujó adentro, y continuó murmurando—. Si cada señor que entra por esta puerta precisara de una ceremonia, me pasaría el día haciendo reverencias...

Amo y esclavo entraron en Valencia. A Saad le sangraba la nariz, pero cuando intentó enjugarse con la túnica recibió una lluvia de pescozones; cuando el caballero se hartó de las salpicaduras de sangre, lo empujó hacia delante y se desahogó con continuas reprobaciones. De esa guisa recorrieron una calle larga —llena de gente que recogía los puestos y tomaba la dirección contraria—, hasta llegar a un barrio más tranquilo, donde se respiraba alcurnia; entonces, el señor se calmó. Saad juró que, cuando descubriera con qué metal había sido forjado el mundo, se desquitaría. Por supuesto que lo haría.

Se instalaron en el albergue que los March tenían en Valencia. Era un casal amplio, pero algo desnudo. El servicio lo componían una mayordoma y un criado, un matrimonio de cristianos viejos y sordos. La llegada del señor y de aquel sarraceno, guarro de pies a cabeza, no les produjo ni frío ni calor. Hicieron su callado trabajo como cualquier otro día y luego echaron los cerrojos, apagaron todas las velas y fueron los últimos en irse a dormir.

Al día siguiente empezó el ajeteo. La casa estaba en la calle de las Avellanas, cerca de la catedral, del obispado, del consistorio y de la calle de los Caballeros: lo más notable de Valencia se encontraba a dos pasos, incluso el palacio real, situado extramuros, en la otra orilla del río; además, tenían muy cerca el palacio del duque de Gandía. El señor salió hacia allí muy de mañana, a cumplir sus funciones de procurador, tras encomendarle al sordo que hiciera las compras.

El criado se llevó a Saad al mercado. El joven no dejaba de curiosear: si se acercaban a la solitaria torre del Miguelete, la rodeaba y alzaba la vista para ver cómo tocaban los cuartos; cuando pasaban por la puerta de unos baños, olía los vapores que aún desprendían los cuerpos sudorosos y enrojecidos; si se cruzaban con algún jurado o ciudadano de rango, rodeado de aduladores y envuelto en sedas y terciopelo, lo examinaba de arriba abajo, y cuando tropezaban con alguna antigua puerta sarracena, leía las inscripciones en voz alta.

—En nombre de Dios, el Altísimo, el Misericordioso y el Compasivo, levantamos esta puerta, la puerta de la Fe, el año de la hégira del Profeta cuatrocientos treinta y seis, en nuestra serena y piadosa ciudad de Balansiya...

El criado sordo no se impacientaba. Lo cogía del brazo y lo arrastraba o lo esperaba durante un rato y miraba, incrédulo, lo que maravillaba a Saad. Luego continuaba, sin decir esta boca es mía, seguro del terreno que pisaba. El esclavo se fijó en el saquito de monedas que llevaba su guía y pensó que sería fácil soltarle un codazo y llevarse los sueldos. Se acercó a la mollera del sordo.

—Tú, majadero, ¿de veras no oyes nada? —Saad comprobó que el criado ni lo

miraba. Batió palmas, silbó y el otro como si oyera llover. Entonces se le plantó delante—. ¿Es cierto que te quedaste sordo de unas fiebres tercianas?

El hombre se encogió de hombros y continuó como si tal cosa.

El blando repicar de los correeros fue su primer destino. Allí compraron una silla mudéjar, repujada y claveteada. A continuación se llegaron al suave rumor de los fieltros y los respuntes y se hicieron con un jubón bordado, adornado con pequeños espejos. Luego, se acercaron a los golpes de tijera de los que confeccionaban capuchas, bonetes y sombreros, paredaños los unos con los otros; salieron con un capelo de terciopelo y banda. A golpe de yunque entraron en la calle de los armeros, donde visitaron a guarnicioneros, espaderos y dagueros. Y entre el agudo rechinar de las muelas solicitaron los servicios de los afiladores.

Cargados con todos los enseres caballerescos, abandonaron la lonja de los mercaderes, hirviente de gente acaudalada y regateos, y se llegaron a la gran plaza del mercado. Bajo las casas porticadas compraron la caza y las aves de corral que más le agradaban al señor. El sordo tiró de él hacia el mercado de fruta y verdura, y allí Saad pudo entenderse con las huertanas llegadas de las alquerías.

—¿Venís a vender desde muy lejos? —preguntó en su algarabía.

—No de tan lejos como tú, habibi, que hablas como un andalusí —exclamó una de ellas—; pues verás, venimos de Chirivella y de al-Boraya y de Zaídia y de Beni Mahmet y de Beni Maclet y hasta de Burj-es-Sot...; ¿de dónde quieres que vengamos? ¡De toda la huerta, claro! —La mujer se puso en jarras—. Oye, ¿seguro que no te has escapado de Granada?

—Sólo vengo de Gandía —replicó Saad secamente—. Si fuera de Granada, estaría en Granada. No en Balansiya.

La huertana frunció el ceño, como si tuviera un orate delante. Todo el mundo sabía, y así lo reflejaba su rostro, que el mejor de los mundos posibles, el más fresco y verde y rico, era la huerta de Valencia. En ninguna parte se cultivaban berenjenas y limones parecidos. La mujer se volvió y continuó mercadeando en una mezcla de lenguas más abigarrada que las pilas de su parada.

El criado sordo recuperó a Saad y lo llevó hasta el mercado de baratillo. Era el bazar de los humildes, donde todo podía encontrarse, nuevo o usado, de paño o de madera. Escogió algunas piezas de ropa y le indicó al muchacho que se las probase. Saad se mostró sorprendido y preguntó mediante signos si tenía que convertirse. El sordo entendió enseguida qué significaba aquella señal de la cruz y, alarmado, le hizo señas de que no. Simuló que se imponía una corona.

—¿El rey? ¿Qué mosca le ha picado? ¿Acaso quiere verme? —El criado lo corrigió: era el caballero March quien debía ir a ver al monarca—. Ah, entiendo. Tengo que acompañar al señor a palacio y debo vestirme. Como un payaso de rumí.

El hombre asintió y le alcanzó la gorra, las medias, la blusa y el jubón. El joven se vistió. No le desagradaba en absoluto poder fisgar en la corte, pero se encontraba incómodo en aquellas estrecheces. Le estrujaban las carnes, del mismo modo que los

presagios del jeque Mohamed, que lo habían condenado a un mañana de renegado, le encogían el espíritu. Fue hacia la alberca y se contempló. De no ser por la maraña de la barba, podía pasar por cristiano, por un mozo cualquiera de ciudad. A la mierda el jeque, le dijo una voz que hablaba desde la alberca. Y a la mierda su gente. Se afeitaría y así podría mezclarse con la multitud.

Más abajo, Saad se quedó helado ante las horcas: de ellas colgaban tres cuerpos, para escarmiento de malhechores y espanto de tentaciones. El terral los hacía bailar como longanizas. El llamado al-Quéfer conocía bien el tacto de una soga en el cuello. Y no era que añorase aquella condición. Pero acabar con todo, en un momento, y dejar los pies colgando, balanceándose en el aire... Estar atado de pies y manos al amo no era mejor. El hombre que debía haber muerto notó que un hormiguelo se adueñaba de sus venas.

—¿Cuánto hace que cuelgan? —le preguntó al sordo.

Comprobó de nuevo que no oía. Estaba atareado contando los sueldos que le quedaban en el saquito. Las hormigas se convirtieron en gusanos. Saad vio la bolsa del dinero, vio las horcas y a los ajusticiados por encima del mercadeo, vio al vetusto sirviente y vio el movimiento de paños y colores. Se vio detrás del sordo, espiándolo por encima del hombro. Vio sus nuevos hábitos de cristiano. Vio cómo un brazo se le escapaba hacia la bolsa y cómo le arreaba un manotazo en el cogote al criado. Advirtió que el hombre perdía el equilibrio y caía al suelo. Vio un revuelo de gente, al viejo agitando los brazos y algunos ojos que miraban con desconcierto. Arrancó a correr y se diluyó en la argamasa humana de Valencia.

Los balcones lucían guirnaldas y damascos. Valencia aguardaba a su rey con todos los honores. En las plazas se habían levantado arcadas de chapa de madera, exornadas con columnas y medallones de yeso de estilo romano. Los nobles corrían a comprarse sedas y los ladrones aprovechaban el trajín para hacer su agosto. Los burdeles no daban abasto. Las iglesias, y sobre todo la catedral, estaban adornadas con altares de tela pintada y con profusión de angelotes mofletudos, pues alguien tenía que insuflar aires de santidad a la visita regia.

Saad caminaba tan ensimismado que no percibió el gentío hasta que lo tuvo encima. Eran centenares, quizá miles, las personas que pasaban por la plaza de la catedral y daban la vuelta a la basílica. En silencio, con las manos en el pecho, sabían lo que buscaban, porque desaparecían entre los edificios y desfilaban con dirección al Palacio del Obispo. La mezcla de condiciones era sorprendente: criaturas descalzas; frailes de espalda ensangrentada; ciudadanos y prohombres, enmascarados bajo las vestiduras más modestas; mujeres cubiertas hasta las cejas que solo podían haber salido de los prostíbulos; nobles y prelados, rodeados de criados para escapar de los empujones de la chusma, y un sinfín de ciegos y cojos y tullidos y mendigos.

—¿Es el rey?

—No, no es el rey —replicó un mocoso tan lleno de vida como de roña—, pero debe haberlo llamado el rey, porque sabe que a ese sí lo escuchan.

Saad se dejó engullir por la gente, con el saquito de monedas a buen recaudo entre sus vestiduras. Lo empujaron hacia la plaza llamada de la Leña, y allí se encontró con una enorme y silenciosa concurrencia. Saad se tocó las mejillas, finas como las de una virgen. Un solo hombre, encaramado a una pila de troncos, mantenía helada la plaza. Debía de parecer un sarasa, pensó, con aquella cara lampiña. Era la primera vez que se afeitaba. Sin embargo, nadie lo miraba, y eso era lo que contaba. La muchedumbre solo tenía ojos para el frailote, que sostenía una capa en el brazo izquierdo y con el otro apuntaba al cielo, trazaba círculos y acompañaba las palabras más señaladas.

—Y ahora, con gran reverencia, inclinad vuestras cabezas y sin hacer ruido saludad a la Madre de Dios con un Ave María. —Se desató un murmullo general en latín, pero el orador debía de apreciar poco fervor—. No, no, ¡no seáis papanatas! ¿Cómo queréis ganaros el cielo? Si los animales alzan los ojos al cielo cuando tienen hambre y le gritan a Dios ¡buuu, buuu!... —La gente miraba sin parpadear—. Si ellos se dirigen al Creador, ¡muuu, muuu! ¿Qué no hemos de hacer nosotros?

En aquel preciso momento, un asno rebuznó. Saad se tapó los labios con la mano. Unos crios gritaron que el santo había hecho hablar al animal y el gentío, como un solo hombre, se volvió hacia el burro y se puso a recitar la plegaria. El animal, que debía de notar miles de ojos encima, se inquietó y comenzó a alzar las patas. La mala fortuna quiso que, en aquel espacio tan abarrotado, acabase pisando a un mendigo que estaba allí sentado, junto a sus muletas. El profeta vio el tumulto y se acercó.

—¡Levanta, buen hombre! —El menesteroso lo miró, conmovido por la proximidad del predicador, y con un esfuerzo formidable se alzó, sosteniéndose con la muleta. Los ojos le lloraban, de emoción o quizá de dolor, y el público redobló las oraciones. Se oyeron voces dispersas que proclamaban un milagro de fray Vicente. El religioso alzó la vista, echó una ojeada y se detuvo en la figura de Saad.

—¡Tú, el negro! —Al joven le dio un vuelco el corazón—. ¿Nunca has visto la muerte? ¿Vas limpio de corazón al encuentro con el Señor? ¿Honras la fe, la creación, a tus padres?

El sermoneador no esperó respuesta. Escogió un par de víctimas más, a las que interrogó de manera parecida. Saad, con las manos aún trémulas, respiró. El orador volvió a su tribuna. Ni él ni nadie advirtieron que el cojo se había desplomado, hecho un saco de huesos, en el mismo lugar donde se había erguido milagrosamente. Vicente Ferrer volvió a la carga.

—Todos somos hijos de Dios, y Nuestro Señor nos puede sanar a todos, por maltrechos que estemos y por malherida que tengamos el alma... —Repasó a la muchedumbre con ojos de fuego—. Pero debemos saber honrar al Padre de arriba, como lo hacemos con los padres de abajo... ¡Aaaay de los hijos que no honran a los padres, que reniegan de ellos o los amenazan o los engañan o renuncian a su compañía!

Se hizo un silencio y Saad advirtió que fray Vicente lo miraba de nuevo.

—¡Porque los malos hijos sufrirán el gran dolor! Y llegará el día en que hijo se batirá contra padre... Aaaay de ti, hijo traidor; por tu culpa todos nos condenaremos y entonaremos el lamento de Jeremías. —El predicador puso los ojos en blanco, anticipando la solemnidad de las palabras que iba a pronunciar—. Maledicta dies in qua natus sum... ¡Aaaay, que tan grande será el dolor y tanta la amargura... que ni la peste ni la guerra ni el hambre podrán compararse con ellos!

—¡Buenas gentes, avisaos! Porque se abrirá en la tierra una grieta mayor — auguró, dibujando una serpiente hasta el infinito— ¡que de aquí a Roma! Y así caeremos en el infierno con todos los demonios, y arderemos para siempre, ¡crac, crac, crac! —Esbozó unas llamas que crecían hasta las nubes—. ¡Aaaay de los mezquinos! ¡Más les valiera no haber nacido!

Saad dio media vuelta. Estaba harto de aquel orate que no paraba de acusarlo. Estaba hasta salva sea la parte de tanta maldición y tanto presagio sobre él, sus padres y la repugnante vida que llevaba y que se suponía que no debía llevar. Al diablo con ello. Acarició el bulto del jubón; ahora tenía sueldos: nadie lo tildaría de moro o esclavo. Que se fueran a hacer gárgaras los profetas, las hechiceras y los charlatanes. Iría hasta El Grao. Eso haría. Y encontraría un gran barco. Y hacia Granada, o al extremo de poniente, y de allí a la feliz Antilla. Marta lo seguiría más adelante. O no. Hacia el culo del mundo, que por zurrado que estuviera sería mejor que aquello.

Recorrió la playa de punta a cabo, mientras arreciaba sobre él una lluvia de preguntas y más preguntas: ¿y por qué quieres irte?, ¿y de dónde vienes?, ¿y a qué tierra y a qué señor perteneces?, ¿y cómo se explica que un cristiano sea tan oscuro? ... De todas las galeras, barcazas y naos, solo una embarcación zarpaba hacia tierras del Profeta. Hacia Alejandría, le dijeron, y aquello estaba muy a levante. Hasta la mañana siguiente no levaba anclas. Le costaría cincuenta dineros o tres sueldos valencianos, en el supuesto, claro, de que el patrón se aviniera a llevar pasaje. La galera estaba allí delante, a cien brazadas. No, no podía subir hasta que el bote lo llevase. ¿A qué obedecía tanta prisa?

—Debe ser ahora mismo —exclamó Saad—; ¿qué quieres? ¿Otro sueldo? ¿Dos más? ¿Tres?

El marinero dijo que esperase. Iría a consultar al patrón, que estaba en las atarazanas, intentaría convencerlo y volvería enseguida. Saad observó al lobo de mar, que se perdía entre cabos y aparejos y barriles de brea humeante. Palpó la bolsa de monedas y caminó de un lado a otro, hasta abrir un surco en la tierra oscura y húmeda. Tal vez pasó una hora, quizá pasaron dos. El sol caía del lado de la ciudad. Al fin, atisbó la blanda gorra del marinero, que avanzaba calmosamente en la distancia. Demasiado despacio, pensó.

Fue al encuentro del hombre, y entonces distinguió, algo más allá, a un grupo que se escondía entre el costillar de una barca. No se lo pensó dos veces: dio media vuelta y salió a la carrera playa arriba. Saltaba por encima de lo que se interpusiera en su camino, volaba por fuera y ardía por dentro y repartía codazos a diestro y siniestro.

La carrera no la detenían ni gritos ni brazos curtidos, gruesos como atunes. Estaba cerca del barrio del Cabañal y había guipado ya el callejón por donde se desvanecería, cuando los pies se le anudaron y cayó de bruces. Alguien le había trabado las piernas y lo pinzaba como un cangrejo.

Saad era un nido de piernas y brazos en contorsión, del que salían patadas y puñetazos. Sin embargo, pronto cayeron sobre él un montón de zarpas gigantescas que lo vapulearon, lo atenazaron y lo redujeron a un espasmo impotente. El espinazo se le arqueaba y echaba espumarajos a borbotones. El corro se abrió un tanto para dejar hueco al limado y huraño rostro del caballero March. Una voz preguntó si aquel era el ladrón al que había denunciado al alguacil. El señor de Beni Arjó afiló la mirada, intentando reconocer las ropas recién estrenadas y las tersas mejillas del joven. No resolló hasta que descubrió, bajo un rebozo de arena, las huesudas facciones y las espesas cejas.

—Sí. Es él. El ladrón.

El esclavo, ladrón y asesino se debatía en contorsiones cada vez más débiles. Uno de los hombres dijo que el demonio se le estaba fundiendo. Otro le abrió las ropas, palpó y tiró del saco del dinero, que Pere March se apresuró a recoger. Vista la prueba del delito y vencido el malhechor, el sicario mayor del alguacil indicó al caballero que era el momento de elegir el castigo.

—Ya sabéis cuál es el acostumbrado.

El señor lo descartó con las manos.

—Ni hablar.

—Oh —observó el sicario—, es preciso dar un escarmiento. Y sois el señor: tenéis todo el derecho.

—¡He dicho que no! —tronó March—. Justamente: soy el señor. Él es mío y yo decido. No le quiero cortar el puño. ¿De qué diantres me serviría un maldito mutilado?

—Bien, pues vos diréis.

—Mmmm —reflexionó el caballero—. El dedo. Sí, el dedo meñique de la mano izquierda.

El condenado fue arrastrado unos pasos más abajo, hasta un gran remo. Aún se movía y resoplaba como un gorrino. Lo postraron de rodillas y le vendaron la mano izquierda. Tensaron la venda, dejando a la vista un solitario dedo. Le sujetaron la mano encima del remo y el sicario se acercó con un hacha de dos filos. Antes de que Saad pudiera ver el hacha, el ejecutor la había dejado caer con un golpe sordo, rápido y preciso. Al-Quéfer notó una intensa punzada al final del espinazo y perdió el mundo de vista.

—Bien, llevadlo a mi casal —ordenó el señor—. Y envolvedme ese dedo asqueroso. Se lo haré llegar a sus padres.

¿No has deseado jamás matar a tu amo?

—¡Diantre de niño! Eres peor que un yinni. —El anciano se rascó la barba y cabeceó con incredulidad—. Abriste en canal al recaudador, escapaste del verdugo por los pelos, te desmochan el dedo por ladrón y no piensas en otra cosa. —El viejo se retocó el turbante—. Sabes que mi amo es el rey: ¿quieres que cometa un regicidio? ¿A mi edad?

—No, no. —Saad se sentó en las escaleras, a dos dedos del otro—. Me refiero a si nunca, cuando eras joven, o alguna vez, has sentido una fuerza más poderosa que tú y que nada en el mundo, una montaña que se retorció en tu estómago, y si...

Fumeit era lo que solía llamarse un moro sabio. Además, era listo. Y viejo y astuto. Llevaba muchos años al servicio de la corona, porque era tan dócil como documentado. Tenía una virtud innata para prestar oídos, escuchar todas las voces y ordenarlas en la cabeza. Conocía a medio reino, desde los más altos magnates hasta los mendigos más abyectos. Hablaba todas las lenguas que podían ser menester en una casa real. No sabía ni leer ni escribir, y todo lo guardaba en aquella mirada viva y antigua, de hombre inteligente que puede ser dominado pero nunca engañado.

—Ay, sadiq... —suspiró Fumeit—, yo nunca fui joven, amigo mío. Nací abuelo.

—Eso lo dices porque no has tenido que cortar caña hasta caer rendido en el fango. Y porque no llevas la dureza de la tierra en la piel.

El esclavo clavó la vista en el suelo y el abuelo vocacional dejó que sus ojos se perdieran en la lejanía. Los jardines del Real, los que se abrían delante de él hasta llegar al río, le recordaban los de al-Hamra. Sí, él había conocido Granada, la más deliciosa de las ciudades, quizá más incluso que Balansiya. Pero su sitio estaba al lado del rey de Aragón, y discurría ya que no había otro lugar imaginable en el mundo. Creía, incluso, que aquello le gustaba. Un hombre que comía bien, que dormía caliente, que vivía en moradas nobles y que disponía de horas para sentarse a tomar el fresco, un hombre como él, sentado en las escaleras del palacio real, con ganas aún de conversar y pasar el rato, no podía rezongar.

—¿Dicen que sirves al caballero de Beni Arjó?

—Sí, mi vida es suya. El muy malnacido. Me ahorró la horca para tenerme del todo. Caballero le llaman. Él ya está dentro —apuntó Saad—, yo cuido del caballo.

—Tiene que pasar algo gordo. Desde que el rey Martín ha llegado no se ha visto una reunión como la de ahora. Ni para Cortes...

—¿Y el rey ese —interrumpió el joven— acostumbra maltratar a los criados?

—¡No, no! —Fumeit esbozó una sonrisa—. El rey es, por desgracia, un buen hombre. Sí —se explicó a raíz de la extrañeza de Saad—, un buen hombre. Dicen que no estaba hecho para reinar, que no lo deseaba y que ha tenido que hacerlo a regañadientes. Es blando y amante de la vida. La corona le viene grande. Por eso le llaman el Humano. Cuando camina, lo hace cansinamente: sus poderes se le antojan

cadenas y arrastra los pies.

—¿Puede conocerse a un hombre por sus pasos?

—¡Desde luego! ¿Ves a aquel bobo? —El viejo señaló con el dedo hacia un noble, joven aún, altiricón y desmirriado, a quien acompañaba una docena de hombres armados—. Es el conde de Urgel. Pisa con fuerza y rapidez, sin mirar por dónde pasa. Le gusta la pelea y es amante de la discordia. Ese... —continuó Fumeit haciendo media reverencia cuando el personaje subió las escaleras— sí que se pierde por ser rey. Debe de pensar que un cetro sirve para descargar todos los odios que uno guarda en el corazón.

Fumeit lo sabía todo sobre el conde: que si pronto se casaría con la media hermana del rey y que los esponsales se celebrarían en la ciudad, en presencia del bueno de Martín; que si ambicionaba esto o aquello; que si se peleaba con uno o con otro; que si era más o menos importante que el duque de Gandía... Saad dejó de escucharlo. Aquel desfile de vanidades lo empachaba. Los chismorreos, pensaba, dejaban de ser buenos cuando uno vivía solo para ellos. Y la verdad era que, visto uno de aquellos patricios, todos le parecían parejos.

—Fíjate, no te lo pierdas. —Fumeit tiró de la manga del joven—. ¿Has visto cómo subía las escaleras?

—Un escalón tras otro, me ha parecido.

—Sí, pero ¡de qué forma!

—¿Y la reina, Fumeit? ¿Está dentro con el rey?

—¿Con el rey? —El anciano espantó las moscas e hizo una mueca de estupor—. ¡Por Dios, muchacho! ¿Acaso quieres hundir el reino? Doña María debe estar en Barcelona, sobre todo cuando su esposo se ausenta. Es una dama elegante que sabe retirarse sin hacer ruido.

—¿Qué quieres decir? ¿Que los dos esposos no...?

—¡Justamente! —Fumeit simuló que se impacientaba—. Administrar la corte en ausencia del amo y señor... ¿Qué mayor prueba de amor quieres?

El servidor de la casa real elogió la prudencia de la reina. De no ser por ella, quizá el soberano hubiera accedido a emprender absurdas expediciones y campañas militares. Al rey le gustaban los sueños, porque sabía que nunca los llevaría a cabo. Y al infante, a Martín el Joven... «¡Sí, hijo, el primogénito, el que se encuentra en Sicilia!... ¿Acaso hay que explicártelo todo?» Pues al infante también le gustaban, porque creía que cuando fuera coronado él sí se ocuparía de hacerlos realidad.

—¿Y adónde se dirigirán esas expediciones de que hablas?

—¡Por el Altísimo! ¿Quieres irte a guerrear, Saad?

—Fumeit. —Saad estrechó el brazo del abuelo—. ¿Has oído hablar de la Antilla? Más allá de la mar de las Tinieblas, donde no hay amo ni señor, esclavo ni vasallo...

—Pues para serte franco, no mucho... Pero quien ahora llega quizá sí... —Fumeit sonrió y se irguió—. ¡Oh! Mira, mira el caminar sabio y entristecido de maese Ribes. Cargado de rollos y pergaminos, parece llegado de un mundo distinto,

apesadumbrado por haber vivido en el peor lugar en la hora más oscura.

—Lo conozco —dijo Saad.

Cuando el converso llegó al pie de la escalera, él y Fumeit se levantaron.

—Salud, buen Fumeit... —El cartógrafo descansó sus ojos de agua en el rostro del joven—. Y salud, doncel.

Saad se extrañó del tratamiento, al que no estaba habituado, y también del apretón de manos, lento y cálido. El maestro distrajo la mirada en la venda de la mano de Saad, la mano que no había estrechado. Le dedicó un gesto de compasión. Luego se despabiló, como si un escalofrío le hubiese recorrido el espinazo, y volvió a mirar al cautivo con mayor interés. Se le encendió la cara.

—¿Tú... tú no eres...?

—Soy Saad ibn Suleimán. Me conocisteis en Gandía. Sirvo a Pere March.

—¡Cierto! —exclamó, mientras se esforzaba en no perder uno de sus rollos—. Tú eres el que buscaba un jardín perdido en ultramar. Ya me acuerdo. —El hombre le puso la mano en la espalda—. Cuando menos... ves visiones.

—¡Ni visiones ni leches! —espetó Saad, soportando con aprensión la mano del judío en el cuerpo—. Yo lo que quiero es huir.

—Sí, sí, ya lo entiendo. —El maestro se separó un tanto—. Bueno, cuando vayas a Barcelona... ¿Te lo dije o no? Creo que sí. —El cartógrafo entraba en palacio y hablaba ya con la cabeza vuelta—. Ven a verme... a la calle de los Mercaderes...

—¡Cuidado, maestro! —Era Fumeit, que le advertía que una columna gótica estaba a punto de chocar de lleno con sus costillas—. No os hagáis daño. ¡Vuestros mapas de nada servirán sin vos!

—No lo creas —respondió, mientras daba la vuelta a la columna y la admiraba como lo haría con un guerrero armado—. Yo tampoco les seré de mucha ayuda... Tanto si se aparejan como si no, tanto si son derrotadas como si triunfan, las flotas siempre son una ruina. En la calle de los Mercaderes, ¿sí? ¡Shalom!

—Aleicum Salaam —replicaron a un tiempo ambos musulmanes mientras Fumeit aprovechaba para guiñar el ojo.

El viejo no escondía su complacencia. Una vez más, había conseguido nuevas relevantes mediante comentarios inofensivos. La corona se proponía armar una flota. Y si habían llamado a un dibujante de cartas era porque la navegación se preveía larga. Muy larga y hasta muy lejos, si maese Ribes creía que no podría ayudar mucho. Un sabio que se había pasado la vida trazando todas las costas del mundo conocido, solo podía dudar de sí mismo si la empresa desbordaba, con mucho, los márgenes de sus mapas. Fumeit participó sus conclusiones al joven. El corazón de Saad se desbocó.

—Es preciso que hable con maese Ribes. Me puede sacar de aquí —suspiró—, aunque él sea de Moisés y yo de Mahoma.

—No sufras por eso —le tranquilizó el viejo—; pero deberás tener paciencia. Pueden pasarse horas dentro. Hasta que oscurezca.

Saad se sentó junto a Fumeit. Aguardaría tanto como fuera preciso hasta encontrar una mano amiga, una mano que lo apadrinara o lo colara de rondón en cualquier loca empresa. Sin embargo, no tuvo que esperar mucho: un personaje, engalanado hasta las cejas, apareció a sus espaldas, procedente del interior de palacio. Llamó al viejo a un aparte y le confió algo al oído. Saad vio que ambos lo miraban y que el viejo se le acercaba.

—Era el camarlengo. Amigo mío, vendrás a la ciudad.

—Pero... —Saad señaló el caballo—. ¿Lo sabe ya el caballero March? ¿Y qué se nos ha perdido en la ciudad?

—Olvida a tu baroncito. Y también al judío de los mapas. —Fumeit se levantó con esfuerzo, ayudándose del bastón—. Nos han encomendado una alta misión.

—¿Relacionada con la expedición? —se interesó el joven.

—No, no: ¡al infierno con la expedición! —El anciano golpeó el aire con el bastón—. Nuestro encargo es mucho más distinguido. Hemos de encontrar una hembra para el rey. Una hembra muy y muy especial. La mujer más especial de todas. La más sublime.

Cuando cruzaban el puente del Real, una obra de madera que chirriaba bajo los pies, se cruzaron con fray Vicente. Iba hacia palacio tirando de su burra, sin prisa, y se había deshecho de su parroquia. Saad se encogió detrás de su acompañante. Fumeit alzó el bastón a media altura para saludar al fraile. Luego, miró el río y empujó al joven hacia delante.

—Dicen que es quien de veras manda —comentó, acercándose al esclavo—. Y lo hace con palabras —añadió, abriendo los ojos—. ¡Solo con palabras! ¿Has visto cómo se mueve? Con pasos seguros, convencido de pisar el camino verdadero. Un peligro, esas zancadas... un peligro para nuestra gente...

No esperó a que Saad entrase en la conversación. Volvió a mirar al río y entristeció el semblante.

—Los nuestros llaman a este río Uadi-al-Aviá. El río blanco. Siempre lo hemos llamado así, porque baja lleno de almas puras. Las almas que lo han visto y aún lo ven... en la fe del Profeta.

—Sí, sí —respondió, ausente, el joven—; ¿y cómo se llama el alma impura que pescaremos para el rey?

—Todo lo quieres saber, ¿verdad, hijo? Antes es preciso encontrarla. —Fumeit adivinó de reajo el fruncimiento de cejas de su compañero—. Tranquilo, no te preocupes: no se nos escapará.

Si alguien puede dar con ella somos nosotros —dijo, blandiendo el bastón—. Nosotros que somos hombres, de ciudad y hermanos en la fe.

—¿La puta es de la morería?

—Bueno, sí y no. En realidad, es más dama que puta. —Fumeit indicó con el bastón que tenían que bordear el cauce del río—. Se dice que su libro es el Corán, que sus plegarias son las azoras y que su patria es el Sudán, más allá del Magreb, donde

se pierde el sol. La llaman Alia, porque es esbelta y sublime y parece hecha de aire. A veces disfraza su semblante, tan pronto aparece como se va, en ocasiones es plata viva, otras oscuro hierro y otras oro del más puro.

—¿Y qué dices tú?

—Yo digo que he visto mundo, amigo —suspiró el viejo—; he visto de cerca el amor y la muerte, he saboreado el vino y he conocido mujeres, he visto muchas tierras y la mar. Creía haberlo visto todo y, sin embargo, cuando contemplé a esa mujer por primera vez, supe que no había visto nada. Y te digo que todo en lo que mis ojos habían reparado, todo, no era nada.

—Alia... —murmuró Saad.

—O la Bruna, porque es oscura como el cobre. O la Perla, porque es preciosa y está oculta. O la Fettaixa, la que busca, porque dicen que perdió su amado jardín y aún lo anhela. O tres veces veinte nombres distintos. Podría tener tantos como tierras has visto, tantos amores como hombres ha vencido y tantas creencias como devociones despierta. Es única y es todas las mujeres a un tiempo.

—Curiosa manera de hablar de una prostituta.

Fumeit no dijo nada. ¿Qué sabía aquel joven de sueños perdidos? Venía del cañizal y de una tierra extrema. Era un esclavo con la cabeza a pájaros, cuajada de absurdas ilusiones que jamás se harían realidad. Pisaba con firmeza, como los jóvenes, pero con las rodillas dobladas, igual que los condenados. Y aún se creía distinto. Llamado a grandes gestas. Se resistía a formar parte de la triste cofradía de los perdedores. Quizá por eso le agradaba. Un pobre luchador es lo que era. Incansable y tozudo. Paso altivo pero lastrado.

—¿Podemos descansar un rato, Saad?

El abuelo señaló la puerta de los Catalanes, dando a entender que antes del tráfago de la ciudad quería conceder reposo a las piernas y respirar el aire de la huerta. Se sentaron bajo un plátano y, sin avisar, Fumeit se embarcó en un canto a la antigua Balansiya.

—Dicen que cuando mandaban los nuestros era una ciudad de veras hermosa. Cuando éramos los amos, y de eso hace algunos años, los muecines cantaban a todas horas, las naranjas y los limones eran más grandes y los caballos tenían más aplomo. La catedral era la gran mezquita, la casa del obispo era el alcázar y los rumies eran los esclavos. Las mujeres y hasta algunos hombres olían mejor, porque en cada esquina había unos baños.

—Sí, amigo mío —continuó Fumeit, sin esperar a que Saad dijera la suya—, cuentan que vivir en Balansiya entonces era un privilegio como los hay pocos. Solo la gente bondadosa entraba en esta ciudad, por cuatro grandes puertas que aún existen: la primera, esta de los Catalanes, situada a levante y orientada hacia La Meca; la segunda, la de la Xarea o de la Ley, erigida al sur, desde donde el sol iluminaba; la tercera, en el norte, llamada del Din o de la Religión, recuerda los días en que nuestra fe aún vencía a la tramontana, y la cuarta, orientada hacia poniente, es la de la Casa

de Dios, porque todos queremos ir allí cuando nuestra vida se apaga.

—¡Bah! Todo eso es agua pasada. Nadie lo recuerda.

—Justo, Saad, estamos a punto de perder la memoria. Dicen que aquí mismo, por donde nos llegaba la voz de La Meca, perdimos la fe del devoto. En el portal de la Religión se agotó la guerra santa. Por el paso de la Xarea expulsaron a nuestros antepasados, a punta de espada, sin ley ni concierto. Todos perdieron la ciudad y acabaron en los campos trabajando de braceros. Y hoy, por el portal de la Casa de Dios estamos a punto de perder la memoria, enfilando un poniente que será nuestro ocaso.

—También dicen que... —Fumeit agitó el bastón con enojo—. ¿Sabes?, dicen tantas cosas... —El hombre se levantó, dispuesto a reemprender la marcha—. ¡Y se hacen tan pocas!

Entraron en la ciudad y recorrieron la calle de Serranos. A Saad le costaba creer que en el pasado aquel hormiguero hubiera rebosado de albornoces y turbantes. No salía de su asombro al imaginar que el repicar de campanas hubiera sido, tiempo atrás, un canto cadencioso y agudo para convocar a los fieles a la plegaria. No entendía cómo los suyos habían permitido que la ciudad fuera tomada, ni por qué se habían ido, henchidos de vergüenza, a trabajar la tierra del usurpador. Cruzó por su cabeza la idea de que, si los abuelos de sus abuelos se hubieran mantenido firmes, ahora no se encontraría en la miseria.

Franquearon una reja y, de pronto, Saad creyó que veía visiones. Entraban en un enjambre de calles estrechas y tortuosas. Allí aún vivía la Balansiya de ayer, el sueño extinto. La letra arábica de los carteles emocionaba, el roce de ropa blanca y limpia embriagaba y las barbas y las cien sombras de piel morena causaban admiración; todo, a la postre, enamoraba. También se veían algunos rumies, pero el aroma de azafrán y comino los endulzaba. Así que aquello era la morería de Valencia.

—Este arrabal pertenece a la ciudad desde hace poco. Antes estaba extramuros; no lo dice la gente: lo digo yo, que lo vi de joven. Cuando el padre del rey Humano amplió la ciudad, esta morería quedó intramuros. —El viejo se encogió de hombros—. Al fin y al cabo, es una manera como otra de recobrar lo que teníamos.

—Te engañas. También nos echarán de aquí.

—Es posible, Saad. Dicen que nos mandarán con los gitanos, a la orilla del río Blanco. A montar tendales. Pero mientras, esto es gloria. Aquí hay una buena mezquita, y una alhóndiga donde se hospeda a los hermanos que vienen de lejos. Hay cónsules andalusíes, magrebíes, moros conversos de Castilla y algún turco... ¡Una ciudad nuestra!

—¿Y tú, criado del rey —se le ocurrió preguntar al joven—, tú eres bien recibido aquí?

—¡Oh, desde luego! —exclamó tanto con la voz como con el bastón—. Me aprecian mucho. Un moro feliz, dicen, es el mejor moro. Creen que soy feliz porque soy rico, y piensan que soy rico porque duermo en palacio. No saben que el más

miserable es el que vive rodeado de lujo durante todo el día sin poder tocarlo.

Fumeit se sentía como pez en el agua. Entró en un par de casas a indagar. El joven lo esperaba fuera. Se entretenía con las vestimentas, aquellos juegos de niños que le eran tan familiares o alguna conversación cazada al vuelo. Finalmente, el hombre salió de una portalada con una enorme sonrisa.

—Creo que ya lo tenemos. Vamos al Partido.

El Partido, como todo el mundo sabía, era el barrio de las putas. Paredaño con la morería, también había sido absorbido por la villa cuando se erigieron los nuevos muros. Como tantos otros barrios, era una pequeña ciudad aparte, aislada por tabiques y rejas. Se acercaron a la puerta de entrada, pero el portero no los dejó pasar. Tenía órdenes de cerrar cuando oscureciera y de dejar pasar solo a los señores de casa alta. Fumeit insistió, explicando con paciencia que venía de palacio y que servía a la cancillería. El vigilante no lo conocía y por su juventud se veía que debía de ser hijo de alguna habitante del lugar.

—Traigo conmigo al príncipe de Granada —dijo el viejo criado, señalando a Saad y guiñándole el ojo a escondidas—, hijo del gran Suleimán. ¿Sabes qué puede ocurrirte si enojas a su padre, el rey moro más poderoso del mundo?

—Aquí —replicó el portero— solo tenemos un rey.

Saad hizo ademán de adelantarse, pero su amigo lo detuvo. Le hizo entender que tenía nada que ganar en aquel asunto. Además, reconoció el anciano, lo que decía el barbilampiño de la puerta era cierto. Allí había un solo rey, que nunca sería ungido por la gracia de Dios, pero que gobernaba, soberano y sin rivales.

—Mira, joven. —A Fumeit se le había agotado la paciencia—. Avisa al rey Arlot y que resuelva esto. O te la juegas de veras.

El portero dio media vuelta, se detuvo y volvió sobre sus pasos. Tropezó de nuevo con el gesto torcido del viejo y, entonces sí, se volvió y se perdió por un callejón. Los dos visitantes no desperdiciaron la ocasión y se colaron de rondón por otra bocacalle.

El barrio, de aspecto aquilatado, era un cúmulo de casitas bajas. Saad se fijó en que las puertas, las ventanas, los escalones, las macetas con flores... todo era como de juguete. Las puertas lucían dibujos de cabezas de medusa y en los dinteles habían pintado carteles con los nombres de las mujeres. Algunos tenían inscripciones en árabe. Torcieron por una calle más animada: las daifas habían sacado sus sillas y charlaban alegremente. Fumeit saludó a más de una.

—¡Hombre, Fumeit! —rió el esclavo por debajo de la nariz—: ¡Ahora sé adónde ha ido a parar tu fortuna!

—Calla, tarambana —contestó el anciano, esbozando media sonrisa—. El muchacho de la puerta quizá no sepa quién es mi amo, ni falta que le hace. Pero esas mujeres... Esas mujeres lo saben todo.

Fumeit le contó lo que era preciso saber del Partido, que era mucho. Las mujeres no eran cuatro maulas, dijo. Para comprar un negocio en el barrio debían tener sueldos, ser mayores de veinte años y demostrar buena salud. Un médico las visitaba

todas las semanas. Tenían que ser discretas y no contagiar enfermedades a sus nobles visitantes. Para sufragar la pervivencia del oficio, una parte de sus ganancias se destinaba a los hombres del rey Arlot, que era allí la primera autoridad. Las casadas necesitaban el permiso del marido y las demás del padre o tutor. Todo estaba perfectamente regulado, incluida la asistencia al convento de las Arrepentidas, todos los domingos. No podían acompañarse de perros o gatos. Antes de dos años tenían que irse y entonces el administrador las dotaba para la boda.

—Y hablando del administrador...

Fumeit saludó a un hombre grueso, que llegaba acompañado del muchacho de la puerta. La capa roja, el collar de latón y la corona almohadillada no dejaban lugar a dudas. Era el rey del burdel. El viejo se inclinó y le besó el enorme anillo del dedo.

—Majestad, mis respetos.

Los dos hombres se fueron a conversar a un rincón. El mocoso fue enviado de nuevo a la puerta y Saad se entretuvo observando la bendición de mujeres que, de vez en cuando, le dirigían miradas sonrientes. Ni una de aquellas mujeres jóvenes le parecía pobre; ninguna era sucia o malcarada o chillona. Saad recordaba a las hechiceras y mozas de Beni Arjó que también ejercían aquel oficio y no tenían parangón con aquellas bellezas. Los ricos de la ciudad debían resistirse a abandonar el mundo, y con razón.

—Vamos, amigo, aquí no la encontraremos.

Alia, contó Fumeit mientras salían, se había refugiado en el Partido durante algunos meses. Sin embargo, el rey Arlot le había tenido que pedir que se marchara. Había acabado, decían, señoreando más que el amo del barrio. Los altos dignatarios del reino la querían, los prelados y los magnates y los prohombres también, y aquello llevaba a la ruina a las demás. Hacía casi un año que se había trasladado al otro extremo de la villa, a una calle más modesta y desconocida, cercana a la de Palpacuixes, que comenzaba a rivalizar con el Partido. Un lugar conocido como el Bordellet dels Negres.

Atravesaron Valencia de noche, cosa que muy poca gente tenía el coraje de intentar. La oscuridad era absoluta y, a pesar de los esfuerzos de los ballesteros por purgar las calles cuando atardecía, en cada esquina había bergantes apostados. Fumeit le entregó el bastón a Saad, pidiéndole que lo levantara bien alto, para que se viera enseguida que estaba presto a usarlo. El anciano se le colgó del brazo y de esa guisa fueron avanzando. Tuvieron suerte, porque solo tropezaron con un par de hombres ebrios y una pandilla de mocosos que, al ver el bastón, tomaron distancia.

—Hemos llegado —exclamó el viejo, visiblemente aliviado. Doblaron por un callejón que, a diferencia de los demás, estaba iluminado con altas lámparas de aceite.

A media calle, en la trémula penumbra de las llamas, toparon con una valla de madera. Encima había dos sandalias colgadas. Detrás, echada en el suelo, dormía una figura cubierta con albornoz y turbante. Fumeit tomó el bastón, lo pasó al otro lado de

la valla y golpeó con suavidad el cuerpo tendido. El vigilante se sobresaltó, renegó en cristiano y en musulmán y, sin alzar la cabeza, rebuscó por el suelo hasta que encontró su daga.

—¡Tenías que ser tú, hijo de Abdulá! —gritó Fumeit, sin parar de golpearle las costillas con el bastón—. ¡Venga a dormir, mientras los demás pelan la pava o se pelean a un paso de ti!

—¿Quién... quién? ¡Por los pelos de los riñones del Profeta! —El vigilante se irguió restregándose los ojos, abrió la puerta y abrazó a su viejo amigo— ¡Fumeit! Mal viento te lleve...

Cuando acabaron los cumplidos, el criado le explicó la misión que lo llevaba hasta allí. El hijo de Abdulá señaló con el dedo a Saad y el otro lo calmó. Era de fiar, uno de los suyos, un cautivo. Y bien negro, como la mayor parte de los sarracenos del barrio. El vigilante comenzó a mover la cabeza, como si aquello fuera una mala pasada para él. No podían ver a la mujer. Él tenía instrucciones. Sí, sí, sabía muy bien a quién se referían. Pero la mujer... Aquella dama no era una cualquiera... y no eran horas de...

—El rey tampoco es un cualquiera —lo cortó Fumeit.

Siguieron regateando, hasta que el criado le explicó que el monarca no lo hacía por disfrute. Era un hombre enfermo, aseguró, y precisaba de ciertas prácticas. Los médicos le habían recetado un cuerpo desconocido y sensual para avivarle el espíritu. Y nadie mejor que Alia, por lo visto, para devolver el ardor a un soberano. Era un deber de vasallo ayudar a la revivificación de la carne regia.

—No sabes lo que dices, Fumeit. —El hombre se fue calentando, y Saad prestó oídos—. Ella es una criatura distinta. Yo he visto cómo les chupa la sangre a los hombres. No podemos enviarla a palacio, que luego nos las cargaremos tú y yo. No puede ser.

—Vamos, no digas disparates. —El viejo se enojó—. ¡Si no me llevo a la mujer, pronto tendrás aquí a todos los escuderos reales en pleno!

—No me invento nada, por el Altísimo. —El hijo de Abdulá se enjugó el sudor de la frente con la tela del desliado turbante—. La conozco desde hace veinte años y no le he visto ni una sola arruga. No envejece...; cambia de nombre, de residencia y de ocupación... pero su piel es siempre lisa, siempre oscura, ¡siempre joven!

—Esos cuentos los tengo muy oídos. —Fumeit alzó la voz—: Que si guarda el secreto de la vida eterna, que si abandona a sus hijos y se acuesta con hombres para robarles la fuerza, que si toma unas hierbas silvestres que no sé qué... ¡Pero te digo yo que a esa mujer me la llevo! ¡Ahora mismo!

Se escuchó una voz timbrada y sedosa desde algún punto de la noche:

—Esa mujer irá con vosotros.

Los tres hombres miraron en todas direcciones. No se veía otra cosa que sombras y chispas, el flamear trémulo de las bujías. La calma era tan grande que se escuchaban, provenientes de alguna casa, los ronquidos de un hombre. Oyeron un

frufrió de ropas finas y Saad percibió un hálito de mujer. Los vientos callaron, las llamas se enfriaron, la noche enmudeció y el mundo se suspendió. Una silueta encapuchada emergió de la noche. Era ella.

—Si el rey quiere a Alia... —dijo la voz—, Alia verá al rey.

El hijo de Abdulá hizo una leve reverencia con la cabeza y la escoltó hasta más allá de la valla. Fumeit clavó la vista en aquel caminar pausado y navegante y se aferró al bastón como si las piernas le huyesen. Saad se quedó boquiabierto. De entre los velos que ocultaban aquel secreto, le había llegado una caricia. Y el cielo, los astros y el firmamento entero habían descendido, como un manto de seda, hasta rozarle la cabeza. La vida descansaba entre el polvo de la ciudad y el techo de la noche. Y el mundo era el trecho que lo separaba de Alia. Muy poco, pero en realidad mucho.

Fumeit le dio unas cuantas palmadas en la espalda:

—Vamos, Saad.

Regresaron en silencio hasta la puerta del Real, donde los hombres de la cancillería esperaban con ansia. Salvaron el puente de madera. Las traviesas crujían bajo sus pies, pero Saad no miraba hacia abajo. Tampoco miraba hacia arriba, ni hacia delante ni hacia los lados. Saad miraba aquella figura y aquel caminar que danzaba y volaba en la serena oscuridad. Jamás había visto un paso tan ajeno al tiempo y a la creación. Jamás había escuchado una cadencia tan nueva y tan antigua a la vez. Jamás había visto a una mujer tan pocas veces vista, una criatura ni joven ni mayor, ni rica ni pobre, ni triste ni alegre. Jamás había tocado el amor y, en cambio, lo tenía al alcance de la mano, familiar, conocido, como si siempre hubiera esperado a aquella alma, como si siempre hubiera anhelado seguir los pasos de aquellas piernas brunas que, con un collar de perlas blancas en cada tobillo, arrancaban notas de un puente de madera.

—¿Aún deseas que mate a mi rey, Saad?

—No, ahora ya no lo deseo... —respondió, ausente, el joven—. Ahora lo necesito.

El ayuntamiento del rey con Alia tuvo sus secuelas, y ninguna buena. Incluso Saad sufrió las consecuencias. Soportó de nuevo un castigo del señor, por haber dejado solo al caballo y haberse ido sin licencia. De nada sirvieron las hábiles disculpas que adujo Fumeit. Varios restallidos de látigo en la espalda volvieron a dejar claro quién era esclavo y quién amo. Pero eso no fue nada comparado con la desolación de al-Quéfer al ver cómo una mujer tan intrigante era servida en frío a un monarca abatido.

Para su consuelo, Saad comprobó cómo, después de aquella noche, su infortunio alcanzó también a la corona. El rey Humano no solo no recuperó las fuerzas con sus escasas secreciones, sino que su suerte acabó de torcerse. Y, claro, el estado del rey afectaba al destino del país sin que nada ni nadie quedara excluido. A partir de aquella noche, aquella tierra y sus gentes comenzaron a enfermar como nunca hasta entonces. Las plagas se ensañaron con la salud del reino, una tras otra, hasta anunciar el principio del fin.

La convocatoria de Cortes se produjo justo cuando una pequeña peste arribaba a Valencia. No fue la peor mortandad de las que habían campado por la ciudad; otras más graves la habían azotado y llegarían otras aún más espeluznantes. Sin embargo, los nobles urdieron excusas para refugiarse en sus tenencias, y los ciudadanos y prelados se encerraron en sus casales. La gran expedición a la mar oceánica fue postergada, a pesar de los esfuerzos de muchos sabios y de la propia cancillería, que esperaban distraer de sus sufrimientos al reino con semejante empresa.

El grueso del pueblo padeció más una nueva desgracia, porque fray Vicente proclamó que era una prueba de su impiedad. Se conoce que el canónigo de la catedral no entendió que, en los actos para celebrar la estancia del rey en Valencia, la exaltación debía ir acompañada de cierta prudencia. En el auto sacramental previsto un intérprete, vestido de blanco y sujeto con cuerdas, debía descender ante el altar escupiendo fuego, emulando así la bajada del Espíritu Santo. Pero las llamaradas fueron tan ardientes que intérprete, canónigo, retablo y altar quedaron reducidos a cenizas delante de las narices del bueno de Martín. La humanidad del príncipe salió chamuscada, y también la ornamentación de la seo: de la quema se libró, afortunadamente, una Madre de Dios plateada, muy parecida a la célebre Alia según aseguraban las malas lenguas.

Otro aviso del cielo fue la aparición, en distintos rincones de la villa, de un monstruo con cara de león y cola de dragón. La bestia se escondía en el río durante el día y, según muchos, la providencia los salvó, hacia el otoño, con una gran riada que lo arrastró hasta más allá de El Grao. Para otros, ni que decir tiene, la riada supuso una calamidad, porque amén de la fiera se llevó por delante puentes de madera, reventó acequias y fuentes y envió a los desvanes de la historia el campamento de gitanos. El Tribunal de las Aguas se reunió en loor de multitud, pero los síndicos se pelearon entre ellos y con los curiosos que habían acudido a la puerta de los

Apóstoles. No se acordó gran cosa y algunas acequias quedaron maltrechas para siempre.

Una desgracia más se sumó a las anteriores. La reina, doña María, advirtió que el estado de su marido y del país no mejoraba. Las curas más carnales no habían despabilado a su humano y desaborido marido y ponían en peligro la paz de aquella tierra. Resolvió, pues, abandonar la corte de Barcelona e ir a hacer compañía al bueno de Martín. Desgraciadamente, cuando pasaba por Villarreal cayó enferma de fiebres tercianas y poco después pasó a mejor vida, lo cual, dicen, apesadumbró muy mucho a su marido.

La séptima fatalidad fue la más triste, porque comprometió la salud del reino y de todos los súbditos sin excepción. El único nieto legítimo del rey, nacido en Sicilia un año antes, murió. El rey Humano, que se desvivía por las criaturas y siempre había anhelado ser abuelo, se vio acarreado el cetro y despojado de sus alegrías familiares. Las voces avisadas decían que, desde entonces, nada había sido igual en la casa real. El bueno de Martín se abismó en una soberana tristeza que lo acompañaría hasta el final de sus días. También aseguraban que maldijo su desventura, su carga regia y a su ingrata ciudad, que con tanto infortunio le había pagado aflicciones, esfuerzos y atenciones.

Un buen día, empapados por la lluvia y el viento, el rey y su cortejo embarcaron en una galera y partieron rumbo a Barcelona. El moro Fumeit, el camarlengo, el ambicioso conde de Urgel, maese Jaume Ribes y todos los hombres del rey huyeron de Valencia. Vacieron el palacio de sedas y brocados, desmontaron las cocinas, despacharon a la escudería, empaquetaron mapas y archivos y dejaron en Valencia el áspero recuerdo de las siete calamidades que habían acompañado su estancia.

Como era natural, el caballero March y su esclavo tuvieron que hacer el equipaje para marchar hacia Gandía. Había pasado el tiempo, las encomiendas del duque habían sido cumplidas o se habían visto truncadas y los aires de la ciudad ya no resultaban acogedores. La vida tenía que retomar el ritmo parsimonioso y cautivo de las tierras de origen.

Saad había conseguido despedirse de Fumeit. Su granado amigo le había rogado que no cometiera locuras y, sin embargo, unos días más tarde, justo antes de aparejar la cabalgadura, Saad se las ingenió para perpetrar una última insensatez. Se llegó al Bordellet dels Negres y buscó el rastro de Alia. No le fue fácil pues, debido a las penalidades que el pueblo bajo imputaba a la mujer, esta se había escondido detrás de una espesa barrera de secretos y confidentes.

Durante el día, el barrio estaba animado. Nadie hubiera dicho que aquellas calles compartían los infortunios de aquella tierra y de su rey. Los balcones estaban adornados con guirnaldas de flores y de las casas colgaban lienzos coloreados. Bajo los porches, las mujeres aguardaban, charlando sosegadamente. Una banda de negros, ataviados con turbantes y albornoces rojos, bailaba por la calle: uno tocaba la dulzaina, otro el timbal y aun algún otro una trompeta. Las criaturas saltaban detrás

del grupo y los ancianos observaban la escena desde unos bancos de madera. Cuando Saad encontró al hijo de Abdulá, buscó la manera de justificar su presencia allí. Dijo ser el hermano menor de Alia. El hombre lo miró de arriba abajo con desconfianza.

—Hombre, oscurito sí eres —observó, arrugando el ceño—; pero ¿qué hacías con Fumeit aquel día llevándote a tu hermana a yacer con el rey? —preguntó, alzando las manos—. Bueno, espera un momento. Ahora vuelvo.

El hombre regresó al poco y lo hizo pasar a una sala alfombrada. Saad se dejó caer en unos cojines de seda. Los muros estaban cubiertos de falsas ventanas donde reposaban manuscritos encuadernados, estatuillas de bronce y platos de cerámica. El otro extremo de la estancia lo ocupaban dos grandes colmillos de marfil labrados. Una araña de hierro, poblada de docenas de diminutos candiles, colgaba del techo. En los trozos de pared libres se apiñaban pequeños tapices bordados.

—Ninguno de los hermanos que Alia tenía —dijo una voz dulce—, ninguno, ni mayor ni menor, vive ya.

Saad volvió la vista y adivinó las formas de la mujer en la penumbra de la cámara. Aquel era su modo de hablar, aquella su figura, aquellos sus plácidos movimientos y aquel su misterio, a pesar de que se refería a ella misma como si hablara de otra. A Saad se le hizo un nudo en la garganta. No pudo responder. No pudo ni alzarse para saludarla. Ella se acercó, aún entre penumbras.

—¿Y bien? —continuó la voz—, ¿qué quiere el hermano que no lo es?

—Quiero salvarte —se le escapó a Saad, como si las palabras le ganaran la partida al juicio.

Ella no se rió, como hubiera hecho otra de su condición. Tampoco replicó, ni mostró menosprecio alguno. Salió de la oscuridad y se arrodilló en la alfombra, frente al joven. Se dejó observar, extrañamente sumisa y callada. Saad contempló a la mujer más hermosa del mundo. Percibió la suave lucidez de los gatos y el ardor leal del caballo, la sabiduría de una anciana y la frescura de una doncella, el reposo del atardecer y la claridad creciente de la alborada. Sintió que su rabia se alejaba y, de algún modo, la reconoció. Como si desde siempre lo hubiera acompañado, como reconocería una tierra lejana que jamás hubiera pisado.

Fue entonces y solo entonces cuando advirtió la desnudez del cuerpo que tenía ante sí. Alia lucía unas largas trenzas, atadas con piezas de ámbar, que le acariciaban los pechos. Nada más. Mostraba su cuerpo de cobre sin pudor. Veinte veces buscó sus ojos, en una danza secreta, y veinte veces dio con ellos, abiertos y serenos. Saad comprendió que había ido al encuentro de la paz. Y que quien deseaba salvarse era él.

—¿Has amado alguna vez? —le preguntó, de nuevo sin pensar.

—Esta mujer ha amado, sí... —dijo—, más con el alma que con el cuerpo. Fue hace muchos años, en otro lugar, bajo otro nombre. Él era un joven lleno de sabiduría y Alia... Alia no era Alia. Era la extranjera de los mundos del mediodía, una mujer cautiva que lo había perdido todo.

Ella tomó su mano, se la acercó a la boca y le acarició con la lengua el muñón del

dedo meñique. Saad no se movió. Era la primera vez que no despertaba miedo, odio o compasión, la primera vez que no querían aleccionarlo. El y su desventurada mano eran aceptados. Tal cuales eran. Alia albergaba algo de otro mundo.

—Dicen que nunca envejecerás, que tomas a los hombres y...

—Sé muy bien lo que dicen. También dicen que abandono a mis hijos.

—No me lo creo.

La mujer clavó los ojos en él y el joven dejó de respirar.

—Aquel al que llaman Saad aún ha de vivir mucho. Algún día sabrá que los ángeles existen y que llegan en el llanto de un niño, y que el llanto del ángel se deshace como una nube.

Alia se irguió. Saad cerró los ojos y entreabrió la boca, esperando sentir una piel que imaginaba fina y cálida como ninguna. Notó un beso en la frente, lento y espontáneo, que no era de hermana ni de amante ni de mujer de la vida. Solo era sublime. El joven tomó su mano, con intención de acercársela a la boca, pero un temblor desconocido, un río que le corría espalda abajo y le robaba las fuerzas, lo paralizó. Alia agrandó los ojos y suspiró. Dijo un adiós que desprendía fragancias.

No podía ser otra cosa, pensaba Saad mientras buscaba la puerta. Tenía que serlo, porque nunca había sentido aquello y jamás lo habían embargado aquellos miedos tan dulces. Salió a la calle atónito y confuso. Ensimismado como estaba, olvidó urdir una disculpa para el señor de Beni Arjó. El caballero ya blandía las cuerdas de castigo, pero vio al esclavo tan arrobado que no supo ni reñirlo. Saad tampoco reparó, hasta horas más tarde, en que había olvidado concertar una cita con Alia. Aquello que le quemaba en las entrañas no podía ser sino amor. Sus sueños, su isla de remotas libertades, ya no podían existir sin cobijar unos ojos y una cara. Estaba enamorado, y hubiera osado suponer —¡cómo suponer, jurar!— que su pasión era correspondida.

Apenas llegó, Saad vio que en casa, durante su ausencia, no había ocurrido nada nuevo. Los señores amasaban deudas, los ciudadanos se hacían fuertes y vanidosos y la morería cobraba por todas partes. Como siempre. En las tenencias de los March, el servicio seguía donde le correspondía, unos en la alquería y otros en el palacio de la villa. La señora prefería el retiro de Beni Arjó y allí residía, acompañada siempre de Peirona, rogando absurdamente por que su maltrecha hija recobrarla la salud. En Gandía acostumbraba estar el heredero, triste y quejumbroso como siempre. Se sentía desatendido por sus padres y cuando los tenía cerca parecía que lo molestaran.

—El tiempo pasa, Saad —se limitó a decir Ausiàs cuando se encontraron, en el escritorio del señor.

El chico levantaba prácticamente un palmo más, pero su gesto era aún de arraigada pena.

—Me han dicho que ya sois un hombre —lo pinchó el esclavo—, que han testado a vuestro favor, os han emancipado y os han buscado esposa.

Ausiàs se sentó en el banco y, sin decir palabra, comenzó a pasar las páginas de un libro. Los esfuerzos de su padre para hacerlo madurar antes de tiempo no parecía

que le hicieran ninguna gracia. Llevaba el hábito de doncel, con medias ajustadas, sombrero de fieltro y jubón de terciopelo. Saad se hizo un hueco a su lado.

—¿Qué leéis?

—Es un tratado de caza. —El muchacho le mostró un dibujo—. ¿Ves esto? Es un halcón real. Hace tiempo que he pedido uno, pero mi padre dice que cuesta una fortuna.

Saad se deshizo en elogios. Un pájaro admirable, reconoció. Quizá algún día, cuando Ausiàs fuera señor y caballero... Dedicó un par de exclamaciones más al esbozo y abordó el asunto que le ocupaba la cabeza. Procuró forzar una sonrisa.

—Dicen que Marta... —El doncel lo escuchó sin mover ni una ceja. Mojó la pluma y comenzó a copiar el halcón—. Dicen que me ha quitado el sitio.

—Solo es mi niñera —dijo secamente el niño—. Pero me han ordenado que la llame sirvienta. Mi madre piensa que las niñeras son otra cosa. Son las que cuidan de los niños que no pueden valerse.

En el momento de trazar el pico del ave, Ausiàs se detuvo. El cálamo se le rebeló y el cabezal enganchó el papel. El pequeño March forzó el trazo, pero una gruesa gota de tinta manchó el dibujo y se extendió por la cabeza del animal. Observó el borrón con disgusto y, a continuación, garabateó con furia su dibujo. El original del libro acabó salpicado y el chiquillo, acalorado, refunfuñó.

—No os preocupéis, señor. —Era la voz de Marta, que entraba en la cámara—. Ahora limpiaremos las manchas.

La muchacha se agachó entre los dos, sacó un trapo de alguna parte y enjugó la tinta. Le pasó la mano por la nuca al chico y le dijo algo al oído para apaciguarlo. Ausiàs saltó del banco, abrazó la cabeza de la sirvienta y desapareció, con la cabeza gacha, por la puerta. Saad se entretuvo con el rostro de su compañera. Le pareció más blanco, sencillo y firme de lo que recordaba.

—Sabes cómo tratarlo.

Saad tomó la mano de Marta. Ella se estremeció al ver que le faltaba un dedo.

—No es nada. Son cosas que nos pasan a los esclavos. ¡No lo mires tanto, diantre! Pero cuenta —dijo, suavizando el tono—: ¿cómo te las arreglas con el mocososo?

—Lo quiero... —dijo ella, mirándolo a los ojos y apretándole la mano con fuerza—. Es lo único que hago.

—Eres la única que lo hace, diría yo.

—Pobre amo. Lo tiene todo y no tiene nada. Saad —prosiguió, cambiando de tono—, ¿has encontrado nuestra nave en Balansiya? —Percibió su desconcierto—. La que me dijiste, la que nos ha de llevar a nuestra isla.

—Marta, yo... —El esclavo topó con el semblante luminoso de la joven, y endulzó el gesto—. Sí, sí, he encontrado una. Una barcaza que se lleva a los moros bien lejos. Pero tendremos que dejar pasar un tiempo, porque las cosas grandes no pueden hacerse con prisas.

—¿Y cómo se hacen las cosas grandes?

No se hacen, pensó Saad. O ellas lo hacen a uno. Agachó la mirada y Marta se dio cuenta. Ella le volvió a apretar la mano, con fuerza, para impedir que se le escaparan los dedos aún enteros. El joven se soltó, se levantó y se acercó al oído de la muchacha.

—Nos veremos luego —dijo en voz baja—, los dos solos.

—Saad —rió ella—, ¡eso mismo acabo de decirle a Ausiàs!

Marta y Saad fueron tropezándose. Pero verse, lo que se dice verse, se vieron poco. El joven encontró excusas, algunas creíbles y otras débiles, para no quedarse a solas con la muchacha. Sin ir más lejos, el señor le encargaba duras tareas, trabajos de hombre que, al final del día, lo derrumbaban sobre el jergón. Poco después, Ausiàs volvió a la residencia ducal, para continuar su aprendizaje. Marta acompañó al pequeño, claro, y, a pesar de las pocas calles que la separaban de la casa de los March, se cruzó con Saad contadas veces.

Un nuevo asunto distrajo muy pronto la atención del esclavo. Consiguió que el señor le permitiera hacer una visita a sus padres. A Beni Arjó no podía ir, porque allí era al-Quéfer, el que debía haber muerto, por haber turbado la paz y haber asesinado al recaudador. El caballero tampoco quería que se vieran en Gandía, porque la gente pensaría que el viejo estaba ablandándose. De modo que se encontraron a medio camino, en el trapiche de Almoines.

La madre emergió de entre las pilas de caña.

—Hijo... ¡te hemos echado tanto de menos!

Tenía la cara congestionada, había menguado y estaba arrugada como una pasa. Saad se dejó abrazar. Su padre apareció detrás, asustado; se sentó en una muela de piedra, sin hacer ruido, esperando a que la mujer acabara. Unos campesinos que acarreaban una litera llena de grandes conos de azúcar interrumpieron la escena. Los tres se apartaron al darse cuenta de que molestaban.

Suleimán y Fátima se sentaron juntos en la piedra, demasiado estrecha para los dos, cogiéndose para no caerse. Saad permaneció de pie delante de ellos. Los padres le buscaban la mano izquierda con los ojos y él la ocultaba a su espalda. No sabía cómo ponerse. Fingió que escuchaba, paciente, las plegarias del padre.

—Digamos: creemos en Dios, en el que nos fue revelado... —Saad conocía el versículo y no le gustó la elección—. En el que fue revelado a Abraham, Ismael, Isaac, Jacob y las tribus, en el que fue dado a Moisés y Jesús, en el que recibieron los profetas del Señor. No tenemos preferencia por ninguno de ellos... Estamos sometidos a Dios.

—Estamos sometidos a Dios —respondieron madre e hijo a dúo.

—No dejan de castigarte, hijo. —Suleimán se fijó en las marcas de cuerda que le despuntaban por el cuello del albornoz—. ¿Por qué no aceptas el mundo tal cual es?

—El mundo está mal hecho. —El joven hablaba y paseaba, con las manos en los riñones y la mirada en el suelo—. Y no me vengas otra vez con sermones sobre

respetar a los rumies y con eso de que todos creemos en el mismo Dios.

—Ay, hijo —intervino Fátima—, a mí me bastaría con creer que existimos de veras y que estamos juntos al fin.

Padre e hijo se miraron, desarmados, y resolvieron dejar las disputas para más adelante. Saad se agachó y pidió que le contaran cosas del pueblo. Que si el alfaquí, el alcalde —¡ah!, lo habían cambiado, el nuevo siempre estaba de mal humor—, los vecinos, los hombres del cadí. El esclavo prestaba atención, aunque le parecía estar oyendo relatos sobre gentes que habían dejado de existir. Ahora trabajaban mucho, añadió el padre, sobre todo desde que habían subido el morabatín.

—¿Qué dices? —El hijo se irguió de golpe—. ¿Aún os aprietan más?

—Es que las arcas de los señores están vacías, hijo —dijo el padre en voz baja—, y solo nosotros podemos pagar los platos rotos.

—Ya estamos como siempre... Aceptando cualquier abuso. ¿Acaso no comprendes que os dejarán en cueros?

Suleimán y Fátima se encogieron de hombros al mismo tiempo. El padre intentó cambiar de asunto.

—Háblanos de alguna chica, Saad.

—Hay una mujer, sí. —Los padres esbozaron una sonrisa—. En Balansiya. Quiero que sea mía.

—¿Quién es? —dijo el viejo, un tanto almibarado—. Tendremos que conocer a sus padres.

Saad enmudeció. Sus padres. ¿A quién le podían importar los padres de aquella mujer? No se había parado a pensar ni que pudiera tenerlos. Resopló por la nariz y movió la cabeza de lado a lado.

—Tranquilo, padre, es como nosotros. Es... es luminosa de cara. Y oscura de piel, casi como yo. La llaman Alia, porque...

—¿Alia? —Suleimán se alzó.

—¿Qué mosca te ha picado? —dijo Saad, sorprendido.

—La mosca eres tú —sentenció su padre—, y me has picado aquí —dijo, señalándose el corazón.

—No te entiendo, padre. ¿Acaso quieres una rumí para mí? ¿Qué sabes de esa mujer?

—Hijo, es... ¡es una mujer de la vida! ¡Una puta! —Suleimán enrojeció—. Tienes que dejarla, ¿me has oído? ¿Acaso no quedan mozas guapas en el mundo? Olvídate, Saad, ¡olvídala! ¡Te chupará la sangre!

El joven lanzó un bufido y dio media vuelta. No se molestó en despedirse. Realmente, aquel hombre no tenía remedio. Enfiló el camino de Gandía, dando patadas a las piedras. Era un caso. Y la madre venga a poner paz. ¿Qué lo llevaba aún a querer y respetar a un hombre tan tozudo y con el que se entendía tan poco?

Había quien aseguraba que el temblor llegó primero. Otros lo rebatían y sostenían que la muerte negra había visitado antes aquella tierra. Los más entendidos decían,

incluso, que los males habían llegado por separado, uno de poniente y el otro de septentrión, pero a la vez: el caso es que se habían mezclado y que a la hora de la verdad era inútil discernirlos, porque la desolación no tenía nombre ni apellidos. El pánico se extendió, los espantapájaros ennegrecieron, las casas chirriaron, las terrazas cayeron, todo hedía y de debajo de las ruinas sacaban cuerpos apestados. Buena parte de la nave central de Santa María se derrumbó, tuvieron que lanzar cadáveres al río de Alcoy, el desánimo cundió en la morería y todo aquel que pudo irse lo hizo.

Como, según decían, la peste se gestaba en el ambiente, en las plazas solían arder fuegos aromáticos. Se prohibían los mercados, se clavaban tablones en puertas y ventanas, se aislaba a los apestados en casa y solo se les suministraba comida por entre las tejas de las terrazas. El almotacén aprovechaba para expulsar a putas y vagabundos, a unas porque provocaban temblores en los hombres y a los otros porque, aseguraba, siempre hedían. Las medidas no solían resultar eficaces, pero aquella vez aún menos: pronto no hubo ventanas que precintar, fruta que prohibir ni mujeres de las que librarse. La vida había huido al campo, sin esperar a las disposiciones oficiales.

Los March sabían, como todo el mundo, que quemar romero, tomillo y flor de cantueso en las calles no servía de mucho. De modo que tomaron sus pertenencias más valiosas y arrancaron a correr hacia Beni Arjó. Extramuros de la villa, decían, los aires no eran nunca fétidos. Se encerraron en el casal y no dejaron entrar ni salir a nadie si no era para algo de inmediata necesidad. Por primera vez en mucho tiempo, quizá en años, todos dormían bajo el mismo techo: el caballero, la señora, Ausiàs, Peirona, media docena de domésticos y Saad.

El cautivo no tuvo que encararse con la memoria de sus recelosos vecinos, porque no puso los pies en la calle ni un solo día. Pero semejante hacinamiento desbarató sus esquivos propósitos en lo que a Marta atañía. Una tarde, en el establo, mientras ahuecaba la paja, la moza entró con la firme intención de imponer su compañía.

—Parece que hayas olvidado tus sueños, Saad.

—No, no... —El joven detuvo su labor, pero evitó los ojos de la muchacha—. Te aseguro que aún guardo la esperanza de...

—Una esperanza sin mí.

—Marta, yo...

Encontró su mirada y aquello lo desarmó.

—Has probado los perfumes de la ciudad —se quejó ella—, y mi piel de seco ya no te gusta.

—Me gustas, claro que me gustas.

Saad era, o así se lo parecía a él, del todo franco.

—Pues no huyas más... —La muchacha se le acercó—. O hazlo conmigo.

Saad cerró los ojos. Notó cómo unas manos lo cogían y lo obligaban a sentarse encima de la paja. Unos dedos jugaron con su pelo y le recorrieron las mejillas y la nuez. Percibió el deseo y vio ante sí un cuerpo felino, sobre cuyos hombros

descansaban unas trenzas delgadas y enjoradas. Fue al encuentro de los labios, que esta vez respondieron cálidamente. Se hizo desatar el albornoz, pausadamente, y entonces pidió aquello que tanto necesitaba.

—Háblame como si yo no estuviera aquí... —Aún cerraba los ojos—. Y como si tú hablastes de otra.

—Estás loco, Saad, pero te quiero.

—No, no —insistió el cautivo, con voz escasa y ardiente—; di que Marta quiere a Saad.

Ella lo dijo, con el ceño fruncido, y creyó que aquello lo domaría. Le puso la mano en la frente, como quien alivia un acceso de fiebre, y lo besó con ternura. Él, siempre con los ojos cerrados, la abrazó. De pronto, se escucharon gritos y golpes en la puerta.

—¡Saad, corre, ven al patio! —gritaba la voz de la mayordoma, aguda y penetrante.

—¡Mierda! ¿Qué pasa?

El joven se incorporó.

—¡Es tu padre, ven, ven!

De un salto, se plantó en el patio. Marta salió tras él, arreglándose el pelo. Allí solo estaba la criada, que arrastró a Saad hasta la puerta de la calle. Permanecía cerrada y atrancada desde hacía días, pero la pequeña trampa estaba abierta. El joven asomó la cabeza y, más allá de la rejilla, vio el rostro desencajado de su padre.

—Fátima, hijo... —Con las uñas, se arañaba la cara de arriba abajo—. Tu madre...

—¿Qué, qué?

—Oh, hijo...; el alma le ha subido a los labios.

La tierra vuelve a la tierra —recitó el imam.

—Allahu akbar —respondieron los asistentes.

Dios quizá era grande, pero el mundo de Saad era raquítico. Su madre, acompañada por un coro de agudos llantos, entraba en la fosa. Orientada hacia La Meca, envuelta en una mortaja blanca y encogida, para que abandonara el mundo como había venido a él. Había acudido el pueblo entero, sí. Antes que al-Quéfer, el hombre que debía haber muerto, era el hijo de una víctima. Sí, ahora incluso parecía que querían apoyarlo. Pero su madre se había apagado ya. De nuevo los malditos rumies.

La había velado toda la noche. A su lado, los sollozos de su padre. Suleimán procuraba explicar qué había ocurrido y no lo lograba del todo. Más allá, en el rincón, las plañideras, con aquel quejido interminable. Y gente que entraba y salía, todos con la angustia dibujada en la cara. Era como si esperasen a ver qué haría el único hombre de verdad, el único de Beni Arjó que había tenido el coraje, unos años atrás, de matar al recaudador. El único que podía vengar aquel último abuso, porque era el hijo de la muerta. Y porque se había cometido el más inhumano de los crímenes contra la más inocente de las personas.

Saad pasó la noche inmerso en un misterioso estupor. No lo embargaba la rabia, sino la vasta tristeza de verse solo. No entendía cómo, tras vaticinios y conjuros y preocupaciones, lo que más lo asustaba había sucedido. La vida le parecía un esfuerzo inútil. Había matado para proteger a sus padres. Había tenido la horca al cuello, y había soportado el cautiverio para no hacerles daño. Había perdido el dedo, había encajado golpes en la espalda y había invocado a los espíritus para que la desgracia recayera solo sobre él. Todo para acabar viendo lo que más temía. A su madre, muerta. La vida continuaba, hostil. Una lluvia fina, de flor menuda, caía desde medianoche sobre el pueblo: sobre las casas y los caminos y los ánimos.

—No la han matado por mala —repetía el padre, vencido—; la han matado por ser buena... la han matado por cumplir con el sagrado deber de la caridad.

Se decía que Fátima había ido a visitar a unos vecinos infectados. Sin que nadie del pueblo lo supiera, sin confiarse a su marido, había llevado comida y agua a los enfermos. Les había limpiado los bubones, les había mojado la frente y les había ofrecido consuelo. Al salir, los hombres del alcalde la habían descubierto y la habían atravesado con la espada, así, como quien degüella una gallina, por orden del caballero March. Quienquiera que tocara a un apestado debía ser sacrificado en el acto, había dicho el señor. Y la voz del señor había sido obedecida.

La infamia había sido el acicate de una pequeña rebelión. El alfaquí se negó a ordenar una cremación sumaria. El cadí le prestó su consentimiento. El pueblo en pleno salió de casa para acudir al sepelio y, preso de una devoción renovada, se sumó a las plegarias por la mártir. El sepulturero talló una lápida de mármol. Sin que nadie

se lo ordenara, la colocó en la parte más venerada del cementerio y abrió una fosa. La morería caminó hasta el sagrario en una larga y silente procesión. Los pocos cristianos de Beni Arjó lo habían observado todo agazapados tras los ventanales y las puertas atrancadas.

Las últimas paladas caían sobre el envuelto cuerpo de su madre. Los ojos de la comunidad lo miraban. El joven Saad se había hecho mayor de golpe, porque ahora era huérfano. El malhechor era un héroe. El orate era un valiente. No cruzó palabra con los ancianos, pero los veía esperar. Ajeno al mundo y arrebuñado en su arrugado albornoz, su padre, sin saberlo, también esperaba. Fátima reposaba en el jardín del profeta. Su pelo, su dulce sonrisa, su paciencia, sus silencios. La manera que tenía de calmar al hijo. Sus besos de buenas noches. Su voz. Su paz siempre presente. La manera de sufrir por un hijo desbocado. Adiós.

El cielo se cargó, como la panza de un burro, hasta casi rozar los turbantes. Los copos acariciaron las mejillas de Saad y resbalaron por su nariz. Dejó que el frío le goteara cuello abajo, como para sentir las lágrimas que era incapaz de verter. Un nudo le subió del estómago, se le hizo grande en la nuez y le envaró la espalda.

—Ese pedazo de cerdo —dijo para sus adentros— me va a oír.

Una gumía llegó a sus manos. Cerdo asqueroso. La ocultó bajo la túnica y arrancó a correr. A eso lo llamaban caballero. Cuando llegó al casal de los señores, la puerta se abrió. Su madre, pobre. No había gritado. No había proferido ni un lamento. Como una gallina. Mudo y tenso, como una caña, se vio frente a la estancia del caballero. Cerdos todos. Empuñó el arma. Pobre, pobre madre. La puerta se abrió con un chirrido y un arrebato ciego lo precipitó hacia la silueta.

—Mira que eres imbécil —una voz atronadora dejó helado al joven.

Saad forzó la vista a contraluz y distinguió al caballero. Iba armado de arriba abajo. Llevaba el yelmo y la babera, el gorjal, el espaldar, los avambrazos, las manoplas, la cota de malla, los quijotes, las grebas y calzado herrado. Apenas se adivinaban los ojos de fuego, hundidos en la ranura, y no había ningún otro hueco por donde clavarle la daga. Saad no salía de su asombro. Aquella montaña de hierro parecía inexpugnable. Era la primera vez que veía al señor disfrazado de guerrero, aquella criatura de hierro, llegada de un averno monstruoso. El odio se le desinfló. Dejó caer los brazos y la gumía.

—Prepara tus cosas y las mías. Partimos al rayar el alba. —Saad se restregó los ojos—. El infante ha muerto... —El caballero lo miró como si fuera idiota—. Martín el Joven, ¿entiendes? La corona ha quedado huérfana. Esta tierra se incendiará y cada uno ha de ocupar su puesto.

El lugar de Saad estaba junto a su amo, allí, en Barcelona o donde fuera preciso. De modo que hubo de emprender un largo viaje a las órdenes del patricio al que más ansiaba perder de vista. Hicieron noche en Gandía, claro, porque Pere March tenía que departir con el duque antes de irse. De inmediato salieron hacia Valencia. El tiempo corría despacio: las jornadas se antojaban tediosas e interminables y el sopor

dilataba los atardeceres. A ratos, como escarmiento, Saad tenía que caminar bajo el sol de mediodía con unas manillas. A empujones y trompicones, llegaron a Valencia. En la ciudad, Saad buscó la ocasión para escabullirse y llegarse al Bordellet.

En los alrededores de la plaza de las Barcas, le pareció ver una figura familiar. Aquel caminar triste y rendido... Costaba creerlo, pero realmente parecía él. Lo siguió, resguardándose entre sombras, dos docenas de pasos por detrás. Aquel hombre sabía bien adónde se dirigía y, al cabo de poco, Saad pudo comprobar que su destino era, precisamente, el Bordellet dels Negres. Doblaron por la calle central y allí, bajo la tenue luz de las bujías, pudo adivinarle el rostro. Cuando el personaje abordó a una mujer para preguntarle algo, le escuchó la voz. Costaba creerlo, pero lo era. Era él.

El corazón le dio un vuelco cuando escuchó que buscaba al hijo de Abdulá. Y los pelos se le pusieron de punta cuando apareció el guardián de Alia y el recién llegado preguntó por ella. Saad, oculto en un porche, se agazapó tras una columna. Las lámparas se estremecían en la oscuridad, enlazando sombras trémulas.

—Que Dios te proteja —dijo con claridad y firmeza el sirviente—. Pasa, que la Bruna te espera.

La ciudad entera se puso a rugir a su alrededor. ¿Qué hacía allí aquel hombre? Se irguió, con la vista nublada, y dejó que la noche lo engullera. Los espectros le hablaban en la quietud. En cada callejuela sufría una alucinación. ¿Qué llevaba a aquella sombra hasta aquella mujer? Avanzó, dando puñetazos a los muros y patadas contra el suelo. La ciudad estaba viva y se desquitaba: lo empujaba contra los portales e intentaba derribarlo.

¿Qué secreto propósito albergaba aquel hombre? ¿De qué conocía a la mujer más seductora de Valencia? La sola idea de verlo en brazos de Alia le provocaba náuseas. Pero era la estampa que, insidiosa, acudía a sus mientes. El aire se calentaba, lo empalagaba y se le pegaba a la piel. La aflicción de días atrás era ya apenas asco, un asco que se derramaba desde los ventanales, anegaba las calles, se le aferraba a las rodillas y se encaramaba por su estómago. ¿Era capaz, el muy siniestro, era capaz de buscar consuelo en aquella piel morena y sedosa?

Una fuerza amiga y oscura lo condujo hasta el albergue de los March. El sordo lo esperaba y, cuando lo vio, no se calmó, sino que su espanto creció. Le pareció que las cejas del muchacho habían crecido, que sus huesos querían escapar de la piel y que sus enrojecidos ojos estaban a punto de encenderse. Corrió a meterlo en el catre y lo cubrió. Le secó el sudor frío del cuello y le sopló en la cara hasta que se durmió entre delirios.

Al día siguiente, Saad conoció la sordidez. Ya no sentía odio hacia el barón que había hecho matar a su madre. Ya no sentía celos ni asco. No sentía nada de nada, su única obsesión era huir. A las remotas islas de poniente. O a donde fuera, con quien fuera, como fuera. Con un hilo de voz, le dijo al señor que no eran precisos ni manillas ni azotes. El hombre miró aquel despojo de esclavo. Entendió que le decía

verdad y que la peor condena de Saad era la que llevaba en sus entrañas.

—¡Hombre, Saad, pareces un alma en pena! Era el moro Fumeit, que se le había acercado y lo abrazaba con fuerza. Saad no le correspondía.

El caballero March los miró con condescendencia, ordenó al cautivo que se hiciera cargo de la cabalgadura y continuó escaleras arriba hacia la planta noble. Fumeit llevó al joven a las cuadras, lo ayudó a atar la yegua y lo condujo hasta la cocina. Allí le sirvieron un buen rancho de habas y pan. Saad no habló hasta la tercera o cuarta cucharada. El cansancio se le marcaba en las facciones.

—Qué lejos está Barcelona... —suspiró.

—Sí, y aún estamos a una legua de la ciudad —dijo Fumeit. Luego, señaló con la cabeza la planta alta—. ¿Por qué crees que el rey embarca siempre que puede? Caminar supone consumir la figura, créeme.

Fumeit lo puso al tanto de todos los rumores que corrían por la corte, y corrían a espuestas. El Humano se había retirado a aquel palacio de Bellesguard y se resignaba a esperar la muerte. Un jardín erigido para huir de la mortandad fruto de la peste y que sería, finalmente, su tumba. Todos los días llegaban nobles, sabios, médicos, prohombres y toda clase de gentes para rescatarlo del sopor. La corte dilapidaba fortunas en recetas y compañías estimulantes, pero el príncipe languidecía sin remedio.

—Hilos de plata y agujas de oro, Saad, no zurcirán jamás un corazón hecho jirones. Lo veo en las últimas. Esto se acaba. Y tras él, el reino entero.

—¿Estás seguro? —Saad se deshizo de la cuchara y rebañó el cuenco con los dedos.

—Lo estoy. Desde que murió el infante, esto es un desastre. —Fumeit se acercó a su oído—: Por cierto, dicen que no fueron las fiebres palúdicas, no. Dicen que el joven Martín sufrió los excesos de una dama... una belleza de Cállor. No —rió por debajo del bigote—, ¡si lo que no inventen esos demonios de sardos para librarse de las cuatro barras!

El sirviente real fue enhebrando chismorreos, uno tras otro. Desde que se había quedado sin sucesor, lo que tenían no era un rey ni era nada. Estaba abotargado como un melón y no pasaba demasiado tiempo en el lecho porque se ahogaba. Él, el moro Fumeit, había visto con sus propios ojos a una reata de magos, astrólogos y sortílegos entrando por aquella puerta. Todo se había complicado con la boda de marras, claro. Una dama muy joven, pobre muchacha, que debía estimular las secreciones del monarca. A la desesperada, los consejeros los habían metido en el tálamo y habían intentado que el Humano engendrara, ante notario, un nuevo descendiente. Pero el cetro estaba seco.

Contaban que primero lo habían intentado con sándalo, quemado poco a poco, hasta que todo el palacio desprendió un olor dulce y pegajoso. Habían triturado raíz de achicoria, la habían mezclado con crema balsámica y le habían untado las partes, pero aquello solo le había producido un escozor endiablado. Luego, habían mezclado

vinagre con aceite de Tirba y manteca en flor, pero nada. Le habían condimentado la comida con pimienta roja de Berbería y pimienta amarilla de las Indias, polvo blanco de Diodor y negro de Etiopía, nuez en polvo y tantas otras cosas. La flacidez regia persistía.

La fe o los cirujanos eran el último recurso. De la fe se ocupaba, y mucho, fray Vicente, que enardecía los ánimos de la realeza y también los de las multitudes. Mientras, los médicos irrumpían en la intimidad palatina con sus herramientas y sus tratados. Practicaban, según Fumeit, los mismos remedios que aplicaban contra el exceso libidinoso. Y nadie se lo impedía. La situación era bastante deplorable. Los cirujanos le provocaban al soberano enormes dolores pinchándole la espalda con afiladísimos estiletos y, cuando eso no lo despabilaba, le azotaban el bajo vientre y le introducían puyas de hierro candente, y entonces...

—Basta, basta, Fumeit. —Saad retiró el cuenco y se secó los labios con la manga—. Ya tengo suficiente.

—Puedo pedir más si quieres...

—No me refería a las habas.

—Ah... Y tú, ¿qué has hecho? Ha pasado mucho tiempo desde que te dejé con tus jaleos.

Saad le contó sus cuitas. El anciano se rascaba la barba, golpeaba el suelo con el bastón y escuchaba. Luego, alzaba la vista, se fijaba en el caminar de alguien que entraba o salía, hacía una mueca y le rogaba al joven que continuara. Era un manojo de nervios y, en ocasiones, parecía que no prestara atención, pero enseguida retomaba el hilo de lo que escuchaba y mostraba, con creces, que no se había perdido ni un solo detalle.

—Dicen que los milagros no vienen solos —sentenció—. Llegan como hijos del sufrimiento. Y tú has sufrido mucho. Estoy seguro de que el Misericordioso te ayudará algún día. —El viejo abrió los brazos—. De modo que vive a fondo tu tristeza. No te regodees en ella y tampoco te escondas. Tu madre está muerta, tú estás sometido, tus amores son un desastre. Y tu padre, tu padre... ¡vete a saber! Pero en eso consiste la vida. El tiempo pasará y verterá miel nueva sobre la amargura. Así es la vida... Fíjate en mí. —Cruzó las manos en el pecho—. Mi corazón es frágil, y nunca he entendido cómo ha podido soportar tanto trasiego. Pero aún quiere latir. Sí, no sé cómo, pero lo hace. Vive, Saad, vive.

—Lo único que ansio es huir de esta vida.

—¿Hacia dónde? Esta vida es la tuya, muchacho.

El viejo se apoyó en el bastón. El joven hundió la cabeza entre los brazos, encima de la mesa. Imaginó un viaje largo, camino de un lugar muy remoto, una tierra muy distinta donde el amor era libre, los dioses no castigaban y la gente no moría. Fumeit le adivinó los sueños y le confió que, si lo que ambicionaba eran aventuras de altos vuelos, había llegado al lugar adecuado en el día indicado. Los grandes del reino estaban a punto de discutir si aparejaban una expedición. Quizá la misma que el rey,

durante su estancia en Valencia, cuando aún mandaba algo, había frustrado.

—Pues yo pensaba que, con el rey agonizando, habíamos venido a prevenir una guerra.

Fumeit apuntó con el bastón al horizonte.

—El mejor método para detener una batalla entre hermanos es hacer la guerra al forastero.

Fray Vicente ya había subido, el conde de Urgel también, y detrás de él el grueso de la alta nobleza. Pere March, que llevaba mensajes del duque de Gandía, acababa de llegar. No les faltaba más que la ciencia. Saad pasó un rato ensimismado, hasta que notó el bastón de su compañero en la mollera.

—Mira —dijo Fumeit, señalando el patio con el bastón—; lo que te decía. El cartógrafo.

Saad volvió la cabeza y vio a maese Ribes en la entrada. Se levantó. El sabio llegaba, como siempre, cargado de libros y rollos de pergamino. Le hizo una seña, pero el hombre no se detuvo. Parecía tener prisa.

—¡Bienvenido, muchacho! —le gritó a distancia—. Te veo abatido.

Saad saludó con la mano y, cuando se dio cuenta de que había usado la izquierda, la escondió. El converso lo siguió con los ojos y sonrió a medias.

—¿Lees la lengua sarracena? —gritó el maestro.

—Sí, por supuesto.

—Pues ven a verme. —El hombre ya subía por la escalera—. Quizá puedas echarme una mano. En la calle de los Mercaderes, recuerda. Y no te preocupes... —Un hombre que bajaba lo embistió—. Perdón, esto... no padezcas por el señor de Beni Arjó...; déjame a mí.

—Veamos, Saad, ¿qué dice el libro?

—Dice que Battuta, al llegar a Nubia, tomó una falúa y bajó por el Nilo hasta llegar a Fustat.

—¿Puedo pedirte algo? Léemelo en tu lengua. —Maese Ribes escuchó la lectura con los ojos cerrados—. Una música deliciosa, sí. Me transporta. —El hombre se enderezó en el escabel y navegó con el dedo por un buen trozo de mapa—. Bien, Fustat es El Cairo, ¿cierto?... Pues eso quiere decir que, si llegó a ese punto, entonces... Oye, ¿y no dice cuántos días pasó en la barca?

—Pues no... o quizá sí... Sí, más abajo. Dice que durmió dos semanas en el río.

—Mmm... —El cartógrafo alzó el cálamo—. Podrían ser cien o ciento cincuenta leguas. ¿Estás de acuerdo?

El joven no respondió. Hacía ya un par de semanas que ayudaba a maese Ribes en el obrador y sabía que el hombre hablaba solo a menudo. Le hacía preguntas a él como podía hacérselas al pupitre, la brújula o los potes de colores. El hombre era algo taciturno, lo cual en absoluto significaba desagradable.

Quizá se debía a que era converso. Y quien afirmaba que un judío, pasara lo que pasara y vistiera como vistiera, siempre sería un judío no sabía cuánta razón tenía. En

aquella casa las cosas no eran del todo normales. El olor de pan ácimo y de especias era distinto del de cualquier otra cocina. Puertas adentro, los vestidos eran estrafalarios y los nombres forasteros. El maestro se hacía llamar Jafudá, sobre todo cuando hablaba con su madre. Y la vetusta mujer no obedecía al nombre de Ana, sino al de Setaddar. A la postre, todo resultaba algo confuso, porque cuando ponían un pie en la calle sus nombres eran otros y se comportaban como los más devotos y míseros cristianos. Saad tenía que andar con pies de plomo para decir lo que convenía en cada momento y lugar.

A pesar de tantas rarezas, el joven vio enseguida que trabajar de aprendiz en casa de maese Ribes, Jafudá o como se llamara, era un refugio amable. Comía bien, dormía bajo techado, aprendía cosas, trabajaba con moderación y podía viajar con la mente, imaginando jardines perdidos y ciudades exóticas. Además, se le trataba con gran cortesía. Allí no era un esclavo. Era un mozo más, con los otros tres o cuatro temporeros que iban y venían. Lo que no entendía era cómo se las había ingeniado el maestro para arrancarlo de las garras del caballero March. Un día se lo preguntó.

—¿El de Beni Arjó? —dijo el judío, distraído—. Pues muy sencillo. Le he dicho que te requería para el nuevo mapamundi.

—¿El nuevo qué?

—Una carta con todos los puertos, las tierras y las aguas del mundo. —Desvió la atención del joven hacia unos folios escritos—. Tendrás que decirme qué pone aquí. ¿Es Alejandría o Alejandreta?

—Alejandreta, maestro. —Saad lo miró a los ojos—. Pero decid, ¿qué interés puede tener mi señor en una carta del mundo?

—¿Verdad que eres tú quien quiere irse al archipiélago de la Antilla? —El maestro se rascó la barbita—. Pues lamento decirte que tu capricho no resulta nuevo. Medio reino quiere desperdigarse hacia el mismo rumbo.

—¿Qué buscan allí?

—Pues cualquier cosa, Saad. Tú, felicidad. Los patricios, guerra y gloria. Los mercaderes, oro y plata. Los frailes, tierras donde plantar la cruz, antes de que el turco plante la media luna.

—Pero ¿existe de veras?

—Platón hablaba de ella —fue la respuesta—. La llamaba la Atlántida, y era la tierra del gigante Atlas, el que fue confinado en el jardín de las Hespérides. Era la fuente y el fin del mundo, donde podía alcanzarse el estado de gracia. Siempre reinaba el buen tiempo, abundaba el alimento y nadie carecía de nada. El amor brotaba a cada paso.

Sin embargo, él no sabía decirle si de veras existía. La Antilla vivía en la mente de muchos hombres, y también en el corazón de algunos. Un puñado de marineros portugueses juraba haber visto las playas, pobladas de jóvenes desnudos y libres de pecado. Dos meses hacia poniente, decían, con viento de popa y buena fortuna. Un día, muchos años atrás, una persona querida le había relatado cómo llegar allí. Pero

aquello era otra historia y, cuando pensaba en ello, la dulzura y la amargura lo embargaban a un tiempo. Estaba hablando demasiado. Le convenía un descanso.

La madre, como invocada, apareció con unas hierbas. Dejó los tazones en la mesa. Maese Ribes le acarició la mano, agradeciéndoselo. A Saad no le pareció extraño un gesto como aquel, quizá lo único que no lo intrigaba de la casa de los Ribes. En el fondo, le dolía no haberle mostrado más ternura a su propia madre. Sí consideró insólito —de hecho, algo cargante— que la vieja no se habituara a su presencia.

—Este chico...

—Sí, madre —dijo, paciente, su hijo—. Lo conocimos en Gandía. Viene de casa de los March, ¿recuerdas?

—¿Quién es ese March?

—Uno. Pere March. Es un señor. —Le acarició el pelo—. Vuelve a la cocina, Setaddar, madre. Todo va bien.

La mujer se marchó, absorta, con la mano en la mejilla. El maestro la observó mientras se iba y volvió a los papeles. Saad retomó el asunto del mapamundi. Preguntó cuándo empezarían a trabajar y si él podría participar.

—No. Nunca —le espetó el cartógrafo—. Una carta como esta no saldrá de mi taller.

—¿Y cómo le habéis prometido a Pere March...?

—Pues como se lo he prometido a todo el mundo. —Afiló la mirada, mostrando su enojo—. A tu señor, que no es más que un vasallo del duque. A los mercaderes y consejeros de esta ciudad, entre ellos al ambicioso Fiveller. A fray Vicente Ferrer y al Papa cismático en persona. —Se acercó las hierbas a los labios y sorbió—. Todos ellos quieren la carta náutica del siglo. Para aparejar una flota, enviar compañías hacia los mares de Occidente, hallar allí fortuna y escapar de las miserias del hoy.

—¿Y el rey lo aprueba? ¿Se emprenderá la expedición? —El joven ya rumiaba la manera de sumarse a tan fantásica empresa.

—El bueno de Martín no gobierna ni su virilidad —contestó, dando otro sorbo a la infusión—. ¿Cómo quieres que conciba designios de estado? Del asunto se ha ocupado el duque de Gandía. El viejo Alfonso ya había convencido a media nación, gracias a los oficios de fray Vicente y de tu amo. El propósito de todos ellos era ponerse manos a la obra cuando muriera el viejo monarca. —Sorbó de nuevo—. Y ya lo ves: el heredero ha muerto antes que el padre.

—Por eso no dibujaréis los mapas.

—No, no, eso solo complica la confabulación. Ahora... —Maese Ribes se acabó las hierbas—. Ahora la sucesión se convertirá en pleito, el pleito en desavenencia, quizá estalle la guerra y los mapas del imperio soñado serán un quebradero de cabeza más. Unos y otros los reclamarán para ser más fuertes. El conde de Urgel, Alfonso de Gandía, el predicador loco, los castellanos, los franceses, el Papa de aquí y el de allá... Quien tenga las cartas podrá quitar y poner coronas.

—Ya lo entiendo. No queréis atizar la discordia.

—¡Por las tablas de Moisés! —El hombre soltó un bufido—. ¡Que no, hombre, que no! Sería razón suficiente, pero no es eso. Simplemente no quiero. No quiero que se dediquen a destrozando nuevas tierras y... y no quiero dibujarlo porque no es preciso. El atlas ya está dibujado. Sí, desde hace mucho. Es demasiado precioso para mí y peligroso para toda la creación. No pienso deshacerme de él: sin él no podría dormir.

Saad puso unos ojos como platos. Oyó que el maestro le decía que olvidase todo lo que había escuchado como si nunca hubieran mantenido aquella conversación. Las palabras le llegaban de muy lejos, de un pájaro que volaba muy por encima de sus cabezas. Asintió bajando los párpados. Y sin que pudiera hacer nada, más poderosa que la pasión y que el odio y que el asco, le inundó las entrañas aquella seguridad. La seguridad de que, tarde o temprano, los mapas serían suyos. Aquel al que habían condenado y maldecido haría lo imposible por obtenerlos. Eran su pasaje a la salvación.

Es del todo cierto que hay momentos que jamás se olvidan. A Saad, aquel día de mayo en que anduvo haciendo encargos en la ciudad le quedaría marcado en la memoria. Barcelona era la de siempre: una ciudad angosta y bulliciosa que corría sin saber hacia dónde, menguaba sin darse cuenta y perdía la primacía sin inmutarse. Se oía el martilleo de los herreros, el repiqueteo de quienes batían el algodón, el trote de los asnos y el griterío de los vendedores. El sol sonreía y ya quería anunciar el verano. De pronto, el trajín y el ruido comenzaron a apagarse, hasta que el aire se detuvo y el sol dejó de calentar. Las campanas de la catedral, primero, y a continuación todos los demás badajos, tocaron a muerto.

El joven avivó el paso. Como él, mucha gente recogía sus enseres, corría hacia casa o ponía a buen recaudo tenderetes y animales. La vida se volvía del revés. Cuando llegó a la calle de los Mercaderes, parecía que una plaga la hubiera vaciado. Llamó a la puerta y maese Ribes abrió.

—Dios se apiade de su alma. Y de la nuestra. La casa de Barcelona se ha acabado.

El caballero March, al que no había visto desde hacía tiempo, lo esperaba dentro. No había tardado en ir a buscarlo. En pocas palabras, le dijo que lo quería de madrugada en Bellesguard. Prepararían lo necesario y partirían sin demora. Tenían que ensillar la yegua y cargar vituallas y los aparejos imprescindibles para el viaje. Saldrían en cuanto pudieran. ¿De vuelta a casa? No, se dirigirían a la frontera de Aragón. Allí era donde se cocían las cosas, y él no podía perderse. Había que defender los privilegios del duque. Dicho lo cual, el hombre se despidió del maestro, le echó un vistazo al esclavo y desapareció.

—Otra vez en danza —musitó Saad cuando se quedaron solos.

—Mala época para viajar —añadió el judío, moviendo la cabeza. Se acercó al ayudante, le pasó el brazo por la espalda y le apretó el músculo. El joven se estremeció y se soltó.

—No me digáis que sois invertido, maestro.

Jaume Ribes se quedó helado, mirando al joven y sin saber qué decir. Dio cuatro pasos hasta el otro lado del obrador, simuló que repasaba unas cartas y volvió atrás. Chasqueaba la lengua y balanceaba la cabeza. Alargó el brazo hacia Saad y lo retiró enseguida.

—No es eso, no es eso. —Se abandonó en un banco, con la mirada ciega—. He conocido mujeres, hombres no... Supongo que... Lo lamento.

Saad se enfureció.

—¡Y no me digáis que yo he de haceros digerir las miserias de ayer!

—De ninguna manera. —El hombre enarcó las cejas—. He visto tanta miseria que ni mi propio infortunio me afecta. No persigo consuelo.

—¿Qué, entonces?

—Verás, Saad. —El maestro suavizó el gesto—. Quise mucho a una mujer. Se llamaba Selima y era la criatura más sublime que jamás se ha visto bajo la capa del cielo. Ella se me ofreció, se abrió como una flor... Supe que podía ser bienaventurado, que podía tener al alcance de la mano la paz, la fe y el paraíso. Pero la perdí. No sé qué fue de ella, y que Yahvé me perdone si lo maldigo por la estupidez de los hombres y por mi propia estupidez, que...

—Yo no tuve nada que ver —lo interrumpió el joven, algo asqueado.

—No. Pero cada día que pasa, más la busco. La veo por todas partes. Y no puedo pensar que un alma tan hermosa pueda estar fuera de mi mundo. Cuando me voy a dormir, ella me pide que la bese y... y yo me vuelvo para abrazarla; pero ella ya no está... Si regreso a Mallorca, creo que aún debe estar allí. La veo a todas horas, en todas partes.

Saad respiró profundamente.

—¿Y no la habéis encontrado?

—Durante algunos años, no hice sino intentarlo. Pero se evaporó como el rocío. Quizá regresó a su tierra. Selima había venido del río de Oro, más allá de Berbería y de la arena eterna. Era bruna como el cobre, de una negrura luminosa y dorada. —La espalda de Saad se tensó como un arco—. Una princesa de fantasía, de paso noble y mirada serena. Una belleza de las que no se olvidan, porque brotaba de muy adentro. Cuando veo un collar de perlas, veo aquellas ajorcas que ella llevaba en los tobillos... —Los puños de Saad se cerraron con rabia—. Veo su caminar dulce y acompasado, como si se elevara...

—¡Basta! —Saad se abalanzó sobre el maestro, lo alzó agarrándolo por las solapas y lo zarandeó—. ¿Acaso existe alguien en el mundo que no haya yacido con ella?

El maestro agitó brazos y piernas, procurando deshacerse de aquel orate.

—¿Quién? ¿Qué?

—¡Sí existe alguien, sí! —Los gritos despedían saliva—. ¡El más torpe, el más despreciable de los miserables! Yo, el esclavo. —Sus brazos zamarrearon el cuerpo

del judío—. ¡Yo, el imbécil; yo, al-Quéfer; yo, el cretino! ¡Yo, mierda, yo, el que no tendría que estar en este mundo!

Las manos se le abrieron de golpe, soltando a maese Ribes. El hombre perdió el equilibrio, tropezó con un banco, cayó y se golpeó en la nuca. El impacto fue seco y sonoro. El esclavo se agachó y probó a escucharle el corazón. Los ojos se le llenaron de sangre. No se movía. Tenía que hacer algo. Huir, o llamar a alguien, o robar. Eso. Simular que habían entrado a robar. Comenzó a revolver en baúles y anaqueles. No había oro en ninguna parte. Subió al piso alto, tropezándose con cada escalón y con cada mueble. Quizá en la cámara del judío, se dijo. Abrió los arcones, revolvió el amasijo de trapos y ajuares y lo puso todo patas arriba. Alzó el colchón y palpó algo.

Era un volumen grueso, envuelto con ropa vieja. El tacto era rugoso y gastado, como de haber estado escondido, o incluso enterrado, durante muchos años. Lo desenvolvió y ante sus ojos aparecieron unas tablas de madera, cubiertas con piel adobada y cerradas con broches, que contenían un libro ilustrado. Lo abrió y de pronto se vio en el otro lado de la tristeza. Aquellas láminas albergaban tanto color, tanta figura, tanta aventura y diversidad que se habría quedado mirándolas, embobado, días y noches. Era el famoso mapamundi. Saad lo cerró, lo escondió entre sus ropas y arrancó a correr. Era suyo. Ya se detendría a pensar más adelante.

Les esperaban tiempos de conspiraciones, de contumacia y de lucha. Los grandes del reino tronaban, propagaban el temporal y descargaban chuzos a diestro y siniestro. El conde de Urgel se desgañitaba gritando que quería ser rey y, en su delirio, había hecho degollar al arzobispo de Zaragoza. El duque de Gandía, en plena senectud, suspiraba por la corona. Primos, sobrinos e hijos bastardos del difunto ansiaban el trono. El clero intrigaba en nombre de Dios. Las tropas castellanas causaban enormes quebraderos de cabeza en las fronteras.

Saad y su amo ya habían partido de Bellesguard, con el cielo preñado de malos presagios y amenazando tormenta. Camino de Aragón, les llegaron rumores provenientes de Barcelona.

—Me han dicho —anunció, con el ceño fruncido, el señor— que maese Ribes ha muerto. Cayó en el taller, justo después de irte tú.

—¿Muerto? —El esclavo fingió estupor—. No es posible; estaba perfectamente y... y... Dios lo haya acogido en su seno. Solo Él ordena la vida y la muerte.

—Mala cosa, mala cosa. —Pere March acarició la yegua, ensimismado—. El sabio descansa en paz, pero nos ha privado de su sabiduría. Cuando más la necesitábamos.

Caminaron en silencio. Aquella tierra iba a la deriva y el caballero, como todos los altos linajes, navegaba sin rumbo. El señor de Beni Arjó, noble y guerrero, se sentía obligado a participar en el alumbramiento del mañana; sin embargo, ni él ni nadie sabían cómo alcanzarlo y por supuesto ignoraba qué aspecto iba a tener el nuevo orden. Bastante tenía con sobrevivir entre el desorden, haciendo votos para que la tempestad no descargara sobre su cabeza.

Poco le preocupaba el futuro a Saad, ya que cualquier mudanza no podía empeorar su situación. No temía ni a la guerra ni a la muerte ni a los cambios. Volvía a tener las manos manchadas de sangre, pero ¿qué iba a hacer?: había sido sin querer, un hecho fortuito, una fatalidad que debía de estar escrita en algún lugar. A todo el mundo le llegaba su hora. Y ¿a quién se le ocurría removerle las entrañas con historias indigeribles? Ya estaba hasta la coronilla de los fantasmas que rondaban a aquella mujer. Aquello iba a volverlo loco. Por suerte, tenía el atlas. Por primera vez en la vida, tenía algo a lo que agarrarse.

A la vista de Balaguer, donde Pere March debía conferenciar con el conde de Urgel, hicieron un alto en una fuente. Saad sacó el pan y el queso y se los alcanzó al señor, que no le dejaba el cuchillo ni para afeitarse. El noble cortó varias rebanadas sin prisa. El sirviente agarró la bota de vino y vio al caballero tan exhausto que decidió atosigarlo.

—¿Y quién reinará ahora? —preguntó con postiza inocencia.

—No lo sé. El más fuerte.

—Ah. ¿Y quién es el más fuerte?

—Condenado moro liante... —Le lanzó un corrusco—. El de Urgel, supongo. Los fueros están de su parte.

Saad royó el pan y se levantó para coger un pedazo de queso.

—¿Y por qué no lo coronan rey y ya está?

—Pues porque antes es preciso resolver algunas cuestiones de honor.

—¿Cuáles?

—El fuerte ha de probar que lo es.

—¡Bah! Maldito rumí.

—¿Cómo dices?

—Nada.

—Come y no me marees más. Así son las cosas... —El caballero empinó la bota, se echó un trago al colete, se restregó los labios y eructó con estruendo—. Y siempre serán así.

—Veremos —murmuró Saad para sí, rehusando el vino que Pere March le ofrecía.

—Saad, tú eres de Gandía, ¿verdad? Pues vas a copas. ¿No dicen que tu duque es amante de la jarana y que no se tiene en pie? Pues vas a copas.

El Castell Formós, o Castillo Hermoso, de Balaguer, donde el conde de Urgel se había hecho fuerte, contaba con una bodega que era una guarida de borrachos, tahúres y granujas de toda condición. Saad se había sentado a una mesa con un dominico y dos moros catalanes. La morería de aquellos pagos no era como la que él conocía; respondían a nombres infieles, eran pocos y vestían a la cristiana. Gustaban de la longaniza, el vino y los naipes. Saad no se privó de reprochárselo.

—¿A copas, yo? Vosotros sois los bebedores. O tú, monje: esos carrillos de almagre no deben de ser de comer sandía.

—Quita —se defendió el fraile—, uno tiene la condición de aquellos que le gobiernan. Yo voy a bastos, porque los grandes bastonazos, y los rapapolvos, los propinan fray Vicente y el Papa cismático.

—Son sin duda el caballo y el rey de bastos. ¡Menuda pareja! —intervino uno de los moros—. Y tú, frailote, no sé si eres la sota... o la bota de bastos.

Los cuatro rompieron a reír y repartieron las cartas. El que se había burlado del religioso, un ilustre palafrenero de la escudería condal, se apropió del palo de espadas. Su señor, dijo, tenía sangre noble y poco más. Y el cuarto, esclavo de la casa, se quedó con los oros. Había nacido en Córdoba, y eso lo convertía en abanderado del bando castellano, que, como todo el mundo sabía, era el más rico.

Los dos domésticos del castillo se jugaron las cucharas; el fraile quería apostar una cruz de madera, pero lo obligaron a cambiarla por un barrilete de vino, y Saad puso sobre la mesa dos botones de cobre. Jugaron siete rondas, y aparecieron los naipes más bajos. Las espadas iban a la zaga y los demás habían empatado. Tocaba jugar espadas. El mozo de cuadra sacó un siete, lo mataron con caballos y el fraile ganó la mano con el caballo de bastos. Era su palo y por lo tanto arrastraba.

—Ese fray Vicente —comentó Saad con sorna— se ha llevado por delante a mi querido Pere March y a todos los caballeros. Cuánto lo siento...

—Ahora mando yo —sonrió el religioso—. Ahí tenéis unas espadas perdedoras. El rey me lo reservo; a ver si lo enviamos a Roma.

Aparecieron dos sotas, pero no correspondían al palo de los jugadores que las habían sacado. Saad los sorprendió con la sota de copas.

—¡Diantre de valenciano! —exclamó el cordobés—. ¡La sota eres tú, paje de Gandía! No podemos descuidarnos con este muchacho. Mira cómo maneja las cartas, y eso que le falta un dedo.

Saad se reservó el rey de copas. Sabía que en la última mano saldrían todos los reyes, pero difícil sería que los demás tuvieran los reyes de los palos que les correspondían. Probó suerte con el siete de copas. Apareció, de manos del castellano, una sota de bastos. Los oros usaban a la iglesia. Normal. Copas empataba con oros, a tres manos cada uno. Todo se decidiría en la última mano. Saad sacó el rey de copas.

—El duque de Gandía ha perdido la vista —exclamó, seguro de sí mismo—, pero no ha perdido la fuerza. Hala, compañeros, que esto está cantado. Le toca al urgelista, el de las espadas.

—Mirad, el Papa cismático —dijo el palafrenero—. Ahí os lo dejo, bien muerto. Rey de bastos. Se veía venir que era un perdedor.

El fraile dejó caer el rey de espadas de cualquier manera.

—Pues el conde no digamos.

El cordobés exhibió una sonrisa de oreja a oreja. Una sola carta no había aparecido todavía. Era un rey, el de copas. Copas había ganado la mano anterior y mandaba. Saad se dio cuenta y soltó un bufido. Unos dedos maliciosos y juguetones depositaron la carta. El castellano se llevaba la última mano y la partida. Tras embolsarse las cucharas, el barrilete y los botones, el hombre, queriendo ejercer de vencedor, invitó a una ronda. Brindó a la salud de los pobres y a renglón seguido subió a guardar su tesoro.

—¿Y quién es el pretendiente de Castilla? —preguntó Saad.

—Es el regente de aquel reino —contestó el fraile—. Fernando de Antequera. El hombre más rico del mundo: lo casaron con una tía suya, dueña de toda Castilla como quien dice. Lo acusan de haber cometido incesto, pero eso no es impedimento para que fray Vicente apueste por él.

—La gente no querrá a un forastero.

—¿Forastero? —El palafrenero lanzó una risotada—. ¿Y tú y yo qué somos? La gente no quiere nada. La gente se hinca de hinojos y da vivas a la corona sin mirar quién la lleva. Además, es sobrino del rey Humano. Y tiene hombres armados en todas partes. Ahora mismo, en Valencia, los suyos se han hecho amigos de los Centelles y han degollado al gobernador que era del bando contrario, de los Vilaragut. Han hecho desfilar al hijo del gobernador con la cabeza de su padre clavada en una estaca. ¿Cómo no lo va a querer la gente? ¿A ti te gustaría pasear con el cráneo de tu

padre por sombrero?

Pues no se le había ocurrido, pensó Saad, pero... El joven se sumió en las amarguras de los últimos años. Quizá había sido injusto con el viejo Suleimán. Al fin y al cabo, no podía reprocharle nada. ¿Acaso no estaban hechos de la misma pasta? Su padre, aunque le llevara la contraria, era buena persona. Y era su padre.

—¡Tú, sota de copas! ¡Despierta! —Era el cordobés, que asomaba la cabeza por la puerta—. ¡Que viene el rey de copas! Dicen que está al caer. Sube por el camino de Lérica.

—¿El duque Alfonso? —El esclavo dio un respingo—. Es imposible. ¡Si no se tiene en pie!

Saad corrió escaleras arriba. En las estancias nobles encontró al caballero March, que ya se había puesto media armadura. Saad lo acabó de vestir, pero no lo tocó con el yelmo ni le colocó el gorjal porque se hubiera asado. Lo ayudó a bajar hasta la cuadra y lo alzó al caballo. Pesaba como un muerto. Bajaron hasta la portalada del castillo para recibir a la comitiva ducal.

Alguien llegaba, por descontado, y si no era el duque tenía que ser alguien de alta alcurnia. Un cortejo de cien personas o más, a caballo y a pie, ascendía por las rampas del pueblo. Cuando doblaron el último recodo, Saad pudo verlos con claridad. Detrás de la enseña cabalgaba un patricio de fina vestimenta, tocado con plumas y cubierto con una capa morada. El noble debía rondar la cincuentena.

—¿Dónde está el duque? —preguntó el esclavo.

—Bajo las plumas, borrico.

—Mejor burro que cerdo asqueroso —murmuró Saad, para luego alzar la voz—: El duque de Gandía es más viejo. A ese hombre no lo he visto en mi vida.

—Es el duque, bobo. —Pere March lo atravesó con la mirada— Alfonso el Joven. El viejo ha muerto. Y ahora haz algo de provecho.

El señor de Beni Arjó descabalgó en brazos de su esclavo y a punto estuvieron los dos de rodar por tierra. El caballero consiguió recuperar la compostura y se postró de hinojos a la espera del duque. Cuando este y su caballo estuvieron a dos palmos de la armadura, Pere March agachó la cabeza en señal de vasallaje. El duque le habló con una voz aflautada, muy distinta de la de su padre.

—Tú eres Pere March, ¿cierto? El fidelísimo procurador y siempre leal servidor de mi padre. —El caballero asintió—. Pues prescindo de tus servicios hasta que sea rey de Aragón o hasta que otro rey, el que nos toque soportar, me restituya la herencia que el grandísimo cabrón de mi padre me quitó.

El caballero asintió con la cabeza. Se lo veía congestionado, incapaz de rebelarse aunque hubiera querido. Saad se maravilló de ver a su amo humillado de aquella manera. Pero aún hubo más.

—Y quítate esa armadura oxidada —continuó Alfonso el Joven—. ¿O acaso pasas frío en pleno verano? Ya te la pondrás para luchar si te acuerdas... —Los primeros hombres del cortejo le hicieron la corte al duque riendo—. ¡Ah! Me

olvidaba... El moro que está detrás de ti es un condenado, ¿verdad?

—Sí, es Saad, hijo de Suleimán. —El caballero hacía auténticos esfuerzos para continuar con algo que le parecía absolutamente fuera de lugar—. Un condenado a muerte cuya pena condoné al comprar su vida.

—Pues ahora presta atención. Y tú, moro, escucha. —El duque volvió la cabeza—. Veamos, ¿dónde está el secretario? ¿El notario? Ah, estás ahí... Lee en voz alta el privilegio de treinta y uno de marzo dirigido al señor de Beni Arjó y de Pardines. La parte que te dictó la duquesa.

—Sí, un momento. —El notario hurgó en el saco, hasta que encontró el legajo pertinente, y se acercó a los implicados—. Sí, aquí está... ¿Qué queréis que lea? Ah, la última disposición... Sí, mmm, ya lo tengo: «Queremos y otorgamos que sean quitos, absueltos e inmunes... absolvemos, definimos, remitimos y relajamos graciosamente a todos vuestros vasallos, así cristianos como sarracenos... de todas y cualesquiera penas civiles y criminales... día y año premissis, etcétera, etcétera...».

El duque señaló al moro:

—Eso quiere decir, Sadad o como te llamen, que eres un hombre libre y que estás perdonado. No tienes otra obligación que la del vasallo.

—¡Hombre, Fumeit! ¡Cuánto tiempo!

—No tanto, Saad. —El abuelo intentaba quitarle hierro al paso de los días—. Como mucho dos años... ¿o quizá tres? Pero cuenta, cuenta: ¿qué ha sido de tu vida?

El joven le relató su manumisión, la forma insólita en que se había producido y lo que había supuesto para él. Parecía que la lubricidad de la duquesa, a la postre, le había convenido. Mira por dónde. En alguna parte de los intestinos, las uñas barnizadas y los negros pezones de la señora de Gandía le hacían cosquillas. No, no había abandonado a Pere March, que dejaba de ser su amo pero aún era su señor. Acompañar al caballero también le servía para estar donde se cocían las cosas, en aquel castillo de Caspe. Al señor de Beni Arjó le habían bajado los humos, y eso, claro, le había hecho subir los humores. Los malos humores, por supuesto; ya se sabía, cosas de la edad.

—¿Qué insinúas? —Fumeit alzó el bastón, simulando regañarlo—. Oye, ¿y qué hacéis en Caspe?

Si en algún lugar estaba sucediendo algo importante era en la villa de Caspe, le respondió Saad. Los compromisarios se habían reunido para escoger a quien había de reinar. Su señor pretendía reconciliarse con el duque, y eso suponía defenderlo como pretendiente u obtener buenos pactos con el futuro soberano. Para él, que había sido esclavo y maldecido, la reunión era el momento para venderse al mejor postor, el momento de perseguir sus sueños.

—¿Con tu musa?

—No sé dónde para... —El joven agachó la cabeza—. Pero no he dejado de escuchar su voz ni un solo día. La tengo en la cabeza y en el corazón. Y en los intestinos, entre la tripa y la espalda.

Fumeit observó la escuálida figura de su amigo.

—Pues comer desamor no te sienta muy bien.

—Mi suerte está cambiando. Ya pensaré en comer más adelante. Ahora tengo la digestión ocupada con ella. Y con mi padre y con maese Ribes... ¿Te había dicho que el judío también...?

—Algo he oído. —El anciano contrajo las cejas—. Por cierto, dicen que no fue un accidente.

—Allahu alam.

—Sí, solo Dios lo sabe. Supongo que así es. En paz descanse.

Saad desvió la conversación. ¿Qué vientos soplaban por Barcelona? ¿Y a qué se debía que un sirviente del rey anterior hubiera viajado hasta Aragón? El viejo le dijo que buena parte de la antigua casa real estaba allí, porque de aquel concierto o desconcierto saldría el nuevo rey y ellos se debían a la corona, fuera quien fuese quien la ciñera. La espera había consumido a la corte, añadió. Ahora todos suspiraban por volver a las tareas ordinarias, las de antes. Habían pasado por demasiados apuros.

—La muerte del bueno de Martín fue una calamidad. —Fumeit se deslió el turbante—. Dicen que lo envenenaron, ¿sabes? Sí, el Humano estaba a punto de legitimar a uno de sus nietos bastardos y la víspera de la solemne firma murió de pronto. Estaba enfermo de los riñones, de acuerdo, pero había aguantado durante meses, soportando a los consejeros que lo mareaban, a los pretendientes que lo visitaban y lo insultaban a gritos... Lamentable. Una lástima, para todos.

—Bueno, pronto terminarán.

—No lo creas, Saad. No lo creas. Dices que estuviste allí, en Balaguer... —El hombre señaló un punto del horizonte, situado a su espalda—. ¿Te pareció que el conde de Urgel ese era un hombre razonable? ¿Llegó a algún acuerdo con tu duque o con el caballero March?

—No, dijeron que era tozudo como una mula.

—¿Y el de Antequera? ¿Con la gente y los sueldos que ha derrochado en la guerra dirías que si pierde la votación...? No, ¿verdad? Pues la discordia continuará. Y pensar que todo viene de aquel día, cuando Martín era joven, en que acompañamos a su hermana a los mojones de la frontera. Se la entregamos al rey castellano y de ahí salió ese tal Fernando. Cuarenta años debe de hacer de aquello. Ya entonces le vi el rostro algo mustio al Humano; aunque lozano, lozano... Para qué nos vamos a engañar, ¿verdad?... Pero era un buen hombre, y mientras reinó, guerra, lo que se dice guerra, jamás la hubo. Y mira...

Saad fingía escuchar las disertaciones de Fumeit. No le preocupaba mucho lo que había ocurrido cuarenta años atrás. Su obsesión era maquinarse cómo podía sacar tajada de aquel desbarajuste. Tenía el juguete que muchos deseaban y que todo el mundo creía inexistente. Tras la muerte de maese Ribes, su auténtica sabiduría había quedado inscrita en aquel libro desconocido. Como arma era poderosa, pero él no lo era en absoluto. Precisaba de un buen valedor, y Fumeit podía ayudarlo a encontrar

uno. Saad lo invitó a salir del castillo y a dirigirse hacia la iglesia. El viejo aceptó, con la condición de que su amigo le liase el turbante y le prestara el brazo.

—Fumeit, tengo el mapa. El de maese Ribes.

El otro reprimió un escalofrío. Pasaban los años, pero conservaba el olfato. Fumeit comprendía bien las implicaciones de lo que escuchaba. Hizo una pausa. Se entretuvo observando a los prelados y caballeros que sudaban a chorros por las calles de la villa. Sus zancadas eran rápidas y nerviosas, impropias de aquella población tan amodorrada, seca y calurosa.

—Saad —dijo fatigosamente mientras se deshacía del brazo del joven—, tu caminar no es el de antes. Ya no pareces apesadumbrado. Y yo soy viejo. Pronto me reuniré con el Misericordioso. No me vengas con marrullerías.

Llegaron a la plaza de la iglesia. Estaba de bote en bote. Una figura se había encaramado a la tarima y se dirigía al gentío. Era Vicente Ferrer, claro. Preparaba el desenlace del cónclave. Había ordenado a los feligreses que se arrodillasen y les rogaba obediencia a los dictados de la justicia y de la Divina Providencia.

—¡Un solo Dios, un solo señor, un solo rebaño! —gritaba por encima de las espaldas de los congregados—. Y al que no se avenga, ¡zas! Pescozón y derecho al infierno, ¡chuuuf! ¡A las calderas de Satanás! Temed a Dios, porque Él es quien...

La pareja observó la escena durante un rato, interesada. Sobre la plaza caía un sol de justicia y el polvo caliente se metía entre los pliegues de la ropa. El joven tiró de su amigo hacia la sombra. Le pidió consejo: ¿qué habría hecho él en su lugar?

—Yo volvería a casa, Saad... —afirmó, severo—, y quemaría ese mapamundi del demonio. —Le clavó aquella mirada que lo había visto todo—. Pero sé que no lo harás, porque ya has ido demasiado lejos.

—Escogerán al castellano, ¿verdad? —Saad zarandeó al viejo moro—. ¿Será él? Di, ¿lo sabes? ¿Cómo puedo llegar allí?

—¡Déjame en paz! —Fumeit se deshizo del joven—. ¡No te detendrás ante nada, ya lo veo! Pues aguza el oído y presta atención, porque quizá no volverás a escucharme jamás. —Blandió el bastón y le tiró una estocada al pecho—. De entrada, no quieras hacerlo solo. Eres un moro plebeyo, antiguo convicto, y nadie te escuchará: aprovecha a tu señor mientras puedas por disminuido que te parezca ahora. Y una última cosa: si quieres tratar con quien manda, no es preciso que corras. Lo tienes ahí arriba.

Barrió el aire con el bastón hasta que lo detuvo en la dirección precisa en que se encontraba el predicador.

—¿Dónde está el maldito mapa del demonio?

Saad sonrió tenue y esquivamente. El mapa. El señor de Beni Arjó bebía los vientos por la carta del judío. Saad sabía dónde estaba el atlas y sabía también que el porvenir de Pere March dependía, en buena medida, de aquellos documentos iluminados. Por eso le había confiado que tenía el tesoro en sus manos. Las de Saad ibn Suleimán, le recalcó. El que debía haber muerto, el moro condenado. El caballero

lo había creído, porque si algo había aprendido en la vida era a distinguir la verdad de la mentira. Y en vista de su frágil condición, se había precipitado a prometer las cartas a tirios y troyanos. Sin embargo, Saad lo tenía a buen recaudo. La venganza era de hielo y miel.

—El infierno de los cristianos debe de ser así, ¿verdad? —No se refería a la congoja del caballero. O sí, también. Extendió la mano con dirección al asedio—. ¡Qué ansia de ser infelices!

—Eso lo hacen los cristianos... —refunfuñó el señor, mirando de reojo el castillo sitiado—, los musulmanes, los judíos y los paganos. No dejarán de hacerlo mientras el hombre sea hombre. Pero escucha —insistió—; me debes fidelidad, te debes a esta tierra. Mi tierra.

El vasallo dejó hablar al noble. Ya se cansaría. Lo tenía agarrado por salva sea la parte. Se fijó en el asalto al Castell Formós. La gente del conde, perdida la partida, peleaba con uñas y dientes. Desde una torre del alcázar lanzaban aceite hirviendo a los ballesteros aragoneses. Estos habían aparejado un andamio de madera y, salvo los que caían escaldados, estaban a punto de saltar al fuerte. La compañía del duque de Gandía y la cuadrilla de los Centelles aguardaban en el convento de los dominicos, donde fray Vicente los bendecía antes de que encararan la muerte.

Desde la villa, las lanzas del adelantado mayor de Castilla y la milicia catalana cargaban escaleras arriba bajo el humo de las bombardas. En Santa María de la Suda y los cerros de alrededor, los cañonazos repartían humo y poco más. Sin embargo, se sumaban con vigor a la barahúnda. El de Antequera, a fuerza de sangre y muerte, estaba a punto de imponer el veredicto del concilio. Hacía solo un año que la junta reunida en Caspe había terminado sus deliberaciones, y los negros nubarrones augurados por Fumeit cubrían la escena.

—¿Qué más tengo que hacer? —El caballero se pasó la mano por la sotabarba, reluciente de sudor—. Convencí a quienes me dijiste, les prometí que los mapas existían y que podrían tenerlos. Fray Vicente, el duque Alfonso, el de Antequera... quiero decir, el rey. El atlas es el requisito para que las cosas vuelvan a su lugar. El rey a conquistar, el duque a su ducado, yo a mi señorío... y tú con un buen morral de plata. He removido cielo y tierra para devolver el mundo a su orden natural...

Saad fingió que el ruido lo ensordecía.

—¿Cómo?

—He hecho todo lo que me has dicho. Tú, que eras un cautivo y que podías haber muerto bajo mi hierro. ¿Qué más quieres?

—Ya os lo he dicho. Mirad, mirad. —El joven señaló hacia la torre donde los sitiadores abrían brecha—. ¡Están a punto de entrar!

—Pero ¿no ves que es imposible? —Se echó las manos a la cabeza, cubierta por un simple capacete. Desde que el duque lo había puesto en evidencia no había vestido nunca la armadura. Por toda defensa, llevaba el pequeño casco y una cota de malla—. ¿Cómo voy a pedir que te nombren capitán de una flota de conquista? ¡Eres un moro!

Hace tres días eras un convicto... No tiene sentido; eso sería la tierra en las nubes y las nubes en la tierra...

—Eso, eso es lo que quiero. —Saad se tumbó y el señor vio el fuego que desprendían sus ojos—. Invertir el mundo. Bien sé que el rey ha prometido fortuna a todo el mundo, que mercaderes, predicadores y nobles quieren forrarse los bolsillos, que reclaman el mapa. Los votos hechos por el candidato al Papa y al frailote y al duque y a todo quisque pasaban por un dibujo donde aparecía la Antilla. Ahora ya tenéis rey. Pues bien. —Volvió a clavar la vista en la refriega que sacudía la villa de Balaguer—. Yo solo quiero mi parte. Quiero ser el señor del condado de la Antilla. Las nubes en la tierra, sí.

—Estás loco, Saad. —El señor suspiró—. Y eres un malvado. Dios te castigará por pervertir las leyes de la creación.

—¿Queréis saber dónde se encuentra el mapa? ¿Lo queréis saber de veras?... —Pere March asintió—. Muy bien. Está allí.

Al caballero le pareció que señalaba el castillo. Parpadeó durante un buen rato y luego, con los ojos como platos, miró al joven. No, no lo había entendido bien, se dijo. ¿Cómo podía hallarse dentro del recinto? ¿Acaso lo custodiaban los hombres del conde? ¿Se lo había dado al de Urgel, el perdedor nato, el único que no podía tenerlo? En el rostro de Saad se dibujó de nuevo la mueca sarcástica tan cara para él.

—Está exactamente donde lo dejé a la ida. —Apuntó otra vez a la fortaleza—. Bajo una losa del patio de armas.

—Pues hemos de ir allí. —El señor se aseguró la espada y arrancó a caminar hacia el río—. No podemos perder un momento.

—Yo estoy muy tranquilo.

—¿No ves...? —Pere March tiró de su brazo—. ¿No ves que cuando entren no dejarán piedra sobre piedra? Todo se derrumbará, o saltará por los aires, y quedará sepultado. O, peor... lo encontrarán y...

—Muy bien, muy bien...; dejad de gritar.

Cruzaron el puente y se abrieron paso por los callejones de la villa, entre las mesnadas de asaltantes, hasta que llegaron al pie de los muros. Bajo una lluvia de piedras, palos y saetas, los soldados se cubrían con escudos, los caballeros con paveses y todos intentaban subir escaleras arriba. Los aullidos de dolor, las órdenes dadas a gritos, las maldiciones y las palabras de aliento se mezclaban en una confusión coronada por el estampido de las bombardas. Unos peones los vieron sin escudo y procuraron obligarlos a dar media vuelta, pero el caballero escapó a codazos y trepó hacia arriba.

A mitad de la muralla, Pere March se arqueó de golpe y soltó los barrotes de la escalera. Saad notó cómo caía desde encima de su cabeza. Volvió la vista hacia abajo y apenas distinguió cómo el hervidero de tropas lo engullía. A patadas, descendió y buscó el rastro del señor entre alpargatas y pies desnudos. Dio con él y lo arrastró, de bruces, hasta la sombra de un muro.

El hombre se retorció de dolor. Saad tiró de él para colocarlo panza arriba. Entonces vio su cara y aquella punta de flecha clavada en el ojo. Entre espasmos, agitaba las manos intentando agarrar el dardo. El joven le desató el casco y la malla de hierro. Cuando le desciñó la espada, lo escuchó delirar. Se agachó hasta poner la oreja junto a su mejilla.

—El orden natural...

Allí estaban, él, el señor y un denso silencio. Y nada más. Cerró los puños. Una quemazón antigua le recorrió el espinazo y el aliento de muerto se adueñó de su cabeza. El señor ya no era el señor. Era un gusano incapaz de causar daño, una alimaña presa de contorsiones que se hundía en el fango. Y él, Saad ibn Suleimán, no era ni sirviente ni cautivo ni vasallo ni plebeyo. Era una erupción llena de furia. Se irguió. Desenfundó la espada del noble y la empuñó con ambas manos. Le rozó la nuez con la punta de la hoja. Las palabras, deshilvanadas, salían aún de la garganta de la babosa.

—Tus padres... Suleimán...

Basta. Hierro en los brazos. La hoja de acero no temblaba. El arma se alzó un poco y se hundió. De una estocada. La sangre brotó hacia arriba, hacia abajo y en todas direcciones. El mundo enrojeció. Y el señor de Beni Arjó y de Pardines, el noble caballero Pere March, abandonó aquel siglo.

Quisiera nacer de nuevo, para vivir a tu lado. —Alia también lo desearía.

Ella era pura e indomable. Por eso lo miró a los ojos con candor. La lengua de Saad, áspera y ardiente, se esforzaba por hilar palabras que aliviaran el peso que acarreaba en las entrañas. Ella le hablaba con voz suave y amable. Decían lo mismo, pero de modo muy distinto. Estaban muy cerca el uno del otro, aunque venían de mundos diferentes. Él quemaba, ella acariciaba.

Saad le contó los tumbos que había ido dando durante los últimos años. Alia escuchaba con todo el cuerpo. Cubierta con una túnica de gasa fina y sentada en un diván de plumas, con el rostro alzado y la mirada al frente absorbía lo que oía. Él le habló de guerra y de confabulaciones, de muerte y de esperanza. Era la primera vez que no ocultaba la verdad. No es que diera rienda suelta sin reservas a cualquier escena o idea que acudiera a su cabeza. Pero lo que decía era sincero y descarnado, brotaba de muy adentro. Cuando abordaron sus sueños de ultramar y dibujó el paraíso que le había revelado un mapa, la mujer mudó el semblante. No se movió; tampoco su aliento se truncó; ni tan siquiera parpadeó. Solo abrió los ojos de par en par y mostró el océano que llevaba en el corazón.

—La carta de que hablas, ¿era la cosa más hermosa del mundo?

—Lo es. —Saad evitó mencionar que conocía al cartógrafo y tampoco dijo nada acerca de su muerte. El tiempo había pasado y el rival reposaba ya en paz, pero los celos lo consumían. Tampoco se refirió al hombre al que había descubierto yendo a verla. Ni a la noche en que ella se había ofrecido al rey Humano. Todo aquello era tan sucio que no cabía en la mujer que estaba sentada delante de él. No podía caber.

—Duermes mí volcán —confesó él—. Me inundas de bondad y, cuando te veo, sé que una parte de mí es fiel y dueña de sí misma. Solo tú me das paz.

—En el país donde nació Alia —dijo ella morosamente—, la noche es negra y las gentes son negras. Pero cuando los hombres horadan la tierra, la tierra es roja. Y cuando los hombres hieren a los hombres, la sangre es roja. En el país de Alia... todo es negro por fuera, negro como el brillo y la pureza y la verdad. En el país de Alia, el negro es bueno. Allí el rojo se esconde, porque el rojo daña y destruye. Pero Saad —continuó, acercándole la voz hasta casi tocarlo— es de esta tierra. Ha nacido y vivido en esta tierra, donde los hombres son siempre de sangre, el mundo es rojo y a menudo la noche... sí, la noche, abre sus venas y enrojece.

—Quisiera que este mundo... —Saad acercó aún más su aliento al de ella—. Quisiera que nos fuera propicio.

—Nos queremos —repuso ella, casi rozándole los labios.

—No me abandono al deseo... —suspiró Saad—, al deseo que despiertas en mí.

—Saad tendrá el rojo... —Recorrió su mejilla con los dedos—. Pero el negro nunca le será dado. Tendrá lo que no tiene nadie, y lo que han tenido tantos jamás será suyo. Jamás.

Le acarició los labios, casi sin tocarlos, y se retiró, tranquila y despierta. Él estaba agarrotado, agarrotado por el aplomo de aquella mujer. Cuando su hielo se fundió, comenzó a cabecear, cada vez con más fuerza, y a resoplar por la boca, la nariz y las orejas. De pronto, se irguió y, sin avisar, salió como alma que lleva el diablo. Voló por pasillos y cámaras. Abrió puertas y corrió cortinajes. Puso los pies en la calle y, entonces, rodeado de máscaras y de voces extrañas, respiró. Hinchó su pecho con el aire cargado, denso, agitado, hediondo y perfumado de Valencia.

No había sido fácil regresar de la guerra. Los urgelistas habían caído derrotados, sí, y todo se había calmado en pocos días. El atlas tampoco supuso ningún problema. Una vez muerto Pere March, los notables del reino lo dieron por perdido. El nuevo duque de Gandía imploró la devolución de su patrimonio y, dada su aportación al sitio de Balaguer, mendigó sus antiguos privilegios. Fray Vicente había partido a predicar las virtudes del monarca electo. Y el propio rey...; bien, el rey tenía suficientes quebraderos de cabeza intentando imponer su extranjería.

No, las cuitas de Saad nada tenían que ver con los altos linajes. Las tribulaciones habían llegado con el viaje de retorno. Del Segre al Turia había una buena caminata. Saad prefirió, para disipar cualquier sospecha, obrar como el más fiel de los vasallos. Tras entrar en la fortaleza de noche y recuperar los legajos, se hizo cargo del féretro. El señor de Beni Arjó había testado que quería ser enterrado en Cotalba, muy cerca de casa. Saad, pues, se ocupó de los asuntos notariales y eclesiásticos, metió el cuerpo del caballero en un baúl, consiguió algunos sueldos y cargó las bestias para volver a Gandía.

Las cincuenta leguas de camino las había recorrido al lado de su antiguo amo. En la muerte, como en la vida, aquella desavenida pareja holló en silencio los senderos del reino. Durmieron juntos en cada pueblo, compartieron el sol y la lluvia y, de vez en cuando, a la hora de tomar un bocado, el moro aún escuchó algún que otro rapapolvo de boca de su arisco señor. Para mayor penitencia, el difunto y quien debía haber muerto se habían unido a la caravana carcelaria del conde de Urgel.

El ilustre preso era llevado al castillo de Cullera, donde se pudriría por haber cometido un delito de alta traición. Francesc Martorell, señor del valle del Jalón, encabezaba la comitiva. Buen conocido de los March, era padre de Galcerán y Joanot, compañeros de juegos de Ausiàs. Semejante escolta le era útil a Saad, porque le confería a la repatriación un aire más caballeresco. Sin embargo, el hombre se mostraba altivo y huraño y hacía lenta a más no poder la procesión. Como las deudas lo ahogaban, le convenía sumar jornadas, para poder así reclamar más jornales.

Cuando llegaron a Valencia, hacía cerca de medio año que al antiguo señor de Beni Arjó se lo repartían los gusanos. Aun habiendo sellado el ataúd con resina y cera, el caballero poeta hedía de tal forma que ni los asnos lo querían en su lomo. Saad hubo de dejarlo extramuros de la villa, en los jardines del Real, en un rincón que nadie le podía negar a un mártir regio. Después entró en la ciudad y se acomodó en el casal de los March, con la pareja de criados sordos. A Saad le había faltado tiempo

para acercarse al lugar al que había anhelado volver desde la última vez que había pisado Valencia. Y había visto a Alia, enigmática como siempre.

Cuando regresó del Bordellet dels Negres procuró dormir, pero no lo consiguió hasta que las primeras luces de la mañana se filtraron por los postigos. Debía de ser mediodía cuando unas pataditas, suaves pero persistentes, lo desvelaron.

—¡Tú, Saad... arriba, que hay mucho que hacer!

Saad entreabrió un ojo y, preso del pánico, lo cerró de golpe. Pere March había subido del infierno, más joven que nunca, vestido con elegancia y armado de ojos de halcón, tristes y afilados a un tiempo. La víctima había regresado para atormentar al culpable. Poco a poco, se le desembotó la cabeza, se armó de valor y puso a prueba a la aparición. La sombra aún estaba ahí.

—¿Acaso te has bebido una bota entera de la bodega?

Saad volvió en sí. Era, no cabía duda, el principal de Beni Arjó, pero no el viejo. Era el flamante señor de tenencias y alquerías, el joven que regía media comarca. Ausiàs March, un hombre hecho y derecho.

—Qué dolor de cabeza. —Saad se restregó los ojos, una y otra vez—. ¿Habéis venido a escoltar el féretro?

—Sí, claro, pero antes deberé asistir a Cortes. Y no sé cuál de ambas penitencias me da más pereza.

Saad lo observó con desconcierto. Iba tocado con un sombrero de fieltro terminado en punta y lucía una mata de pelo liso, tonsurado a la altura del cuello. Vestía una blusa clara, abrochada con lazos negros, que apenas se dejaba ver por la abertura del jubón, e iba cubierto con una gruesa capa de lana que le llegaba a las rodillas, donde las medias y las botas de terciopelo se ajustaban a sus piernas. La cara era la de su padre, lampiña y suave, pero el porte era muy distinto. Lo que en el viejo había sido roca, en el joven era nube, y lo que había sido fuerza, nostalgia. Decía que le daba pereza ocupar un sitio junto a los más altos estamentos del reino. ¿Cómo podía darle pereza honrar a un nuevo rey cuando apenas se estrenaba en la primavera de la vida?

—Pues mucho me temo que deberéis hacer ambas cosas, señor.

—Lo sé. —Ausiàs se sentó en el lecho—. Mi padre no me ha dejado más que un montón de cargas. Estoy obligado a mantener a Peirona durante toda la vida. Debo soportar a mi madre, que, por supuesto, quiere casarme como sea. Todos los domésticos dependen de mí. Los gastos del campo, administrar justicia, las casas y albergues... Los censos bajan y las obligaciones crecen. Además, los vecinos de Gandía me aprietan; quieren meter el cuevo en todo, sobre todo en las arcas. Son malos tiempos para los señores, Saad...

Saad se rascó la oreja:

—No me diréis que no tenéis vuestros ratos de esparcimiento.

—Desde que murió mi padre —confesó con pesar—, no he tenido tiempo ni para leer. Leer me gusta, ¿sabes? —Volvió la mirada hacia Saad y por primera vez sus ojos

brillaron como los de un joven—. Casi tanto como las muchachas... —Lo reconsideró—. Diría que incluso más... o no, quizá no. Bien, ni una cosa ni la otra, porque no me dejan en paz. Lo último ha sido lo del mapa del demonio.

—¿El mapa?

—Sí, el duque... El joven, ¿sabes? Pues vino con su madre, la vieja duquesa... Ahora viven los dos en palacio; como el viejo se apagó... Vinieron los dos y me exigieron unas cartas náuticas muy notables que por lo visto mi padre les había prometido. ¿Tú no sabes nada?

—¿Yo? —Saad forzó un amago de sonrisa—. Ya no soy esclavo, pero aún soy un simple moro. Hijo de labradores y para de contar. Nada sé de mapas.

—Es que me tienen mareado. —Le dio unas palmadas en la pierna—. Hala, vamos a la catedral; allí se reúne la flor y nata del reino... digámoslo así. Por cierto, Saad —añadió cuando ya se dirigían hacia la puerta—, tienes mal aspecto. Y eso que no tienes ni la mitad... qué digo, ni la mitad de la mitad, ni una ínfima parte de mis quebraderos de cabeza...

El flamante señor de Beni Arjó acudió a Cortes. Saad aguardó fuera, con los curiosos y el resto de los criados: buscó a Fumeit, pero no dio con él. La comitiva real llegó a la puerta de los Angeles, descabalgaron y el monarca la franqueó solemnemente, acompañado de cuatro maceros y del camarlengo que llevaba la espada regia en un cojín. Luego, ajustaron la portalada. Saad entretuvo la espera escuchando a unos dominicos que acompañaban a Vicente Ferrer y que también se habían quedado fuera. Uno de ellos, que debía de ser escribano del fraile, entraba y salía con frecuencia.

—Ahora Su Majestad les ha ordenado que tomen asiento, que se cubran y que escuchen, y han empezado los juramentos ante el notario.

—¿Y qué juran? —preguntó un cofrade.

—Pues ¿qué van a jurar? Lo de siempre. Vasallaje, fueros, privilegios... cosas de los estamentos.

El monje volvió a colarse de rondón por la portezuela y se entabló una animada discusión sobre las virtudes y las carencias del nuevo rey. Los seguidores de fray Vicente, claro, cantaban todas sus alabanzas, sabedores de que la elección había sido manipulada por su ídolo. El bueno de Fernando era fuerte y cabal, tenía buena planta y había traído la paz. Otros plebeyos no estaban del todo de acuerdo: el soberano les parecía algo bisojo, hablaba de manera extraña y solo había venido a cobrarse el oro que le había costado la guerra. Volvió a salir el que oficiaba de enlace.

—¡Acaban de sancionar al príncipe Alfonso como primogénito!

Se oyeron algunos vivas, más de rigor que de entusiasmo, y enseguida llovieron preguntas muy sustanciosas. Que si había hablado fray Vicente, que qué aportaciones había pedido el rey, que si alguien había pedido el perdón de los urgelistas...

—¿Y mi señor?, ¿dónde se sienta? —preguntó Saad.

—¿A qué brazo pertenece?

—Al militar.

—Pues debe de estar en los bancos de la izquierda del trono. Con cuatro docenas más de nobles.

A Saad lo sorprendió su propia reacción. No podía reprimir cierto orgullo de vasallo. Era su señor, la criatura que había llevado a hombros no hacía mucho. Ahora estaba en el banco de los poderosos, entre la flor y nata de los prohombres valencianos. La conversación recuperó brío y al cabo de un rato Saad se acercó al que llevaba la voz cantante.

—¿Han dicho algo —le preguntó al oído— de una gran expedición marina?

—Pues ahora que lo dices... —El dominico se rascó la cabeza—. Quizá sí. Sí, me parece que el rey ha prometido una cruzada a no sé adónde... Pero, claro, dependerá de la tesorería.

El fraile no había prestado demasiada atención. Al fin y al cabo, confesó, en aquellas ocasiones siempre se pronunciaban grandes palabras que, luego, raramente se cumplían. Saad se alejó del grupo y se acomodó en las escaleras. Hubo de esperar hasta la puesta de sol para ver salir al rey, seguido de una procesión de prelados, nobles y ciudadanos de rango. Ausiàs apareció entre los últimos, con expresión aburrida y los brazos caídos.

—Una pandilla de papanatas —le dijo yendo a casa.

—¿No habéis conseguido nada?

—No. Me han tomado por un mocosito. El rey protege a las ciudades y las villas: no quiere ni oír hablar de rebajar las contribuciones señoriales. Y sin cesar me trataban de doncel. Eso me llamaban, doncel, para que todo el mundo viera que aún no soy caballero.

—Bien, eso pronto lo resolveréis.

—Sí, cuando llegue a Gandía preparo enseguida la ceremonia. Recogeremos lo que queda de mi padre... —añadió sin rastro de emoción— y partiremos en cuanto podamos.

Aquella noche, tras cenar, Ausiàs no paró de rezongar. Entraba en la vida y todo lo atribulaba. Para sacudirse de encima la tensión del día, Saad desvió la conversación hacia los rumores que corrían sobre el palacio ducal. Sabía que entre aquellas cuatro paredes la vida debía de ser, cuando menos, disipada y llevadera.

—Hombre, para qué nos vamos a engañar —reconoció Ausiàs mientras llenaba la enésima copa de vino—. Gandía jamás ha sido una villa casta. Pero alegre, lo que se dice alegre, no estoy tan seguro.

El joven señor, por lo que entendió Saad, estaba metido de lleno en los enredos mundanos de la nobleza. La mujer del actual duque era familiar suya, una March, lo cual le abría todas las puertas de aquella casa. Leía por encima de lo corriente y, asimismo, escuchaba recitales, cazaba, bailaba y hacía la corte en el sentido más carnal. Su entretenimiento habitual eran las sirvientas y las viudas más fogosas. Desde que la vieja duquesa había vuelto a cobijarse bajo aquel techo con su hijo, las

fiestas habían subido de tono. El consejo de la villa había llegado al extremo de acordar que se castigara a los adúlteros con azotes públicos, pero la amenaza no se había cumplido. Bien mirado, si censuraban ciertas costumbres era debido a su popularidad.

—¿Y Marta?

—¿La doméstica? —Ausiàs se llevó la copa a los labios y cató la bebida durante largo rato—. Marta aún está ahí. Y todavía te tiene en la cabeza, si es lo que te interesa.

En el establo se condensaban los viejos olores que habían constituido, tiempo atrás, el mundo de Saad. Allí era donde había estrenado las cadenas, donde había pasado largos ratos con los animales y donde había conocido la interminable tristeza de los atardeceres de Gandía. Allí, Marta había sido su único consuelo y su confidente. Ahora perseguía su rastro en la oscuridad, especulaba con las sombras y veía su rostro entre la paja. Saad siempre la había cobijado en lo más dulce de sus entrañas, pero nunca la había amado. Hasta entonces.

—Estoy aquí, Saad.

Fue en busca de la voz. Más allá del ronquido de la mula y del aliento pesado de la yegua, tanteó la penumbra. Hasta él llegó aquella respiración suave y cómplice. Marta estaba acurrucada en un rincón, sentada en el suelo y envuelta en una manta. Él se agachó y le adivinó la mirada. Era la de siempre, pero distinta. Era más mujer: la cara más redonda, el gesto más sereno, el porte más paciente. Saad le palpó los labios para no dejarla hablar y poco a poco se le acercó. Ella lo detuvo con la yema de los dedos.

—He esperado tanto... —suspiró—. ¿Has pensado en mí?

—Ahora estoy aquí —dijo él, cogiéndole la mano—. Eso es lo que importa.

Saad tiró de ella, intentando levantarla. Ella lo frenó. Él creyó que pedía sus labios y volvió a acercarse. Marta lo detuvo de nuevo y agachó la cabeza. Saad frunció el ceño. No lo entendía: por primera vez notaba, firme e inequívoco, el escozor del vientre. Y ella lo rechazaba.

—¿Me quieres o no me quieres?

—Has tardado tanto, Saad...

—Sí. —Guardó silencio y después resopló—. Lo siento. El mundo es grande y complicado.

—No lo sé... Podría haber sido tan sencillo...

—Aún puede serlo... —El calor se extendía y se apoderaba de él—. Contigo.

—No sería conmigo... no sería conmigo tan solo.

—¿Con quién más si no? —Saad sonrió, porque sabía que los celos alimentarían el deseo—. Tú eres ahora lo único que quiero, la única fiel, la única que me ha esperado, la única que me quiere...

—No me entiendes.

Saad ardía. Se irguió y tiró de ella hacia arriba. Ella se resistió. Tiró de ella de

nuevo y Marta, con esfuerzo, intentó levantarse. Se agarró con la otra mano a una valla y, con las piernas bien separadas, se alzó. Fue entonces cuando Saad vio aquella barriga grávida. Marta dejó descansar las manos sobre ella y bajó la vista. El hijo de Suleimán no dijo nada. La sangre le anegó los ojos y el fuego de las entrañas le inundó los pulmones. Se ahogaba.

—No estoy sola —repitió ella—. Ahora somos dos vidas en una.

A Saad le temblaban los dedos. Se los mordió y, por un instante, creyó que podría encajar el golpe. El aire del establo era denso y robó un par de bocanadas al anochecer. Lentamente, su cuerpo se hizo ascuas. Del pecho a la cabeza, de la cabeza a los brazos y de los brazos a los dedos. Un brazo se le escapó y le cruzó la cara con los nudillos. Ella cayó de espaldas y se protegió las mejillas. El pie de Saad golpeó con fuerza las piernas de la muchacha. Una patada, dos, y algunas más. Ella se encogió. No lloró, no gimió: solo dejó escapar unos sollozos entrecortados.

—¿De quién es? —La agredió de nuevo—. ¿Cómo has podido? Guarra... ¿Por qué...? ¿Por qué...? ¿Quién ha sido el hijo de puta?

—¡Basta, Saad, basta! Por piedad —gimoteó, cada vez más bajo—. Por favor, basta... El señor... Ha sido el señor...

—¿Qué? —Era solo ojos, y puños, y pies—. No puede ser, yo estaba con él... Yo lo he visto muerto, yo... Un momento... —Se agarrotó—. No, Marta, no... No, Marta... No, él no... Ese mocoso no, no me dirás que... Mierda, ¡como hay infierno...!

Saad escupió sobre el cuerpo de la muchacha y dio media vuelta. Se dio de bruces con las maderas y con las columnas, tropezó con los animales y renegó. Maldijo la vida y maldijo a todo el mundo. Maldijo la inocencia de Marta, aquella frescura robada. Agarró un horcón afilado, lo sostuvo con rabia y subió a la estancia de Ausiàs.

Abrió la puerta de par en par y lo vio sentado en el lecho. Estaba calzándose las grebas. Parecía su padre. La misma coraza, el mismo aire ausente. Ausiàs alzó la vista y vio el horcón que lo señalaba.

—¿Has visto a Marta? Tranquilo, no ha sido nada. Cosas de la carne.

Saad avanzó dos pasos y apretó con los dedos el astil del tridente. Los hierros ya no lo impresionaban. Había pasado por la guerra, había visto caer montañas y había dado con el modo de matar a un caballero. Estaba presto a aplastar a otro gusano. Pero no cargó.

—Sé que no te gusta el mundo... —dijo Ausiàs con los ojos húmedos—. A mí tampoco. Pero mañana será una fiesta. Mañana han de armarme caballero. Y quiero que estés presente.

Saad, con las manos aún crispadas, bajó la herramienta. No podía hacerlo. Su rabia se disipaba ante aquel sempiterno abatimiento, aquel niño infeliz disfrazado de hombre. Y supo que jamás podría matarlo. Nunca podría hacer daño al pequeño que había sostenido entre sus brazos.

Ausiàs March, el doncel, ayunó hasta el día siguiente. Cuando el sol se puso, llamó a Saad para que lo acompañara a la iglesia. Uno se pasó la noche rezando, el otro aguardó fuera con su cruz particular. Saad había llegado a creer que la emancipación cambiaría su existencia, que, libre de los grilletos, su vida sería absolutamente distinta. De pronto, comprendió que un vasallo jamás dejaría de ser un vasallo. La condena no tenía nada que ver con la ley de los hombres. Tampoco dependía de la riqueza que uno amasara o de la suerte que tuviera. Un cautivo lo era porque lo llevaba escrito en el alma, porque estaba sometido al arbitrio de fuerzas ocultas. Como él.

Ausiàs había salido de la iglesia:

—Dentro hace frío.

—Aquí también. —Saad jugó con las piedrecitas del suelo—. ¿No os confiesan?

—Ha empezado a clarear; ahora vendrá el canónigo. Pero la fe no me calienta. Mi cabeza la apaga.

—Pues yo cada día creo más. —Cogió más piedras—. No en lo que dicen las escrituras, sino en el que escribe nuestra vida.

—Mira, ya llegan. —Una comitiva irrumpió en la plaza, acompañando al canónigo, al duque de Gandía y a otros personajes—. He de regresar adentro. Tráeme la cabalgadura.

Cada uno se dirigió a donde le correspondía. Saad hacia casa de los March, al establo, donde había que armar y enjaezar la yegua. Ausiàs a las escaleras del altar, donde debía confesarse y comulgar. Saad ciñó la silla que él mismo había comprado en Valencia y fijó los estribos y la brida ceremonial. Ausiàs se ofreció a Cristo y a la caballería; el canónigo bendijo su espada y el duque le puso la hoja de acero en la palma de su mano derecha.

Saad sacó la yegua del casal y la condujo a pie hasta la plaza. Ausiàs se arrodilló y juró defender a Dios, al rey y el bien público: luego, el duque lo hizo levantarse, le ciñó la espada, lo besó y le dio un cachete en la mejilla para recordarle cuáles eran las obligaciones de un caballero. Saad entró en la plaza bajo una lluvia fina y tiró del animal entre la gente, hasta que llegó al pie de la escalera. El doncel era ya caballero. Y su criado era lo que siempre había sido. La gente aclamó al señor de Beni Arjó: este montó y dejó que las gotas le salpicasen el brillante pecho de acero. Saad le hizo recorrer toda Gandía, empapado de arriba abajo, y arrastró a la gente hacia el convite.

Dejó de llover. Cuando los invitados entraron en el patio de la casa de los March, las mesas apenas estaban colocadas. Los domésticos, y algunos criados de alquiler, dispusieron manteles, vajillas y cubiertos y empezaron a servir bandejas de comida. Saad se fijó en que Marta no estaba allí. Debían de haberla escondido en la cocina para evitar los chismorreos. Ausiàs se sentó a la mesa flanqueado por su madre y el duque. Paladearon las codornices con piñones y miel, el ciervo con pasas, las caretas de cerdo al moscatel y hasta siete u ocho platos más. Todas viandas, porque entre los señores la carne era sinónimo de virilidad.

Mediado el tiberio, Saad tuvo que acudir a la puerta. Un heraldo del gobernador llegaba de Valencia con nuevas para el duque. Lo acompañó hasta la cabecera de la mesa. El mensajero se pegó al oído de Alfonso el Joven y le comunicó algo breve. El duque de Gandía lo despachó, se restregó los labios y convocó con la mano a media docena de caballeros. Entonces, tomó del brazo al caballero March y todos juntos se retiraron a las estancias superiores. No aparecieron hasta al cabo de un rato, cuando los comensales ya habían dado buena cuenta del postre.

—Damas y señores, les ruego que se levanten. —Los comensales se pusieron de pie—. Tengo una mala noticia y una buena. —Los invitados vieron cómo el patricio se quitaba la gorra emplumada—. La mala... es que el buen rey Fernando ha muerto. La buena es que, esta vez, tendremos un nuevo soberano sin discordia. Ya sabéis que se llama Alfonso, como yo, y que no le asusta ser el amo del mundo.

La concurrencia, incluidos algunos criados, se deshizo en vivas al rey y aplausos. Saad observaba desde un rincón. Esperó a que el entusiasmo se apaciguara, dejó que los señores apurasen las copas, ayudó a desmontar las mesas y fue en busca de su señor. Lo encontró en la cámara, refunfuñando mientras se quitaba la coraza de gala.

—No somos nada, Saad. Ayúdame a deshacerme de tanta lata.

El moro desanudó los correaes. Retiró las planchas y las apoyó, una a una, contra la pared. Le quitó las protecciones de cuero y de lana, y le dio unas friegas con aceite. Cuando Ausiàs cerró los ojos para reposar, el criado aprovechó para interrogarlo.

—¿De qué habéis hablado con el duque?

—De todo y de nada. —El joven encogió los hombros de placer—. Se ha dicho que este rey no era querido. Usó las armas y a la iglesia para comprar el trono, y ahora lo ha pagado. El Papa cismático, que lo aupó, se sintió luego abandonado y lo condenó. Fray Vicente, ya sabes: una vez terminada su labor marchó a predicar al país de los francos y allí ha acabado sus días. Sin embargo, el rey no ha muerto, por lo visto, por mantener desavenencias con los vicarios de Dios en la tierra.

—Entonces, ¿por qué ha muerto?

—Por algo muy terrenal. Dinero. El pueblo de Barcelona le ha negado los tributos, ha tenido un ataque de no sé qué y la ha espichado.

Saad se dirigió hacia el arquibanco. Lo abrió y sacó unas medias, una blusa y ropa de abrigo. Se lo entregó todo al señor.

—¿Y eso que ha dicho el duque —preguntó Saad fingiendo desinterés— sobre el dominio del mundo?

—¡Ah, eso! Tonterías. —Ausiàs se embutió en las calzas con desgana—. Es como el cuento ese de los mapas...

—¿Qué mapas?

—Sí, creo que ya te había hablado de ellos. —Metió los brazos en las mangas y le pidió que lo anudara por detrás—. Unas cartas náuticas que se supone que mi padre le había prometido. Unos dibujos para poder conquistar la tierra. Figúrate.

—¿Las ha pedido el nuevo rey? ¿Para armar una flota?

—Sí, justo, eso ha dicho. —Reclamó las botas y clavó la vista en Saad—. ¿Tú también padeces de imaginación desbocada? Qué lástima de país... Y por último me ha dicho, delante de todo el mundo, que si no encuentro los mapas tendré que pagar la deuda contraída por mi padre.

—¿De qué forma?

—Pues embarcándome al servicio del rey. Con cartas o sin ellas. —Se ató el calzado—. Sí, están decididos a profesar la caballería en un mundo en el que los reyes sufren del corazón por mor de los impuestos.

—¿Y adónde irán las galeras?, ¿sin rumbo fijo?

—Al otro lado del mar. A las islas.

—Yo también deseo ir.

—¿Tú? —Ausiàs lo miró de arriba abajo y le pidió la ropa de abrigo—. A ti no te han armado caballero, y nada tienes que ver en los enredos de mi padre. No tienes obligaciones.

—Ni nada que me ligue a esta tierra.

—Muy bien, muy bien. —El joven señor se ciñó el sombrero con cuidado—. Pues te compro una ballesta y vienes conmigo. Sí —dijo mientras salía de la cámara—. Hasta nos distraeremos.

Ausiàs se agarraba con fuerza a la barandilla. Con la otra mano, sostenía un pañuelo y se cubría la nariz. Estaba observando a Saad, que desde hacía un rato no paraba de vomitar por la borda. Miraba aquella mezcla de brea y barro que le salía del estómago y le causaba tanta náusea como extrañeza. Hubiera dicho, incluso, que el vasallo moro echaba gusanos y escarabajos por la boca. Saad se retorció y sudaba: acabó de echarlo todo, se limpió los labios con un trapo y envidió al joven caballero.

—¿Cómo es posible que no os mareéis?

—Por supuesto que me mareo. —La galera se precipitó hacia el abismo y Ausiàs se apoyó aún más en la barandilla—. Pero un señor no debe devolver.

La nave remontó la siguiente ola. El tambor redoblaba y los galeotes remaban como si pensarán que jamás volverían a hacerlo. Un hedor ácido y penetrante, de toda clase de excrementos humanos, atufaba la galera y se extendía por la mar, aboliendo cualquier otro olor sobre las aguas. Saad y el señor de Beni Arjó se encontraban en el puente, con media docena de caballeros y un puñado de peones, afrontando como podían su primera vivencia marinera. Los grumetes faenaban con los cabos y refunfuñaban, molestos porque aquel gentío les estorbaba el paso.

—Sí me da vueltas la cabeza, sí. —El caballero guardó el pañuelo y respiró a pleno pulmón; se zampó una bocanada fétida que lo obligó a aferrarse a la baranda con ambos brazos. Encogió la barriga, agrandó los ojos y, a renglón seguido, hubo de sacar la mitad del cuerpo por la borda para vomitar.

—No os preocupéis, caballero —le endosó Saad mientras le alcanzaba un trapo húmedo—; desde la galera real no os verán.

Aquella era una escuadra impresionante. Dos docenas de galeras que secundaban a la nave capitana, la del rey que quería ser el amo del mundo. Y taridas y barcazas y toda suerte de embarcaciones para transportar los caballos, las máquinas de guerra y las compañías. Las velas de Gandía habían zarpado de El Grao con un puñado de señores amantes de la aventura —entre los que se contaban los Martorell, padre e hijos—, y también con los señores que navegaban a la fuerza, como el propio Ausiàs March, obligado por una misteriosa deuda paterna. En Valencia, sin que tomaran puerto, se habían sumado a la expedición muchos hombres. Luego, habían practicado la navegación de cabotaje, y en Murviedro y en Castellón había ocurrido lo mismo.

Al principio, Ausiàs y Saad habían llegado a pensar que aquello de navegar era un placer inmenso. Siempre cerca de la playa, con la seguridad de poder tocar tierra con cuatro golpes de remo y con las aguas calmas. Aquella mar no asustaba. Anclaron en el puerto de los Alfaques, un día claro y sereno, y se unieron a los de Salou y Barcelona, Rosas y Canet de Rosellón. La gran galera real bajó por el Ebro, escoltada por los aragoneses, y pudieron partir. Estaban faltos de hombres, de naves, y, como siempre, de oro, pero nadie quería esperar. El rey se había peleado con las Cortes por mor de las arcas, que estaban vacías, y la peste avanzaba desde la Provenza. Era el

momento de hinchar las velas, gritar a los galeotes y salir a conquistar.

—Aún no entiendo por qué vamos hacia levante.

—Sin cartas náuticas, Saad —respondió Ausiàs, con las facciones aún pálidas—, no puede adentrarse uno en aguas desconocidas. Y antes de jugarse la piel en quimeras, es preciso asegurar nuestro Mediterráneo.

—Pues no es el mejor modo de conquistar el mundo. —Saad dejó pasar a un marinero cargado de cabos—. La grandeza exige riesgo y atrevimiento... y eso se encuentra allí donde el sol se pone, en el océano de promesas.

—Y de tinieblas —añadió el caballero.

La popa se hundió, la cresta de una ola se alzó por encima de la borda y los empapó de arriba abajo. Se refugiaron, como tantos otros, en el tendal del puente. Un grupo de caballeros y soldados se amontonaba a cubierto de las inclemencias. Desencajados, se agarraban a las armas como si hubieran de utilizarlas para combatir a un enemigo encabritado. Saad intentó secar su ballesta. El señor lo había obsequiado con aquella arma que lo convertía, de golpe, en alguien distinto. Se pasó la culata por los calzones y palpó el saco de los viratones: llevaba medio centenar de saetas delgadas. Tomó la gafa y preparó el artilugio sin munición, tensando la cuerda hasta fijarla. Apuntó a un galeote y disparó. El chasquido era mortal de necesidad. Aquello le dio aplomo. Cerdeña tal vez postergaba a la Antilla, pero él ya era alguien.

Saad se ciñó la ballesta y salió a cubierta. Se agarró a la borda y observó a los marineros. No corrían alarmados, ni gritaban más de lo habitual, y hasta quizá la mar se había calmado. Saldrían de aquella. Los entendidos no tenían la muerte en los ojos, lo cual era señal de que por el momento no tocaba naufragar. La mar jugaba con ellos, pero no quería tragárselos. Saad contempló la fuerza de aquella sábana que los hacía tan pequeños. La mar era una mujer, sí, una mujer poderosa e infinita. No como Marta, tan cándida y perdedora. Era Alia. Oscura, elegante, temible e inabarcable. Lo ocupaba todo y se metía dentro de uno. Enardecía la piel y removía las entrañas. Palpó de nuevo la ballesta, con afecto. Ya la haría suya.

Llegaron a Cerdeña al cabo de cinco días. La travesía no había sido del agrado de nadie: ni de los aprendices de marinero, que habían hecho su bautizo de agua en las cubiertas, ni de los lobos de mar, que hubieran preferido una tarea más llevadera. A la vista de El Alguer anclaron, y hacia la medianoche llegaron los venecianos, buenos aliados, sobre todo porque los genoveses, a los que como todo el mundo sabía odiaban, eran el enemigo común. Pero con amigos como los venecianos tal vez no eran necesarios los adversarios: como estaba oscuro, su nave capitana se acercó con demasiada fuerza y embistió a la galera real. Los marineros que dormían mal asegurados cayeron de las cuerdas y se ahogaron. El rey se hizo una brecha en la cabeza. Los únicos que salieron indemnes, por una vez en la vida, fueron los galeotes, que estaban encadenados a los bancos.

Pero los grandes quebraderos de cabeza llegaron de tierra, no del agua. De hecho, la armada era tan poderosa que nadie osó plantarle cara. El monarca negoció treguas

en Sassari y en Cáller con los notables de la isla, que olvidaron súbitamente todos los agravios de que habían sido objeto. Y los de Génova se habían desvanecido. De modo que campaña, lo que se dice campaña, ni por asomo. Y hete aquí la fuente de todos los infortunios, ya que los mejores guerreros malvivían con la calma y, buenos como pueden ser en batalla, no saben ganar las paces.

Un día en que los hombres holgazaneaban en las playas de Cáller, oyeron que el trompeta llamaba a reunión. Les extrañó, porque no se divisaba ninguna nueva galera en el horizonte y todo era quietud y bochorno. Subieron al castillo y allí recibieron la orden de cazar a diez docenas de galeotes que habían huido por la garriga. Caballeros y ballesteros se tomaron la consigna al pie de la letra y rastrearon la montaña como si buscasen conejos. Saad se sumó a ellos, impaciente por usar la ballesta y animado por la idea de que, en otro tiempo, él habría sido presa antes que predador. En dos jornadas, atraparon quizá a cincuenta desgraciados, a los que les rebanaron las orejas y encadenaron con doble grillete. Al resto los mataron o ellos mismos se hicieron matar. Y quizá un pequeño puñado escapó por las cuevas.

Esa distracción fue escasa y breve para los hombres. Pronto decidieron dar caza a las mujeres de la isla, y se aplicaron con más ardor que en la labor anterior. Al caer la tarde, auténticas cuadrillas enfilaban los caminos, los señores a caballo y las mesnadas a pie. Hembra que no estaba encerrada en su pueblo bajo siete llaves, era secuestrada durante unas horas y, si bien no perdía la oreja, perdía las simpatías por tan sucia compañía. Aquello provocó las iras de los capitostes sardos, y la paz se tambaleó. También acabó por desagradar a Saad, que en principio se había sumado pero que perdió las ganas, como asimismo se hartó Ausiàs.

Ambos se procuraron otros entretenimientos. El caballero consiguió licencia del monarca para hacer tratos con los bandidos que, en represalia por los estupro colectivos, habían prendido a un señor de Valencia. Era un hombre más maduro que él, buen conocido de la familia, de gesto amable y gran refinamiento. Se llamaba Jordi de Sant Jordi y, además, resultaba ser el fiel camarero real, cosa que brindaba grandes alegrías a la cancillería. De modo que el joven March se hizo escoltar por Galcerán Martorell, más algunos hombres a caballo, y se adentró en las tierras altas.

Saad, que no tenía cabalgadura, se quedó a la orilla del mar. Durante la espera entabló una amistad muy provechosa. Se trataba de un joven piloto del Algarve que había llegado con la escuadra veneciana. Sus ojos rebosaban de ambición y ansia de riquezas. Saad tropezó con él en el puerto; el portugués estaba sentado sobre un barril, bebiendo vino a gollete. El semblante oscuro, la barba sin recortar y aquella mirada nocturna le hicieron creer que era moro. El antiguo esclavo lo abordó.

—Que el Altísimo y Misericordioso no te lo tenga en cuenta —dijo, señalando la bota.

—Puedes ficar ben tranquilo —respondió él, en una lengua que era a la vez todas y ninguna—. A mia casa, fa dos siglos que teu Altísimo dejó de nos vigilar.

—¿De dónde eres, que hablas así?

—¡Porra! De aquí e de allí, e de todas partes e nenguna. —Le ofreció vino a Saad, pero este rehusó la invitación—. Mas a mía casa, da madre que pariu a mí, fica a Lagos. Meu nom es Gil. —Cordial, le tendió la mano—. Gil Eanes.

—¿Has visto el océano? —preguntó Saad sin aflojar la mano.

—Tengo visto, sí.

—¿Y cómo es? —lo interrogó, apretando los dedos del joven marinero.

—Oh, cansado. Mucho.

El portugués contó que se había enrolado en una galera veneciana, de ayudante de patrón. Su conversación, confusa y atropellada, era viva. Dijo que esperaba ser un gran marino, pero que en el océano de poniente había poco oficio. Mucho atrevimiento, eso sí, pero una magra tradición. La sabiduría de la mar aún estaba en el Mediterráneo. Con los venecianos, añadió, se ilustraba sobre brújulas, así como sobre cartas y tablas de navegación. Cuando lo hubiera aprendido todo, volvería a Lagos y se haría el amo de los navegantes.

Gil Eanes bajó la voz, como para hacer una confidencia.

—Tenemos un príncip a Algarve, príncip Enrico, que está con molto ouro. Vuole fazer escuela de mar e conquistar océanos.

—Figúrate —rió Saad—. Aquí tenemos uno que también habla mucho, pero ya ves en qué queda todo. Un ejército entero desflorando doncellas y trasquilando orejas.

—¡Ah, no! ¡Aquilo es otra cosa! —Gil empinó la bota, hizo gárgaras dos veces y escupió—. Otra cosa, amico... No parlo de sueños, parlo de conoscimento. Sapiencia, amico. —Se hurgó en la nariz hasta muy adentro—. Sin sapiencia, no has fortuna.

El marinero le relató las gestas del infante Enrique. Le había arrebatado el puerto de Sebta al poderoso sultán de Fez, y había intentado poblar, sin fortuna, las islas Afortunadas. Pero el fracaso le había servido para aguzar el ingenio: se había instalado en Sagres, en los confines del mundo conocido, y pretendía reunir allí a dibujantes de cartas, brujuleros, patrones y marineros. Gracias a tantos esfuerzos, mar adentro habían encontrado la isla de la madera —Madeira decía él— y las islas de los halcones —Azores—. El brío era grande y, como aquellos islotes solo los poblaban indígenas, ocuparlos era sencillo.

—Molto sencillo —insistió—. E más que sería con mapes, buenas brújulas e toda cosa que haveu aquí. Por isso he venuto aquí. Para aprendere...

Lo peor, añadió, era el cabo Bojador. Allí los vientos se peleaban y nacían unos remolinos que hundían los barcos. Más allá de aquel lugar, se decía, los monstruos de dos colas y las brujas marinas desbarataban cualquier navegación. Nadie había regresado de allí, y quien diera la vuelta al océano haría historia. Eanes quería ser ese hombre, pero necesitaba aprender mucho. Saad abría los ojos. El portugués no era un sabio. Tampoco era un patricio. No sabía afeitarse, su tocado era blando como el de un grumete y vestía de cualquier manera. No perdía el tiempo en pulir sus modales ni en hablar bien las lenguas. Aquel hombre llegaría lejos, porque era listo y sabía

adónde iba. Con alguien como Gil Eanes, podría abandonar aquella tierra para siempre y lanzarse a ver mundo.

Pidió al portugués que le dejara ver su galera y el hombre se avino sin ambages. Lo llevó hasta cubierta, donde tiraron de las jarcias, vieron el timón y revolvieron los instrumentos de navegación. No había nada que Saad no hubiera visto ya en los barcos catalanes, pero se dio cuenta de que lo miraba todo de forma distinta. De hecho, se fijaba de veras, y consultaba todo lo que acudía a su cabeza. Su acompañante le hablaba con todo detalle de aquello que creía útil, y lo que tenía por inservible lo desechaba chasqueando la lengua.

—¡Isso son mierdas! —decía, respondiendo a la admiración de Saad, al contemplar los bancos de los remeros—. ¡Caca de la vaca! Para el océano, todo isso son mierdas... ¿Cómo vuoles navegar legües e legües cargado de gentes? El segreto es aquilo... —Alzó las cejas hacia el velamen—. Con bon velam, e bona sapiencia, ¡el mar es teu!

Pasaron juntos varias horas, aquel día y muchos días más. El paso por Cerdeña se convertía en una vacación enfermiza para los propósitos reales, pero también en una auténtica bonanza para Saad. Ausiàs y Galcerán regresaron con el camarero real, un caballero gordito y calvo que enamoraba a todo el mundo con sus salidas. Los tres y un puñado más de caballeros, se llevaron al rey de caza —caza de animales verdaderos, con halcones y milanos y perros—. Anduvieron en ello jornadas enteras y acabaron entablado una buena camaradería. Saad permaneció junto al marinero Eanes. Un día, en la taberna del muelle, decidió sacarse la espina de la cabeza.

—¿Has oído hablar de la Antilla?

—¿Antilla? Sí, sí... —Se rascó el sobaco—. Déixame pensar... Está claro... Es isla de obispos de Porto, que arribaran allá fugendo de barbárics. Faze moltos años... No sabemos molto más que isso. Fundaren sete viles, dizen. E tenen molto ouro, molto puro... Hay que arribar allá, está claro. —Miró a Saad de cerca—. ¿Tú vuoles venir?

Las entrañas de Saad crujieron. Hubo de empuñar con fuerza la ballesta, que le colgaba de la cintura, para ocultar que temblaba. ¿Que si quería ir allí? No deseaba otra cosa. Asintió con la cabeza, en un ademán que pretendía ser leve pero que brotó seco y ardiente. Claro que quería cruzar las aguas, vencer las tinieblas y recalar en la Antilla. Ya no se mareaba, dijo. En pocos días había aprendido a casar sus movimientos con el balanceo de las olas y ya sabía algo de las artes de navegar, gracias a su amigo portugués. Y sabía otras cosas.

—Enviaré a los salvados a la mar —dijo Saad, como si recitara—, a las islas lejanas, que no me habrán visto ni escuchado, pero que anunciarán mi gloria a las gentes.

—¡Porra! ¡Isso es Biblia de cristianos! —se sorprendió Eanes—. ¡No es cosa de mouros!

—Te equivocas, no es cosa de musulmanes pero tampoco de rumies. Pertenece a

un mapa que traza los caminos hasta la Antilla, un gran mapa dibujado por judíos. Yo sé cómo encontrar esa carta.

—Bueno, bueno —sentenció Gil Eanes mientras se mondaba los dientes con los dedos—. Tú e a carta tua haveu de venir a Sagres. ¿Está bueno?

—Está bueno.

Saad no tuvo suerte, pues el rey Alfonso, víctima de un proverbial capricho real, ordenó levar anclas. El aviso sonó al alba, precipitadamente. Decían que, tras pasar la noche en blanco, el rey había resuelto partir sin los aliados venecianos. Rodeado de una corte de aduladores y violadores a la desbandada, el que quería ser Alejandro Magno comenzaba a sentirse Caligula. Lo que iba a ser una acción caballeresca degeneraba en un gran episodio tabernario. De modo que zarparon hacia Córcega, a someter a otros vasallos rebeldes que, en principio, pertenecían a Aragón. Saad no pudo ni despedirse de su amigo del Algarve.

Rindieron sin esfuerzo la villa de Calvi y, a continuación, probaron suerte con Bonifacio. Aquel lugar estaba resguardado por unos roquedales abruptos y su gente era tan dura de roer como su terreno. La flota se dispuso en batería, bloqueando la bocana del puerto, con las naves muy cerca unas de otras y sujetas con ganchos. Daba gusto ver la estampa, sobre todo de noche, cuando las antorchas iluminaban el arco de galeras que cerraban las aguas y se mecían con holgazanería. Las llamas rielaban en el espejo negro de la mar y, si uno se habituaba al hedor de la chusma, hasta podía decir que aquel asedio era bonito.

Un día, hacia el atardecer, Ausiàs llamó a su vasallo.

—Saad —le dijo como ausente—. Voy a la galera real. Se conoce que nuestro Alfonso se aburre y necesita diversión. ¿Vienes?

El balletero se apuntó, porque desde la partida de Cerdeña, la modorra también lo había invadido. Además, pensó, al menos una noche no comería rancho de habas hervidas y queso rancio. Lo acompañó, pues, y juntos salvaron las bordas de siete u ocho galeras. Saltaron de una cubierta a otra, arrastrando consigo a otros caballeros y sirvientes prácticamente en cada barca. Cuando llegaron a la nave capitana, la flor y nata guerrera del reino desembocaba en aquella corte flotante. Quien más quien menos había rescatado unas medias de seda, un jubón bordado o una espada de gala.

El camarero real no había ahorrado esfuerzos para preparar un banquete memorable. Había desocupado la pasarela y los bancos y había echado a la chusma. Los grumetes sudaron la gota gorda para limpiar hasta la última junta roñosa, pero hubieran podido ahorrarse el esfuerzo, porque el hedor de las galeras vecinas lo inundaba todo y, además, todo el mundo llevaba excrementos y vómitos adheridos a la piel. El oficial de tiberios ordenó disponer, a lo largo de la cubierta y en el puente, tablones llenos de manjares. Jordi de Sant Jordi era tan refinado como listo, y se las había ingeniado para conseguir lo que parecía imposible en plena campaña.

Saad se alejó del tendal real y, bajo la luz oscilante de las antorchas, fue contando y probando los platos. A una bandeja de bacalao frito con pasas le seguía un cuenco

con angula hervida, condimentado todo con pimienta y mostaza; más allá, un gran barbo asado acompañaba a las sardinas en escabeche; pequeñas merluzas y arenques asomaban la cabeza entre ciruelas y zanahorias, y, para endulzar el último bocado, los rizomas con miel ofrecían sus raíces llenas de bultos. Cuando estuvo ahito, se acercó al castillo de popa.

Dos hombres llevaban el peso de la función. Uno era el camarero del rey; el otro, un señor de Vic, un tal Andreu Febrer, que vestía de negro y era más reservado que el valenciano. El rey los miraba complacido desde su sitial, guardando silencio, y de vez en cuando movía la mano para conceder la palabra a alguien. Hablaban de mujeres, por supuesto, seguros de que, a más de cien leguas de casa, ninguna dama se lo iba a reprochar. Jordi de Sant Jordi atraía la atención de todos: al fin y al cabo, la comida y el vino eran obra suya, y la alegría del atardecer lo envolvía.

—El amor —proclamó el intendente poeta— es como una almendra amarga. Tomamos la más fresca, pero cuando la probamos está verde, y el sabor áspero se nos graba para siempre en la lengua.

El hombre hizo una mueca de asco con la lengua que hizo reír a todo el mundo.

—Los hombres estamos enfermos por naturaleza —abundó el vicense—; como la mujer es fría de por sí, nos vence sin remedio. Miradme a mí. —Se exhibió, oscuro de arriba abajo—; ¿no veis mis enjutas carnes, mis ojos hundidos, mis mejillas pálidas, mi pulso alterado? Ya lo decía Platón el griego: el placer no es bueno.

La audiencia sonreía, porque aquel porte macilento tenía algo de cómico.

—Pues ya conocéis los remedios —dijo el médico real, un hombre togado y aburrido como él solo—: dormir mucho, baños tibios, pasear, escuchar cantos, cabalgar y —añadió, señalando las mesas— comida frugal... ¡muy frugal!

—¿Y por qué entonces —irrumpió el cocinero— siempre me recetáis sangrías, cilicios y lechos de ortigas?

Estallaron carcajadas y corrieron comentarios entre la concurrencia. Uno dijo a voz en cuello que con aquella barriga ningún caballo soportaría su peso, otro gritó que un camarero en ayuno era como una mar sin agua e incluso alguien preguntó cuál de los platos se condimentaba con ortigas. Jordi de Sant Jordi levantó su timbrada voz por encima de la cháchara.

—En algo estamos de acuerdo. —Miró a todos los presentes, incluido el rey—. El amor peligroso es el del espíritu. Traedme una dama refinada, bella y cabal, y me haréis enloquecer. Traedme una mujer vil, carnal y pecadora, y seré amo de mí mismo.

—El secreto está en el equilibrio —intervino Andreu Febrer—. Los médicos, que nunca hablan claro —prosiguió, espiando de reajo al cirujano de la corte—, aseguran que el exceso de secreciones seca el cerebro; pero también advierten que demasiado poco jugo nos hunde en el desconsuelo.

—¡Ya lo tengo! —El valenciano se puso a saltar, para que todos vieran lo contento que estaba—. El verdadero amor lo reservamos para madres y hermanas. Y

si los sofocos son una enfermedad, solo existe un remedio.

—¿Cuál?

Guardaron unos instantes de silencio, porque era el rey, distraído, quien preguntaba.

—La medicina más noble y antigua, y en absoluto la más cara... —El camarero ensanchó la sonrisa, satisfecho de la expectación—. ¡Las putas! ¡Sí, las putas! ¡Viva las putas!

Un coro de hombres roncros y ebrios respondió con vivas a la profesión. Volvió a correr el vino, y hasta el monarca que no atinaba a ser conquistador sonrió. Tan animada estaba la fiesta que nadie se fijó en Saad. Escondido detrás del gran grupo, la oscuridad le cubría la cara. Aquellos quizá eran modales propios de un caballero, pero él no los compartía. Acariciaba la ballesta, como a punto de alzarla. Las palabras escaparon de su boca, seguras y contundentes, sin que supiera de dónde surgían.

—No sé de qué mujeres habláis.

Tres docenas de ojos acusadores lo atravesaron. Y de entre todas las miradas, la del cocinero real fue la única que lo desafió. Con los ojos clavados en Saad, el hombre blandió unos pliegos de papel y se los acercó a la nariz. Empezó a recitar, de manera firme y vibrante, poco a poco, sin trabucarse.

—Bajo la frente guardo vuestro bello semblante... con el que mi cuerpo día y noche se deleita... y volviendo a mirar su bella figura... vuestra faz ha dejado en mí huella... —Levantó la voz, con un levísimo temblor—. Y cuando esté del todo fuera del siglo... los que el cuerpo llevarán al sepulcro... sobre mi faz verán vuestro signo.

Ya no era el cocinero de patatas hervidas y arenques asados; era el artífice de platos refinados, el creador de salsas inmortales. Saad cayó preso del silencio. El resto de hombres, súbitamente sobrios, se recogieron en señal de respeto. A todos los punzó el recuerdo de algún amor y a todos admiró la derrota de aquel vasallo moro. Un sicario de la corte rompió el hielo.

—Con tanto hablar de mujeres... —dijo, guiñándole un ojo al rey—, olvidamos qué nos trae aquí. ¿Es que nadie... sabe amar a nuestro César? ¿Dónde están las glosas de sus batallas?

El corro enmudeció de nuevo. Elogiar aquellas campañas era duro. Exigía mucha hipocresía, o bien una sinceridad suicida. Solo un gran rapsoda podía hacerlo bien. La amenaza afectaba de lleno a Jordi de Sant Jordi y Andreu Febrer. Fue este último quien se avanzó.

—Muy bien —suspiró—. Pero monarca tan grande no merece poeta tan ínfimo como yo. Dejadme ser el formidable Dante para deciros lo siguiente: A mitad del camino de la vida... me encontré en una selva oscura... por haberme apartado de la recta vía.

Cada uno lo interpretó como quiso, que no era otra la intención del recitador. El rey asintió, convencido, y extendió la mano hacia su cultivado camarero. El hombre se vio en un aprieto, o al menos eso dejó entrever, y pidió papeles.

—¿Dónde están los Martorell de Gandía? Ah, aquí... —Indagó con la mirada—. Veamos, el pequeño; ¿cómo se llama? Eso, Joanot; mira por dónde: ¿tú no eres el que sueña con reyes y princesas? Pues dame los versos de ayer.

El pequeño Joanot era un mocoso, y todo el mundo sabía que iba a la guerra porque su familia era así de bestia. Caballeros extemporáneos, endeudados y belicosos, los Martorell sostenían que la escabechina era un arte. Y si bien todos los nobles educaban a sus hijos con ínfulas marciales, pocos eran los que aún creían en las virtudes de la batalla. Lo cierto es que aquel muchacho tenía la cabeza llena de espadas mágicas, rescates de damas y códigos de honor manchados de sangre. Avanzó, avergonzado de que lo miraran, y le alcanzó los manoseados pliegos al camarero real.

—Señor —dijo Jordi de Sant Jordi dirigiéndose al monarca—. Si el amigo Andreu es vuestro Dante, yo seré vuestro Petrarca. Su Laura será mi Isabel, y su Giovanni Visconti será mi Alfonso de Aragón. Os quiero dirigir un ruego, señor, y no un elogio. Sé que sois leal y que cumpliréis con los que estamos aquí. —Extendió el brazo por encima de las cabezas—. Dejad, pues, que un vasallo os pida que seáis y a la vez os proclame el más magnánimo de todos los príncipes.

El rey hizo con la cabeza un ademán aprobatorio, pero algo inseguro. El poeta mayordomo recitó. Tenía el papel en la mano pero no lo miró.

—Virtuoso rey, mi señor natural... no os pedimos otra cosa... que recordéis que vuestra sangre real nunca le faltó a quien estuvo de su parte.

Sonaron vivas y gritos de larga vida. Esta vez ya no se aclamaba a las mujeres de vida alegre, sino al Magnánimo. La palabra tuvo tal acogida, y a partir de entonces se difundió tanto, que acompañaría al nombre de aquel monarca a perpetuidad. El bueno de Alfonso, que había percibido cierta irreverencia en el ruego del poeta, tuvo que reconocer su habilidad y premiarlo con un aplauso. Y el señor de Sant Jordi, rebosante de satisfacción, quiso capitanear él el esparcimiento. Tomó a Ausiàs March del brazo y lo condujo ante el rey.

—Aquí tenéis al mejor. Nuestro Virgilio.

El señor de Beni Arjó no agradeció el gesto de su amigo. De hecho, agrió el semblante y se desasíó del camarero real. Este se le encaró, como pidiéndole una muestra de su talento, pero el joven caballero miró con circunspección a todo el mundo y, hosco, se dirigió al rey.

—Yo no canto versos.

Saad se fijó en Ausiàs. Estaba dejando asomar aquella rebeldía que tan a menudo mostraba cuando niño. El vasallo no tenía ni idea de si el caballero escribía versos o no, pero se daba cuenta de que debía de estar pasándolo mal. Además, había dicho que él no cantaba versos, lo cual podía ser tomado como una negativa a hacer el payaso delante del rey. Saad creyó que la mayoría de los presentes debían de sentirse ofendidos, el Magnánimo el primero. Él, en cambio, se enorgullecía de su arisco muchacho. Los hombres, como las fieras, cuanto más ariscos, mejor.

—No puede ser —insistió el camarero—; un hombre joven, de Gandía, armado caballero y... ¡un March! ¿Cómo es posible que un March no cante versos?

—Pues no pienso hacerlo.

Las antorchas se paralizaron y la mar se heló. La brisa cesó y el aire se tornó denso. Hasta los invitados que aún picoteaban de los platos se acercaron al tenso corrillo que rodeaba al trovador desobediente. El rey suspiró y se dispuso a hablar. De pronto, un grito rasgó la noche. De uno de los palos llegó un alarido, primero indescifrable y luego claro y preciso.

—¡A popa! ¡Luz a popa!

Los congregados saltaron como un solo hombre y se colgaron de las barandas. A lo lejos se vislumbraba un fulgor oscilante, un destello que iba agrandándose. No se oía ni un rumor: los guerreros escuchaban el viento y procuraban entender aquel fuego solitario que se acercaba. Bruscamente, se levantó un potente jaloque y la aparición se aproximó. Era una nave ardiendo, y a fuerza de estrechar los ojos pudieron ver también la galera que la arrastraba. Iban derechas hacia su flota.

—¡Bandera de Génova! —gritó el centinela.

Se armó un inmenso revuelo. Los escuderos buscaban a sus señores, los caballeros buscaban sus escudos, las mesas y la comida rodaron por los suelos, los soldados saltaban de cubierta a cubierta, los artilleros arrastraban los cañones, los capataces despertaban a los galeotes y nadie ponía orden en aquel gallinero. Aún cerca del rey, Ausiàs, a fuerza de empujones, obligó a los valencianos a formar un cordón. Dispuso al camarero, a los Martorell, a Saad y a los peones que encontró alrededor de su rey. Cuando, dos galeras más allá, el barco en llamas se precipitó contra el asedio, el Magnánimo no estaba solo. El que tenía que conquistar el mundo estrechó el hombro de Ausiàs, le guiñó un ojo y contempló con disgusto, por encima de las fieles cabezas, la escena.

—Esto no es una guerra —soltó en su castellano materno—. Esto es un bochorno.

Génova no derrotó a la gran escuadra, pero rompió el cerco. Bonifacio fue proveída de viandas y de guarniciones armadas. Allí acabó la gloria de Aragón. La flota abandonó Córcega y se paseó, sin rumbo fijo, por la mar. En Siracusa fueron recibidos por los sicilianos, en Yerba reclamaron un tributo, y en la isla de Querquens embarcaron miles de esclavos. Saad usó la ballesta y el caballero March blandió la espada. Jordi de Sant Jordi se quedó en Nápoles, ciudad que acabó con su donaire y también con su vida. El poeta de Vic regresó a Cataluña. Los Martorell huyeron hacia Gandía, de vuelta a sus refriegas entre facciones.

Ausiàs decidió regresar. El Magnánimo perdía su generosidad conforme agotaba las arcas. Ya no recordaba los mapas que debían llevarlo a tierras de promisión, y consideraba que el señor de Beni Arjó había pagado con creces su deuda. Todos habían perdido demasiado tiempo en aventuras fútiles. Saad acompañó a su joven caballero camino de casa. El que debía haber muerto se había demostrado a sí mismo todo lo que necesitaba demostrarse. Había luchado, había herido y matado, había

conocido los cuerpos asustados de las esclavas y había hecho el animal como el primero de los rumies. Y, sobre todo, había sobrevivido.

—Debo hacer algo —se dijo—. Todo tendrá que cambiar.

Acodado en la borda de la barcaza que lo llevaba de regreso, Saad se iba despojando de sus andanzas en ultramar. Aquel largo tiempo pasado en campaña le había proporcionado una fuerza que nunca había tenido. Su vida, la de verdad, comenzaba allí. Las viejas profecías no se cumplían, o no del todo. Su madre estaba muerta, sí, pero él nunca la había deshonrado. El recuerdo de su padre lo sublevaba, pero él no le había hecho ningún daño. Puede que hubiera traicionado a su gente. Bueno, no cabía duda de que los había traicionado, porque no profesaba la fe, no vestía como ellos y, haciendo corso, había atacado y maniatado y encadenado a muchos de los suyos.

—Soy un hombre —se dijo, una y otra vez.

Era un mortal como tantos otros, y ningún maleficio lo ataba a un infierno anunciado. Había llegado la hora de regresar y de volver a empezar. Creía incluso que sus brazos, sus piernas y su voz comenzaban a ser suyas. A serlo de veras.

Saad abandonó la cubierta y descansó en el sollado, con la cabeza encima del saco de su señor. Ausiàs le había dicho siempre que no hurgara en aquel saco, pero no había dicho nada de usarlo como cojín. Sabía muy bien lo que iba a hacer cuando llegara a El Grao de Valencia. Se separaría del caballero y dejaría Gandía para más adelante. Notó humedad en la nuca y levantó la cabeza. Sí, iría derecho al Bordellet dels Negres. Lo del saco era como una mancha. A ver si ella todavía estaba allí. Tocó el chafarrinón con los dedos.

—¡Por el Profeta! —exclamó—. ¡Esto debe de ser tinta!

Abrió la bolsa a toda prisa y registró el contenido. Un frasco de tinta se había roto y el líquido se había derramado. Quizá había sido él, al apoyar allí la cabeza. Había que limpiarlo antes de que llegara Ausiàs. Tiró los trozos de vidrio y pasó un trapo. No había manera humana de limpiar aquel manchurrón. Comenzó a sacar cosas del saco y fue entonces cuando se fijó en un legajo de cuero. Era un cuaderno. Lo abrió.

—Velas y vientos han de cumplir mis deseos haciendo caminos inseguros en el mar.

Aquel muchacho, el caprichoso y mocososo de años atrás, manejaba el cálamo como nadie. Tenía razón el camarero real. Era cierto que aquellos versos conmovían. Continuó.

—Yo temo la muerte por no estar ausente de vos, porque el amor es destruido por la muerte... —Leyó hasta el final—. Amor, de vos siento más que lo que sé, y que la peor parte me quedará; y de vos sabe quien sin vos está. Al juego de dados os compararé.

Saad respiró hondamente y se enjugó el sudor de la cara. ¿Cómo era posible que alguien lo entendiera de aquel modo? ¿Cómo podían dibujarle la cabeza y el corazón?

El añafil sonó, fuerte y estridente, en toda la playa de El Grao. Mientras desembarcaba de la galera, Saad se fijó en aquel bullicio, cien pasos más allá, que tenía tanto de festivo como de triste. Una cuadrilla de negros exhibía sus trapos de colores y bailaba al son de la dulzaina y el tambor. Las mujeres aullaban sin parar. En medio del desgobierno, un pregonero quería imponerse con la trompeta y sus gritos de orden.

—Por orden del almotacén... —bramó— todo aquel expulsado de... ¡Queréis callar de una vez, miserables!

Saad se ciñó la ballesta. Contrató una mula, cargó su lomo con el saco de Ausiàs y se despidió de su señor hasta Gandía. Dijo adiós a algunos compañeros de travesía y se acercó a la barahúnda. Aquella gente le resultaba familiar. Hasta le parecía reconocer algunas caras. El pregonero tocó el añafil de nuevo y abroncó a la cuadrilla.

—Ha dispuesto el almotacén... que todo poblador vivo del llamado Bordellet dels Negres... ¿Queréis hacer el maldito favor de callar?... Que hombres, mujeres y niños de fe musulmana paguen los veinte sueldos de embarque... ¡y dejen esta tierra!

Saad se dirigió al grupo, con paso decidido y alarmado. Abordó a un hombre mayor que estaba sentado en un fardo, acompañado de una mujer joven rodeada de criaturas. No, aquello no era una fiesta, le dijo. Era un baile de despedida del mundo que los había visto nacer. La música era alegre porque querían escapar de la tristeza que llevaban dentro. Los rumies habían asaltado el barrio, contó, y todo se había acabado para ellos. Partían hacia Berbería, o hacia cualquier puerto donde los trataran mejor. Saad se cercioró de que el haz de saetas y la ballesta seguían ciñendo su cintura.

Las desgracias habían empezado, relató el viejo, cuando el imam de Balansiya proclamó que eso de la cruz de Jesucristo era una engañifa. Si el Todopoderoso había enviado a su hijo al mundo, había dicho el imam, ¿cómo pudo matarlo? ¿Cómo pudo el Misericordioso imponer un suplicio tan atroz a su propio hijo? No era algo nuevo, no: los seguidores del Profeta lo habían sostenido desde siempre. Sin embargo, en aquella ocasión, por lo que fuera, la prédica había despertado las iras de los fanáticos. Seguidores de fray Vicente habían recordado las palabras del ídolo: que los moros eran una plaga de mosquitos, unos animales que solo ansiaban alcanzar el paraíso para fornicar con quinientas vírgenes. Los rumies los habían acusado de la peste, de la sequía y de tantos otros infortunios, y habían asaltado el Bordellet al grito de «Mueran los moros o sean cristianos».

—¿Y ya no queda nadie? —Saad se mordió las uñas—. ¿El barrio está vacío?

—El Bordellet sí, vacío del todo. —El hombre trazó unos garabatos en la arena—. Los que murieron fueron lanzados al río. Deben de estar en el fondo del mar. La morería grande no: no se atrevieron. Algunos de los nuestros se han refugiado allí, los

que no están muertos y no quieren partir.

—¿Dónde está Alia? —preguntó Saad. Ante la estupefacción del otro, borró de golpe lo que había dibujado—. ¿La Fettaixa, la Perla, la Bruna...?

—Sí, creo que ya sé a quién te refieres. —Se encogió de hombros—. Yo no la vi nunca; no te puedo ayudar. Allahu alam. Solo Dios lo sabe. Nosotros partimos... yo ya he tenido suficiente. Mis nietos y mi nuera me necesitan, porque su padre no...

Saad ya había oído más que suficiente. Se ajustó la correa para asegurar la ballesta, dio media vuelta y dejó al hombre con la palabra en la boca. Resollaba, y un rugido ascendía por su garganta. Abandonó la playa a todo correr y, como una fiera enloquecida, le pegó un empujón alregonero. La trompeta soltó un gallo que se oyó en todo El Grao. Y quienes vieron al balletero enfilando el camino de la ciudad, los que advirtieron la mugre que lo cubría y escucharon sus gruñidos, creyeron que un poseso se había cruzado en su camino.

En el campo de la Safor pasó la siembra y cogieron las aceitunas, cayó el invierno y se hizo la poda, se vaciaron las colmenas y llegó la bonanza que anunciaba la siega. Pero Saad no encontró a Alia. La había buscado por toda la morería de Valencia, en todas las alquerías de la huerta y también en la Safor. Se había perdido por los cañaverales, por los villorrios y por todos los callejones de villas y pueblos. Sin embargo, ni siquiera logró oler el rastro de la mujer. No se dio por vencido, pero llegó un momento en que hubo de ceder y retomar su vida de siempre. Quizá con la cabeza fría le sería más fácil.

Su padre, se había asegurado de ello, aún vivía. Saad evitó su compañía, pero preguntó por todas partes interesándose por lo que hacía y cómo se encontraba. Seguía en Beni Arjó, trabajando como siempre con los tintes y cargando caña. El hijo le hizo llegar algunos sueldos de los que había ganado en campaña. Sabía que el hombre lo buscaba, pues se sentía abandonado. Nada nuevo, pensó Saad. Siempre había sido débil de espíritu. Y si algo no quería que le contagiara su padre era aquel abatimiento enfermizo.

A Marta no la pudo esquivar. Como doméstica de los March, ella y su hijo Felipe pasaban muchas temporadas en Gandía. El pequeño era animoso y poco jeremías, y se preparaba para la difícil condición de bastardo. Ella aún miraba a Saad con ojos soñadores, llamaba su atención dulcemente y le rogaba que le hablara de las tierras de ultramar; pero él se la quitaba de encima con pocas palabras y le repetía que antes que de él tenía que ocuparse de su hijo y de Peirona March, que era la tarea que tenía encomendada. Marta protestaba, asegurando que la tullidita no necesitaba nada —y era cierto, porque cuidaba de ella más que la propia familia—; pero no cabía duda de que algo se había roto entre Saad y Marta, dos almas que un día habían trenzado sus sueños.

Él había regresado a casa, pero era más forastero que nunca. Se había vuelto parco en palabras y rehuía a la gente. Su mejor refugio eran las ocupaciones del caballero March, que lo alejaban de los parajes asfixiantes de su infancia,

procurándole bocanadas de aire. Con la llegada del buen tiempo, pasó largas temporadas con Ausiàs en la Albufera. El Magnánimo lo había nombrado halconero real, en pago por sus servicios en Italia y, muy especialmente, por aquella jornada valerosa durante el sitio de Bonifacio. De modo que pasaban largos ratos en la quietud del pantano. Saad agradecía el canto de las aves; envidiaba a aquellas criaturas, que, en un momento, podían alcanzar la otra punta del mundo.

Compartir los lugares de reposo de Ausiàs era también, sin remedio, compartir sus quebraderos de cabeza. Y los tenía a espuestas. El joven caballero parecía hecho de dos maderas, una alta y noble, temerosa de la muerte, otra sucia y astillada. Un día era el sobrio regente de sus tenencias, que impartía justicia con ecuanimidad y cumplía con los deberes de cristiano, y al día siguiente era el mujeriego y camorrista más ruidoso del lugar. Tan pronto juraba respeto a la ley islámica, mediaba en las disputas de sus vasallos o hasta asumía sus deudas, como se embarcaba en asuntos carnales de dudoso desenlace. Alguna vez Saad le había mostrado su extrañeza.

—Dicen que aquella doncella de Gandía... —observó Saad un día, mientras les ponían la capucha a los halcones—, la que os ha acusado, dicen que realmente la forzasteis.

—Conmigo no puede compararse hombre viviente —dijo él, por toda respuesta.

Luego, continuó atando la capucha y arriando la cadena de las aves.

—Pues no se entiende como alguien tan refinado y tan gentil, un caballero como vos, Ausiàs, puede ser grosero con una dama. —Saad se dirigió a la jaula de los alcaudones—. Que lo sea yo se entiende, pero...

—Tú no eres grosero. Tú no engañas... —El halconero mayor probó los silbatos de montero—. Eres un hombre íntegro porque has probado poca saliva. La saliva de una mujer, y no digamos la de un doncel, contagia la avilantez. Algo que tú aún no conoces. Solo conoces la rabia.

Saad sabía que el señor de Beni Arjó era un perdulario. Sabía de sus muchos episodios oscuros y de todas las imputaciones que recaían sobre él por aquellos lares. No todas las quejas partían de mujeres: también litigaban contra él los padres y tutores de los muchachos que pasaban por su servicio. Un vecino de Favara lo había acusado de secuestrar a su hijo para sodomizarlo. El suceso había causado un gran alboroto y llegó a oídos del gobernador. Ausiàs salió airoso porque el muchacho lo adoraba y lo defendió en todo momento. Nadie supo nunca si el halconero del rey se había beneficiado a aquel joven o a tantos otros aprendices suyos.

De hecho, a Saad no lo sorprendía tanta frivolidad. Los nobles estaban cortados por el mismo patrón. Los Martorell, por ejemplo, eran como jabalíes: asaltaban pueblos en cuadrilla, mataban labradores y desfloraban campesinas. Cuando la justicia los reclamaba, no comparecían, y todo lo resolvían con duelos y amenazas. La nobleza media, a pesar de que perdía fuerza, aún conservaba alguna, lo cual agravaba su hosquedad y sus abusos. Si con otros barones, con los mercaderes y los ciudadanos procedían como corderos, con los vasallos más indefensos y con las

mujeres se comportaban como lobos. Lo que Ausiàs había hecho con Marta, como si de un trapo usado se tratara, era más que corriente. Pero si Saad podía enojarse con Marta, o con cualquier otro que se dejara pisar sin decir ni pío, no odiaba al canalla de su señor. Primero porque lo había criado, y, luego, porque a pesar de su falta de escrúpulos, el joven caballero albergaba un espíritu delicado.

Aquello era lo que más le extrañaba: que aquel pedazo de zorro tuviera la gracia de un ciervo. A veces, lo escuchaba conversar y le parecía que era una persona completamente distinta de la que le había hablado poco antes. Cuando espiaba sus versos, claros, limpios y elevados, se daba cuenta de que aquel hombre estaba demediado. Y la mitad gentil le hurtaba los sentimientos. Sí, le robaba aquello que él nunca hubiera podido poner en palabras, porque no tenía el don de dibujar los temblores y las sequías y los fuegos de su cuerpo. Más de una tarde, a escondidas, había abierto el cuaderno de Ausiàs.

—Vos, tan sensata, dadme una corteza... de vuestro pan que me quite el amargor. De toda comida me ha venido un gran desabrimiento, excepto de aquella que mucho amor me cuesta.

Con música como aquella, pensaba Saad en secreto, Alia quizá lo abrazaría y le suplicaría amor. O quizá no, porque la letra podía ser dulce en boca de uno y resultar agria en boca de otro. De todos modos, cuando, en plena noche, salía al porche de aquel barracón de caza de la Albufera, leía y releía para retener el encadenamiento de palabras. Se constipaba con el aire húmedo de la marisma, se le entumecía la carne y le crujían los huesos, pero él se pasaba allí horas, hasta que los versos se grababan en su corazón y podía cantarlos como si fueran suyos. Le daba igual castigarse. Sus achaques, los de verdad, no los padecían sus huesos.

—De mi deseo no podrá sanarme el médico.

Desde la altura de aquellos zancos, se divisaban las colinas de Torrente y los bosques que rodeaban la Albufera. Saad chapoteaba en el fangal, intentando no resbalar en los lodos y surcando el agua con pasos firmes y cortos. Se encontraba en el extremo de la avanzadilla, el último en un abanico de una docena de pajes que oteaban los claros. Por encima de los juncos, buscaban cualquier signo de vida.

Cuando descubrían un grupo de garzas o flamencos, usaban el silbato con cautela, para no espantar la presa, y las barcas se decantaban hacia allí. Ausiàs se encaramaba a la proa de un salto y dirigía los movimientos. En la segunda embarcación, el rey y su séquito se reclinaban en la borda, tensaban los arcos y escuchaban con inquietud el chapaleo. El halconero mayor bajaba el brazo. Los azores salían disparados hacia las víctimas. Y solo entonces, cuando el espléndido aleteo alzaba el vuelo hacia el sol, un enjambre de saetas atacaba a la bandada en su hora más ardua.

Cuando caía un pájaro, el rey recibía palmaditas en la espalda, porque el mérito tenía que ser de él. Cuando tumbaban un par de aves, el camarlengo y el secretario y quizá el notario se disputaban la segunda pieza. Pero cuando eran tres o más los cuerpos que se precipitaban contra el agua, un clamor infantil se desataba entre tan

dignas autoridades y todo eran abrazos y vivas. El halconero mayor tenía que pedir calma, porque las barcas no soportaban bien tanta alegría. Ya alguna vez la comitiva regia, tras una celebración excesiva, había sido rescatada del fangal en condiciones lamentables.

Saad era el mayor de los rastreadores. Los demás solían ser huérfanos en busca de fortuna, niños sin casa o sin rumbo, que permanecían durante algún tiempo en la Albufera, pero que nunca se instalaban allí. El escudero de March, pues, era el capataz natural de la partida. Cuando había que recoger las piezas, orientaba a los muchachos y, si podía, cargaba con las capturas. Luego, se las mostraba al rey y a continuación al halconero, que separaba grullas de cisnes, flamencos de martinetes y garzas de patos. Cuando caía la tarde, o cuando los cazadores ya tenían suficiente, Saad llamaba a los mozos y mandaba acabar. Era el momento de desatarse los zancos, saltar a las barcas y remar hasta el campamento.

Así se dilataban los días del Magnánimo y de los suyos en aquella tierra pantanosa. De hecho, el monarca había ido a Valencia para celebrar una sesión de las Cortes; sin embargo, aquella tarea regia le causaba tanta pereza que encontraba siempre algún pretexto para aplazar la solemne apertura. Cuando regresaban de la laguna, una hilera de prohombres solía estar esperándolos a la puerta de los tendales, echándose el aliento en las manos y arrebujándose en los forros de marta. El bueno de Alfonso los saludaba y les rogaba que regresaran el día siguiente. Las comitivas se retiraban, pero antes miraban de reojo a aquel halconero, aquel caballero de Gandía que secuestraba al príncipe cuando el reino más necesitaba de sus juicios.

Solo un hombre fue capaz de romper semejante paraíso cinegético, y no se trató de ningún noble. Llegó en un carro, y lo tuvieron que bajar entre dos pajes fornidos porque no podía valerse por sí mismo. Saad vio cómo lo sentaban en una silla, a pesar de sus protestas, y cómo los ayudantes salvaban sus torpes garrotazos mientras lo llevaban a ver al rey. Saad reconoció aquel turbante engurruñado, aquel revuelo de brazos y piernas y, sobre todo, aquella voz de viejo cascarrabias.

—¡Fumeit!

Saad se acercó a su amigo, pero él le clavó la garrota en el pecho y lo mantuvo a raya.

—No, ahora no. Tú y yo hablaremos más tarde.

Lo encerraron en una cabaña, con el rey y su corte. Saad recogió las herramientas y guió la operación de devolver los pájaros predadores a sus jaulas. Al cabo de un buen rato, vio cómo los oficiales de la corte salían a toda prisa y levantaban el campamento. Los pajes depositaron a Fumeit fuera, cerca de la puerta de la choza. El anciano llamó a su antiguo amigo.

—He venido a hablar con el amo. —El viejo hizo un ademán señalando hacia atrás, como refiriéndose al monarca—. Ha muerto el duque de Gandía. Qué le vamos a hacer... ya solo me quieren de mensajero fúnebre.

—No sabía que estuvieras en Valencia... —exclamó Saad—; no sabía ni si

estabas aún entre nosotros.

—Dicen que cuando hablamos demasiado de difuntos es que ya somos medio vecinos del país del Altísimo.

El hombre alzó el bastón y señaló al cielo.

—¿Y qué supone que muera el duque? —preguntó Saad.

—Pues nada bueno. El de Gandía no tenía heredero, ya lo sabes. Se comenta que su legado irá a parar a manos de la corona. Tal vez se apropie de él el hermano del rey. Veremos qué dicen las Cortes. Nada bueno para tu señor, que perderá privilegios... —Fumeit señaló de nuevo hacia atrás—. Y nada bueno para ti, querido cautivo.

—Yo ya no soy esclavo.

—Mmm... —murmuró el abuelo, sin levantar la vista del suelo—. Sí, me ha parecido que caminabas como un gallito. Tanto da, habibi. Libre o recluido, cobrarás igualmente.

Saad esquivó el asunto:

—¿Y tú?, ¿qué has hecho durante este tiempo?

—Lo mismo de siempre. He ejercido de fisgón... —Fumeit hizo como si quisiera erguirse y Saad se acercó, pero el otro lo golpeó con el bastón—. De fisgón: unos días a escondidas, otros días no tanto.

La mirada del moro sabio no había perdido fuerza. Las mejillas se le habían ajado, las venas se le habían hinchado entre las arrugas del cuello, hablaba con cierto cansancio —él, que había hecho de la conversación un divertimento y de la palabra un juego—, pero aquellos ojos diminutos lo escudriñaban todo, observaban los movimientos y colegían las intenciones. La garrota aún oficiaba de auténtico brazo, trazaba círculos en el aire y se mostraba más hábil que cualquier espada del reino, como si fuera una criatura independiente de aquel cuerpo marchito.

—Aún aguardo mi oportunidad, Fumeit.

El abuelo lo miró de arriba abajo con desconfianza.

—¿Cuál? ¿La del jardín terrenal o la del amor perdido?

—Ambas —respondió el joven—. Son una misma cosa.

—Pues tendrás que escoger. —Fumeit descansó el bastón en su regazo y la mirada se le enfrió—. ¿Recuerdas el día en que te conocí? Me gustaste, sí... No eras ni bueno ni malo... apenas eras alguien que vagaba por el mundo... un niño de paso ahito. Harto de perder. Un perdedor... que no quería serlo.

—Yo no soy ningún perdedor.

—Cada vez más... —Ya no miraba a Saad, tenía los ojos clavados en el vacío—. Cada vez más. Buena la has hecho, ¡y espera! —Arqueó las cejas y apretó el bastón con las dos manos—. Pisas con mayor firmeza... pero llevas una condena escrita en la frente. Maktub, Saad. Está escrito.

—¿Qué dices? —El que había sido ballestero se palpó la cintura y no encontró el arma—. Tú no sabes ni leer.

—Pues la llevas... y ahora ya no puedes borrarla.

—Los años te hacen decir tonterías. —Saad intentó reprimir el temblor de su voz —. Tonterías, Fumeit.

—Todo se paga, Saad... todo.

Las uñas de Saad arañaron el brazalete de cuero. Abrieron un rastro, de arriba abajo, que se confundía con el de los halcones reales. El vientre se le retorció, el corazón le latía atropelladamente, un nudo le atoraba la garganta y la vista se le nublaba. Las manos se le anudaron en un solo puño, inmenso y sanguíneo. Aquel puño, que era un martillo y era una piedra, se elevó por encima de su cabeza, a punto de caer sobre el viejo.

—Sí, vamos. —El impedido no se arredró—. Ahora aplástame a mí. Qué prisa tienes por destruir a quienes te amparan... Venga, respira... baja las manos... así, muy bien. Lo sé todo de ti... sé que amas, y eso es un don... quizá el único don que posees.

Saad deshizo el nudo y bajó los brazos muy despacio. Escondió las manos tras la espalda, avergonzado o lúcido. Miró a derecha e izquierda. Se dio cuenta de que la gente continuaba trabajando como si tal cosa.

—¿Y qué más sabes? —Saad se enjugó el sudor que le empapaba el cuello—. ¿Algo que puede ayudarme?

—Puede ayudarte, sí, en cierto modo... con la persona que quieres. —Fumeit alzó la garrota—. Y que Dios me perdone... porque sé que de esto no saldrá nada bueno.

—¿Y por qué lo haces?

—Maktub. Dicen que si algo está escrito, está escrito. —El viejo rompió a toser y hasta que paró no continuó—. Yo solo soy un servidor del destino. No cambiaré tu suerte ni la de nadie. Ni la de esta tierra nuestra... esta Balansiya que se nos muere en las manos. —El bastón de Fumeit describió un arco que abarcaba desde los cerros de Peransixa hasta la mar—. Nos echan de las ciudades... nos castigan en el campo... nuestro idioma es forastero... y la que ayer era extranjera hoy es reina... Nuestros valientes parten hacia tierras donde aún pueden escuchar la dulzura de nuestras viejas palabras. Se acaban los días en que moros y cristianos podían vivir codo con codo. Y dicen que también terminan los días de un moro viejo, del que los reyes han hecho uso y abuso... Eso dicen y debe de ser cierto, porque mis piernas han dejado de ser mías. Por todo eso te asisto. Maktub... No puedo hacer otra cosa.

—¿Dónde está Alia?

Los dos pajes se acercaron a la silla de Fumeit. Entre ambos, la alzaron por las patas. El anciano se balanceó un poco, sin refunfuñar ni resistirse. Saad lo siguió, parpadeando sin parar. Cuando ya se lo llevaban, apuntó con la garrota hacia poniente.

—Granada, una delicia de ciudad. La más perfumada en este lado del paraíso. Eso dicen.

Y Fumeit desapareció de la vida de Saad.

Alia, Alia. La mujer se tiznaba de oscuridad, y cuanto más lo hacía, más la amaba. El campo era Alia, la noche era ella, los aullidos y el piar nocturno de las criaturas eran ella. Se escondía en las sombras de los chopos, a la vera del río. Soplaban entre las cañas oscilantes. Era la bóveda estrellada, la que iba de la sierra hasta la playa, la que ahora le rozaba la nariz y podía olerse, la que más tarde se perdía en un firmamento vasto y remoto. Notaba su presencia entre las uñas y la carne, en los lóbulos de las orejas, bajo el vientre y en cada vértebra del espinazo. Estaba en todas partes y, de pronto, desaparecía. Le huía de la carne y Saad la perseguía. Por Dios que la perseguía.

Buscando su rastro, llegó al convento de San Jerónimo de Cotalba. Los monjes le abrieron la puerta: Alia lo esquivó y se escabulló. Su alma corrió hacia la iglesia y él fue tras ella. Un fraile lo acompañaba, pero Saad pidió que los dejaran a solas. Que lo dejaran a solas, corrigió. Intentó cogerle la mano, pero ella voló sola hacia el túmulo. Y en aquel rincón del monasterio, donde años atrás habían enterrado solemnemente al caballero Pere March, hizo lo que tenía que hacer. Lo hizo por ella y con ella.

Saad estaba seguro de que Fumeit se equivocaba. La tierra feliz y la mujer de su vida eran una misma cosa. Sin Alia no tenía sentido la Antilla, y sin patria soñada no había lugar en el mundo para ambos. Así que desplazó con una barra de hierro la lápida, profanó la tumba y le pidió prestado al muerto aquel libro que le había confiado años atrás. Lo hizo a oscuras, palpando la fosa y removiendo huesos y trapos que se deshacían. El asco y el miedo lo embargaron porque, aunque Saad no temía a la muerte, los muertos lo asustaban. Sobre todo aquel al que él mismo había ayudado a morir.

Sin Alia a su lado, en sus entrañas y a su alrededor, tal vez no hubiera podido hacerlo. Pero ella lo acompañaba, como lo había acompañado desde el primer día en que se vieron. Y no lo hacía en silencio, como la presencia queda que tantas veces le había procurado paz, no. Lo hacía con furia, como un vendaval que silbaba entre las columnas y los arcos de aquel templo. Tomó los mapas, los desempolvó, los ocultó bajo la capa y salió a toda prisa del monasterio. Tan deprisa que cuando los frailes echaron el cerrojo él ya veía el mar.

No se despidió de nadie. Sabía que echaría de menos a Ausiàs y que el caballero quizá también lo añoraría. Saad suspiraría por la elegancia de sus palabras y, a la postre, quizá en algún momento de decaimiento necesitaría de su astucia. Pero el joven señor de Beni Arjó tendría que arreglárselas solo. Le correspondería enterrar al duque, soportar a un nuevo amo, perder favores y privilegios y litigar con sus iguales. Ese era ahora su camino, había dejado de ser un niño y podría recorrerlo en solitario.

Saad solo se detuvo en un recodo del camino. En toda su atropellada carrera hacia el delirio, solo una vez se le helaron los pies y los ojos miraron atrás. Pasado aquel recodo, lo sabía, perdía de vista el valle del río de Alcoy, las huertas, los naranjos, la cañamiel y las casas que lo habían visto crecer. La tumba de Fátima, donde aún podía hallar el amor calmo y paciente de la madre. Y la figura de Suleimán, que envejecía

en silencio, dolido sin saber qué había hecho, o qué no había hecho, para merecer aquel menosprecio. Saad lo vio, consumiéndose en la humilde casa de siempre, y apartó de su cabeza aquella imagen. No, no le debía nada. Cien veces se lo hubieran dicho, y cien veces lo habría negado.

En aquella huida, a Saad lo acompañaba una multitud. No solo Alia, sino también su padre y su madre y Ausiàs lo seguían. Y el cartógrafo Ribes y Marta y el pequeño Felipe. Lo escoltaba incluso, a lomos de su yegua, el viejo Pere March, que aún lo reñía. Y Fumeit con su bastón. El almojarife al que había asesinado lo miraba desde el suelo, con el vientre empapado de sangre. La vieja duquesa de Gandía le dedicaba una sonrisa socarrona, el alfaquí recitaba la lección y Jordi de Sant Jordi lo derrotaba con un poema. Todos los yinn del mundo lo acompañaban.

La emprendió a patadas con dos piedras y con dos docenas de piedras. Luego, agarró con fuerza el libro y emprendió la marcha, dejando aquel país a su espalda. Caminó durante toda la noche, y no aflojó el paso hasta que la primera claridad le mostró la playa de Valencia. Cruzó el Turia por el puente de la Mar, dobló hacia el sol naciente y cuando llegó a El Grao empezaba ya el trajín de pescadores y marineros. Justamente donde terminaba la playa, le dijeron, una coca esperaba a cargar moros para zarpar. Se encaminó hacia allí.

—¿Esta es la nave que va a Granada?

—Sí —respondió un grumete de cráneo pelado—; bueno, va a La Rábida. Granada no tiene mar.

—Quiero embarcar.

—Pues adelante, uno más no importa... —El marinero lo inspeccionó de arriba abajo—. Todos tenéis la misma pinta. Como si os hubiese pasado un rebaño de bueyes por encima. O como si fuera el fin del mundo. Vamos, habla con el patrón.

Saad habló con él y no tuvo sino que pagar doble pasaje. Subió a una barca, que lo acercó hasta la nave, y trepó por un costado ayudado por unos cabos. El barco rebosaba de refugiados. Uno de ellos leía azoras y las comentaba. De hecho, intentaba reconfortar a sus hermanos de fe. Les repetía que partir no era ningún deshonor, que el Profeta se había exiliado para reconstruir el mundo y que los años se contaban a partir de aquella huida santa. Los pasajeros se apiñaban en silencio: algunos dormían, otros escuchaban y los más jóvenes se frotaban los ojos.

Saad se volvió de espaldas y contempló Valencia, dormida tras la sábana del mar. Sus labios dibujaban una leve sonrisa, finalmente. Podía empezar de nuevo. Oyó que gritaban su nombre y se imaginó a Aha muy cerca. Escuchó su nombre de nuevo y una tercera vez. Uno de los marineros le dio una palmada en la espalda.

—¿No te llaman a ti?

—¿A mí? —Saad aguzó la vista y distinguió aquellas figuras que, en efecto, parecían llamarlo desde la playa—. ¿De dónde salen esos?

Eran Marta y su hijo, y estaban a punto de subir a un bote. Saad profirió una exclamación, les hizo señas para que dieran media vuelta y gritó con todas sus

fuerzas que no, que no los quería a su lado. Ella le rogaba con las manos juntas bajo la boca. Saad se dirigió hacia los que levaban el ancla, los abroncó y se sumó a la tarea. La cadena estaba casi recogida y la tripulación no parecía dispuesta a recular; sin embargo, se las tuvo tiesas con los grumetes, que querían echarlo de allí a empujones. Hasta que la nave empezó a deslizarse, no volvió a la borda.

—¡No te quiero, no os quiero! —le gritó a Marta, que menguaba en la barca—. Voy en busca de mujer, ¿no lo entiendes? ¡Mi mujer!

Se dio media vuelta. Una multitud de ojos abiertos de par en par lo miraba. Escupió al suelo y se deslizó entre el pasaje, con el atlas bien sujeto bajo la capa.

¿Una puta? ¿Dices que has venido de tan lejos en busca de una puta?

El pescador se rascó los cuatro pelos de la barba. Luego, se pasó la mano, grande y rugosa, por el cráneo pelado. Él no había visto nunca a la mujer más bella del mundo, dijo. La única hembra refinada que conocía era la esposa del cadí, que salía los viernes para acudir a la plegaria. Entre las sedas se le adivinaba un buen par de pechos, aseguró, pero de ajorcas en los tobillos y de largas cabelleras, nada. Ni él ni nadie del pueblo habían visto a Alia. Quizá los patrones que tenían tratos con fugitivos, sugirió. Pero Saad ya había interrogado a la tripulación y al pasaje del barco y no había recabado ningún indicio de lo que buscaba.

La Rábida era un lugar solitario. Se trataba de un puerto de pescadores, bien defendido contra los piratas cristianos, pero sin grandes pretensiones. Contaba con una cala tranquila, una cofradía de guerreros místicos y, sobre todo, con un camino que trepaba por las montañas hacia Granada. Aquellas eran todas sus riquezas. Suficientes para los compañeros de viaje de Saad, cuyos rostros traslucían su alegría por anclar en un lugar tan desolado. Por fin tocaban tierra, y lo hacían en un mundo donde su idioma era dueño y señor, donde un puñado de rumies y judíos vivían amansados y donde el muecín gritaba tan alto como le parecía.

—¿Dónde estará el lugar donde mi pensamiento repose? —recitó de memoria—. ¿Dónde, será, dónde, que mi querer contente? Lo que antes me guardaba de todo viento —continuó, mirando hacia la cala— es para mí cruel playa desierta.

Aquel rincón del mundo habría llenado de júbilo a sus padres, a cualquier vecino de Beni Arjó y a todo devoto del Profeta. Pero no era lo que buscaba. Aquella lengua de arena, la puerta del imperio del Islam, no era para él sino un obstáculo más. Era una prueba en su búsqueda particular. De modo que, tan pronto como pudo, se compró un turbante y ropa de mercader, alquiló a un mozo de mulas, se ciñó la ballesta y partió. Perdió de vista a aquel hatajo de fracasados que habían desembarcado con él. Moros sin sueños, se repitió. Si se unía a ellos, corría el peligro de que le contagiaran su pobreza de espíritu.

El mulero se llamaba Hassim, y con él y el animal enfiló la sierra pelada de al-Buñol. El guía le explicó que aún tendrían que atravesar la comarca de al-Pujarrah, cruzar las montañas de la Nieve y bajar hasta la capital.

—Un largo camino, sisi.

—Pues venga, hacia arriba —ordenó Saad, complacido por el trato de señor—; no perdamos el tiempo.

Desgraciadamente, a Hassim le gustaba ver pasar el tiempo. En cualquier mirador, ataba la mula a un árbol, tomaba asiento en una piedra y contemplaba las laderas que se abrían a sus pies. Podía estarse horas, calentando y enfriando las hierbas que él mismo cogía, compartiendo placeres en los valles más venturosos del mundo. Cuando entraron en la comarca de al-Pujarrah, donde Hassim conocía a todo

el mundo, hicieron parada y fonda de cada pueblo. Aquellas humildes casas de barro, cubiertas de grandes losas de pizarra, escondidas entre callejones estrechos y blancos, lo enamoraban. Además, el hombre era tan devoto que tenía cierta afición a echarse largas siestas dentro de las mezquitas.

—No, Hassim —lo riñó un día Saad—; en esta mezquita no entrarás.

—Los rumies os han corrompido —protestó el guía. Los secuaces de Iblis os han convertido en unos descreídos. Aquí hemos de orar doblemente, por nosotros y por vosotros.

—No me vengas con cuentos, Hassim. El nombre del demonio no me asusta. Andando. —Le soltó un pescozón al mulero y un azote al culo del animal—. A mí se me conoce como el que debía haber muerto... —continuó, amenazándolo con los ojos—, el maldito o al-Quéfer. Si no deseas ser parte de mi leyenda, echa a correr. Y no quiero verte a gatas hasta que llegemos a Granada. Allí el Altísimo te dedicará todo el tiempo que sea preciso.

—Un bárbaro... —suspiró Hassim en voz baja—, un auténtico bárbaro.

A paso más ligero, siguieron el curso del Uad-al-Feu, y emprendieron la dura ascensión a las montañas de la Nieve. Saad entendió qué era lo que invitaba a remolonear entre valles y grandes barrancos. Aquellas paredes rectas no se acababan nunca. Cuando los matojos dejaban de arañar los tobillos, la roca lisa y resbaladiza dificultaba el paso, y cuando por fin llegaba la nieve blanda, todos los goznes del cuerpo se helaban y no había manera de trepar. Atravesaron un collado y poco después, cuando el rico valle de Granada apareció ante ellos, Saad se vio obligado a suplicar una pausa.

—Yo soy aquel que en tiempo de tempestad —canturreó el valenciano— voy descalzo sobre la nieve, con la cabeza descubierta.

Hassim sonrió con picardía, pero encontró un cobijo, calentó nieve en el puchero e hirvió un brebaje. Le alcanzó una manta a su cliente e intentó animarlo, maravillándose del largo camino que ya habían recorrido. Luego, con la cara iluminada, buscó el nacimiento del alba y se postró de hinojos sobre la nieve. Con las manos bien extendidas, se inclinó hasta dar con la nariz en el frío suelo, una vez tras otra. Luego, con los pulmones henchidos y aún arrodillado, hizo que la grandeza de Dios resonara hasta en el último valle de al-Ándalus. —¡Allaue akbar! ¡Allaue akbar!

No la encontraría nunca. Saad contempló la ciudad, bañada por el río Genil, y le resultó tan esplendorosa como desconcertante. Granada era el lugar más grande que había visto jamás. Cabrían allí tres o cuatro Valencias, y quizá diez veces diez Gandías. Las casas y los patios tapizaban dos amplias laderas, pobladas de terrazas, fuertes y minaretes. Las murallas la rodeaban por completo, sirviendo de seguro cobijo a todo su denso mundo. Extramuros, los arrabales y los jardines, los huertos y los molinos y las acequias prolongaban la vida hasta donde la vista alcanzaba. Adentrarse en tal abundancia era perderse. Conmoción y desánimo, belleza e inquietud: Saad no sabía por dónde empezar.

—Aquel lado de allí —le indicó Hassim— es el Calat al-Hamra. Lo llaman el castillo rojo por el color, ¿ves? Es una ciudad dentro de la ciudad, donde vive el sultán con la corte y los poderosos.

Al-Hamra, la Roja, dominaba la colina principal. Entre sus muros y el resto de Granada, laderas de verde frondoso realzaban aquel palacio de ensueño. El primer rey cristiano que lo viera, se dijo Saad, haría lo imposible por apoderarse de él. Era el lugar por donde había que empezar la búsqueda de Alia. No por el poder y la riqueza que allí se adivinaban, sino porque lo fascinante llamaba a lo fascinante. Era la intuición, no la razón, la que lo empujaba hasta allí.

—Bajo el palacio tienes el barrio del Rey y la Caisería —continuó Hassim—, donde encontrarás el mercado, la Gran Mezquita y la universidad. El otro lado de la rambla es el más poblado. Lo llaman al-Baisí, porque hace muchos años llegó mucha gente de...

—¿Cuánta gente vive aquí? —lo interrumpió Saad.

—Por lo menos medio mundo —dijo el otro, con los ojos brillantes.

Bajaron hasta el valle, acompañados de una caravana de burros cargados con barricas. Hassim comentó que acarreaban hielo de la sierra. Las neveras de Granada eran célebres en todas partes, dijo: guardaban durante meses el hielo prensado, que luego se usaba para hacer sorbetes de todos los colores. Una de tantas delicias de la ciudad, apuntó: los había de limón, de granada y de melocotón, y eran la alegría del verano. La mejor época para recoger el hielo era precisamente aquella, el tiempo de las flores. La nieve abundaba y aguantaba hasta el final de los calores.

Cruzaron el Genil y entraron en Granada por la puerta del mediodía, que se abría a la Gran Mezquita y al mercado. Hallaron una fonducha donde hospedarse, cercana a la rambla. Saad le pagó dos noches a Hassim y lo despachó. El guía intentó convencerlo de que lo tomase como acompañante en aquella ciudad tan distinta, pero no aceptó. Se las arreglaría solo, repuso, yendo a su aire.

Ni que decir tiene que el valenciano empleó algunos días en familiarizarse con el lugar. Además de grande, la ciudad estaba llena de rincones y misterios. Cualquier pasaje podía esconder una plaza con fuentes y árboles, caserones nobles o una mezquita de la cofradía más influyente. Poco a poco, iba descubriendo que la sabiduría y la riqueza no se encontraban en las calles, sino en los oscuros callejones sin salida donde se escondían los artesanos o en los patios domésticos donde las familias despleaban su orfebrería, su cerámica y sus ajuares. Subir hasta al-Hamra era la cosa más sencilla del mundo, pero pasar de la puerta era harina de otro costal: era preciso ser alguien y observar el estricto protocolo de los sultanes.

Ante todo, Saad necesitaba sobrevivir. Gracias a los sueldos acumulados en las campañas de Italia, había llegado hasta allí, y por fortuna los andalusíes aceptaban la plata acuñada en Valencia. Pero la bolsa menguaba y le urgía encontrar ocupación. Saad no se arredró ante su nueva y precaria situación.

—Así que estar emancipado significa esto —murmuró—; ser libre para morirse

de hambre. Pues no se hable más.

Para empezar, probó a ingresar en la guardia de palacio. Pero cualquiera sabía ser guerrero, y los lanceros de la Roja pertenecían todos al mismo linaje. Los reyes nazaríes mantenían eternas disputas: Mohamed el Zurdo ocupaba el sitial, pero rivalizaban con él dos Mohameds más, el Pequeño y el Cojo, y algún otro pretendiente. Todos eran primos, sobrinos y hermanastros, pero se peleaban con ferocidad. Pues bien; en tan delicado equilibrio, el Zurdo contaba con la guardia de al-Hamra, que pertenecía al clan de los Ibn Sarrai, y gracias a ello era sultán. Los lanceros de palacio eran los dueños de Granada, porque entronizaban y derrocaban reyes a su antojo. Saad comprendió enseguida que le sería imposible acceder a tan poderoso gremio.

La caza, supo pronto el recién llegado, era también un privilegio reservado a unos pocos. Los cotos se encontraban en la serranía, y buena parte de la montaña estaba en poder del clan zagrí, que un día secundaba al Pequeño y al día siguiente al Cojo. Trabajar de halconero, o incluso de rastreador, exigía estar a bien con la familia de turno. Además, uno debía ponerse bajo la férula de los rivales del Zurdo y de al-Hamra, lo que suponía abandonar la ciudad, y aquello no le convenía en absoluto. Aquellos andalusíes quizá fueran muy piadosos, pensó Saad, pero las pugnas que libraban sus facciones nada tenían que envidiar a las de los cristianos. Un lugar donde ganarse la vida era tan difícil no podía prosperar.

Lo último que quería era acabar de doméstico en algún casal de patricios. A la postre, los señores musulmanes debían de ser muy parecidos a los rumies. Sin embargo, los días y las semanas pasaban, y Saad tenía que ganarse el sustento. De modo que empezó a llamar a la puerta de los prohombres del diván real y a probar suerte con los que tenían mejor acceso a la Fortaleza Roja. El esfuerzo fue inútil. La ciudad rebosaba de refugiados que retrocedían ante las conquistas cristianas y eran miles los desarraigados que pugnaban por un puesto de criado. Las cáfilas procedentes de Antequera, la ciudad que Fernando el castellano había conquistado poco antes de la jugada de Caspe, constituían tan solo una parte de los que mendigaban trabajo.

Cuando ya llevaba algunos días sin pagar la fonducha, Saad se dejó caer cerca de los Estudios. En la calle de la Madrasa conocía una taberna llena de sabios y de buena conversación. Buscaba tropezarse con alguien para que lo invitase a unas gachas con pan a cambio de prestarle atención. El afortunado fue Dawud Babá, un sudanés de Gao que había llegado a Granada para comprar libros. Al valenciano, eso de atravesar medio mundo para adquirir unos legajos le pareció el trabajo más estrambótico del mundo. El hombre despertó su curiosidad; más aún cuando reparó en que, si no había entendido mal, el país de origen de Dawud era el mismo que el de Alia.

—¿Y cómo es Malí?

—No lo sé muy bien —respondió él—; yo soy de Songhay, un lugar muy cercano pero muy distinto.

—Sí, sí... —lo recondujo Saad—, pero di: ¿es cierto que las doncellas son libres de hacer lo que deseen?

—No del todo... —El mercader, alto y elegante, de un negro reluciente, se rascó la barba—. Lo cierto es que pueden yacer con quien quieran, sin ser castigadas, como lo serían aquí. Solo eso.

—¿Te parece poco? Creo que con eso basta para hundir una ciudad entera.

—Pues la mía aún se sostiene.

Saad se olvidó de las gachas y se reclinó sobre la mesa.

—Y dime, Dawud, que una mujer se niegue a yacer con un hombre, ¿qué significa por aquellas tierras?

—¡Diantre de moro! —exclamó el sudanés—. ¿Qué significaría en tu caso? Hombre, ya sé que tú no eres una hembra, pero prueba a imaginarlo.

—Qué barbaridad... —El de Beni Arjó negó con la cabeza, pero caviló—. Significaría... Significaría, a ver... O bien que no me gusta o bien que... Que alguna ley me lo impide.

—Pues ya lo tienes, sadiq.

La conversación fue derivando hacia el oficio y el beneficio del africano. Dawud le confió que andaba buscando rarezas, porque en Gao estaban sobrados de oro pero faltos de letra escrita. Tenían un montón de escuelas y madrasas y, en cambio, pocos escribanos e iluminadores. De modo que cruzaba el desierto, recorría centenares de leguas y luego regresaba con lecturas para sus compatriotas. El lucro era enorme y no podía compararse con nada, ni siquiera con el comercio de esclavos. Y, además, el trabajo era doblemente edificante.

—Si te enseño el libro más hermoso que jamás hayas visto, ¿qué me darás a cambio?

—¿Quieres vender algo?

—No, solo te lo dejaría tocar —sentenció Saad—. Para disfrute de tus ojos. Pero di: ¿qué harías por mí?

—Si de veras es el más hermoso, lo que tú quieras pedir.

Saad acompañó al hombre hasta su fonducha. Dawud hizo una mueca de disgusto, se tapó la nariz con la mano y lo siguió a la cámara. Allí esperó a que Saad desliara el mapamundi y le enseñara las láminas. El sudanés se abalanzó sobre él, conteniendo el aliento.

—¿Te gusta? Son los trazos del mundo conocido y de parte del mundo desconocido, hechos por un sabio judío.

—Es un auténtico tesoro —exclamó el mercader, sin alzar la vista del libro—. Has ganado la apuesta, amigo. Un momento, un momento... —dijo, impidiendo que Saad recogiera los pliegos—. Concédeme un rato más de felicidad...

—Quiero que me ayudes a entrar en el harén del sultán. No, no quiero tocar a ninguna princesa —precisó—; me basta con hablar.

—Por el Misericordioso... Estás loco, compañero... —Dawud lo miró asustado,

pero con las manos aún aferradas al libro—. ¡Se me puede caer el pelo! ¿Seguro que no quieres dinares? Tengo un montón...

—Lo que quiero es poder hablar con las mujeres de la Roja, ya te lo he dicho. — El hijo de Suleimán miró al otro fijamente y le tiró de la barba—. No me irían mal algunos dinares, pero no me mueve el metal. Recuerda lo que me has prometido.

—Sí, sí, veré qué podemos hacer. —Dawud se sacó una pequeña bolsa que guardaba en la túnica e hizo sonar algunas monedas—. Ten, esto es para que salgas de la indigencia. Y déjame unas horas con esta joya. Puedes quedarte, si quieres — añadió, ante las reservas del otro—. No te lo robaré. Y te juro por el Profeta que intentaré abrirte camino hasta el pabellón de las damas. Te lo juro, *sadiq*. —Se concentró de nuevo en los mapas—. ¿Estás seguro de que no quieres vendérmelo? La fonda entera podría ser tuya y hasta... muy bien, entendido, no quieres...

—Soy, en este jardín, un ojo que goza —leyó Saad—; aquí el aire fresco esparce su aliento, el cielo es bueno y el céfiro amable... no estoy solo, porque aquí amo un vergel maravilloso.

El mirador del harén se abría bajo aquellas inscripciones. El balcón colgaba sobre los jardines del Portal, y la visión era francamente divina. En la lejanía, estaba apostado el fiel centinela del yébel Xol-aír, el pico donde el sol se reflejaba en la nieve. Abajo, un soportal de sombras, más largo que ancho, abrazaba el santuario, otorgándole intimidad. Los jardineros reales lo habían construido a imagen y semejanza del paraíso. Todo evocaba las escrituras: los cuatro ríos de vida que entraban por acequias de alabastro, una para cada punto cardinal, y el agua que alimentaba un estanque y una fuente, asperjando frescor al viento. Los árboles frutales crecían libres, y solo era preciso extender el brazo para alimentarse. Pájaros de todos los colores poblaban las ramas y cantaban las alabanzas de la creación.

—¿Esperas hallar quinientas vírgenes... —dijo, apareciendo de pronto, un eunuco de la corte— que te lleven a una eternidad de delicias?

—Un castrado debería saber... —contestó Saad, en el tono más agudo que pudo — que solo causa deleite a la vista.

Dawud el sudanés había cumplido su promesa. A fuerza de plata e influencias, introdujo al hijo de Suleimán en la Fortaleza Roja. Pero con una condición: el valenciano tenía que hacerse pasar por eunuco. Un especialista lo depiló de la cabeza hasta el último dedo de los pies, le allanó los atributos con hojas y goma arábiga, le pintó los labios y los párpados y lo vistió con mallas de seda y bordados de hilo áureo. Lo había obligado a ensayar el falsete durante horas, hasta que resultó convincente, lo acompañó a al-Hamra y lo dejó en el mirador. Le había dicho que esperara allí a su enlace.

—De hecho —le confió el emasculado—, por este jardín no pasean concubinas. Es un deambulatorio para nobles y magnates. A las mujeres se las custodia en los salones interiores.

Pasaron por el patio de los Leones, adornado con docenas de columnas y

pequeños arcos cincelados. En el centro, un surtidor sostenido por doce fieras parecía proclamar que toda la fuerza y la belleza de Granada perduraban aún, contenidas en aquellas finas aguas. A primera hora de la tarde se respiraba paz, y la infinidad de adeferas, caligrafías, mosaicos y estucos transmitían calma a quien los mirase. Toda la belleza del lugar, contó el castrado, se remontaba a los gloriosos tiempos de Mohamed el Grande. Hacía un siglo de aquello, añadió, y no quedaba ya más que el rastro de las sensatas palabras de Ibn Jaldún, Ibn Játima y otros doctores que habían estado allí.

El intruso fue conducido a una pequeña estancia, amueblada apenas con un banco, un cuenco con una solitaria manzana y una fina celosía que ocupaba un entrepaño entero. Por encima de la celosía, le indicó el eunuco, podía espiarse el hammam de las cortesanas a través de una tronera que daba al otro lado de la cámara. Cuando las mujeres entraran desnudas al baño, Saad tenía que coger la manzana y lanzarla por la abertura hacia la hembra que escogiera. Debía apuntar bien, porque solo se le permitiría un intento. La mujer elegida se reuniría con él al cabo de un rato, y podrían hablar durante dos cuartos sin que los estorbara nadie. Aquel era el protocolo, y cualquier infracción lo llevaría al cadalso.

Saad asintió e, inquieto, se dispuso a esperar el alboroto de las damas desde el otro lado del enrejado. Se subió al banco con la manzana en la mano e imaginó el arco que describiría la fruta al salir disparada por aquel hueco. Con los brazos temblorosos, se sentó. De inmediato se levantó y volvió a hacer lo mismo. De pronto, escuchó unas risas y trastabilló. La manzana se le escapó de las manos y, antes de caerse, la rescató de la abertura. Se dio de bruces contra el suelo.

Arregló enseguida el estropicio, se sacudió la vestimenta y arrojó la mejilla a la celosía. No veía a Alia. Observó otra vez a aquel grupo de ninfas y tampoco la distinguió. Dos eran negras como la noche y media docena morenas, pero ninguna de ellas era la que buscaba. Suspiró con hondura. Las piernas y los brazos le flaquearon. Se irguió sobre el banco y sin mirar, maquinalmente, dejó rodar la manzana hacia el otro lado. Volvió a sentarse, desanimado y con la cabeza entre las manos. Al cabo de un rato, alguien entró discretamente a la recámara.

—¿Acaso han destronado al Zurdo?

La joven abrió los ojos con estupor, desnuda de cuerpo entero y con la manzana como único adorno.

—No, el sultán aún está en al-Hamra... —Saad alzó la vista, ausente, mirando sin ver aquella belleza circasiana o tártara—. Y yo no soy ningún maldito sarasa.

—Entonces ¿qué queréis de mí?

La muchacha se acercó al banco, con el deseo en los labios y la curiosidad en la mirada. Le ofreció la manzana.

—¿Conoces a una tal Alia?

El valenciano, guardando las distancias, aceptó la manzana y describió a la mujer que llenaba cada hora de su existir.

—No sé de quién me habláis... —fue la respuesta, clara y franca— y solo conozco a un hombre en toda Granada que os pueda ayudar, un mercader al que el dinero le sale por las orejas. ¿Cómo lo llaman?... Lo entretuve dos noches, antes de llegar aquí... Un negro alto y bien plantado que precisamente... que viene de las tierras esas que decís...

—¡Dawud! —Saad dio un respingo y lanzó la manzana contra la celosía—. ¡Mierda! ¡Cómo no he caído antes! Qué imbécil soy... Una princesa de Malí, ¡claro! A él no se le escaparía...

—Sidi —lo interrumpió la esclava—, ¿sabéis qué dice el protocolo?

Saad ya se dirigía a la puerta, pero se volvió, extrañado. No, él nada sabía de convenciones de obligado cumplimiento. Y tenía prisa.

—Pues dice que quien tome una manzana de manos de una dama en un harén habrá de someterse a sus ruegos.

—¿Cómo? —exclamó él, y emprendió de nuevo el camino de salida—. Pues te metes el protocolo donde te quepa. En cualquiera de tus preciosos agujeros. Yo tengo trabajo.

Hacia Málaga, pues. Tras poner patas arriba media Granada, preguntar en la madrasa y a los libreros y meter la nariz en los burdeles y en los hostales opulentos de la ciudad, había encontrado al sudanés en los baños de la Caisería. Dawud Babá había estallado en una carcajada ancha y sonora y lo había amonestado amablemente. Si andaba detrás de aquella mujer, podía habérselo dicho antes. Sí, había visto a una que respondía a su descripción. Se había cruzado con ella viniendo de Málaga y había oído que se dirigía hacia aquel puerto. La tal Alia, le parecía recordar, pensaba embarcar rumbo a Berbería para adentrarse en el desierto, como si deseara regresar a su país de origen.

Saad arrancó a correr. Recogió sus pertenencias, los mapas y los pertrechos de balletero y partió hacia Málaga. Río Genil abajo, montó en carros de gitanos, siguió a los mercaderes de Fez y a sus reatas de asnos, acompañó a largas colas de refugiados y escoltó a esclavos cristianos. A pie, a lomos de un animal o encima de un carretón, escogía siempre el proceder más veloz. A medio camino, el río de gente que se obstinaba en llegar a la costa dobló hacia el mediodía. Él también lo hizo: dejó atrás el Genil y fue en busca del Uad-al-Orça, que cortaba la áspera garriga y discurría derecho hasta Málaga. Cuando llegó a aquel puerto, en el rostro de Saad se dibujaba la misma expresión, agotada y desencajada, que en el de sus compañeros de ruta.

Sin embargo, no podía permitirse un instante de descanso. Si lo que había dicho el sudanés era exacto, Alia podía estar a punto de embarcar, si no lo había hecho ya. Antes de nada, era preciso llegarse al puerto y escudriñar cada rincón, interrogar a cada marinero y abordar todas las naves. El que debía haber muerto no dejaría un palmo sin registrar. Esta vez no se le escaparía.

Enseguida se dio cuenta de que no sería fácil. Si bien Málaga no era muy grande,

entre la alcazaba —situada en lo alto de una peña pelada— y la desembocadura del Uad-al-Orça había un nido de vida. Los estrechos callejones de la medina semejaban barrancos, con torrentes de gente que iba y venía del puerto. A la orilla de la playa, en la cala donde atracaban todas las embarcaciones, el trajín era muy intenso. Allí se congregaban los refugiados que esperaban zarpar hacia Berbería y prófugos de los rumies que querían llegar a Granada, los acólitos de los nazaríes —del Zurdo, el Cojo o el Pequeño, qué más daba—, pescadores y también mercaderes, que de todo sacaban partido. Un enjambre de palos, velamen y aparejos, el único bosque en aquella comarca tan desnuda, no dejaba ver el mar.

Saad respiró profundamente antes de zambullirse en la muchedumbre. Inquirió a calafateadores, marineros, moros conversos de Murcia y hasta a algún jurista malikí. Lo tomaban por loco. Pronto advirtió que una búsqueda tan precipitada, sin conocer a nadie y con aquella facha de muerto en vida, no lo llevaría a ninguna parte. Se sentó en la playa, encima de un barrilete, esperando aclarar las ideas.

Un grito lo distrajo de sus pensamientos:

—¡Tú, vagabundo, deja meu vino tranquilo!

Saad entendió que había ido a sentarse encima de un buen depósito de vino. Se levantó y miró al hombre que lo había abroncado. No era andalusí, por supuesto; su manera de hablar y su indumentaria lo denunciaban. Saad dio un respingo.

—¡Eanes! ¡Gil Eanes!

—¿Quién está me parlando? —El portugués lo miró de arriba abajo durante un buen rato, hasta que cayó en la cuenta—. ¡Meu Deus! ¡Ballesteiro! ¡O moro que debía ficar morto!

—¿Qué haces aquí?

—Descargando moros, amigo. —Eanes se encogió de hombros—. Fugitius de allá, do al-Gharb. E carregando riqueza para Lagos... ¡Porra, Saad, tenes os huesos colados a piel! ¡Molto ruin estás! Vamos comer, vamos...

Saad miró a derecha e izquierda, indeciso, como si dejar el puerto significara abandonar el jardín máspreciado. Eanes lo empujó y él, con un suspiro, se dejó llevar. Demasiada casualidad sería que Alia apareciera mientras él estaba ausente, y lo cierto era que el hambre le retorció las tripas. El portugués lo llevó a un figón y lo convidó a un atracón de carne asada. Le contó que su señor guerreaba en Marruecos contra los infieles y que, mientras, él se enriquecía con las víctimas de la contienda. El hijo de Suleimán le relató, muy someramente, sus últimas peripecias.

—Assí que procuras mujer, ¿verdad? —Eanes pidió vino al hostelero, que no quiso servirle; entonces se sacó un frasco del jubón y bebió con fruición—. ¡Carallo de moros! Tantas historias con vino...

—¿Y tus propósitos?... —lo interrogó el valenciano—. ¿Y la expedición a Río de Oro y aquellas travesías por mar?

—Está bueno, está bueno... —El del Algarve golpeó el corcho del frasco, se lo guardó y eructó ruidosamente—. Málaga es bon lugar para pesquisas, es proveito

aquí para...

Saad le preguntó si recordaba a algún pasajero de más allá del desierto y, en concreto, a alguna dama que quisiera llegar a las tierras del Sudán. Málaga no era tan grande, dijo; de haberse cruzado con ella, a buen seguro no le habría pasado inadvertida. Más aún si dedicaba su tiempo a interesarse por aquella parte del mundo.

—No, no tengo vista fembra ninguna. —El lobo de mar se rascó la barba de dos días—. Homes, sí. Tenía o mercader de libres, uno molto rico. Ah, e filio de Abdulá también, aquel viejiño.

Saad empujó la mesa. Gritó que aquella nueva era la mejor que había escuchado en muchos meses. Se abalanzó sobre el portugués y lo levantó por la solapa. El hombre se lo quitó de encima y aseguró que no sabía apenas nada de aquel viejo. Tan solo que quería llegar a Tánger y que la guerra lo había retenido en Málaga. Le había parecido que tenía prisa por partir. Era un pobre hombre que casi no recordaba su país de origen.

—¿Compró el pasaje? —Saad reclinó medio cuerpo sobre la mesa—. ¿Lo compró? ¿Dónde? ¿En qué barco?

—Porra, amigo, non lo so... —Eanes se retrepó en la pared—. O tal vez sí... Tenía nombre sarraceno... No era galera, no... Al-Din, al-Dims o parescudo...

Saad cogió su ballesta, el libro y unos mendrugos y le dio una palmada en el brazo a Eanes en señal de agradecimiento.

—Bon... —El marinero se enjugó el sudor—. Cuando quizer, venes me ver a Lagos. Ya sabes... Para os sueños de ultramar, ¿sí?

—Sí, sí —respondió Saad, encaminándose hacia la puerta—. Cuando haya resuelto los asuntos del espíritu.

El que debía haber muerto salió en busca de su alma gemela, acompañado de todos sus demonios y de casi todos sus genios.

Si hubiera tenido que escoger un momento de su vida, un solo momento por el que mereciera la pena vivir, habría sido aquel. Lejos de casa y de la gente que lo había visto venir al mundo, lejos de los huertos y de los ingratos valles que tanto sufrimiento le habían causado, lejos de los espectros que poblaban su cabeza, lejos de todo aquello, junto a Alia. Nunca había visto belleza semejante, cierto. No había en el mundo ojos como aquellos, oscuros e inmensos, ni cuello tan bien torneado, ni piel más suave. Pero no era el ardor de aquella carne lo que lo había cautivado. Era algo que iba más allá del cuerpo, y el cuerpo era solo su reflejo. No la quería por hermosa. Alia era bella porque él la amaba.

—Lirio entre cardos, vos sabéis y yo sé que bien podemos morir por amor.

No era lo que deseaba decir, pero fue lo que acudió a sus labios. No quería recitar los versos de otro. Saad quería gritar, ahora que la tenía frente a sí, gritar que abrazaba la vida, que había nacido para adorar su imagen, para adorar todo lo que dejaban entrever aquellas gasas de seda. No, él no debía morir: tenía que permanecer en el mundo para perderse en su mirada. Estaba escrito que él, y solo él, debía ser quien acariciara sus manos, besara su pelo y persiguiera su aliento. El viejo Fumeit lo había sentenciado. Maktub. Su misión en el mundo era adorar los dos collares de perlas que ceñían aquellos pies morenos, caer de rodillas y venerar el precioso final del cuerpo de Alia.

Saad había permanecido en vela en el puerto de Málaga. Durante tres días y tres noches, espía el barco que quería llevarse a Alia. En la oscuridad de medianoche y en el ardor blanco del mediodía grabó en su memoria cada movimiento, cada persona, cada indicio. Tres días con sus noches. Hasta que la fortuna le ofreció la señal esperada. El hijo de Abdulá, aquel inseparable custodio de la mujer ansiada, pasó por delante de él. Con el corazón en un puño, Saad lo siguió por los callejones rectos o sinuosos de la medina. Y lo vio desaparecer por aquella puerta anónima, truncando con ello tanta ilusión y tanta fe, una puerta que había forzado, poco después, para encontrarse con su destino.

—Alia se siente halagada —dijo ella—, pero Alia no quiere a Saad fuera de este mundo: lo quiere vivo. Y quiere sentir su amor.

—El sentido me han robado, el arbitrio y la razón —recitó el antiguo esclavo de los March; pero de pronto enmudeció y rectificó—: Amo... yo... yo amo de ese modo que causa dolor.

Alia lo tomó de la mano, delicadamente, como quien coge a un niño. Lo hizo erguirse delante de ella y lo miró calmamente. Cogió el fardo que Saad guardaba bajo el brazo, un paquete envuelto con pieles, y lo dejó encima de la mesa. Le desciñó la ballesta y el saco de flechas y los depositó también en la mesa. Saad cerró los ojos mientras sus dedos lo despojaban de las armas y se adueñó de la fragancia que desprendía. Retuvo aquel perfume de piel tostada, de sol y de sal. Lo retuvo y no

lo liberó.

Creyó que sus pechos le rozaban la túnica. Era Alia en la carne. Sus manos, que le rondaban la cintura. Era Alia en el fondo del vientre. Sus labios acariciándole las mejillas. Era Alia en la nuez. Su aliento recorriéndole la espalda y la nuca. Era Alia en la raíz del pelo. Sus silencios en los pliegues de la túnica. Era Alia en todas partes. Alia embargándole y conquistándole.

—La muerte me ha evitado porque debía conocerte.

Ella lo hizo callar, poniéndole los dedos en los labios. Saad le besó la mano como quien besa el aire. Alia la retiró, dejando un rastro de ternura; luego, le acarició el contorno de la frente y de las cejas, el perfil de las orejas y el mentón.

—No hay condena para quien aún camina —murmuró ella—. No hay nada escrito en el rostro de quien ama así. Solo hay castigo para Alia, que no puede arder con pasión de mujer.

—Sí, sí —suspiró Saad con los ojos aún cerrados—; ya siento la llama a mi alrededor.

—Lo que Saad ve son las cuatro cadenas de la que llaman Alia. —La brisa de las palabras le acarició el oído—. Una cadena en el mediodía, donde Alia fue libre y feliz y adonde habrá de volver; otra en el levante marino, en aquella isla donde amó y creó; una tercera cadena en el país del frío, donde lo perdió todo, y una cuarta, la de hoy, en este poniente donde todo termina. —La brisa se fue apagando—. Aquella a la que llaman Alia ha de regresar hacia los orígenes. La tierra ha de regresar a la tierra a la que pertenece, porque solo así... solo así caerán las cadenas y podrá ser libre la vida que aún está creciendo.

Saad frunció el ceño.

—No te entiendo... No veo tu condena por ninguna parte. La mía sí. El que tendría que estar muerto mató a un hombre, y también a otro, y a algunos más... ¿Qué merece mayor maldición? ¿Qué puede encadenar más?

Alia permaneció en pie e inmóvil. Apenas respiraba, y exhalaba pena. Como si llorase por dentro.

—Hombres muertos... —dijo poco a poco— hay tantos como estrellas en el cielo. Hombres que han matado a otros hombres... tantos como estrellas en el cielo. Hombres y mujeres que se han abrazado y que se han amado... tantos como estrellas en el cielo. Pero el precioso hilo que une a Alia y Saad... —Le pellizcó la túnica y tiró de ella mansamente—. Ese hilo es un astro solitario que nadie tuvo ni nadie tendrá nunca. Nadie.

—¿Por eso quieres cortarlo? —Saad empezaba a ahogarse—. ¿Estirar lo más valioso que existe sobre la faz de la tierra? ¿Estirarlo hasta romperlo?

—El hilo es largo, no se quebrará... Solo se tensará si lo acortamos. —La mujer lo sujetó por los codos—. Por eso he de partir. Saad tiene un mañana que escribir, un camino que recorrer, y tiene un padre que lo ha criado... un padre a quien puede honrar antes de perderlo. Saad debe rehacer su mundo y Alia debe decir adiós.

—¿Qué sabes de mi padre? —El hijo de Suleimán se apartó y arrinconó la dulzura—. ¿Qué hay entre vosotros?

—El viejo Suleimán es un gran hombre y el mejor padre. El hijo y el padre deben hablar.

—No quiero sermones... —Saad apretó los puños y frunció las cejas—. Quiero la verdad.

Ella intentó acariciarle la mano, pero él resopló.

—Saad debe librarse de sus fantasmas —dijo ella—; ha llegado la hora de despedirse.

—¡No! —Saad abrió los ojos desorbitadamente y se acercó a la mujer—. No, no me echas... ¡Te lo suplico, ahora no! He corrido tanto... Sobre la mar y cruzando montañas hasta más allá del horizonte, atravesando guerras y tempestades... No, Alia, no... —Era él quien le cogía las manos—; el mundo no puede existir sin ti.

—Debe ser así, amor mío.

—¿Cómo...? ¿Cómo es posible amar y rechazar?... —Un temblor se adueñaba de sus manos, ascendía por sus brazos y le hinchaba las venas del cuello—. ¡Tú no amas! ¡No lo has hecho nunca! ¡Tú abusas de un hombre y se acabó!

Alia guardó silencio, apretando los labios con fuerza. Con los ojos muy abiertos y las cejas fruncidas, lo miró y se acercó a la mesa. Hizo el ademán de recoger las cosas de Saad, pero él se lo impidió.

—Verás, verás. —Le quitó el bulto de las manos con tal ímpetu que a punto estuvo de tirarlo al suelo—. Te he traído una cosa. No puedo irme; debes verlo... —Atropelladamente, desenvolvió el fardo—. Has de ver esto, mi sueño... —Arrancó las últimas pieles y la cubierta del atlas quedó a la vista—. Sí, nuestro sueño.

—¿Eso...? —Ella acercó los ojos, incrédula—. ¿De dónde ha salido?

El que debía morir la observó con atención y esbozó una falsa sonrisa. Abrió el volumen e intentó pasar las láminas. Los dedos se le rebelaban, las hojas no se abrían o lo hacían en gruesos pliegos. El mundo se desperdigaba en sus brazos, las tierras aparecían y desaparecían, las leyendas caían, las ciudades y las banderas saltaban por los aires, las iluminaciones danzaban en una tendalera caótica.

—Iremos a la Antilla, al reino olvidado, y... —Sus dedos señalaban un lugar equivocado—. Y partiremos juntos hacia las islas de la miel, donde ya no existen ni el dolor ni las normas, donde todo es posible... Lo haremos juntos... —La escudriñó, con los ojos como ascuas—. Lo haremos juntos, di que sí, di que sí aunque sea que no...

—Saad es digno... —Ella le quitó el legajo y lo dejó reposar en la mesa—. Y Saad me dirá de dónde ha sacado este libro de sabios.

—Era tu amante, ¿verdad? —Agarró las finas sedas y halló el latido de su corazón—. Con él sí lo hiciste, ¿verdad? ¿El viejo judío se te llevaba a la cama... aquel relamido, aquella rata sabia, aquel maldito maese Ribes, Jafudá o como se llame?

—Saad no debe hablar así de... —Le plantó cara, tensa pero segura—. De un regalo que me hizo la vida.

—¿Él sí y yo no? ¿Es eso? —Tiró de sus ropas y se la acercó a los labios—. Pues olvídalo, ¡porque está muerto! ¡El brujuero soso y pelmazo ya no está en este mundo! Por obra mía... ¡Muerto!, ¿oyes? ¡Difunto, enterrado, olvidado!

Alia bajó la cabeza, pero él la zarandeó hasta que lo miró de frente. Saad vio su cara de desmayo y la vista se le nubló. La tenía muy cerca, le notaba el cuerpo a través de la ropa. Era ella y se rendía. Era ella y notaba su respiración agitada. Era ella y su aliento se unía al de él. La rabia lo invadía, los brazos se le endurecían, la espalda se le tensaba, las mejillas le ardían, el vientre se le encendía y el sexo le explotaba. Era ella y era la hora del fuego. El barro tenía que diluirse, las aguas debían abrirse, los vientos debían callar. Los ojos se le abrían como un pozo y ya no veían. —Tú y yo, tú y yo y nadie más...

Las manos se aferraron a la seda; eran tenazas. De un estirón, la rasgaron. Pinzaron la gasa más abajo y la rompieron del todo. Ella chilló, empujó y gritó. La bestia gruñó, le ciñó el cuello con las garras y la hizo caer. El lamento de la mujer se ahogaba. Los gritos alimentaban a la criatura, que redoblaba su furia. El cuerpo de Saad aplastó el de Alia. Mordió sus cabellos y babeó sobre ella. Sus piernas eran las patas de un buey: coceaban y separaban los muslos de la mujer. Sus nalgas eran las de un jabalí: empujaban y empujaban. Su frente era la de un macho cabrío, y embestía sin pausa. Su miembro, candente, era un animal herido. El fuego quería salir y entrar en ella.

Alia fue penetrada y se escuchó un chillido largo y agudo. Un hilo se quebró. Los tobillos de Saad notaron que unos grilletes lo apresaban. Las cadenas rechinaron. Súbitamente, voló. Saad cayó al suelo de espaldas. Un pie como una barca se le clavó en las costillas. Se dobló y un palo como un remo le arqueó el lomo. Entre nieblas, adivinó las barbas del hijo de Abdulá y a dos hombres más.

Una lluvia de puños y palos se ensañaba con él. Intentó erguirse y vio pasar la palma de la mano de ella. Dio con la nariz en el suelo y volvió a arrastrarse a gatas. Dos moles humanas lo levantaron e interrogaron a la mujer con la mirada.

—Suerte tienes de que no te matemos —ladró el hijo de Abdulá. —Hacedlo... —respondió Saad, con la cabeza inánime—. Acabad de una vez.

El criado cogió bruscamente el engurruñado turbante de Saad, su ballesta y la munición, el mapamundi y la envoltura, y lo lanzó todo hacia la puerta. Luego, les hizo una seña a los dos colosos, que arrastraron a Saad de espaldas: los pies de la bestia raspaban el suelo.

—Solo eres una puta, una puta... —aún tuvo ánimo de murmurar.

—Y tú el diablo —gritó el hijo de Abdulá, mientras con ademanes enérgicos ordenaba que lo echaran.

Ya desde lejos, Saad pudo distinguir a Alia. Fue el más breve de los instantes, pero pudo verla. Con las manos extendidas y el rostro congestionado, parecía

implorar compasión. Quizá vio una lágrima resbalándole mejilla abajo o quizá lo imaginó. Lo que sí pudo percibir con absoluta claridad fueron aquellas arrugas en las comisuras de los ojos, aquella aspereza en el cuello y aquel pelo que empezaba a clarear. La última visión, la que lo perseguiría durante el resto de su vida, la que lo atormentaría noche tras noche y día tras día, fue la de una mujer que envejecía de golpe. Más tarde también recordaría que, antes de perder el sentido, probó el sabor del polvo de la calle.

Masticó mucho polvo. Recorrió todos los caminos hasta Granada y más allá, intentando huir de sí mismo. No quiso volver a ver a sus amigos: ni a Gil Eanes, ni a Dawud Babá el sudanés, ni a nadie que pudiera compadecerse de su lamentable estado, porque no habría soportado la caridad. Debía regresar solo al mundo que lo había visto nacer, que lo había criado y que había augurado su penoso destino. Aunque fuera para reposar, enjaulado, de vuelta a la mísera condición de siempre.

—Ya nada puede librarme de mi dolor... —Los versos aprendidos lo acompañaban—. Perdido está el gozo de mi existir.

En el puerto de Málaga, había intentado tomar un barco que lo llevara derecho a casa, pero los marineros le dijeron que había estallado la guerra, que los cristianos castigaban a los andalusíes en toda la frontera y que el comercio se había interrumpido. Las naves granadinas eran abordadas y hechas prisioneras en aguas mediterráneas, y ya no osaban levar anclas. El único modo posible de regresar era por tierra: era preciso atravesar todo el reino nazarí, cruzar la frontera, recorrer la Murcia castellana y entrar en tierras valencianas por las huertas del Segura. Luego, aún tenía que seguir hacia el norte hasta encontrar el río de Alcoy. A la postre, era una ruta más ardua que la de Gandía a los Pirineos.

A lo largo de todo el camino abundaban los seguidores del Profeta, pero eso no garantizaba nada. Saad lo pudo comprobar en propia piel en Guadix, adonde llegó un caluroso día de verano, con costras en la cara y los pies llenos de llagas. La población parecía desierta, y los matojos, endemoniados, rodaban por las calles. Llamó a la puerta de la mezquita y al cabo de un buen rato apareció el alfaquí.

—Salaam aleicum... —dijo el hombre, mientras lo miraba de arriba abajo.

—Aleicum Salaam. —Saad agachó la vista—. Me muero de sed y de hambre, venerable amigo. Por el Altísimo, por el Misericordioso, dad limosna a un pecador.

El alfaquí lo observó durante algunos instantes más, dijo «Que Dios nos proteja» y cerró de golpe, en las narices del forastero. El que debía estar muerto llamó a todas las puertas y nadie quiso abrirle. Ni en las peñas de alrededor, en aquellas oscuras cuevas donde vivía la gente humilde, le atendió nadie. Saad salió de Guadix y caminó contra el viento, que soplaba cargado de arena. Se detuvo en una rambla donde había agua estancada y se arrastró hasta la orilla de un charco.

—¡No, sidi, no bebas de ahí!

Saad alzó la vista y vio a un joven pastor que agitaba los brazos desde la otra vertiente del barranco. El muchacho le indicó un vado con su bastón y él se irguió

para ir a su encuentro. Tomó su vejiga de asno y se bebió toda la leche que contenía; luego, atacó el queso y las pasas que el joven le ofreció.

—¿Qué pasa con la gente? —preguntó el valenciano mientras masticaba—. ¿Han visto al demonio?

—Digamos que sí. —El pastor lo miró, entretenido—. Desde que hay guerra, un montón de yinn se esconden entre las malas hierbas y en la garriga. Son genios que han enviado los rumies para someter a las almas. Vendrán y nos robarán a las mujeres, los niños y las criaturas. A los hombres nos matarán, claro.

—¿Qué sabes tú de cristianos, guerras y genios? —El antiguo balletero rebañaba las sobras con los dedos—. Tienes cara de no haber visto jamás el mar.

—Conozco muy bien a los espíritus —sonrió, mostrando una encía desdentada—. ¿Ves aquel cabrito de allí abajo? ¿El de manchas negras? Lo poseyó un diablo. ¿Y aquella cabrita blanca... la pequeña? Nació echando espumarajos por la boca. Por las noches, se viste de serpiente e intenta morderme.

—¿Por eso me has ayudado? —Saad lo miró de sopetón—. ¿Para ver cómo me convierto en reptil?

—¡Nooo! —El pastor abrió los ojos, sorprendido—. ¡Tú ya eres una serpiente! Te arrastras por tierra y no hablas, silbas con tus lenguas. Lo que pasa es que no te das cuenta.

—Es posible, sí... —El hombre serpiente se enderezó y se sacudió los restos de comida—. Ten cuidado con las bestias, a ver si van a volverte loco... Por suerte, corazón no te falta. Gracias.

—¡Un momento, sisi! —El muchacho sonrió de nuevo—. Debéis pagarme la comida...

—Soy un reptil pobre; no tengo con qué pagarte.

—¡Desde luego que sí! —dijo, y señaló la ballesta.

—Estás borracho de veras. ¿Sabes lo que vale esto? ¿Cómo espantaré a los bandidos? —El muchacho lo miró, juguetón, y apuntó hacia el fardo del atlas—. ¿Cómo, un libro? ¿Y qué ibas a hacer con él? Nada, olvídalo. Aguarda un momento. —Saad se palpó el saco de municiones, lo abrió y sacó una saeta—. Mira esta flecha... —La sostuvo con los dedos—. Es lo que se conoce como viratón, y convierte a los genios en almas devotas. Toma. —Le alargó la saeta y le guiñó un ojo—. ¡Pero cuidado! Es venenosa para los hombres normales y corrientes.

Gracias a las saetas, el que debía haber muerto sobrevivió. Descubrió que su abandonado cuerpo despertaba tanta curiosidad como miedo y que tener aspecto de malvado podía ser tan útil como tenerlo de santo. Si de veras era portador de malos presagios, las flechas que llevaba debían de ser de temer, y eso las convertía en objetos de culto. De alquería en alquería, Saad aceptó su condición de maligno y siguió avanzando, cambiando viratones por mendrugos. Finalmente, llegó a la frontera, donde pasar del mundo de Mahoma al de Cristo era toda una proeza, sobre todo en época de guerra.

La frontera no era como se la había imaginado. Allí no había ni banderas ni ejércitos ni cercas. Solo los que vivían en aquel lugar sabían dónde se acababa el imperio del Islam y dónde principiaba la tierra de los rumies. Un pueblo era de Granada, el de la otra orilla del río pertenecía a Castilla. Era preciso cruzar el río al-Mansora, claro estaba, pero unos y otros tenían cabezas de puente en ambas orillas. Saad decidió ir a ver al cadí de la frontera, por si podía recibir ayuda. El hombre se quedó de una pieza al ver a aquella figura siniestra y andrajosa; cuando escuchó sus andanzas, creyó que le tomaban el pelo.

—Veamos si lo he entendido... —El hombre juntó las manos encima de la barriga—. ¿Un moro converso de Aragón que llega por mar, que encuentra a su amor, que se aburre de ella y que la abandona? ¿Que no puede esperar a que callen las armas y que quiere volver a someterse a la tiranía del señor cristiano? Te juro que he visto murcianos y valencianos a porrillo, pero ninguno como tú. Porque el sentido común y los años me dicen —prosiguió, rascándose la frente— que los moros quieren entrar y los rumies quieren salir.

—Pues yo quiero salir.

—Sadiq, eso no tiene ni pies ni cabeza... —El hombre comenzaba a sudar—. ¿Tienes a alguien al otro lado dispuesto a pagar tu rescate? No, ¿verdad? ¿Acaso te reclamarán los mercedarios?

—En el otro lado tengo a mi padre.

—Ah, tu padre... —El cadí respiró, como si empezase a desenredar la madeja—. Pues hagámoslo traer. ¿Tienes dinares andalusíes?

—No —sentenció el hijo de Suleimán—, y en ningún caso quiero que venga el viejo.

—¿Vellones castellanos? ¿Cruzados de Barcelona? ¿Sueldos mallorquines? ¿Reales valencianos?

—¡Que no, demonios! Estoy pelado y solo quiero que me ayudes a cruzar. ¿Tan difícil es deshacerse de alguien?

—Bueno, hombre, no hay que ponerse así... —se defendió el cadí, secándose el sudor—. Pero has de entender que mi trabajo no es exactamente el de... ¡que no pides algo corriente, sadiq!

El cadí lo interrogó. ¿Podía pasar por cristiano? ¿Había algún cristiano o converso como él, de piel tan oscura? ¿Hablaban castellano? ¿Y catalán? ¿Lo hablaba como un rumí? ¿Le importaría deshacerse del turbante y de la túnica? ¿Estaba circuncidado? ¿Lo perseguía algún señor del otro lado? ¿Sabía qué era una guerra? Cuando estuvo convencido de que podría hacerlo pasar por cristiano, sin peligro para él o su reputación, le exigió un pago. Y cuando ya estaba a punto de despacharlo, pues Saad repetía que era pobre de solemnidad, le rogó que abriese el paquete aquel que llevaba bajo el brazo. El valenciano se negó en redondo, ante lo cual el juez de frontera dijo que se contentaría con la ballesta.

—¿La ballesta? —Aquel que había luchado en medio Mediterráneo miró con

lástima a su inseparable compañera—. ¿Y si me asaltan?

El cadí arqueó las cejas.

—Con esa facha no creo que los ladrones quieran vérselas contigo. Además, si tropiezas con una partida armada, de poco te servirán una ballesta y... ¿cuántas saetas?

—Ninguna, ya no me queda ninguna.

Cerraron el trato. El cadí le dio ropas viejas, pero no andrajosas, y lo mandó al lavadero. Después le prometió que lo incluiría en el siguiente intercambio de fugitivos. Diría que era un converso valenciano, capturado por los nazaríes, que corría peligro en Granada. No pediría una redención a los mayores castellanos: les diría que se trataba de un favor y de una prueba de buena vecindad. No sería preciso esperar mucho porque, estando como estaba la frontera, casi todos los días mercadeaban con cautivos y proscritos. Una vez en tierras de Murcia, seguramente lo llevarían a un convento. Pero respecto a eso, él se lavaba las manos.

Al cabo de dos días, el trueque se produjo más o menos como le habían prometido. Las gentes de ambos lados se encontraron en un puente del al-Mansora. La mirada furtiva y la complexión oscura de Saad asustaron a los mayores, pero había casos más delicados que el suyo: un sobrino del Zurdo que había sido capturado en combate y una docena de lanceros en poder de los granadinos. Discutieron largo y tendido sobre la equidad del intercambio, hasta que terminaron poniéndose de acuerdo. Saad entró, con una escolta de lanceros castellanos, en el imperio de la cruz.

Poco después se encontró, como le había anunciado el cadí, en un convento de dominicos de Murcia. En cuanto tuvo ocasión, escapó y se perdió por la huerta, empujado por el ábrego. Caminó hacia el norte, desde Orihuela hasta las tierras de Villena. El paso de un reino cristiano a otro fue sencillo. Lo más trabajoso era sobrevivir. Pedía limosna, trabajaba de bracero y robaba. No pasaron muchos días antes de que volviera a vestir como un mendigo. Los rumores de peste, que echaron a gentes de toda calaña a los caminos, impidieron que los alguaciles se fijaran en aquel supuesto converso, aquel espectro errante de piel morena y mirada de orate.

Cien veces se preguntó por qué regresaba y cien veces fue incapaz de responderse. Maktub, se repetía cuando no veía otra razón. Su camino estaba marcado, y era preciso obedecer al destino. Quizá eran las palabras de Alia, las únicas que había entendido del todo, las que lo empujaban hacia el viejo Suleimán. Tal vez, la vergüenza que le producían sus actos y la suciedad que acarreaba en su interior solo podían ser limpiadas con bondad filial. Debía reparar las injusticias que había cometido como hijo, pues las maldades perpetradas como hombre ya no tenían remedio.

Más de una vez gimió que, para vivir de manera tan indigna, más valía morir. Coqueteó con la muerte en la plaza de Jijona, cuando los hombres del alcalde lo abordaron y quisieron ensañarse con él. Sin embargo, arrancó a correr, con las

últimas fuerzas del día, y continuó. Besó la tierra en la morería de Alcoy, para abrazarse a ella y descansar, cuando la tripa ya se le hinchaba de hambre y no conseguía vender ni su querido mapamundi.

—Con eso no se come —le dijeron—, y menos en tiempos de peste.

Era ya noche cerrada el día en que, al doblar un recodo del camino, la brisa marina le acarició las mejillas. No había luna y no veía el mar, pero notaba cómo el aire de la Safor llegaba hasta él. Aromas de margallón, carrasca, brezo y romero. De más abajo aún, se elevaba el olor de cañamiel y naranjos, de misa y de mezquita, de Gandía, de Beni Arjó, de Suleimán, de los March... Hinchó sus pulmones de la dulzura agria de infancia. Su mundo. Le pareció pequeño y familiar.

De pronto, una estrella cruzó el firmamento. Con un enorme fulgor, se precipitó contra el camino delante de él. De la luz emergió un perfil de mujer. Era Alia, que bajaba a su encuentro. Era ella; con el cabello encanecido y la carne avejentada, pero era ella. Saad retrocedió unos pasos, se palpó la cintura y no encontró la ballesta. Ella le sonrió y le tendió una mano abierta. Su voz timbrada y cadenciosa se escuchó en toda la sierra.

—Saad ibn Suleimán... —anunció— ha regresado al maleficio. El amor llegado de las dunas del desierto ya no puede rescatarlo... Ha vuelto al-Quéfer, ha vuelto la profecía del muerto en vida.

Saad tropezó con las piedras, las piernas le flaquearon y la cabeza le dio vueltas. La claridad y Alia la sublime se fundieron con las sombras. Los grillos cantaban y las fieras aullaban. El suelo, un gigante que se alzaba, se acercó a su rostro. Quedó tendido y sin sentido a pocas horas del lugar donde había nacido, el lugar donde debía haber muerto, muchos años atrás.

¿Cuánto hace que...?

—No hables, descansa.

Marta lo miraba con una sonrisa devota. Desde su silla, le hablaba con voz queda y lo escuchaba amablemente, como había hecho siempre. Saad no recordaba haber llegado a aquel jergón por su propio pie. La última imagen que podía evocar, entreverada de sueños, era la de Alia apareciéndosele en medio de la montaña. Luego, la nada, un vacío muy largo o muy corto, no sabría decirlo. Intentó incorporarse, pero su cuerpo parecía dormido y todos los huesos le crujían.

—No hagas esfuerzos. —La amiga le ajustó la manta—. Es la primera vez que abres los ojos con serenidad. Es toda una novedad, créeme...

—¿Dónde estoy?

—En casa... —Marta dejó escapar la mirada por el ventanal—. Bueno, lo que más se parece a casa. Estamos en casa de los March, en Gandía. Unos desbrozadores te recogieron cerca del camino y vieron que eras el sirviente del señor. Por eso estás aquí.

Saad paseó los ojos por el envigado del techo y las paredes desnudas. Luego, miró a la mujer que lo velaba.

—¿Y tú, tú por qué...?

—Me necesitas.

—No, quiero decir... —Saad tosió débilmente, con un gesto de dolor—. Quiero decir que qué haces en Gandía.

—En el casal de Beni Arjó no queda nadie, Saad. Solo un vigilante. La vieja dama murió y Peirona, pobrecilla, vive recluida con nosotros: el caballero busca robarle el vitalicio, y solo por eso la quiere cerca. —Se encogió de hombros—. El metal no entiende de sangre. Además, nuestra gente no necesita a ningún señor, allí en la alquería. Los Almedi y los Ben Safon son ricos, gobiernan los cañizales y pagan muchos censos... El metal tampoco entiende de creencias, ¿verdad?... Estoy en Gandía por Peirona y porque el señor Ausiàs ya no tiene mucho que hacer en el campo, pero también por otra razón. Verás, aguarda un instante...

Marta salió. Saad examinó la cámara de nuevo y no vio ni rastro del mapamundi. Quizá estaba debajo de la cama, pensó. Al cabo de poco, Marta apareció con un mocoso que no despegaba los ojos del suelo. Era idéntico a Ausiàs cuando niño, su pequeño amo de años atrás. Tenía el semblante más oscuro que el señor, pero los mismos ojos, esquivos y siempre a punto de llorar. Su madre le acariciaba el pelo como si fuera la criatura más hermosa del mundo.

—Este es Felipe —dijo ella—; tiene siete años. Es precioso, ¿verdad? Su padre quiere tenerlo bajo su mismo techo. Quiere tenerlos cerca, a los cinco.

—¿Cinco? —Saad cabeceó, incrédulo. Aquel granuja había tenido cinco bastardos—. ¿Tuyos?

—¡No!... —Marta le hizo un mimo a su hijo—. Solo este. Los demás son de mujeres distintas. Lo sabes de sobra: cuando una doncella se convierte en madre, los caballeros ya no la tocan.

—Sí, sí... —Saad cerró los ojos, cansado de ver antiguas costumbres que no morían. Notó que una mano diminuta le tocaba los dedos. Abrió los ojos y se dio cuenta de que el brazo de Marta guiaba el de su hijo—. Marta... yo te rechacé y te maltraté... Sabes que he nacido para odiar... para hacer daño y nada más... ¿Cómo puedes...?

—No, Saad... —Ella despidió al niño con una caricia—. Jamás he visto en ti a un hombre malvado. Es la vida la que te ha castigado. Yo también he cometido errores. Y aún quiero pensar... —Se sacó un trapo húmedo del vestido y se lo pasó por la frente—. Quiero creer que nos marcharemos, los tres. Bien lejos. Y que sabremos salvarnos.

—¿Has visto mis mapas?

—Sí. —Marta tragó saliva—. Los tengo escondidos. El libro ese es bueno si se sabe hacer uso de él. Si no, es un libro peligroso. No te lo mostraré hasta que podamos utilizarlo como conviene.

El convaleciente alzó los párpados y se fijó en su enfermera. Tiempo atrás, quizá hubiera gritado y removido cielo y tierra para recuperar su tesoro. Sin embargo, cerró los ojos y notó la pesadez y el sueño que lo aturdían.

—Sé que algún día... —murmuró ella mientras le alisaba la manta—, algún día, podremos utilizar tus mapas. Y partiremos tú, Felipe y yo hacia un mundo lleno de luz. Lo haremos, ¿verdad? ¿Verdad que lo haremos, Saad?

—Sí, Marta. —La cabeza se le espesaba—. Lo haremos.

—Pasa, pasa, Saad.

La estancia estaba casi a oscuras. En la mesa, una bujía apenas dejaba adivinar el contorno de las cosas: el lecho señorial bajo dosel, con cortinajes, un par de arcones, las armas de los March y una poltrona por encima de la cual asomaba la nuca de alguien. El señor de Beni Arjó estaba sentado de espaldas a la puerta y, cuando su antiguo sirviente entró, no se volvió. Saad se acercó poco a poco, con el cuerpo aún somnoliento, y vio la pluma que bailaba sobre los papeles. Ausiàs, el niño que había llevado en brazos, el caballero al que había visto armar y guerreando, no se había molestado en ir a saludarlo desde que había llegado enfermo a aquel casal. Entre los domésticos se decía que el noble no abandonaba nunca su escritorio.

—Si vienes a pedir sueldos...

—No... —replicó Saad—. No vengo a mendigar.

—Me han dicho que te han encontrado más muerto que vivo... —Ausiàs alzó los ojos por primera vez y dejó descansar la pluma—. ¿Por qué te fuiste? ¿Qué mosca te picó de pronto?

La tez del caballero había perdido color. Parecía resentido, pero Saad no atinaba a saber si con él o con el mundo entero. Lucía media melena y un vestido de raso

aterciopelado, brocado de oro y forro de marta a la altura de la cabellera. Ausiàs le indicó a Saad que se acercara, y aquel ademán reveló que sus manos eran el último cobijo de toda su antigua frescura. Aquellos dedos, aún gráciles, que manejaban la pluma y habían aprendido a caminar por otras pieles, vivían intensamente. A despecho de su amo, quizá.

—Ardía por una mujer —admitió Saad.

—¿La de siempre? —El caballero pasó los dedos por el rintero de papeles—. ¿Después de tanto tiempo?

Saad se fijó en el pliego que el otro hojeaba. Se preguntó de nuevo cómo unos versos tan pulcros podían brotar de un alma tan corriente. Se sentó sin prisa en el borde de un baúl, se arrebujó en la manta que cubría su exhausto cuerpo y le preguntó si era cierto que ya no salía de su cubil.

—Eso desearía... —Ausiàs bajó la vista hacia sus escritos—. Todo lo que se aleje de la lírica me causa fatiga. Los jurados de la villa me acusan de triple homicidio, me disputan jurisdicciones, me llaman al consistorio... Y todo porque ambicionan recaudar más contribuciones. Salir de casa, Saad, significa vivir en un siglo que aborrezco. Sin verdaderos señores, sin damas, sin gentileza... ¡Qué más quisiera que abdicar del presente!

Saad lo escuchaba con paciencia. No entendía cómo un hombre aún joven y que disfrutaba de tantos privilegios y virtudes podía hablar de aquella manera. Él sí podía, porque era al-Quéfer el condenado. Hijo de menesterosos, había soportado castigos y penas y maldiciones. Y tenía que ser un potentado el que pretendiera darle lecciones de tristeza. Alguien que lo tenía todo.

—Sois uno de los grandes del reino.

—No, Saad. Hoy los grandes son los que amasan oro, no los que suman honores. —Señaló el blasón de la pared—. Y el reino es un desastre. Tenemos un rey sin heredero, Cataluña se rompe, Aragón se abandona en manos de Castilla, Valencia se enriquece y no piensa... El que quería ser César ahora está preso en Génova, por asno y por fugitivo. Y ¡hala!, todo el mundo a apresurarse a pagar un rescate por un monarca que no volverá a casa... ¿Quién le mandaba al Magnánimo dejar la corte, irse a Italia en busca de gloria y ceder el gobierno a su mujer? A una esposa que es prima suya, Saad... ¡su prima! ¿Es que ya no queda en el mundo sangre azul que mezclar? ¿Cómo puede prosperar esta tierra con una corona tan falta de cordura?

—Una esposa fiel... —murmuró el hijo de Suleimán— puede sacarnos de algunos aprietos.

—Sí, y una mal casada puede hundirnos.

Ausiàs permanecía soltero, y parecía que iba a serlo siempre. Saad le preguntó si nunca había pensado en llevar al altar a una mujer. El caballero le contestó que sí, pero que había quedado escarmentado. Hacía poco, se había prometido con una doncella de Gandía, Isabel, una Martorell. Sus hermanos, Galcerán y Joanot le habían exigido préstamos y donaciones. Él les había dado largas, esperando una dote que

nunca llegó. Al fin, los hermanos avalaron la unión con posesiones y escrituraron el compromiso ante notario antes de bendecirlo y consumarlo. La pobre Isabel murió justo después, habiéndole dejado en testamento tierras y bienes. El resultado, a la postre, había sido que Ausiàs se había quedado sin novia pero con unas buenas tenencias. Y aquello, claro, no agradaba a los Martorell.

—¿Y pues?

Saad empezaba a estar harto de infortunios que nadaban en la abundancia y el mercadeo de pueblos enteros.

—Pues que los Martorell no dan su brazo a torcer —se lamentó Ausiàs— y quieren recuperar sus tierras. Como están arruinados, no les importa arriesgar la piel. Me han enviado carteles de retractación y pretenden desafiarme a un duelo.

Saad sabía que una retractación del juramento de fidelidad era una ofensa de peso para un caballero y que suponía una declaración de enemistad. Dos señores enfrentados por semejante procedimiento eran capaces de sacarse las tripas el uno al otro para restituir su buen nombre. Y solo había una forma de evitarlo: acogerse al arbitraje de un señor de más alto rango. Eso era precisamente lo que había intentado hacer el señor de Beni Arjó, pero el rey estaba ausente y el nuevo duque de Gandía, hermano del soberano, no estaba por la labor. De modo que Ausiàs solo tenía dos opciones: o se acogía a los antiguos usos y se jugaba la vida o transigía con los tiempos que corrían y sobornaba a sus empobrecidos adversarios.

—Comprendo —suspiró Saad—; o la sangre o la vergüenza.

—Será la vergüenza, porque si algo saben hacer los Martorell es derramar sangre. Organizan bandas armadas, entran a saco y decapitan a moros y mercaderes para robarles la bolsa. El bestia de Joanot, que tiene la cabeza a pájaros, partió hace poco hacia Inglaterra para celebrar justas contra un caballero que, según él, había desflorado a otra hermana suya y no quería casarse. Así andan las cosas de este mundo...

—Y así andáis vos, Ausiàs, que os encerráis en casa para huir con bellas palabras. Vos sabréis lo que hacéis... —Tosió y aguardó antes de continuar—: Pero yo no he venido a hablar de sinsabores.

—Lo celebro.

—Sí, estoy harto de dar vueltas como un jabalí malherido. Estoy pensando en casarme.

Ausiàs lo observó con detenimiento. Nunca había escuchado mucho a aquel hombre, pero lo había visto obrar durante años y, en algunas ocasiones, era para él un libro abierto.

—Casarte... —dijo el noble—, pero no con la mujer que amas. Muy bien, me parece una medida prudente, porque matrimonio y amor suelen estar reñidos. Pues bien —añadió, solventando la cuestión con la mano—, id a ver al cadí y adelante. No tengo nada que decir.

—Ella no solo es una vasalla; también es doméstica vuestra. —Ahora era Saad

quien miraba de hito en hito al otro—. Y pienso llevármela bien lejos.

—A Marta, si lo deseas, te la puedes llevar a Trebisonda... —El caballero levantó el dedo en señal de advertencia—. Pero el bastardo se queda conmigo.

Señor y vasallo se miraron de hito en hito, respiraron hondamente a la par y guardaron unos instantes de silencio. Saad escupió la peor de las acusaciones.

—En el fondo, querríais ser como vuestro difunto padre. —La fiebre le subía—. Pero sabéis muy bien que los vientos que corren en contra de vos a mí me favorecen. Soy un hombre libre.

—Tú no eres ni hombre ni libre ni una rata... —Ausiàs se levantó, se estiró las calzas por debajo del faldón y se acercó a Saad con el dedo alzado—. El mismo día que te fuiste, en Cotalba alguien profanó la tumba de mi padre. A mí me importa un rábano que alguien hurgara en los huesos de aquel granuja, a quien solo debo el linaje... y nada más. Pero si para evitar que me roben a mi hijo es preciso exhumar los cojones de mi padre, lo haré. Te denunciaré, y tendré pruebas. Recuerda, además, que soy poderoso. Ya sabes cuál es la pena por sacrilegio... sobre todo tratándose de un musulmán.

—Morir no me asusta.

—¡Ah! —Lo despachó con un ademán—. Eso, hijo de Suleimán, tendrás que discutirlo con tu futura mujer.

—¿Has de ir a ver a tu padre el día de los moros?... —Marta lo ayudaba a cubrirse con el basto albornoz y la capucha—. ¿Precisamente en el día de Ashura?

—Los difuntos no me harán daño. —Saad rechazó la ayuda y se ató los lazos él mismo—. Los vivos son mucho peores. Ya lo sabes.

—Sí. Algunos.

La sirvienta de los March no podía quitarse de la cabeza la mala pasada del señor. Cuando más cerca estaba de ellos, sus sueños se estrellaban contra los designios de aquel barón.

El hombre que debía haber muerto se puso en camino, pues, por primera vez en muchos días. Las piernas aún le flaqueaban, pero tenía que cumplir con sus obligaciones y hablar con Suleimán. El viejo, le habían dicho, esperaba postrado el fin de sus días. En la humilde casa y en la cama de siempre. Saad enfiló la orilla del río de Alcoy camino de Beni Arjó. Sabía que tenía que hacerlo solo, porque no hay mensajero que valga cuando un hijo debe ver a su padre. Y sabía que no podía esperar más para hacerlo, porque el tiempo se agotaba y ya había rehuido bastante aquel encuentro pendiente.

El día de Ashura no había mercado. Los caminos no rebosaban de fruta y ropas. La gente caminaba en familia; abuelos, pequeños y mayores, todos salían a saludar a los parientes y a rendir culto a los antepasados. Era una escena extraña, que lo trasladaba a la infancia. Todo el mundo vestía de luto estricto, de un blanco immaculado, con chadores y túnicas y albornoces recién salidos de los lavaderos. Los turbantes se guardaban en los baúles por un día: los hombres debían lucir un cráneo

bien afeitado y reluciente e ir descubiertos bajo los ángeles del cielo. Era costumbre ofrendar regalos: barro cocido, alfombritas bordadas y jarras y azafates que nunca se usarían en la mesa.

El hijo de Suleimán no llevaba presentes a nadie. Iba a confiar su vergüenza, su maldad y su condena al hombre que le había dado la vida y que le había dado un nombre. Era todo lo que llevaba consigo, y pesaba bastante más que cualquier trapo o cuenco. Mientras remontaba la calle de la alquería y se acercaba a la plaza donde su vida hubiera tenido que acabar, las rodillas le temblaban a causa del peso que acarreaba. Beni Arjó había empequeñecido, era como de juguete, pero los recuerdos se ensanchaban hasta rozar los muros de los callejones. Abrió, con aquel chirrido sempiterno, la portezuela de la casa donde había nacido, y supo que tendría que volcar toda la carga encima de Suleimán. Su enfermedad era del espíritu, y no podía hacer otra cosa.

El hijo se arrodilló ante el lecho y besó las blancas sábanas.

—Salaam aleicum, babá.

—Estoy rezando por tu madre, Saad —dijo el viejo sin moverse y casi sin mover los labios—. ¿Aún recuerdas tus oraciones de Ashura?

Padre e hijo entonaron las plegarias al Misericordioso, como lo habían aprendido de niños y como no lo habían hecho juntos desde hacía muchos años. Cuando terminaron, reinó el silencio. Saad miró a su padre y advirtió que, en las últimas horas, alguien lo velaba. Lo veía exhausto y vencido, pero la camisa y las sábanas estaban limpias. Los seguidores del Profeta, al menos en su pueblo, observaban el mandamiento de la caridad.

—Aún vive en mi interior, ¿sabes? —El viejo rompió su mutismo—. Mi corazón no ha visto a otra mujer que a Fátima y ya no verá a ninguna más.

—No sabes cuánta suerte tuviste.

—Lo sé, hijo, lo sé muy bien. —Suleimán volvió lentamente la cabeza hacia Saad—. Solo que... cuando pienso todo lo que pude hacer y no hice... Los que se marchan no nos pesan por lo que hubiéramos podido vivir junto a ellos... que nunca se sabrá —continuó, moviendo la nuez—, sino por lo que uno no dijo ni hizo ayer, cuando aún estaban entre nosotros.

—Por eso he venido, babá.

Suleimán alzó los párpados y esbozó un atisbo de sonrisa. Hacía mucho que no escuchaba a Saad hablar de aquella forma. Respetuosa, suave, atenta, filial. Y hacía mucho —años, un montón de años— que no escuchaba, en la dulce música de su idioma, las palabras de afecto que los hijos solían dirigir a los padres. Asintió y, sin añadir nada, dejó que Saad hablase tanto como fuera preciso.

El que debía haber muerto le habló de las maldiciones y condenas que acarreaba a la espalda, de los genios que lo perseguían obstinadamente y de su lucha por evitarlos y por no acabar siendo un perdedor. También le contó hechos muy reales, sin esconder nada digno de mención. Le confesó que había matado al almojarife, como

ya sabía; pero también lo del viejo caballero March y todas las barbaridades que había cometido en compañía de los rumies en sus guerras de ultramar. Sin mucho orden ni concierto, se refirió a su antiguo desprecio hacia Marta, a cómo ella lo estaba ayudando en lugar de vengarse y cuánto se arrepentía de todo.

A cada nuevo disgusto, el viejo Suleimán cerraba los ojos y murmuraba una oración. No cabía duda de que esperaba con angustia el fin de aquella siniestra retahila. Su alma, atrapada en la angostura del cuerpo, tenía prisa por descansar. Sin embargo, ya fuera por fatiga o por afecto paterno, el hombre no perdió los estribos hasta que Saad empezó a hablarle del mapamundi. El hijo le contó que había trabajado durante algún tiempo con maese Ribes, en Barcelona, aprendiendo el oficio del maestro. Y que había traicionado su confianza, porque había intervenido en su muerte y le había robado el más valioso de los mapas. Entonces, Suleimán abrió los ojos como si hubiera visto al diablo.

El hijo, aún de rodillas, no percibió la mudanza que obraba en el rostro de su padre. Saad tenía la vista clavada en el suelo y se arañaba las piernas antes de abordar la parte más dolorosa de su existencia. Habló despacio, deteniéndose a cada paso para respirar hondamente. Habló de Alia, de las ocasiones en que había ido a verla y muy especialmente de su último encuentro en tierras andalusíes. Cuando llegó al acto más indigno, rozaba ya el suelo con la frente y sollozaba. Por primera vez, su padre lo oía llorar; gemía con tanta fuerza que Suleimán apenas entendía sus palabras. Sin embargo, comprendió muy bien lo horroroso que era lo que su hijo le contaba. Cuando Saad terminó, Suleimán se hizo escuchar con voz ronca y poderosa, extraña en él y extraña en un enfermo.

—Saad, llevo mucho tiempo negando que seas al-Quéfer, el maldito... Lo he negado ante todo el pueblo y me lo he negado a mí mismo, una y otra vez. Lo he negado ante Dios. Pero hoy te miro y veo a la jineta, que hiede a infierno y anuncia la muerte. Veo la fiera y te veo a ti.

—No puedo negar que soy hijo tuyo —dijo Saad, aún encorvado—. Sé que fuiste a ver a Alia. —Sorbió por la nariz—. Lo sé: te espíe y te descubrí. A ti también te pierde la pasión. —Volvió a sorber—. De tal palo tal astilla.

—¡Nooo! —Suleimán se había incorporado un tanto y clavaba unos ojos feroces en el vacío—. ¡No lo entiendes, no has entendido nada! ¡Tú no eres como los demás: eras distinto desde antes de nacer! —El hombre se dejó caer en el lecho—. ¿Recuerdas los siete principios del odio? ¿Los que te hizo aprender el alfaquí cuando eras pequeño?

—Sí... —respondió Saad, a ras de suelo.

—Recítalos. —El viejo se aclaró la garganta y gritó—: ¡Recítalos!

El hijo se enjugó el llanto y continuó sorbiendo.

—Las siete cosas más odiosas son los ojos que no ven bondad, la boca que escupe inmundicia, los pies que pisan otros pies, el vientre que no recuerda el vientre materno, la nariz que no huele alegría, las manos que matan y los oídos que no

quieren escuchar la verdad.

—¿Te das cuenta, Saad? Las has hecho todas... —El padre cabeceó y cerró los ojos—. Las cosas más odiosas de este mundo. Tú... la criatura a la que criamos, con ternura, con nuestro sudor... ¡todas!

—¿Todas? —Sorbió débilmente—. Yo nunca he huido de la verdad.

—Te diré algo: de todas tus vilezas, esa es la peor. Escucharás la verdad... —El viejo Suleimán respiró con fuerza, como apurando el aire—. Por supuesto que la escucharás. Ahora mismo.

Aquel hombre abatido, el que había celebrado la llegada de su hijo y poco después se arrepentía de verlo, lo contó todo. Todo lo que Saad no sabía y debería haber sabido. O quizá lo que no debería haber escuchado nunca. Con todo detalle, Suleimán le aplicó el castigo que le correspondía. No podía hacer otra cosa, porque había entendido que Saad era el que debía haber muerto, al-Quéfer el condenado. Lo era, no había sombra de duda. Por eso rompió la antigua promesa y habló. Contó la más hermosa de las historias, que Saad había convertido en la peor de las calamidades. Y cuando acabó, se vio forzado a decir lo que un padre, en justicia, jamás debería verse forzado a decir.

Saad se había retrepado en el muro. Había escuchado, mudo, todo el relato, y acogió el veredicto sin pestañear. Su cabeza comenzó a balancearse y los labios se le llenaron de espumarajos. No podía moverse, porque los brazos y las piernas se le habían petrificado. Sus ojos veían la austera estancia, veían las desnudas paredes, veían al viejo Suleimán, que se extinguía, y veían la faz de su miserable soledad. Veía todo eso, y solo le quedaba ánimo para suspirar, para suspirar por una sola cosa con todas sus fuerzas: por que aquel día lejano, cuando estaba en el cadalso de la plaza de Beni Arjó con la cuerda bien anudada, la horca le hubiese roto el cuello y su cadáver hubiera colgado para siempre sobre el vacío eterno.

Sin origen, sin final. Sin un nacimiento hermoso y sin muerte. Saad era el maldito, el que debía morir, el condenado a vagar sin rumbo. Era al-Quéfer, el que erraba eternamente fuera del tiempo, el viento que llevaba la maldad a todas partes. Tan desgraciado era su sino que ni el hombre que lo había criado lo aceptaba. Huérfano de vida y huérfano de motivos para vivir, el hijo de Suleimán se abismó en el pasmo. Y se dejó llevar por aquellos pocos que, por razones incomprensibles, aún querían tenerlo cerca.

—Mira quién ha venido, Saad. —Marta entraba por la puerta, con una amplia sonrisa—. Dice que viene de muy lejos. Dice que nos recogerá a los tres, que su barco es grande y que cabemos.

Se escucharon unas gárgaras y un escupitajo golpeó el suelo. Un perfil desgarrado se plantó en el umbral. Vestía con elegancia: birrete de terciopelo, jubón bordado, blusa de seda y calzas de fibra. Sin embargo, sus modales eran rudos, contradictorios con aquel disfraz afectado. El hombre echó un trago de su petaca y, con los carrillos aún llenos, miró de soslayo al interior de la cámara. Vio a Saad en la

silla, con las manos sobre los muslos y la mirada helada. Tapó el frasco, lo guardó entre sus ropas, se pasó la mano por la boca y eructó sin recato. Luego, miró a Marta, le guiñó un ojo y avanzó algunos pasos con los brazos abiertos de par en par.

—¡Filio de Suleimán! ¿Cómo marcha tutto? —Lo abrazó con fuerza, pero el otro ni se movió—. ¡Tinc venuto a te procurar, pedaço de animal! ¡Gil Eanes, amigo teu! Marineiro do al-Gharb, ¿no sabes? —Se separó de él y se volvió hacia Marta—. No sabe, no. Está dolente. Fica ben memo.

—No quiere hablar, no quiere despertar... —dijo ella—. Hemos de partir, porque aquí se consumirá.

—Sí, sí, e terminará como frango hervido... —Eanes se plantó delante de su amigo y gesticuló como si hablara con una criatura—. Príncipe Enrico me tiene llamado, Saad. ¡Me ha encomendado grande empresa, amigo meu! Hermano de príncip, Duarte, está de rey, e tutto comença de nuevo... Mira bien, Saad. —Le mostró sus ropas—. ¡Mira meus finas ropas! Gil tiene fortuna, e tu vienes també... e Marta, e nino Felip... ¡Para terra de negros, mar oceána, islas de sueños! Lejos de aquí...

El portugués lo miró, desorientado. Alzó las cejas y se rascó la barba de tres días. El piloto había marrado en Gandía, porque navegaba hacia Lagos desde Mallorca, adonde había ido a comprar brújulas, astrolabios y relojes para la expedición. Había variado el rumbo a sabiendas de que el infante Enrique lo reclamaba con urgencia y a pesar de las protestas de su tripulación, que aseguraban que no se les había perdido nada en las playas valencianas. Eanes, desoyendo todo juicio o consejo, había resuelto probar fortuna. Y se encontraba con aquella estampa.

El navegante confió a Marta sus propósitos. El infante de Portugal le había encomendado por fin una tarea importante: zarpar hacia el mediodía, bordeando las orillas del mar tenebroso, hasta que se acabara la costa o se acabara la expedición. Había puesto a su disposición plata, hombres y barcos, y era preciso aprovechar la ocasión. Era la empresa de su vida. Se había detenido en Gandía para ver de nuevo a su amigo, por supuesto, aunque aquel no era el motivo principal. No, reconoció, no lo movía la amistad. Necesitaba un mapamundi que Saad tenía en su poder, un atlas donde estaban dibujadas todas las latitudes que él tenía que atravesar.

—¿Y qué te lleva a pensar... —preguntó Marta, mirando de reojo a Saad— que el hombre que se sienta en esa silla tiene lo que tú persigues?

—Él mesmo hablome de isso... —respondió, señalándolo con el brazo—. E por Málaga encontreme mercader sudanés que tenía conocido a Saad també. Tenía visto mapa, e contome que tutto estaba allá, ben dissenado. Rius de Ouro, cabo Bojador, islas de Fortuna, Antilla, tutto... Inclusiu viajes de mallorquins, Catalans, genoveses, moltos que ya no regresaron, mas que fueron allá. Tutto isso contome o sudanés, de nombre Dawud Baba.

Saad soltó un gruñido, y ambos se acercaron a él. Con voz muy queda y los labios y los párpados inmóviles, habló:

—Alia... ¿viste a Alia?

—¿A quién? —preguntó Eanes, solicitando la ayuda de Marta.

—Una princesa sudanesa que corría por allí.

—¡Ah! —El portugués estalló en una carcajada, echando la cabeza hacia atrás—. No, señoras sudanesas no. Apenas una viejiña negra encuentre... Una viejiña que embarcaba para caravanes de desierto. Mas seua enamorada no. No tengo vista... — Se dio cuenta de lo que había dicho y se encogió delante de Marta—. Desculpa, desculpa...

—No importa, da igual —dijo ella, con el semblante algo más seco—. En cualquier caso, Eanes, los mapas los tengo yo. Y has de saber que, allí adonde te lleves los dibujos, tendrás que llevarnos a nosotros.

Gil Eanes no era un hombre que perdiera el tiempo. Había esperado mucho durante toda su vida: había esperado ocasiones, órdenes y también a la suerte. Ahora que estaba a punto de alcanzar todo lo que había ansiado, no lo iba a lanzar por la borda. Observó el gesto de Marta y comprendió que debía rendirse. Los tres zarparían con él, pero tenía que ser enseguida. Si le entregaba el atlas, los llevaría hasta Lagos. Más allá, ya no podía comprometerse.

—¿Está bueno?

—Está bueno. —Marta abrió los ojos—. Lagos es un nombre bien bonito.

—¿Bonitiño? Mmm... Sí, nome es lindo.

Marta salió a toda prisa. Tenía que recoger el atlas, a su hijo y cuatro pertenencias. Lo haría en un abrir y cerrar de ojos, le aseguró al portugués. No pensaba despedirse del señor, porque era capaz de retenerlos o de pedir que dejaran algo en prenda. Partirían enseguida hacia El Grao, hacia el barco de Gil Eanes, y con el primer gregal volarían hacia el confín del mundo. Hacia aquel Algarve situado en el ocaso de los mapas.

Eanes aguardó junto a Saad, intentando despabilarlo con relatos de marineros. Al poco, renunció a tan vana empresa. Aquel hombre era un muerto en vida. A pesar de ello, cuando escudriñaba sus pupilas, habría jurado que, entre parpadeo y parpadeo, el hijo de Suleimán escuchaba y lo comprendía todo.

Le dio unas palmadas en la espalda a su amigo y se entretuvo dando zancadas de un lado a otro. Marta tardaba más de la cuenta. Menuda pieza, aquella mujer. Su amigo era bobo, y así se lo aseguró dos o tres veces. Se había enamorado de la mujer equivocada.

La noche ya caía cuando Marta apareció. Volvía con la cabeza gacha y un bulto bajo el brazo. Le alargó el paquete a Gil Eanes. El portugués no lo tomó: acercó los dedos al mentón de la mujer y le levantó la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar y algunos cabellos aún húmedos pegados a sus mejillas.

—¿E teu filio?

—Felipe no viene... —Le alargó de nuevo el atlas al marinero.

—Y yo tampoco. Marchaos vosotros.

Eanes cogió los mapas.

—¿E si hablo con teu señor?

—Lo tiene atado a la mesa... con cuerdas. —Marta se restregó la falda con las manos—. ¡Con cuerdas! Y lleva la espada ceñida... Somos suyos, Eanes. No hay nada que hacer.

Ella se acercó a Saad, apoyó el brazo de él en su hombro y lo enderezó. Luego, hundió el rostro en la túnica de Saad y, mientras ahogaba los sollozos, lo volvió poco a poco y se lo entregó al portugués. Eanes se ocupó de él. Marta besó en la mejilla al marinero y en la frente, con lentitud, al hombre que había amado.

—¿Posso ayudar?

—Sí. Haz que huya. —Marta, con la vista siempre clavada en el suelo, empujó a Saad suavemente—. Que huya tan lejos como pueda, lejos de su techo, de la fe que despreció y de la gente a la que no amó. —Volvió a empujarlo, ahora con más fuerza—. Que llegue... que llegue al fin del mundo... y a la mar inmensa.

Y que halle reposo.

No halló reposo. Sin embargo, conforme se alejaba de casa, iba recuperando el habla. Frente al cabo de Gata, donde comenzaba el imperio del Profeta, soltó los primeros gruñidos. El barco no fondeó en las costas de Málaga, por mor de la guerra, pero lo acometió un temblor que lo hizo delirar. Cuando vio que doblaban el peñón de Tariq y franqueaban las columnas de Hércules, el hambre lo obligó a pedir rancho. Y ya en las aguas que se abrían hacia el infinito, en el gran océano, se dirigió a Gil Eanes, con voz alta y clara.

—Jamás volveré a llamarme Saad.

—Porra, amigo... —El piloto dejó el timón en manos de otro—. ¡Benvenido a mondo de vivos! Así que no eres Saad... —Lo abrazó por la espalda—. ¿E qué nome tens ahora?

—Jaume... Jaume de Mallorca.

—¿Jaume? Molto ben. —Eanes le dio un cachete en la mejilla—. Fica tranquilo, Jaume.

Llegar a Lagos les costó dos semanas de cabotaje. Cuando desembarcaron en aquel pequeño puerto, la tripulación se dispersó por los callejones de blancas y diminutas casas a la búsqueda de un merecido recreo. Eanes se vio con el alcalde, que le participó nuevas sobre el príncipe Enrique. El señor estaba en la punta de Sagres, donde supervisaba el nacimiento de su ciudad franca. De modo que comieron temprano, se embarcaron de nuevo y aquella misma tarde tocaron tierra en una cala vecina. Los hombres del infante los estaban esperando.

—Príncip Enrico... —lo aleccionó su amigo, mientras trepaban por los roquedales— es home esquisito. No gusta hablar de mullers, no. També no gusta hablar de luxos o ornamentos. ¿Está bueno?

—Está bien, Gil.

El recién llegado escrutaba el riscal, intentando ver torreones y palacios. En la penumbra, solo distinguía rocas y matojos.

Llegaron arriba, una llanura áspera y desnuda donde tampoco había ni rastro de alcázar alguno. El viento ululaba y barría el terreno con rabia. Un acantilado caía a plomo a su derecha y pronto también a su izquierda, porque la tierra se estrechaba en un cuerno que desafiaba al mar y se hincaba en las bravas aguas. Atravesaron unas trincheras de tierra revuelta y salvaron un muro de piedras, como de aprisco, a cuyo socaire se habían erigido unos barracones y una ermita. El valenciano le dio una palmada en la espalda a Gil Eanes.

—¿Dónde está la fortaleza del gran Enrique?

—Porra, amigo... —El marinero recorrió el paraje con la mirada—. Aquí tens fortaleza.

Se acercaron a uno de los refugios. Los hombres del infante les abrieron la puerta. Gil Eanes entró primero y su acompañante detrás, con el atlas bien sujeto bajo el

brazo. En el cubil ardía un cirio solitario, sobre una mesa llena de manuscritos. Entre las sombras se adivinaba la figura de un hombre maduro, vestido de oscuro, con el semblante enjuto y el rostro salpicado por un fino bigote. El hombre alzó la vela y se fijó en los visitantes. Cuando reconoció al navegante, dio un bufido. Eanes se inclinó y se excusó por el retraso. Luego, hizo las presentaciones.

—Dom Henrique de Aviz, infante de Portugal e do Algarve, duque de Viseu e senhor de Covilha... —Le hizo sitio a su acompañante—. E aquí, Saad ibn Sulei... desculpe, Jacomo. Jacomo de Mallorca. Maese Jacomo.

El marinero se enfrascó en unas explicaciones laberínticas y protocolarias. Aquel hombre, dijo, sabía dibujar cartas de navegación. A Su Alteza, Duque y Señor, le habían traído una muestra de tan preciosa habilidad. Eanes señaló el atlas. En cuanto al maestro, era un experto en el oficio; más que eso: era un sabio, un gran sabio, dotado para empresas regias como la del más iluminado caballero de la cristiandad. El infante clavó unos ojos afilados en su vasallo y lo hizo callar. A continuación, miró al recién llegado de arriba abajo y le preguntó qué era lo que más lo asustaba en la vida.

—¿Más que la misma vida?... —contestó el supuesto maestro.

Don Enrique asintió con la cabeza.

—Pues revivir. Volver atrás.

Al infante le gustó la respuesta, porque esbozó una sonrisa. Dejó la vela encima de la mesa, ordenó a los dos visitantes que se sentaran y despachó a sus sirvientes. Aseguró, con palabras medidas y escasas, que su propósito era ensanchar el imperio de la cruz. Necesitaba oro —tenía, pero no suficiente— y hombres de mar —como Gil Eanes—. No quería pilotos flamencos o ingleses, que no usaban instrumentos de medida, porque, además de talento y caudales, necesitaba conocimientos. De hecho, de lo que más carecía era de ciencia. Y si el tal Jaume podía ayudarlo, lo invitaría a quedarse con él. Sin embargo, antes quería conocer el parecer del maestro acerca de la empresa que le había detallado. Eanes miró de reojo a su amigo y repiqueteó con los dedos sobre la mesa.

—La montaña está a punto de hacerse a la mar... —sentenció, con gran aplomo, el forastero— y cuando eso suceda, el mundo dejará de ser el que es.

El noble volvió a sonreír. Se rascó la punta del bigote y rogó al hombre que debía haber muerto que le hiciera el honor de sentirse como en casa. Eanes respiró y cogió el atlas: ahora podría zarpar enseguida. Saad, o maese Jaume, solo hizo una leve reverencia.

De todas las fiestas que se recuerdan en Sagres, aquella fue la más sonada. La fortaleza del infante aún estaba a medio construir; el viento campaba por sus respetos, arrancándoles el rabo a los asnos. Las viandas tuvieron que acarrearlas desde Lagos. La precariedad era tal que hasta el príncipe Enrique reclamó una capa para cubrirse las espaldas, quejándose de la demora de quienes iban a ser homenajeados. Sin embargo, cuando la partida apareció —entre gritos esparcidos por el vendaval, con

las caras tostadas y con el resuello trunco a causa de la ascensión—, nada impidió que aquel lugar fuera el más venturoso del mundo. Gil Eanes corría delante, con los brazos extendidos y chillando como una criatura.

—¡Temos conseguido, temos conseguido!

Habían logrado lo imposible, la mayor gesta de la marinería, aquello que Dios parecía haber prohibido a los mortales. Nadie lo había conseguido jamás: ni los griegos, ni los romanos, ni los castellanos, ni los genoveses, ni las legiones de arcángeles de las aguas. Nada, ellos eran los primeros. Habían doblado el cabo Bojador, habían alcanzado la tierra de los negros, habían escapado de los unicornios, de los leones marinos y de los grifos, habían esquivado remolinos y tempestades y, sobre todo, habían regresado. Habían vuelto vivos, impacientes por contarlo. Habían dado la vuelta a la mar amplia y aquello ya no se lo podía quitar nadie.

Eanes, el expansivo, era un ciclón. Abrazaba, gritaba, volvía a abrazar y volvía a gritar. Habían visto la estrella Polar, decía, a punto de naufragar en el horizonte. Los grumetes se asustaron tanto que tuvo que desplegar el velamen sin ayuda de nadie. Y nuevas encajadas de manos y más pescozones. Un calor, juraba y perjuraba, de llamarada de infierno: más al sur, aseguraba, ni los mismos negros debían de ser capaces de soportarlo. Y vuelta a las carcajadas y a los besos salobres.

El infante de Portugal hizo callar a todo el mundo. En los barracones, anunció, los héroes del Algarve tenían comida para hartar a un rebaño de elefantes. Pero antes —alzó la mano— quería que le trajesen la espada. Blandió el arma con solemnidad, le ordenó a Eanes que se arrodillara y allí mismo, con la única ayuda de un cura de parroquia, armó caballero al marinero de Lagos. Como no tenía facilidad de palabra y no se le ocurría nada acorde con la ocasión, pidió a maese Jaume que dijera algo. Todo el mundo se fijó en aquel hombre demacrado, que acarreaba el lastre del pasado en la mirada.

—Has visto el mundo, caballero marinero —pronunció sin asomo de emoción—, lo has visto con el pensamiento, en soledad, en el amor y en el vino. Lo has visto en compañía y sobre las aguas. Quizá crees que ya lo has visto todo. Pues bien, Gil Eanes, lo que has visto no es nada. Todavía no has visto nada.

Durante un rato, solo se oyó el viento de poniente —que soplaba con furia entre las hierbas—, hasta que el noble Enrique se rascó el bigote y asintió con la cabeza. Entonces, inopinadamente, Eanes rompió a reír, abrazó a su amigo por la cintura y lo sostuvo en vilo a dos palmos del suelo. Claro que no habían visto nada, gritó. Portugal sería el amo de la mar. ¡Cómo Portugal! Ellos serían los amos; ellos, ¡los malditos pescadores y marineros del Algarve! Todo el mundo se sumó al clamor y, entonces sí, el rebaño de paquidermos se ensañó con el condumio.

El que se hacía llamar Jaume se apartó un tanto. Se acercó a los fardos y baúles de los héroes del mar y hurgó hasta encontrar el mapamundi. Lo abrazó contra su pecho y caminó hacia el borde de los riscales. Durante el tiempo que había durado el viaje de Eanes, había paseado a menudo por la punta de Sagres y se había cultivado.

Por las mañanas, se entretenía leyendo y releendo las obras que le llegaban de parte del infante. Los escasos conocimientos que conservaba de la época en que había trabajado en el obrador de maese Ribes los ensanchaba ahora con todo lo que caía en sus manos: autores árabes, libros del viejo Ptolomeo que volvía a descubrir o tratados venecianos. Después de comer, se acercaba al extremo del promontorio y contemplaba, absorto, el mar, que batía contra las rocas.

Se dirigió a uno de sus rincones dilectos. Sentado sobre el roquedal, con el plomo de las aguas muy abajo, escuchaba el lenguaje del mar. Cuando las olas rompían, prestaba oídos a las voces que ascendían desde las cuevas y a las procedentes de las simas que, tras él, caían en picado hasta las grutas. La mar le hablaba de sus espectros. Se retiraba con Fátima y Suleimán, mansa y obediente; regresaba, rebelde, y se estrellaba con el brío de los March y de los rumies belicosos; se replegaba en la sabiduría de Fumeit; salpicaba la alegre espuma de Gil Eanes, y rugía en las grietas del ribazo, cuando penetraba en la tierra con maese Ribes y Alia.

La mar también le contaba historias de antaño. De aventureros que habían topado con los vientos y cuyas naves se habían hecho trizas contra las rocas. De san Vicente, a quien habían enterrado muchos años atrás en el cabo contiguo y que, según se decía, también procedía de Valencia. De las agujas de piedra y los monasterios que se habían erigido, desde el alba de los tiempos, para contentar a los dioses. De los hombres que habían adorado aquel promontorio sacro, Sagres, donde él había acabado recalando. De todo lo que habían ofrendado al sol, y a las aguas, y a la tierra y al aire, en el rincón del mundo donde los cuatro elementos se batían hasta herirse. Del yinni más viejo del lugar, Saturno el oscuro o el airado o el alocado. Todo eso escuchaba en el confín de la humanidad, donde las luces se extinguían antes de entrar en un mar de monstruos.

—Carallo, maestro... —Eanes lo llamaba desde atrás—. ¡Estás a ponto de abismo! Ven para acá... —Corrió hacia su amigo y tiró de él con insólita ternura, impropia de alguien que habían vencido a los monstruos marinos—. Vamos celebrar, insieme. No puedes ficar sol, tutto sozinho.

El hombre que debía haber muerto lo siguió. Lo siguió hasta la fiesta, porque el marinero y caballero zarpaba al día siguiente y las olas le habían confiado que jamás volvería a verlo.

Pasaron los años, muchos años. El valeroso Eanes partió, con toda su mesnada, y no regresó. Otros ocuparon su lugar y dieron la vuelta a la mar, una vuelta cada vez más amplia y más lejana. Llegaron a Río de Oro, y no encontraron grandes fortunas. Vieron cómo la estrella Polar se zambullía en el horizonte, y el mundo no se acabó. Recorrieron toda la costa de los negros, hasta las regiones donde las montañas rugían como los leones. Todos ellos navegaron siguiendo la estela de Eanes y hollaron parajes que jamás ningún rumí había siquiera imaginado. Llevaron la cruz a latitudes que ni la media luna había alcanzado.

La mar anunciaba una época distinta. Mientras se enseñoreaban de nuevas tierras,

las gentes de Cristo flaqueaban en las tierras antiguas. Constantinopla, enferma y avejentada, era liberada por el turco. Los rumíes se alzaban contra los rumíes en Castilla, en Aragón y en muchos otros reinos. Al solitario huésped de Sagres aquello lo traía sin cuidado. Bastante tenía él, que no sabía ni quién era ni de dónde venía, con acarrear su fardo de recuerdos y con seguir, cautivo del destino, el camino marcado. Ejercía de sabio, como antes lo había hecho de otras cosas, y esperaba que a la postre hubiera de veras un final, el que fuera.

Pasaron aún muchos años más, y parecía que ese final no iba a llegar. El infante de Portugal reclutó convictos, galeotes y presidiarios para erigir y poblar su sueño de Sagres. La Villa del Infante lo llamaron, pero nada levantaba más de doce palmos. El polvo y el viento se adueñaban del lugar, y los habitantes, rodeados de agua por todas partes, no pudieron practicar ni un miserable pozo. Finalmente, el príncipe visionario murió sin, se decía, haber conocido mujer. Lo que a buen seguro no conoció fue el esplendor de su ciudad, como de hecho no llegaría a conocerlo nadie. Su quimera naufragó y, cuando aún sus restos mortales iban camino de Batalha, los sufridos vecinos de su villa partían ya hacia valles y playas más amables.

Al-Quéfer no. Maldito y condenado a arrastrar las cadenas del pasado, permaneció un día y otro y setenta veces siete días en aquel extremo del mundo. En compañía de sus mapas y de sus secretos, alcanzó la más provechosa vejez. Se hizo tan viejo que, mientras que la Villa del Infante se apagaba y todos sus conocidos desaparecían, él no podía morir.

—Dentro de mí... —se repetía todos los días, retrepado en las rocas y recordando los versos del caballero poeta— vive el que quisiera estar muerto. La voz de la muerte es melodiosa.

Cuando acudió a verlo aquel joven, aquel yinni disfrazado de aventurero, ya había perdido la esperanza de hallar reposo. El muchacho se le acercó con ojos silvestres, como los de Saad tiempo atrás.

—He naufragado cerca de aquí. —El joven señaló hacia Lagos con un ademán—. Los pescadores me han dicho que en la punta de Sagres vivía un sabio que hacía dibujos del mundo. ¿Sois vos maese Jaume?

—Tú lo has dicho.

—Yo también quiero dibujar cartas de navegar.

—¿Y qué más quieres hacer?

El maestro creía que solo un viento providencial podía haber llevado a aquel hombre hasta él.

—Vengo de donde vos venís, e iré a donde no habéis podido ir.

Era distinto, desde luego. En la frente, bajo el blando sombrero de marinero, llevaba escrito el signo de los locos mediterráneos, de los hombres que vestían hábito de rumí, tenían corazón de judío y andares de musulmán. El yinni le dijo que su nombre era el mismo que el de Cristo y que el de su familia era nombre de pájaro; tenía alas para volar, como la criatura que se había escapado del diluvio universal,

sola, sin depender de los mortales.

—¿Adónde irás, muchacho? —le preguntó el viejo.

—Encontraré la Antilla, claro —sentenció el joven—. Pero debéis ayudarme. Debéis prestarme vuestros mapas.

—Ven conmigo. —El sabio lo acompañó hasta un gran círculo de piedra, una rosa de los vientos que había construido sobre la planicie, con sus propias manos, acarreando rocas durante muchos años—. No existe mejor mapa que este. Un rumbo hacia levante, de donde venimos; otro hacia el mediodía, de donde partió el gozo; un tercer rumbo hacia el país del frío, que quiere que lo perdamos todo, y un cuarto, el de hoy, hacia este poniente donde todo termina.

—Se acaba para vos —apuntó el muchacho, con los ojos relucientes—. Para mí, tan solo comienza.

Aquel joven permaneció durante algún tiempo junto a quien se hacía llamar Jaime de Mallorca. La gente de la comarca pudo verlos pasear cerca de los acantilados, conversando sin prisa. Hasta que un buen día, el visitante partió hacia Lisboa. Tras su marcha, del sabio nada más se supo. Si hasta entonces había estado allí, a partir de entonces no dio la menor señal de vida. Así de simple. Algunos campesinos dijeron que le habían visto alzar el vuelo, desde los riscales, con los brazos abiertos de par en par y una gruesa cola ondulante detrás. Otros aseguraron que se había estrellado contra las rocas. Y otros, incluso, juraron que no, que él y la tierra estaban reñidos y que solo el aire o las aguas podían haberlo engullido.

Se dijeron muchas cosas de aquel hombre, y durante muchos años. Pero lo único cierto es que, cuando las gentes del pueblo entraron en su guarida, los barracones en ruinas de la fortaleza, hallaron sus pertenencias. Todas salvo una. Faltaba un grueso libro de mapas, el atlas más coloreado y misterioso que se hubiera dibujado jamás. Allí no lo encontraron. Se había esfumado, como el hombre que debía morir. La gente de campo, siempre maliciosa, dio por hecho que se lo había llevado el joven náufrago, el que había partido hacia el norte en busca de fortuna. El de acento mallorquín y mirada obstinada. El que se hacía llamar Cristóbal.

A buen seguro, el mundo era un lugar extraño. Los que debían haber muerto no serían enterrados, las desquiciadas profecías se cumplirían y todo se olvidaría bajo las olas de una mar que ni los viejos marineros llegaban a comprender. Unos hombres partirían y llegarían otros, pero ni los primeros ni los últimos alcanzarían a abarcar la amplitud del misterio. Verían muchas tierras remotas y tinieblas marinas, cierto; forjarían y destruirían pueblos y lenguas y creencias, sí; todo eso e incluso más. Pero ante el misterio se verían inermes. Jamás lo descifrarían. Nunca podrían retener en sus manos el agua de su tiempo.

Y si ninguno de los mortales podía resolver el enigma de la existencia, ¿cómo iban a abrazar el rumbo de otro hombre maldito? ¿Cómo iban a comprender el camino de alguien vencido por la fuerza del destino? ¿Cómo iban a explicarse aquella obsesión por huir, lejos del techo que lo había cobijado, de las gentes a las que no

quería y de la fe a la que había decidido renunciar? ¿Qué delirio lo había empujado al fin del mundo, al límite de tierra firme, donde las olas arañaban el continente? ¿Qué condenaba a al-Quéfer a estar maldito, qué impedía que hallara reposo, que acallara a la bestia que acarreaba en las entrañas?

Solo en un frente había luchado contra lo oculto, un solitario baluarte contra la fatalidad, un único cobijo por el que había rogado y mendigado. Desde que el jeque de Beni Arjó le había predicho con exactitud su funesto mañana, con oscuras premoniciones, no había pedido otra cosa. Había implorado no ser el causante de la muerte de su padre ni de la deshonra de su madre. Solo eso y nada más. Era tan poco y a la vez tanto... Que su cuerpo fuera arrojado al infierno, que su pueblo fuera engullido por un seísmo, que la bondad y la alegría se extinguieran para siempre si era preciso. Pero sus padres no.

Cuando pidió protección a la hechicera, no pensaba en sí mismo. A Mercuria le encomendó un escudo para quienes lo habían traído al mundo, lo habían criado y querido, habían llorado a causa de su maldad y habían desesperado con él. Para quienes, sin culpa ni pecado, podían ser también arrastrados a las sombras del maleficio. Un acto de generosidad, si se quiere el único, pero el supremo, el que redimía a Saad como persona, el que podía haberlo salvado como mortal; el que quizá hubiera domado al animal, o a las fieras, que acarreaba en las entrañas; el que, sin llevarlo al paraíso de la isla feliz, habría deparado la paz a Fátima y Suleimán.

—¿Te ha extrañado nunca no tener hermanos? —le había preguntado Suleimán aquel día, tendido en el jergón de Beni Arjó.

Saad, que aún era Saad ibn Suleimán, no respondió. Se limitó a fruncir el entrecejo. Un solitario rayo de luz se colaba entre los postigos y se derramaba sobre las immaculadas sábanas, a la altura del pecho del enfermo. No corría ni una brizna de aire. El polvo, la cal avejentada de los muros, el envigado de madera y paja... toda la estancia estaba pendiente de lo que iba a decir Suleimán. Los gorriones no cantaban, sino que escuchaban aquella voz fatigada. A la caña de azúcar ya no la mecía la brisa. Y Suleimán, hombre parco en palabras, habló; dijo todo lo que no había dicho a lo largo de sus días. Habló como si la agonía, en lugar de agotarlo, le diera fuerzas.

—¿Tampoco te sorprende que te tuviéramos siendo ya mayores? —lo interrogó el viejo.

Saad volvió a arrugar la frente. Los caminos de la vida eran inescrutables.

—Corrían tiempos de peste, de hambre y de discordia... —prosiguió el anciano—. Señores contra humildes, humildes contra judíos y moros contra su propio infortunio. Hace muchos años de eso, pero parece que ocurrió ayer... Tu madre y... quiero decir Fátima y yo... recogíamos raíces en la sierra, chupábamos la pulpa de las cañas...

Los ojos de Suleimán se anegaron de tristeza. Dijo que habían notado que sus días tocaban a su fin; lo habían notado en el estómago y en los aires pútridos. Y seguían estando solos. El Altísimo no quería ofrecerles consuelo. Eran infértiles. Sus días

terminarían y ellos volverían a la tierra sin dar fruto, sin que nadie ocupara su lugar, como si no hubieran existido, como si no hubieran pisado la creación. Cuando ya estaban a punto de consumirse, cuando ya no esperaban nada, había aparecido él, Saad.

—Fue como un regalo del cielo, Saad. Un milagro... —El viejo se atragantó—. Eras tan pequeño... No te reías mucho, la verdad, pero para nosotros eras la cosa más dulce y pequeña y preciosa y...

Suleimán alzó la mano, como quien levanta un enorme peso, y la dejó caer sobre su cara. Antes de continuar, suspiró.

—Si lo hubiéramos sabido... —Aún tenía la mano sobre el rostro—. Pero ¿qué es lo que debíamos saber? Tú nos devolviste la vida y nos hiciste fuertes... Desde que te vimos, en aquel hatillo de paño, tú fuiste todo nuestro mundo. ¿Qué más daba que no adivináramos el mañana o que no conociéramos a aquella dama? ¿Qué nos importaba que aquella mujer fuera oscura como la noche y esquiva como un gato? La madre que te alumbró... ¿Y qué si, como ella dijo, eras hijo de judío, de un hombre que dibujaba cartas de navegar? Muy bien, te llamabas Jaume Ribes, como tu padre...: ¡pues te cambiaríamos el nombre! ¿Y qué si todo el pueblo sabía que no eras nuestro? Pues cambiaríamos de pueblo y nos estableceríamos aquí, en Beni Arjó. Tú nos fuiste dado y, cuando fuiste nuestro, lo demás se desvaneció... ¿Cómo puedo explicar lo que sentíamos? ¿Hay algo que pueda compararse a un hijo? Oh, hijo, solo poder llamarte hijo...

El padre que no era padre ladeó la cabeza y, por entre sus dedos, miró al hijo que no era su hijo. Cuando mató al recaudador, confesó, había pensado abandonarlo a su suerte. El niño se había hecho hombre y no le había sido concedido el don de la gracia divina. Pero era tan enorme el dolor, y era tanta la pena de Fátima, que se había humillado ante el viejo caballero implorándole perdón. De rodillas, mordiendo el barro, con los labios a ras de tierra como quien adora al Misericordioso, había suplicado por la vida de Saad. A cambio de lo que fuera. Le había rogado que no lo ahorcara. A cambio, si era preciso, de convertirlo en esclavo.

—Y por Dios que te convertimos en esclavo... o peor. Te condenamos. Hubiera podido impedirlo... contándotelo todo. Pero aquella dama, la que se presentó como Selima y a la que después llamaban Alia la sublime, y tantos otros nombres... aquella mujer me dijo que con nosotros podrías ser feliz y que saber la verdad te haría infeliz. Me hizo prometer silencio. Y yo... —Suleimán chasqueó la lengua—. No, no callé por eso. Permanecí mudo por miedo a perderte. Cuando fui a Balansiya a ver a la mujer... a la madre que te había engendrado, fue para alejarla de ti. Solo para expulsarla de tu mundo. Y si tú estabas celoso de mí, puedo jurarte que yo estaba diez veces más celoso de ella.

El rayo de luz alcanzó su cara y el viejo se cubrió los ojos con la mano. Le pidió a Saad, Jaume o como se llamara, que se acercara al lecho y extendió el brazo. Forzó la vista, a contraluz, y le palpó el contorno de los pómulos, los labios y la nariz.

—Te queríamos demasiado. Se te veía la cola y te crecía la maldad en la mirada... —Le pasó el temblor de los dedos por la mejilla—. Y a pesar de eso te queríamos como a aquel pequeño ángel, caído del cielo... que un buen día había llegado a una casa triste. Te queríamos tanto que no podíamos castigarte... No podíamos castigarte por tus crímenes, ni denunciándote a la justicia ni diciéndote la verdad... No podíamos; solo podíamos retenerte a nuestro lado...

El enfermo retiró el brazo e hizo un ademán débil, como ordenándole al hijo que volviera a su rincón. Saad se acurrucó en la pared.

—Hoy te he castigado con una historia. La más hermosa, la más venturosa, hecha trizas. Hoy es tarde, demasiado tarde. Pero hasta hoy no he podido... Y es que hoy, todo se ha vuelto del revés. Hoy las montañas salen a la mar y la naturaleza ya no tiene ley. Hoy los hijos violentan a las madres y matan a los padres... Hoy los padres no son padres; ni las madres, madres; ni los hijos, hijos... Hoy que el señor nos ha abandonado, he entendido que estás maldito, que no te trajo un ángel y que no descendiste del cielo.

—Y te lo cuento hoy, porque debo hacerte daño. Estoy seguro de que, haciéndotelo, también yo me estoy condenando. Y de que solo así, algún día, nos reuniremos. No iré al jardín del Profeta, no... Pero ¿qué iba a hacer yo con quinientas vírgenes? ¿De qué me servirían las granadas y los higos y las naranjas divinas? ¿Qué sed tendría de aguas puras y de frescos manantiales? ¿Para qué tantas delicias? Tomaré del brazo a mi mujer y ambos buscaremos la pena eterna... Te buscaremos allí donde estés, entre los infieles y los pecadores... Removeré el infierno... Allí adonde tú vayas, también quiero ir yo.

—Pero ahora debo apagarme. Ahora que en Oriente caen imperios, ahora que la caña se troncha, ahora que en el norte se propaga la avaricia... ahora que el nuevo mundo surge por donde el sol se pone, que las mujeres no son amadas, que el agua es sucia y que en el mediodía la fe está siendo reducida a cenizas... Y debo decirte que te marches, muy lejos, a donde la tierra firme cede ante el empuje de las tinieblas. Muy lejos de mí, porque no lo soportaría... Me he dejado la espalda en los cañizales, sé lo que es la guerra y he conocido el horror de la peste... He tenido que afrontar la muerte de Fátima, la mujer más santa y más buena y más tierna, muerta a causa de la insolencia de los descreídos... Pero tenerte cerca, ahora, no puedo. No, aún no... Porque no sabes qué duro es quererte. Amar al diablo.

Y fue entonces cuando Suleimán se vio forzado a decir lo que un padre, en justicia, jamás debería verse forzado a decir:

—Ojalá no hubieses nacido.



ALFRED BOSCH (Barcelona, 1961) es escritor y profesor de Historia en la Universitat Pompeu Fabra. Ha publicado trabajos y ensayos sobre áreas de conflicto del planeta, entre las cuales cabe destacar una especial dedicación al África subsahariana.